Grimscribe

Vidas y obras

THOMAS LIGOTTI

Lectulandia

Thomas Ligotti, «el secreto mejor guardado de la literatura de horror contemporánea», según el *Washington Post*, nació en Detroit en 1953 y estudió en la universidad estatal de Michigan. Ha trabajado como editor asociado de la editorial Gale hasta 2001, año en que fijó su residencia en Florida. En 1986 apareció su primera colección de relatos: *Songs of a Dead Dreamer*, a la que sucedió *Grimscribe: Vidas y obras* en 1991, *Noctuario* en 1994 y *Teatro Grottesco* en 2006. En 2010 apareció su inclasificable ensayo *La conspiración contra la especie humana*, una extraña combinación de guía de la literatura de horror y tratado de filosofía nihilista. Descendiente en línea directa de Edgar Allan Poe y Howard Phillips Lovecraft, con quienes compone la insana, justa y necesaria Trinidad de la moderna Literatura Fantástica y Extraña, Thomas Ligotti es un escritor de ficción sobrenatural sin excusas ni condiciones, devenido ya en un clásico.

En las páginas de *Grimscribe* laten las obsesiones y paradojas filosóficas y existenciales de Thomas Ligotti, ya descritas con desasosegante e implacable minuciosidad en *La conspiración contra la especie humana*, pero que adquieren aquí una dimensión indagatoria en la narrativa del horror, a través de las múltiples voces de este «escriba macabro». Al igual que en *Noctuario*, los relatos que componen *Grimscribe* son crónicas del lado tenebroso, que cuestionan los cimientos sobre los que se asientan la realidad y la razón. En el universo ominoso y desquiciado de Ligotti la Creación es el mal absoluto y la locura acecha en la esencia misma de las cosas. Tras la fachada de lo real se cierne una contrarrealidad de máscaras que ocultan un universo de podredumbre, crueldad y muerte.

Lectulandia

Thomas Ligotti

Grimscribe. Vidas y obras

Valdemar - Gótica 99

ePub r1.0
Titivillus 06.06.16

Título original: *Grimscribe. His Lives and Works*
Thomas Ligotti, 1991
Traducción: Marta Lila
Diseño de cubierta: José Hernández, Reflexión sobre el gran malestar-1, 1972-73

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi hermano Bob.

Nota

Para la traducción de los textos de ***Grimscribe***, este escriba macabro del lado tenebroso, hemos seguido la edición de 2011 de Subterranean Press, corregida por el propio Thomas Ligotti.

INTRODUCCIÓN

Su nombre es…

¿Lo recordaré alguna vez? Hay un enorme lapso de memoria que tal vez sea la única cosa que podría salvarnos del horror definitivo. Quizás la verdad la conocen aquellos que creen en el paso de una vida a otra y que aseguran que entre cierta muerte y cierto nacimiento hay un intervalo en el que se olvida un nombre viejo antes de aprender uno nuevo. Y recordar el nombre de una vida anterior es comenzar a deslizarse de vuelta a aquella enorme negrura en la que todos los nombres poseen su origen y se encarnan en una sucesión de cuerpos como versos innumerables de un escrito infinito.

Descubrir que has tenido tantos nombres es perder el derecho a reclamar ninguno de ellos. Recuperar el recuerdo de tantas vidas es perderlas todas.

Así pues, él mantiene su nombre en secreto, sus muchos nombres. Oculta unos de otros, para que no se pierdan entre si mismos. Para proteger su vida de todas sus otras vidas, del recuerdo de tantas vidas, se oculta tras la máscara del anonimato.

Pero incluso aunque no pueda saber su nombre, siempre he conocido su voz. Eso es algo que él no puede disfrazar, a pesar de que suene a muchas voces distintas. Reconozco su voz cuando lo escucho hablar, porque siempre habla de terribles secretos. Habla de los misterios y encuentros más grotescos, a veces con desesperación, a veces con deleite y, a veces, con una voz imposible de describir. ¿Qué crimen o maldición le obliga a regresar una y otra vez a esta misma rueca de terror, para hilar sus cuentos, que siempre hablan de la extrañeza y el horror de las cosas? ¿Cuándo pondrá fin a su relato?

Nos ha contado tantas cosas y nos contará aún más y, sin embargo, nunca dirá su nombre. No antes del último segundo de su vida decrépita y no después del comienzo de todos los nuevos nombres. Y no hasta que el propio tiempo haya borrado todos los nombres y haya extinguido todas las vidas.

Pero hasta entonces, todos necesitan un nombre. Todos deben ser llamados de alguna manera. ¿Y cuál podríamos decir que es el nombre de todos?

Nuestro nombre es **Grimscribe**.

Ésta es nuestra voz.

LA VOZ DEL MALDITO

[The Voice of the Damned]

UNO

LA ÚLTIMA FIESTA DE ARLEQUÍN

[The Last Feast of Harlequin]

1

Mi interés por la ciudad de Mirocaw surgió por primera vez cuando descubrí que allí se celebraba un festival anual en el que incluían, entre otros elementos festivos, la participación de payasos. Un excolega, en la actualidad miembro del departamento de antropología de una universidad lejana, leyó uno de mis recientes artículos («La figura del payaso en los medios de comunicación norteamericanos», *Journal of Popular Culture*), y me escribió para informarme de que recordaba vagamente haber leído u oído hablar de una ciudad en algún rincón del Estado en la que se celebraba todos los años una especie de «Fiesta de los Locos», y pensó que este dato podría resultar pertinente para mi línea de investigación específica. En efecto, resultó ser más pertinente de lo que yo mismo hubiera esperado, tanto en relación a mis objetivos académicos en este campo de estudio como en relación a mis objetivos personales.

Además de mi labor de profesorado, había estado involucrado en varios proyectos de antropología con el objetivo principal de determinar la importancia de la figura del payaso en distintos contextos culturales. Cada año, durante los últimos veinte años, había asistido a las fiestas previas a la Cuaresma que se celebran en varias localidades por el territorio sur de los Estados Unidos. Todos los años aprendía cosas nuevas sobre el esoterismo de la celebración. En estos estudios yo mismo era un participante entusiasta… además de realizar mi labor de antropólogo, también me colocaba tras la

máscara de payaso. Y disfrutaba de este papel como de ninguna otra cosa en mi vida. Para mí, el título de Payaso siempre ha tenido unas connotaciones de nobleza. Yo mismo era un hábil bromista, aunque pueda sonar extraño, y siempre me había sentido orgulloso de las habilidades que tan diligentemente me había esforzado en perfeccionar.

Escribí al Departamento Estatal de Festejos indicando la información que precisaba y expresando la acuciante urgencia que naturalmente despertaba en mí este tema. Muchas semanas después, recibí un sobre marrón con el logo del gobierno impreso. Dentro había un folleto que enumeraba distintas festividades de las que el gobierno tenía conocimiento oficial, y advertí de pasada que había tantas fiestas a finales de otoño e invierno como en las estaciones más templadas. Había una carta dentro del folleto en la que se me explicaba que, según sus voluminosos registros, no había constancia de que se celebrara ninguna festividad en la ciudad de Mirocaw. Sus archivos, sin embargo, estaban a mi disposición si deseaba investigar esta cuestión u otras similares en relación a algún proyecto concreto. Cuando me llegó esta oferta, ya estaba tan cargado de responsabilidades profesionales y personales que, con un movimiento de mano desganado, simplemente deposite el sobre y su contenido en un cajón y no volví a consultarlo.

Sin embargo, unos meses más tarde, desentendiéndome de mis responsabilidades, me dejé llevar por un impulso y, por puro azar, retomé el proyecto de Mirocaw. Esto ocurrió una tarde a finales de verano, cuando conducía hacia el norte con la intención de examinar algunas publicaciones en los fondos de una biblioteca de otra universidad. En cuanto abandoné los límites de la ciudad, el paisaje mutó en granjas y campos soleados, distrayendo mi atención de las señales que iba dejando atrás en la autopista. No obstante, mi subconsciente de académico debía de haber estado registrando estas señales con esmerado cuidado. El nombre de una ciudad apareció de repente en mi campo de visión. Inmediatamente, el estudioso que hay en mí recuperó ciertos registros de algún profundo cajón mental y me encontré haciendo rápidos cálculos acerca de si tendría suficiente tiempo y motivación para embarcarme en una escapada de investigación de campo. Pero la señal de salida apareció incluso más rápido de lo esperado y pronto me encontré abandonando la autopista y aferrándome a la promesa de la señal de que la ciudad no se encontraba a más de siete millas al este.

Esas siete millas incluyeron varios desvíos confusos, la obligación de tomar una ruta alternativa provisional y un destino que no se hizo visible hasta que coroné un alto promontorio. En el descenso otra útil señal me informó de que estaba entrando en el término urbano de Mirocaw. Algunas casas diseminadas en las afueras fueron los primeros edificios que encontré. Más allá de estas, la autopista numérica se transformó en Townshend Street, la avenida principal de Mirocaw.

La ciudad me pareció mucho más grande cuando estuve dentro de sus límites que cuando la vi desde el promontorio a las afueras. Observe que la irregularidad del

terreno del exterior de la ciudad también era una característica interior de Mirocaw. Sin embargo, en la ciudad el efecto era diferente. Las distintas partes no parecían encajar muy bien unas con otras. Esta peculiaridad podría ser achacada a la orografía irregular de la ciudad. A espaldas de algunas viejas tiendas en el distrito comercial, se habían erigido casas de tejados puntiagudos sobre una empinada pendiente, y las puntas de aquellos tejados parecían estar a una extraordinaria altura por encima de los edificios más bajos. Debido a que los cimientos quedaban ocultos tras la primera línea de edificios, daba la impresión de que las casas estaban suspendidas precariamente en el aire, amenazando con derrumbarse, o que habían sido construidas a una extraña altura en relación con su anchura y volumen. Esta situación también creaba una inquietante distorsión de perspectiva. Los dos niveles de edificios se solapaban sin dar sensación de profundidad, de manera que las casas, debido a su mayor elevación y proximidad a los edificios que estaban situados en primera línea, no parecían disminuir de tamaño como lo haría cualquier objeto al fondo. Por todo ello, en esa zona predominaba una imagen de paisaje bidimensional, como el de una fotografía. En efecto, Mirocaw podría ser comparada con un álbum de viejas fotografías, en especial aquellas en las que la cámara se ha movido al tomar la instantánea haciendo que las imágenes se revelen inclinadas: una torreta con el tejado cónico, como un sombrero picudo airosamente ladeado, dominaba desde lo alto las casas de una calle vecina; una valla publicitaria en la que aparecía un grupo de verduras sonrientes mostraba su mensaje ligeramente ladeada hacia el oeste; los coches aparcados junto a las aceras empinadas parecían estar volando hacia el cielo en los reflejos distorsionados de las cristaleras de un almacén de baratillo; la gente se encorvaba aletargadamente mientras caminaban de un lado a otro de las aceras, y ese día soleado una torre con reloj, que en un principio confundí con una torre de iglesia, atrojaba una larga sombra que parecía abarcar una increíble distancia y vagar por los rincones más insospechados en su avance por la ciudad. Debería decir que, tal vez, las disonancias de Mirocaw afectan en mayor medida mi imaginación en retrospectiva que aquel primer día, cuando mi principal preocupación era localizar el ayuntamiento o algún centro de información.

Aparqué al doblar la esquina. Me deslicé al asiento del copiloto y bajé la ventana para llamar a un viandante; «Disculpe, señor». El hombre, vestido pobremente y muy anciano, se detuvo unos segundos sin acercarse al coche. Aunque aparentemente había respondido a mi llamada, su expresión ausente no revelaba ni la más mínima señal de que hubiera reparado en mi presencia y por unos segundos pensé que solo había sido una coincidencia que se parase en la acera al mismo tiempo que yo le llamaba. Sus ojos estaban enfocados en algún otro lugar más allá de mí con una mirada cansada e idiotizada. Poco después el hombre siguió su camino y no dije nada para atraer su atención, a pesar de que en el último segundo su rostro comenzó a resultarme vagamente familiar. Finalmente, encontré a alguien que pudo indicarme el camino al Ayuntamiento y Centro Comunitario de Mirocaw.

El ayuntamiento resultó ser el edificio con la torre del reloj. Una vez dentro, esperé junto a un mostrador tras el cual algunas personas trabajaban en escritorios e iban de un lado a otro por un pasillo trasero. En una de las paredes había un póster de la lotería estatal: un muñeco con resorte saliendo de una caja sorpresa y sujetando en ambas manos billetes verdes. Después de unos minutos, una mujer de mediana edad se acercó al mostrador.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó con un tono neutro y burocrático.

Le expliqué lo que sabía del festival, aunque no mencioné que era un académico entrometido, y le pregunté si podía proporcionarme mayor información o dirigirme a alguien que pudiera hacerlo.

—¿Se refiere al que se celebra en invierno? —preguntó ella.

—¿Cuántas fiestas hay?

—Solo ésa.

—Entonces, supongo que debe ser a la que me refiero —sonreí como si estuviera compartiendo una broma con ella.

Sin pronunciar ni una sola palabra más, la mujer se alejó por el pasillo trasero. Mientras estuvo ausente intercambié miradas con varias personas detrás del mostrador que periódicamente levantaban la mirada de su trabajo.

—Aquí tiene —dijo la mujer cuando regresó, pasándome una hoja de papel que parecía el producto de una máquina de fotocopias barata. Por favor, *vengan a divertirse*, se leía en grandes letras. *Cabalgatas*, continuaba, *Mascaradas callejeras, Bandas, Rifa Navideña y La Coronación de la Reina de Invierno*. El folleto continuaba describiendo una serie de actividades festivas variadas. Volví a leer las palabras. Había algo en ese pequeño «por favor» suplicante al principio del anuncio que hacía que todo el asunto pareciera una obra de caridad.

—¿Cuándo se celebra? No informa de las fechas del festival.

—La mayoría de la gente ya lo sabe.

Me quitó abruptamente el folleto de las manos y escribió algo a pie de página. Cuando me lo devolvió vi escrito «19-21 de diciembre» en tinta azul verdosa. Me sorprendió inmediatamente el extraño calendario elegido por el comité de festejos. Por supuesto, había sólidos precedentes antropológicos e históricos de celebraciones alrededor del solsticio de invierno, pero el calendario de esta festividad concreta no parecía nada conveniente.

—Si no le importa que le pregunte, ¿no resultan conflictivas estas fechas con la temporada anual de vacaciones? Es decir, la mayoría de gente ya tiene suficientes cosas de las que ocuparse en esas fechas.

—Es solo una tradición —dijo, como si invocara algún linaje venerable con sus palabras.

—Es muy interesante —me dije más a mí mismo que a ella.

—¿Puedo ayudarle en algo más? —preguntó.

—Sí. ¿Podría decirme si este festival tiene algo que ver con los payasos? Veo que

se dice algo acerca de un baile de máscaras.

—Sí, por supuesto, mucha gente va… disfrazada. Yo nunca lo he hecho… pero sí, hay cierto tipo de payasos.

En ese momento se despertó definitivamente mi interés, pero no me sentía seguro de hasta qué punto seguir adelante con el tema. Agradecí a la mujer su ayuda y le pregunté cuál era el mejor acceso a la autopista, no tenía ningún deseo de regresar por la ruta laberíntica por la que había entrado en la ciudad. Regresé al coche con un torbellino de preguntas medio formuladas y otras tantas respuestas vagas y contradictorias agolpándose en mi mente.

Las indicaciones que me proporcionó la mujer me llevaron por el extremo sur de Mirocaw. No había mucha gente por las calles de esa zona de la ciudad. Y las personas que vi, arrastrando aletargadamente los pies por una calle de escaparates destartalados, mostraban la misma expresión y actitud triste y vacía que el anciano al que anteriormente había pedido indicaciones. Debía de estar atravesando una arteria central de aquel vecindario, porque a ambos lados veía calle tras calle de patios descuidados y casas vencidas por el tiempo y la indiferencia. Cuando me detuve en un cruce de calles, uno de los ciudadanos de aquel suburbio pasó por delante del coche. Aquella persona delgada, taciturna y andrógina me miró e hizo una mueca extravagante con su pequeña boca tensa, aunque no parecía estar mirando a nadie en concreto. Tras avanzar unas cuantas calles más, llegué a una carretera que conducía a la autopista. Me sentí mucho más cómodo en cuanto me encontré de nuevo viajando por las extensiones de granjas bañadas por el sol.

Llegué a la biblioteca con más tiempo del necesario para mi investigación, así que decidí desviarme académicamente y ver si encontraba material que pudiera arrojar algo de luz al festival de invierno celebrado en Mirocaw. La biblioteca, una de las más antiguas del Estado, incluía en sus fondos todos los números del Mirocaw *Courier*. Pensé que sería un excelente punto de partida. Pero pronto averigüé que no había forma de hacer búsquedas automáticas de información de los periódicos, y no me apetecía perder el tiempo en una búsqueda a ciegas de artículos relativos a un tema específico.

A continuación examiné las fuentes más organizadas de periódicos de ciudades más grandes del mismo condado, el cual casualmente comparte nombre con Mirocaw. Descubrí muy pocas cosas sobre la ciudad y casi nada sobre su festival, excepto en un artículo general sobre eventos anuales en el área que señalaba erróneamente la existencia en Mirocaw de una «gran comunidad del Medio Oriente» que cada primavera celebraba una especie de verbena étnica. Por lo que ya había podido observar, y por lo que averigüé posteriormente, los ciudadanos de Mirocaw eran americanos del Medio Oeste de pura cepa, probablemente descendientes por línea directa de algún grupo emprendedor de habitantes de Nueva Inglaterra del siglo pasado. Había una pequeña nota dedicada a un suceso en Mirocaw, pero resultó no ser más que el obituario de una anciana que se había quitado la vida silenciosamente

durante las fechas navideñas. Regrese a casa ese día con las manos vacías sobre el tema de Mirocaw.

Sin embargo, poco tiempo después recibí otra carta del excolega que me había hablado en primer lugar de Mirocaw y su festival. Resulta que había redescubierto el artículo que hizo que despertara mi interés por la «Fiesta de los Locos» local. Este artículo apareció en una oscura antología de estudios de antropología publicada en Ámsterdam hacía veinte años. La mayoría de los estudios estaban en danés, unos cuantos en alemán y solo uno en inglés: «La última fiesta de Arlequín: Notas preliminares sobre un festival local». Por supuesto, era emocionante poder leer al fin este estudio, pero incluso más emocionante fue leer el nombre de su autor: Dr. Raymond Thoss.

2

Antes de avanzar en la historia, debería mencionar algo sobre Thoss e inevitablemente sobre mí mismo. Unas dos décadas atrás, durante mi instrucción en mi *alma máter* en Cambridge, Massachusetts, Thoss fue mi catedrático. Mucho antes de jugar un papel en los acontecimientos que estoy a punto de relatar, él ya era una de las figuras más importantes de mi vida. Con una personalidad arrolladora, influenciaba de forma inevitable a cualquiera que entrara en contacto con él. Recordé sus clases de antropología social, la manera en que transformaba aquella sala en penumbra en un circo brillante y profundo de conocimiento. Se movía de una forma asombrosamente enérgica. Cuando lanzaba el brazo a un lado para señalar algún término común sobre la pizarra a sus espaldas, uno sentía que estaba presentando nada menos que un objeto de cualidades fantásticas y valor incalculable. Cuando volvía a meterse la mano en el bolsillo de su vieja chaqueta, esa fugaz magia de nuevo volvía a esconderse en su bolsa desgastada para ser utilizada cuando estimara conveniente. Presentíamos que nos enseñaba más cosas de las que podíamos aprender, y que estaba en posesión de un conocimiento más vasto y profundo que el que era capaz de transmitir él mismo. En una ocasión reuní el suficiente valor para ofrecer una interpretación —que en cierra manera se oponía a la suya— relacionada con los payasos tribales de los indios Hopi. Yo defendía que la experiencia personal como payaso amateur y la especial dedicación a su estudio me proporcionaban un

punto de vista posiblemente más valioso que el suyo propio. Y fue entonces cuando desveló, de manera informal y muy *obiter dicta*, que él, de hecho, había representado el papel de uno de estos locos enmascarados tribales y había celebrado con ellos la danza de los *kachinas*. Sin embargo, al revelar estos hechos evitó añadir más humillación a la que yo mismo ya había infligido en mi propia persona. Y quedé agradecido por ello.

Las actividades de Thoss eran de tal naturaleza que en ocasiones se convirtieron en objeto de rumores y especulación mitificada. Era un investigador de campo por excelencia y su habilidad para involucrarse en culturas y situaciones exóticas, mediante la cual obtenía conocimientos en lugares en los que otros antropólogos simplemente recolectaban datos, era bien conocida. En varios momentos de su carrera surgieron rumores de que se «había hecho nativo» a lo Frank Hamilton Cushing. Había insinuaciones, no siempre descabelladas o toscamente embellecidas, de que estaba involucrado en proyectos extravagantes, muchos de los cuales se centraban en Nueva Inglaterra. Es un hecho que dedicó seis meses a hacerse pasar por un paciente mental en una institución en Massachusetts occidental, recopilando información sobre la «cultura» de los trastornados psíquicos. Cuando se publicó su libro *Solsticio de invierno: la noche más larga de una sociedad*, la opinión general fue que resultaba decepcionantemente subjetivo e impresionista y que, aparte de algunas observaciones conmovedoras pero «poéticamente oscuras», no había nada en aquella obra que le aportara algún valor. Aquellos que defendían a Thoss afirmaban que era una especie de superantropólogo: mientras que gran parte de su obra se centraba en su propia mente y sentimientos, su experiencia de hecho le había permitido penetrar en un rico corpus de datos que todavía tenía que revelar en Un discurso objetivo. Como alumno de Thoss, tendía a avalar esta última opinión. Por una variedad de razones sostenibles e insostenibles, creía que Thoss era capaz de desenterrar estratos hasta entonces inaccesibles de la existencia humana. De modo que en un principio fue gratificante descubrir que este artículo titulado «La última fiesta de Arlequín» contenía la mística de Thoss en un campo que yo personalmente encontraba fascinante.

No comprendí de inmediato la mayor parte del contenido del artículo debido a los puntos oscuros característicos y frecuentemente estratégicos del autor. En una primera lectura, el aspecto más interesante de ese breve estudio —las «notas» abarcaban solo veinte páginas— era el talante general del artículo. Las excentricidades de Thoss estaban presentes en esas páginas, pero solo como una fuerza interna en conflicto que, sin duda, se mantenía contenida —incluso diría encarcelada— gracias a los sombríos movimientos rítmicos de su prosa y por algunas melancólicas referencias a las que ocasionalmente recurría. Dos referencias en concreto compartían un mismo tema. Una era la cita de «El Gusano Vencedor» de Poe, que Thoss empleaba como epígrafe impactante. Sin embargo, el tema del epígrafe no era retomado en el texto del artículo a excepción de alguna alusión fugaz. Thoss sacaba a colación la bien conocida génesis de la moderna celebración

navideña, la cual, por supuesto, desciende de las Saturnales romanas. A continuación, dejando bien claro que todavía no había presenciado el festival de Mirocaw y que tan solo había recreado su naturaleza a partir de varios informantes, argumentaba que también contenía muchos elementos, incluso más manifiestos, de las Saturnales. Después realizaba lo que me pareció una observación trivial y puramente lingüística, que tenía menos que ver con la línea argumental principal que con el igualmente secundario epígrafe de Poe. Hacía una breve mención a una secta primitiva de gnósticos sirios que se hacían llamar «Saturnianos» que creía, entre otras herejías religiosas, que la humanidad fue creada por ángeles que a su vez fueron creados por el Supremo Desconocido. Sin embargo, los ángeles no poseían suficiente poder para crear seres erectos y durante un tiempo el hombre se arrastró por la tierra corno un gusano. Finalmente, el Creador remedió aquel grotesco estado de las cosas. Por entonces, ya había supuesto que las correspondencias simbólicas de los orígenes de la humanidad y la condición primigenia asociada a los gusanos, con un festival de fin de año que celebra la muerte invernal de la tierra, eran la clave de este «conocimiento» thossiano, una hipótesis poética pero sin ningún valor científico.

Otras observaciones sobre el festival de Mirocaw eran también estrictamente éticas; en otras palabras, todas ellas estaban basadas en segundas fuentes y testimonios de oídas. Sin embargo, incluso en esa circunstancia percibía que Thoss sabía más de lo que revelaba; y, como descubrí más tarde, en efecto había incluido información sobre ciertos aspectos de Mirocaw que apuntaban a que ya poseía varias claves que, por el momento, se guardaba en las profundidades de su propio bolsillo. Para entonces yo también poseía una pizca de conocimientos de lo más reveladores. Una nota adjunta al artículo del «Arlequín» informaba al lector de que el texto era solo un fragmento en forma de borrador de una obra de mayor alcance que el autor preparaba en esos momentos. Esa obra nunca fue leída por nadie. Mi antiguo catedrático no había publicado nada desde su retirada del mundo académico hacía ya unos veinte años. Ahora sospechaba dónde debía de haberse marchado.

Porque el hombre al que paré en las calles de Mirocaw y del cual intenté obtener indicaciones, el hombre con la desconcertante mirada aletargada, se parecía muchísimo a una versión avejentada del catedrático Raymond Thoss.

3

Y ahora tengo algo que confesarles. A pesar de las muchas razones para sentirme entusiasmado por Mirocaw y sus misterios, especialmente su relación tanto con Thoss como con mis más profundos intereses como estudioso, contemplaba los días venideros sin sentir nada más que un entumecimiento gélido y con frecuencia una sensación de profunda depresión. Sin embargo, no tenía ningún motivo para sorprenderme por ese estado emocional, que tenía poco impacto en los acontecimientos externos de mi vida, pero que estaba determinado por las condiciones internas que poseían sus propias leyes de funcionamiento, bastante enigmáticas; estaciones y ciclos. Durante muchos años, al menos desde mis años universitarios, he padecido esta oscura enfermedad, este decaimiento recurrente en el que terminaba enterrado cuando la tierra se enfriaba y se desnudaba y los cielos se inundaban de sombras. No obstante, seguí con mis planes, aunque de manera mecánica, de visitar Mirocaw durante sus días festivos, porque supersticiosamente esperaba que esta actividad pudiera liberarme del peso de mi depresión estacional. En Mirocaw habría cabalgatas y fiestas y la oportunidad de hacer de payaso una vez más.

Durante semanas practiqué mi arte, e incluso perfeccioné un nuevo truco de magia de malabarismo, que era el plato fuerte de mi repertorio de payasadas. Llevé mis disfraces a la lavandería, compré maquillaje nuevo y ya estuve preparado. Me dieron permiso en la universidad para cancelar algunas de mis clases antes de las vacaciones, después de explicarles la naturaleza de mi proyecto y la necesidad de llegar a la ciudad unos días antes de que comenzaran los festivales para llevar a cabo investigaciones preliminares, establecer contacto con los informadores y otros detalles: De hecho, mi plan era posponer cualquier investigación formal hasta después del festival e involucrarme de antemano tanto como fuera posible en sus actividades. Por supuesto, durante ese tiempo escribiría un diario.

No obstante, había una fuente que quería consultar. Específicamente, regresé a aquella biblioteca de provincias para examinar aquellos ejemplares del Mirocaw *Courier* fechados en diciembre de hace dos décadas. Una historia en particular confirmó un punto que Thoss señalaba en el artículo de «Arlequín», aunque el suceso que relataba debió de tener lugar después de que Thoss hubiera escrito su estudio.

La historia del *Courier* apareció dos semanas después de que hubiera acabado el festival de ese año e informaba de la desaparición de una mujer llamada Elizabeth Beadle, esposa de Samuel Beadle, propietario de un hotel en Mirocaw. Las autoridades del condado concluyeron que se trataba de otro caso de los «suicidios vacacionales» que parecían ocurrir con escandalosa regularidad en la región de Mirocaw. Thoss documentó este fenómeno en su artículo del «Arlequín», aunque sospecho que hoy esas muertes serían delicadamente etiquetadas como «trastorno afectivo estacional». En cualquier caso, las autoridades inspeccionaron el lago medio helado a las afueras de Mirocaw, donde se habían encontrado muchos cuerpos de suicidas que lograron con éxito quitarse la vida en años anteriores. Sin embargo, ese

año no se descubrió a nadie. Junto al artículo había una fotografía de Elizabeth Beadle. Incluso en aquella reproducción granosa del microfilm se podía detectar cierta agitación y vitalidad en el rostro de la señora Beadle. Que se pudiera argüir tan fácilmente la hipótesis del «suicidio vacacional» para explicar su desaparición parecía extraño y, de alguna manera, injusto.

Thoss, en su breve artículo, explicaba que todos los años tenían lugar cambios tanto de índole moral como espiritual que parecían afectar a Mirocaw cuando se producía la habitual metamorfosis invernal. No era muy concreto en relación a su origen o naturaleza, pero afirmaba en su típica prosa de difícil comprensión que el efecto de esta «subestación» en la ciudad era visiblemente negativo. Además del número de suicidios que aumentaba durante esta época, también había un incremento de casos de ataques «hipocondríacos», que era como el personal médico de hace veinte años describía estos casos en sus discusiones con Thoss. Este estado de la situación poco a poco iba deteriorándose y alcanzaba su clímax durante los días del festival de Mirocaw. Thoss reflexionaba que, dada la naturaleza de secretismo de las pequeñas ciudades, la situación era probablemente incluso más pronunciada de lo que pudiera revelar una primera investigación superficial.

La conexión entre el festival y el insidioso clima subestacional en Mirocaw era un tema sobre el que Thoss no llegaba a ninguna conclusión categórica. Sin embargo, sí escribió que estos dos «aspectos climáticos» habían llevado existencias paralelas en la historia de la ciudad desde los primeros registros disponibles. Una crónica del Condado de Mirocaw de finales del siglo diecinueve se refiere a la ciudad por su nombre original de New Colstead, y el cronista reprende a los habitantes de la ciudad por celebrar una «fiesta soez e insensible» que excluye los usos y costumbres normales de la Navidad (Thoss comenta que el historiador había fusionado erróneamente dos aspectos diferentes de la estación, siendo su relación rea] esencialmente antagonista). El artículo del «Arlequin» no indagaba en la manifestación más temprana del festival (tal vez no fue posible rastrearla), aunque Thoss subrayaba los orígenes de Nueva Inglaterra de los fundadores de Mirocaw. Por lo tanto, el festival fue importado de esa región y no sería descabellado pensar que se había celebrado al menos durante un siglo; a no ser que hubiera sido exportado del Viejo Mundo, en cuyo caso sus raíces serían una incógnita hasta que se investigara en mayor profundidad. Sin duda, la alusión de Thoss a los gnósticos sirios apuntaba a que esta segunda posibilidad no podía ser descartada del todo.

Pero todo parecía indicar que era la conexión del festival con Nueva Inglaterra lo que había alimentado las especulaciones de Thoss. Escribía sobre este trozo de la geografía como si fuera un punto aceptable donde finalizar la investigación. Para él, las propias palabras «Nueva Inglaterra» parecían estar desprovistas de cualquier connotación tradicional y habían llegado a significar nada menos que un portal hacia todas las partes del mundo, tanto conocidas como sospechadas, e incluso hacia épocas que llegaban más allá de la historia civilizada de la región. Habiendo sido

educado en parte en Nueva Inglaterra, podía entender hasta cierto punto esta exageración sentimental, porque en efecto hay lugares que nos parecen de una antigüedad que va más allá de toda medida cronológica, y que parecen trascender los valores relativos del tiempo adquiriendo una especie de antigüedad absoluta que no puede ser desentrañada de forma lógica. Pero no podía comprender cómo esta vaga impresión podía estar relacionada con una pequeña ciudad del Medio Oeste. El propio Thoss comentaba que los residentes de Mirocaw no revelaban ningún tipo de consciencia misteriosamente atávica. Por el contrario, a primera vista parecían ignorar la génesis de sus celebraciones invernales. Sin embargo, que tal tradición hubiera perdurado a lo largo de los años eclipsando incluso las festividades convencionales de la Navidad, apuntaba a un profundo conocimiento del significado y la función del festival.

No puedo negar que lo que averigüé sobre el festival de Mirocaw despertó en mí una manida sensación de fatalidad, especialmente teniendo en cuenta la participación de una figura tan importante de mi pasado como era Thoss. Era la primera vez en mi carrera académica que me sabía mucho mejor preparado que cualquier otro para desentrañar el verdadero significado de los datos desperdigados, a pesar de que solo podía atribuir esta especial autoridad a la casualidad.

Sin embargo, mientras estaba sentado en aquella biblioteca una mañana de mediados de diciembre, dudé unos segundos sobre la conveniencia de partir hacia Mirocaw en lugar de regresar a casa, donde me aguardaba el *rite de passage* más familiar de mi depresión invernal. Mi plan original con la visita era evitar la tristeza cíclica que la estación me deparaba, pero parecía que esta también formaba parte de la historia de Mirocaw, aunque a una escala mucho mayor. Mi inestabilidad emocional, sin embargo, era exactamente lo que más me cualificaba para el trabajo de campo que tenía por delante, aunque no me enorgullecía ni consolaba por ello. Y retirarme hubiera significado negarme a mí mismo una oportunidad que tal vez no volviera a presentarse. Echando la vista atrás, no parece que hubiera nada fortuito en la decisión que tuve que tomar. En todo caso, continué avanzando hacia la ciudad.

* * *

4

El 18 de diciembre, justo después de las doce del mediodía, partí en coche a Mirocaw. Manchones de paisajes monótonos y de color tierra se extendían por todas direcciones. Las nevadas de finales de otoño habían sido escasas y solo se veían unos cuantos montículos blancos en los campos cosechados junto a la autopista. Las nubes eran grises y abundantes. Al pasar por un tramo boscoso, vi las masas negras informes de nidos abandonados colgando de la retorcida red que formaban las ramas desnudas. Me pareció ver aves negras cruzando la carretera un poco más adelante, pero solo eran hojas muertas que volaron por los aires cuando pasé junto a ellas.

Llegué a Mirocaw por el sur y entré en la ciudad por la misma zona por la que la abandone en mi visita del verano pasado. Esta ruta me condujo de nuevo por esa parte de la ciudad que parecía existir en el lado equivocado de alguna especie de enorme muralla invisible que separaba las zonas deseables de Mirocaw de las indeseables. Por muy espeluznante que me hubiera parecido aquel distrito bajo el sol de verano, en la tenue luz de aquella tarde de invierno aún degeneró más transformándose en un pálido fantasma de sí mismo. Los frágiles comercios y casas escuálidas sugerían una región fronteriza entre el mundo material y el mundo inmaterial, cada uno de ellos portando sarcásticamente la careta del otro. Vi a unos cuantos peatones demacrados que se giraron cuando pasé por su lado, aunque aparentemente no *debido* a que yo pasara, mientras avanzaba por la calle principal de Mirocaw.

Mientras subía la pronunciada cuesta de Townshend Street, las vistas allí me parecieron acogedoras en comparación. Las ondulantes avenidas de la ciudad ya estaban listas para el festival. Las farolas estaban adornadas con retama verde y las frescas ramas resaltaban orgullosas en la yerma estación. En las entradas de muchos de los comercios de Townshend había guirnaldas de acebo, igualmente verdes pero visiblemente artificiales. Sin embargo, aunque no había nada extraño en ese verdor tradicional de la estación, no tardé en convencerme de que Mirocaw se había excedido en el uso de este símbolo concreto de las navidades. Estaba estridentemente presente por todas partes. Los escaparates de los comercios y las ventanas de las casas estaban ribeteadas de luces verdes, serpentinas verdes colgaban de los toldos de las fachadas y los fanales del Red Rooster Bar eran focos de color verde pavo real. Supuse que a los residentes de Mirocaw les gustaban estos ornamentos, pero el efecto total era excesivo. Una escalofriante bruma esmeralda empapaba la ciudad y los rostros recordaban vagamente a los de reptiles.

Entonces supuse que la prodigiosa retama, las guirnaldas de acebo y las luces de colores (aunque de un solo color) confirmaban un cierto énfasis en los símbolos vegetales del Yuletide nórdico, que inevitablemente se mezclaba con los festivales invernales de todos los países nórdicos cuando los adoptaron para la estación navideña. En su artículo del «Arlequín», Thoss escribió acerca del aspecto pagana del festival de Mirocaw, asemejándolo al rito de un culto de la fertilidad, con probables

conexiones con divinidades ctónicas en algún momento del pasado. Pero Thoss había confundido, como yo, lo que era solo una parte del significado del festival por el todo.

El hotel en el que había reservado alojamiento estaba situado en Townshend. Era un edificio viejo de ladrillo pardo, con un arco en la entrada y un ridículo remate de piedra con el que se pretendía dar Cierto toque neoclásico. Encontré un aparcamiento vacío delante y dejé las maletas en el coche.

Cuando entré por primera vez en el hotel, la recepción estaba vacía. Había creído que tal vez el festival de Mirocaw atraería a suficientes visitantes para, al menos, dar un empujón a los negocios de su único hotel pero al parecer me había equivocado. Tras pulsar un pequeño timbre me apoyé en el mostrador y me giré para observar un árbol navideño decorado de manera tradicional y colocado sobre una mesa cerca de la entrada. El arbolillo estaba abarrotado de bombillas brillantes y frágiles, bastones de caramelo en miniatura, Santa Claus planos sonrientes con los brazos abiertos, una estrella en la punta cabeceando desgarbadamente contra el delicado nudo de una rama más alta y luces de colores que brotaban de casquillos con formas florales. Por alguna razón, me pareció un penoso objeto ornamental.

—¿Puedo ayudarle? —dijo una joven que salió de un cuarto contiguo a la recepción.

Debí de mirarla demasiado fijamente, porque la joven apartó la mirada y pareció incomodarse bastante. Apenas sabía qué decirle o cómo explicar lo que estaba pensando. En persona ella irradiaba inmediatamente un gélido resplandor en sus gestos y expresión. Pero si esta mujer no se había suicidado hacía veinte años, como sugería el artículo de periódico, tampoco había envejecido con el paso de los años.

—Sarah —la llamó una voz masculina desde las alturas ocultas de la escalera. Un hombre alto de mediana edad bajó los escalones—. Pensé que estabas en tu cuarto —dijo el hombre, el cual supuse que era Samuel Beadle. Sarah, que no Elizabeth, Beadle miró de reojo en mi dirección para indicar a su padre que ella llevaba el negocio del hotel. Beadle se disculpó conmigo y luego se excusó por ambos unos segundos y se apartaron a un lado para continuar su conversación.

Sonreí y fingí que todo era normal, mientras intentaba permanecer lo bastante cerca para escuchar su conversación. Hablaban con un tono que sugería que se trataba de un conflicto familiar: la preocupación sobreprotectora de Beadle en cuanto al paradero de su hija y la frustración de Sarah ante ciertas restricciones que le eran impuestas. La conversación acabó y Sarah subió las escaleras, girándose durante unos segundos para dedicarme una pantomima facial de disculpas por la escena tan poco profesional que acababa de tener lugar.

—Veamos, señor, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó Beadle, casi

ordenándolo.

—Sí, tengo una reserva. En realidad, he llegado un día antes, espero que no suponga ninguna molestia.

Le di al hotel el beneficio de la duda, pensando que tal vez su negocio estuviera prosperando secretamente.

—No hay ningún problema, señor —dijo ofreciéndome el impreso de registro y luego una llave color bronce que colgaba de un disco de plástico marcado con el número 44.

—¿Equipaje?

—Sí, está en mi coche.

—Le echaré una mano con eso.

Mientras Beadle me acomodaba en mi habitación de la cuarta planta me pareció que era el momento oportuno de abordar el tema del festival, los suicidios vacacionales y, quizás, dependiendo de su reacción, la desaparición de su esposa. Necesitaba a un sujeto que hubiera vivido en la ciudad durante muchos años y que pudiera ayudarme a comprender la actitud de los habitantes de Mirocaw hacia su estación de luces verde mar.

—Está perfecta —dije refiriéndome a la limpia pero sombría habitación—. Bonitas vistas. Puedo ver perfectamente las luces verdes brillantes de Mirocaw desde aquí arriba. ¿Está la ciudad normalmente así de engalanada? Durante los festivales, quiero decir.

—Sí, señor, para el festival —replicó de forma mecánica.

—Imagino que recibirán a muchos forasteros durante el próximo par de días.

—Podría ser. ¿Desea algo más?

—Sí. Me pregunto si podría contarme algo sobre los festivales.

—¿El qué?

—Bueno, ya sabe, los payasos y todo lo demás.

—Los únicos payasos aquí son los que… bueno, son seleccionados, supongo que se podría decir así.

—No le entiendo.

—Discúlpeme, señor. Ahora mismo estoy muy ocupado. ¿Puedo ayudarle en algo más?

No se me ocurrió nada en ese momento para prolongar nuestra conversación. Beadle me deseó una buena estancia y se marchó.

Desempaqué las maletas. Además de la ropa habitual también había incluido algunas de las prendas de mi armario de payaso. El comentario de Beadle acerca de que los payasos de Mirocaw eran «seleccionados» me dejó preguntándome cuál sería exactamente la función de estos enmascarados callejeros en el festival. La figura del payaso ha tenido tantos significados en distintas épocas y culturas. El alegre y amable bufón conocido por la mayoría de la gente de hecho es tan solo un aspecto de esta criatura proteica. Locos, jorobados, amputados y otros seres anormales fueron

considerados payasos en otra época; eran seleccionados para representar el papel cómico que permitiera a los otros verlos como seres ridículos en lugar de terribles recordatorios de las fuerzas del caos en el mundo. Pero, en ocasiones, un bufón triste era necesario para atraer la atención a este mismo caos, como en el caso del loco morboso y honesto del Rey Lear, quien por supuesto fue ahorcado al final, y ahí se acabó su ingenio cómico. Los payasos con frecuencia han representado papeles contradictorios. Así pues, tenía los suficientes conocimientos para no precipitarme disfrazado a la calle y gritar «¡Aquí estoy de nuevo!».

Ese primer día en Mirocaw no me alejé mucho del hotel. Leí y descansé durante unas horas y luego comí en un restaurante cercano. Por la ventana que había junto a mi mesa observé cómo la noche invernal transformaba el suave brillo verde de la ciudad en un color penetrante y nuevo al contrastar con la oscuridad. Las calles de Mirocaw me parecieron inusualmente llenas para el anochecer de una pequeña ciudad. Sin embargo, no era la clase de actividad que suele verse antes de que lleguen las vacaciones de Navidad. No era una multitud de bulliciosos compradores cargados de bolsas brillantes llenas de regalos. Sus brazos estaban vacíos, sus manos estaban profundamente hundidas en los bolsillos para evitar el frío, el cual, empero, no les había hecho recluirse en la soledad de sus casas supuestamente calientes. Los observé entrar y salir tienda tras tienda sin comprar nada. Muchos comerciantes cerraban más tarde, e incluso los comercios que ya estaban cerrados habían dejado encendidos los luminosos de neón, Las caras que pasaban junto a la ventana del restaurante tal vez estuvieran rígidas por el frío, pensé; profundos ceños fruncidos congelados y nada más. En la misma ventana vi el reflejo de mi propia cara. No era la cara de un experto payaso; se veía fofa y descolgada, y en ese momento parecía el rostro de alguien no del todo vivo. Fuera estaba la ciudad de Mirocaw, sus Calles se hundían y se empinaban con un rigor lunático, sus ciudadanos abarrotaban las aceras, su corazón se bañaba en verde: el escenario del reto profesional y personal más prometedor que jamás hubiera afrontado… y estaba muerto de aburrimiento. Regrese apresuradamente a mi habitación de hotel.

«Mirocaw posee otra frialdad dentro de su frío», escribí en mi diario esa noche. «Otro conjunto de edificios y calles que existe detrás de la fachada visible de la ciudad, como un mundo de vergonzosos callejones traseros». Continué en esos términos durante una página, al final de la cual marque una enorme «X». Luego me fui a la cama.

Por la mañana dejé el coche en el hotel y me dirigí andando al distrito principal de comercios a unas cuantas manzanas. Mezclarme con las buenas gentes de Mirocaw me pareció lo más apropiado a esas alturas de mi estancia científica. Pero mientras comenzaba a subir lentamente por Townshend (las aceras estaban

abarrotadas de peatones errantes), la visión fugaz de alguien reemplazó inesperadamente mi caótico plan con uno más específico e inmediato. A través de la multitud y a unos quince pasos delante de mí estaba mi objetivo.

—Doctor Thoss —le llamé.

Tuve la impresión de que su cabeza estuvo a punto de girarse y mirar hacia atrás en respuesta a mi grito, pero no pude cerciorarme del todo. Me abrí paso entre varios cuerpos abrigados y cuellos con bufandas verdes, pero descubrí que el objeto de mi persecución Parecía estar siempre a la misma distancia de mí, aunque no estaba seguro de si esto ocurría de forma deliberada o no. En la siguiente esquina, la figura de Thoss ataviada con un abrigo negro torció abruptamente hacia la derecha por una calle empinada que bajaba hacia la zona deteriorada del sur de Mirocaw. Cuando llegué a la esquina escudriñé la acera y pude verle con claridad desde arriba. También vi cómo lograba mantenerse tan alejado de mí mientras avanzaba entre una multitud que impedía mi propio avance. Por algún motivo, la gente en las aceras se hacía a un lado y le abría paso de manera que podía moverse con facilidad sin el habitual roce de cuerpos. No era una evitación física muy exagerada, aunque sin duda parecía intencionada. Luchando contra el tupido tejido de la multitud, continué mi persecución de Thoss, perdiéndolo de vista y volviéndolo a recuperar en mi campo de visión.

Cuando llegué a los pies de la calle en pendiente, la multitud ya casi se había dispersado y, tras recorrer una manzana, vi que prácticamente era el único peatón detrás de una figura distante que esperaba que siguiera siendo Thoss. Ahora andaba con bastante ligereza y como si supiera que lo estaba siguiendo, aunque en realidad tenía tanto la impresión de que él me guiaba como de que yo le perseguía. Le llamé unas cuantas veces más con un volumen de voz que era imposible que no oyera, suponiendo que la sordera no fuera uno de los cambios que había sufrido; después de todo, ya no era un hombre joven, ni siquiera de mediana edad.

De repente, Thoss cruzó la calle. Avanzó unos cuantos pasos y entró en un edificio de ladrillo sin ningún cartel situado entre una licorería y un taller de reparaciones de alguna clase. En el artículo del «Arlequín» Thoss mencionaba que las gentes que vivían en aquella zona de Mirocaw mantenían sus propios comercios y que sus clientes eran casi exclusivamente residentes de esa zona. Y pude confirmar dicha afirmación cuando observé aquellas pequeñas tiendas, porque tenían el mismo aspecto envejecido y estropeado que su clientela. A pesar del increíble deterioro de aquellos edificios, seguí a Thoss al interior del edificio de ladrillo de lo que había sido, o quizá todavía era, un restaurante. Dentro estaba exageradamente oscuro. Incluso antes de que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad presentí que no se trataba de un restaurante concurrido y confortable repleto de sillas y mesas —como sí lo era el establecimiento donde cené la noche anterior—, sino que tan solo había unos cuantos muebles desordenados y hacía mucho frío. De hecho, parecía hacer más frío allí dentro que en las galles invernales allá fuera.

—¿Doctor Thoss? —dije dirigiéndome hacia una mesa en el centro de la larga estancia. Tal vez cuatro o cinco personas estaban sentadas alrededor de la mesa, y unas cuantas más se Fundían con la penumbra tras ellas. Repartidos por la mesa había algunos libros y papeles sueltos. Había un anciano sentado que señalaba algo en las páginas frente a él, pero no era Thoss. A su lado habla dos jóvenes cuyos rasgos lozanos los distinguían de la sombría fatiga de los otros. Me acerqué a la mesa y todos alzaron la mirada hacia mí. Ninguno de ellos mostró ni un solo destello de emoción o sorpresa, excepto los dos jóvenes, que intercambiaron preocupadas miradas de culpabilidad, como si acabaran de ser descubiertos realizando algún acto vergonzoso. De repente ambos se apartaron bruscamente de la mesa y corrieron hacia la oscuridad de la trastienda, donde apareció por un instante una luz cuando salieron por la puerta trasera.

—Lo siento —dije con timidez—. Creí ver entrar a alguien que conocía.

No dijeron nada. De una habitación trasera comenzaron a emerger otros, sin duda interesados por el origen de la conmoción. En unos minutos la habitación se llenó de estas figuras con aspecto de vagabundos, y todos miraban vacuamente hacia la penumbra. En ese momento no tenía miedo de ellos; al menos no temía que fueran a hacerme ningún daño físico. En realidad, sentía que poseía la suficiente fuerza para apalearlos y someterlos fácilmente; sus rostros apocados casi invitaban a propinarles una serie de puñetazos contundentes. Pero había demasiados.

Se deslizaron lentamente hacia mí como un amasijo de gusanos. Sus ojos parecían vacíos y desenfocados, y durante unos segundos me pregunté si realmente eran conscientes de mi presencia. Sin embargo, yo era el centro hacia donde convergían sus aletargados pasos, arrastrando sus zapatos suavemente por el suelo. Comencé a soltar apresuradamente una serie de improperios mientras continuaban acercándose hacia mí, con sus débiles cuerpos, que para mi sorpresa detecté que no desprendían ningún olor al presionarse contra el mío (ahora entendía por qué la gente en las aceras parecía evitar instintivamente a Thoss). Unas piernas ocultas se trabaron con las mías; tropecé y luego recobré el equilibrio. Este movimiento repentino me despertó de una especie de aturdimiento hipnótico en el que debía de haber caído sin darme cuenta. Había intentado abandonar ese lugar terrible mucho antes de que los acontecimientos llegaran a tal punto, pero por algún motivo no pude concretar mis intenciones con la fuerza suficiente para hacerme actuar. Mi mente había estado vagando a la deriva mientras estas criaturas abyectas se aproximaban. En una repentina explosión de pánico, me abrí paso a empujones entre sus blandas filas y salí fuera.

El aire exterior hizo que reviviera y recuperara mi anterior precaución y comencé a subir de inmediato la colina a paso rápido. Ya dudaba de no haber imaginado lo que había parecido, y al mismo tiempo no había parecido, un momento de peligro. ¿Habían tenido sus movimientos intención de hacerme daño o simplemente intentaban intimidarme? Cuando llegué a la calle principal velada de verde de Mirocaw no era capaz de determinar lo que acababa de suceder.

Las aceras seguían abarrotadas con multitud de peatones, que ahora parecían más animados de lo que me habían parecido hacía tan solo un rato. Detectaba ahora una clase de vitalidad que solo podía ser atribuida a las inminentes festividades. Un grupo de hombres jóvenes había comenzado la celebración prematuramente y caminaban ruidosamente por en medio de la calle, sin duda borrachos. Por la risa y las bromas de los ciudadanos todavía sobrios supuse que, al estilo del Mardi-gras, la ebriedad pública era aceptada dentro de las tradiciones de este festival de invierno. Busqué algún indicio del comienzo del Baile de Máscaras Callejero, pero no vi nada: ningún arlequín ataviado con colores brillantes ni *pierrots* blancos como la nieve. ¿Se estaban realizando aún los preparativos para la coronación de la Reina de Invierno? «La Reina de Invierno», escribí en mi diario. «Figura de fertilidad investida con poderes simbólicos de renacimiento y prosperidad. Elegida a la manera de una reina de baile de promoción de un instituto. Comprobar si existe alguna posible figura consorte encarnada en un representante del inframundo».

En las horas previas a la oscuridad del 19 de diciembre estaba sentado en mi habitación del hotel y escribí, reflexioné y me organicé. No me sentía muy mal, teniendo en cuenta las circunstancias. Definitivamente, la excitación festiva que poco a poco iba aumentando en las calles que contemplaba desde mi ventana se me estaba contagiando. Me obligue a echar una rápida cabezada previendo una larga noche. Cuando desperté, la fiesta anual de Mirocaw ya estaba en pleno apogeo.

5

Casi rebotando en la cama al escuchar el bullicio y jolgorio procedentes del exterior, me levanté y me dirigí a la ventana para contemplar la ciudad. Parecía que todas las luces de Mirocaw estaban encendidas, a excepción de la zona baja de la colina que se fundía con el negro vacío del invierno. Y ahora el tono verdoso de la ciudad era incluso más pronunciado, y se extendía por todos los rincones como un enorme arco iris verde que se hubiera derretido y caído del cielo y perdurara, fosforescente, ya entrada la noche. En las calles la luminosidad era la de una primavera artificial. Las calles secundarias de Mirocaw vibraban con la actividad: en una esquina cercana resonaba una banda de metales; los coches que merodeaban hacían sonar sus bocinas y en ocasiones se subían a ellos peatones muertos de risa; un hombre salió del Red

Rooster Bar, levantó los brazos y cacareó. Observé minuciosamente a cada uno de los celebrantes, buscando los ropajes de payaso. Para mi deleite, enseguida los vi. El disfraz era rojo y blanco, con un sombrero a juego, y el rostro pintado como noble alabastro. Casi parecía una encarnación cómica de ese loco de las Navidades de barba blanca y botas negras.

Sin embargo, este loco en concreto no estaba recibiendo el afecto ni el respeto que se le otorga a un Santa Claus. Mi pobre compañero payaso estaba en medio de un círculo de celebrantes que le empujaban de un lado a otro y de unas manos a otras. La víctima de este abuso parecía aceptarlo de buena gana, pero este pequeño juego parecía tener por objeto la humillación. «Los únicos payasos aquí son los seleccionados», retumbó la voz de Beadle en mi mente. «Vapuleados» parecía acercarse más a la verdad.

Me abrigué bien con ropas pesadas y salí a las calles brillantes y verdes. No lejos del hotel me topé con un personaje que lucía una amplia sonrisa azul y roja y brillantes ropas anchas. De hecho, unos cuantos jóvenes parados en un drugstore le habían empujado en mi dirección. Perdió el equilibrio sobre la acera resbaladiza y se cayó sobre un banco de nieve a un lado de la calle.

—Mira ese bicho raro —dijo un tipo obeso y borracho—. Mira cómo se cae el monstruo.

Mi primera reacción fue de ira, seguida de miedo, cuando vi a otros dos flanqueando al gordo borracho. Se acercaron a mí y me tensé preparándome para una confrontación.

—Es una vergüenza —dijo uno que sujetaba por el cuello una botella de vino en la mano izquierda.

Pero no era a mí a quien hablaban; se dirigían al payaso. Sus tres perseguidores le ayudaron a levantarse con un tirón y luego le lanzaron el vino a la cara. Me ignoraron totalmente.

—Suéltalo —ordenó el gordo—. Vete arrastrándote, monstruo. ¡Oh, mira, corre que se las pela!

El payaso se alejó trotando y se perdió entre la multitud.

—Esperad un segundo —dije al trío pendenciero que ya había comenzado a alejarse a paso lento.

Decidí que probablemente resultaría inútil pedirles que me explicaran lo que acababa de presenciar, especialmente con todo el ruido y la confusión de las celebraciones. Con mi tono más jovial les propuse que fuéramos todos a algún local donde les invitaría a una ronda. No pusieron ninguna objeción y pronto todos estuvimos apiñados y sentados alrededor de una mesa en el Red Rooster.

Poco después de que nos sirvieran, les dije que venía de fuera y les pregunté si les gustaría explicarme algunas cosas… que no entendía de su festival.

—No creo que haya nada que *entender* —dijo el gordo—. Es solo lo que ves.

Le pregunté por las personas que iban vestidas de payasos.

—¿Ellos? Ellos son los monstruos. Es su turno este año. Todo el mundo tiene su turno. El próximo año será el mío. O el *tuyo* —dijo, señalando a uno de sus amigos al otro lado de la mesa—. Y cuando averigüemos cuál eres…

—No eres lo suficientemente listo —dijo desafiante el monstruo potencial.

Éste era un aspecto importante: el hecho de que los individuos que hacían de payasos permanecían, o al menos intentaban permanecer, anónimos. Esta manera de actuar ayudaba a eliminar las inhibiciones que un residente de Mirocaw pudiera tener acerca de vapulear a su propio vecino o incluso a un familiar. Por lo que observé más tarde, la intensidad del abuso no iba más allá de una especie de zarandeo juguetón. Y tan solo algunos grupos ocasionales de alborotadores se aprovechaban de este aspecto del festival, mientras que la mayoría de los ciudadanos se contentaban con permanecer al margen.

En cuanto a aclararme el significado de esta costumbre, mis tres jóvenes amigos resultaron ser bastante inútiles. Para ellos solo era una diversión, como imagino que era para la mayoría de los habitantes de Mirocaw. Era comprensible. Supongo que cualquier ciudadano medio sería incapaz de explicar con exactitud cómo una fiesta de Navidad profundamente familiar pasó a ser celebrada en su forma presente.

Salí del bar solo y no del todo intacto por las bebidas que había consumido allí. Fuera, el alborozo general continuaba. Una música estridente salía de varios locales. Mirocaw se había transformado de pequeña y tranquila ciudad a enclave de los Saturnales dentro de la oscura inmensidad de la noche invernal. Pero Saturno también es el símbolo planetario de la melancolía y la esterilidad, un choque de opuestos contenido en esa única palabra. Y mientras caminaba medio borracho por la calle, descubrí que había un conflicto dentro del propio festival de invierno. Este descubrimiento sin duda parecía ser esa clave secreta que Thoss se había callado en su estudio de la ciudad. Extrañamente, fue gracias a mi poca familiaridad con la naturaleza externa del festival lo que me permitió conocer su verdadera naturaleza.

Estaba mezclándome con la multitud en la calle, disfrutando regocijado la confusión que me rodeaba, cuando vi una criatura de extraño aspecto que merodeaba por la esquina de enfrente. Era uno de los payasos de Mirocaw. Sus ropas eran andrajosas e indescriptibles, casi al estilo de un payaso vagabundo, pero no lo suficientemente patético. Sin embargo, el rostro compensaba la deslucida vestimenta. Nunca antes había visto una concepción tan extraña del semblante de un payaso. La figura estaba en pie bajo la tenue luz de una farola, y cuando giró la cabeza hacia mí sentí un brillo de reconocimiento. La estrecha, tersa y pálida cabeza; los ojos grandes; los rasgos ovalados que no se parecían a nada más que a la criatura aullante con rostro de calavera de aquel cuadro famoso (me falla la memoria). Esta imitación cómica rivalizaba con el original al lograr invocar un efecto de horror y desesperación devastador. Tenía un aspecto inhumano más cercano a algo procedente de debajo de la tierra que de encima de ella.

Desde el primer momento en que vi a esa criatura recordé a los habitantes del

gueto a los pies de la colina. Desprendía la misma nauseabunda pasividad y languidez en sus ademanes. Quizás, si no hubiera estado bebiendo antes no habría sido lo bastante osado para hacer lo que hice. Decidí unirme a una de las tradiciones honorables del festival de invierno, porque me enfadó ver a aquel morboso impostor haciéndose pasar por payaso. Cuando llegué a la esquina, me lancé contra la criatura, riendo —«¡Ups!»—, la cual tropezó hacia atrás y acabó sobre la acera. Volví a reírme y miré a mi alrededor en busca de aprobación por parte de los compañeros celebrantes a mi alrededor. Sin embargo, nadie pareció apreciar, o siquiera prestó atención a lo que había hecho. No se rieron conmigo ni señalaron al payaso alborozados, se limitaron a pasar a mi lado un poco más rápido, hasta que se encontraron a cierta distancia del incidente de la esquina. Me di cuenta enseguida de que había violado alguna norma tácita de comportamiento, aunque consideraba que mi acción se había ceñido a los usos comunes. Se me ocurrió que podrían incluso detenerme y juzgarme por lo que en cualquier otra circunstancia era ciertamente un delito. Me gire para ayudar al payaso a levantarse, esperando redimir en parte mi ofensa, pero la criatura ya había desaparecido. Me alejé andando solemnemente de la escena de mi involuntario delito y me dirigí hacia otras calles, lejos de los testigos.

Vagué por las distintas calles secundarias de Mirocaw, deteniéndome exhausto en cierto momento para sentarme al mostrador de un pequeño bar abarrotado de clientes. Pedí un café para avivar mi ebrio organismo. Mientras me calentaba las manos con la taza y sorbía lentamente de ella, observaba a la gente de fuera al pasar por la cristalera. Hacía rato que había quedado atrás la medianoche, pero por el denso flujo de viandantes no parecía que nadie fuera a marcharse a casa pronto. Un carnaval de perfiles desfiló por la cristalera Y yo me comenté con permanecer sentado allí observando, hasta que por fin una de aquellas caras me hizo saltar. Era aquel pequeño payaso aterrador al que había vapuleado antes. Pero aunque su rostro me resultaba familiar por su abominable aspecto, había algo diferente en él. Y me pregunté si podría haber dos monstruos abominables idénticos.

Tras pagar apresuradamente en el mostrador, salí corriendo para echar un segundo vistazo al payaso, pero ya había desaparecido. Me pregunté cómo era posible que hubiera desaparecido tan rápido, a menos que la densa multitud que deambulaba por la acera hubiera permitido instintivamente a esta criatura pasar sin trabas por sus enormes filas, al igual que hicieron con Thoss. Mientras buscaba a ese monstruo en concreto, descubrí que esparcidas entre la población festiva de Mirocaw, que incluía a los payasos vapuleados del festival, había no una o dos, sino un considerable número de estas pálidas y fantasmales criaturas. Y todas ellas vagaban por las calles sin ser molestadas ni tan siquiera por los más alborotadores de los celebrantes. Ahora entendí uno de los tabús del festival. Estos otros payasos no debían ser molestados, y además debían ser evitados, tanto como los residentes del suburbio en los límites de la ciudad. Sin embargo, sentí de forma instintiva que los dos grupos de payasos de alguna manera se identificaban los unos con los otros, a pesar de que los payasos del

gueto no eran bienvenidos al festival de invierno de Mirocaw. En efecto, podrían ser considerados legítimamente parte de la comunidad y celebrar la estación a su modo. Todo apuntaba a que este grupo de cómicos melancólicos constituía nada menos que un festival independiente… un festival dentro de un festival.

Ya de vuelta en mi cuarto, anotó mis reflexiones en el diario que estaba escribiendo para el proyecto. Lo que sigue son extractos:

> Se observa en los residentes de Mirocaw una superstición relacionada con los individuos procedentes de los suburbios, sobre todo cuando aparecen a última hora con esas terribles máscaras reivindicando su propio festival. ¿Cuál es la relación entre estas celebraciones simultáneas? ¿Precedió una a la otra? Y si es así, ¿cuál precedió a cuál? Mi opinión en este punto —y no estoy afirmando que sea la definitiva— es que el festival de invierno de Mirocaw es la última versión, y que apareció después del festival de aquellos payasos deprimentemente pálidos, con el fin de encubrir o mitigar sus efectos. Me vinieron a la mente los suicidios vacacionales y el «subclima» sobre el que escribió Thoss, así como la desaparición de Elizabeth Beadle hace veinte años, y mi encuentro este mismo día con el clan paria que existe fuera pero también dentro de la comunidad.
>
> De mi propia experiencia con esta subestación emocionalmente nociva, preferiría no hablar en estos momentos. Todavía no soy capaz de dirimir si mi habitual melancolía invernal es la causa o no. Sobre el tema general de la salud mental, debo tener en cuenta el libro de Thoss sobre su estancia en un hospital psiquiátrico (en Massachusetts occidental, estoy casi seguro). El solsticio de invierno es mañana, aunque ya pasada la medianoche. Por supuesto, es el día del año en el que las horas nocturnas sobrepasan a las diurnas en un mayor margen de tiempo. Véase la relación de esto con los suicidios y un incremento del trastorno psíquico. Recordando la lista de Thoss de suicidios documentados en su artículo, parecía observarse una recurrencia de ciertos apellidos específicos, como probablemente se observaría en cualquier tipo de datos recogidos en una ciudad pequeña. Entre estos nombres había un Beadle o dos. Quizás haya entonces una base hereditaria en los suicidios que no tiene nada que ver con la teoría mística del subclima de Thoss, la cual es sin duda una idea original y apropiada para esta ciudad de tantos y variados aspectos externos como internos, pero no es una teoría que pueda ser confirmada.
>
> Una cosa que sí parece cierta, sin embargo, es la división de Mirocaw en dos tipos muy distintos de ciudadanía, lo que da pie a dos festivales y la

aparición de payasos similares… un término ahora usado en un sentido extremadamente laxo. Pero hay una conexión y creo que tengo una vaga idea de lo que se trata. Dije antes que los residentes normales de la ciudad tratan a los del gueto, y en particular a sus payasos, con cierta superstición. Sin embargo, es algo más que eso: hay miedo, quizás odio… la clase de odio que produce algún poderoso recuerdo irracional. Creo que puedo entender bastante bien lo que amenaza a Mirocaw. Recuerdo el incidente de hace unas horas en aquel restaurante vacío. «Vacío» es la palabra apropiada en este caso. La congregación de aquella habitación medio en penumbra no formaba tanto una presencia como una ausencia, a pesar del asfixiante número que había de ellos. Aquellos ojos que no querían o no podían centrarse en nada, la lánguida lasitud de sus rostros, el paso perezoso de sus pies. Me sentía espiritualmente exhausto cuando salí corriendo de allí. Y luego entendí por qué esas gentes y sus actividades eran evitadas.

No puedo cuestionar la sabiduría de aquellos habitantes ancestrales de Mirocaw que iniciaron la tradición del festival de invierno, proporcionando a la ciudad un pretexto para la celebración y el contacto social en una estación en la que las consecuencias de alimentar la soledad son más severas, aquellos días más largos y más oscuros del solsticio. Un ánimo de jovialidad navideña obviamente no sería suficiente para contrarrestar la amenaza de esta estación. Pero aun así, se siguen produciendo suicidios de individuos que de alguna manera están desconectados, imagino, de las vigorizantes actividades del festival.

Es la naturaleza de esta subestación insidiosa lo que parece determinar las Formas externas del festival invernal de Mirocaw: el verdor optimista en un periodo de inactividad gris; la promesa fértil de la Reina de Invierno; y, lo que más me interesa, los payasos." los brillantes payasos de Mirocaw tan mal tratados. Parecían servir de figuras sustitutas de aquellos bufones de ojos oscuros de los suburbios. Debido a que estos últimos son temidos porque poseen algún tipo de poder o influencia, son simbólicamente confrontados y vencidos a través de sus colegas, que son seleccionados precisamente para esa función. Si no me equivoco sobre esto, me pregunto hasta qué punto hay una percepción consciente entre la población de la ciudad de esta muestra indirecta de agresión. Aquellos tres jóvenes con los que hablé esta noche no parecían poseer muchos conocimientos más allá de que había una cierta dosis de violenta diversión en la tradición del festival. Y por el mismo motivo, ¿hasta qué punto eran conscientes en el *otro lado* de estos dos festivales antagonistas? Es demasiado horrible pensar en tal cosa, pero mucho me temo que, a pesar de su aparente falta de rumbo, aquellos habitantes del gueto son

los únicos que saben lo que realmente son. No se puede negar que tras aquellas expresiones inhumanamente lacias parecía haber alguna clase de inteligencia repulsiva.

Mientras me tambaleaba de calle en calle esta noche, observando a esos payasos de bocas ovaladas, no pude evitar pensar que toda la diversión en Mirocaw de alguna manera solo era posible gracias a su sufrimiento. Espero que no sea más que una caprichosa intuición thossiana, la clase de idea que es original y que provoca reflexión pero que nunca llega a ser confirmada. Sé que mi mente no está del todo lúcida, pero creo que es posible penetrar en las múltiples complejidades de Mirocaw y sacar a la luz el lado oculto de la estación festiva. En concreto, debo comprobar la importancia del otro festival. ¿Es también alguna clase de celebración de la fertilidad? Por lo que he visto, el tono de este «subgrupo de la celebración» es, en todo caso, de antifertilidad. ¿Cómo se las han arreglado para no extinguirse completamente a lo largo de los años? ¿Cómo mantienen su población?

Pero estaba demasiado cansado para formular alguna más de mis ebrias especulaciones. Me derrumbé en la cama y pronto me perdí en sueños de calles y rostros.

* * *

6

Por supuesto, sufría una ligera resaca cuando me desperté ya avanzada la mañana siguiente. El festival seguía en todo su apogeo y la música estridente del exterior me despertó de una pesadilla. Era un desfile. Un número de carrozas avanzaba por Townshend y predominaba un color familiar. Había carrozas temáticas de peregrinos e indios, *cowboys* e indios, y un grupo de payasos de aspecto ortodoxo. En medio de todo ello estaba la mismísima Reina de Invierno, aterida de frío sobre un trono de hielo. Saludaba en todas las direcciones. Incluso creí que saludaba hacia mi ventana

oscura. En los primeros momentos torpes después de despertarme no sentía ninguna simpatía por la excitación que había experimentado la noche previa. Pero descubrí que mi anterior entusiasmo tan solo había permanecido durmiente, y pronto retornó con una intensidad incluso mayor. Nunca antes mi mente y mis sentidos habían estado tan activos durante esta época del año habitualmente tan inerte. En casa habría estado escuchando viejos discos lúgubres y mirando por la ventana todo el rato. Ahora, de una forma un tanto indefinida, me sentía tremendamente agradecido por mi compromiso con una obsesión que tanto significaba para mí. Y estaba deseoso de ponerme a trabajar después de desayunar en la cafetería.

Cuando regresé a mi cuarto descubrí que la puerta estaba abierta y había algo escrito en el espejo del tocador. La escritura era roja y grasienta, como si estuviera hecha con un lápiz de maquillaje de payaso… Luego vi que era el mío propio. Leí la leyenda, o más bien debería llamarlo *acertijo*, varias veces: «¿Qué se entierra a sí mismo antes de estar muerto?». Examiné las letras durante un rato, muy conmocionado al comprobar lo vulnerable que era mi fortaleza vacacional. ¿Era esto una advertencia de algún tipo? ¿Una amenaza que me anunciaba que si persistía en cierto curso de acción acabaría enterrado prematuramente? Tendría que andar con cuidado, me dije. Había decidido no dejar que nada me impidiera poner en práctica la inspirada estrategia que había concebido para mí mismo. Limpié el espejo, porque ahora iba a necesitarlo para otros propósitos. Pasé el resto del día preparando un traje muy especial y el rostro apropiado que lo acompañaría. No me costó mucho estropear el abrigo con uno o dos bolsillos rotos y un conjunto completo de manchas. Combinado con mis vaqueros y un par de zapatos bastante desgastados, conseguí elaborar un disfraz de pordiosero más que aceptable. Sin embargo, el rostro era más difícil, porque tenía que reproducirlo de memoria. Invocar de nuevo la imagen del *pierrot* aullante en aquel cuadro (*El Grito*, ahora lo recuerdo), me fue de gran ayuda. Al anochecer salí discretamente del hotel por la escalera trasera.

Resultaba extraño pasear por la calle abarrotada de gente con aquel disfraz espantoso. Aunque pensé que me sentiría observado, la experiencia me pareció muy cercana a la de una total invisibilidad. Nadie me miraba cuando pasaba andando o cuando ellos pasaban a mi lado, o cuando pasábamos uno al lado del otro. Era un fantasma… quizás el fantasma de festivales pasados, o de aquellos que están por llegar.

No tenía una idea concreta de adónde me llevaría mi disfraz aquella noche, solo albergaba cierta esperanza de ganarme la confianza de mis compañeros espectrales y posiblemente, de alguna forma, llegar a conocer sus secretos. Durante un rato me limite simplemente a pasear de un lado a otro de la manera lánguida que había aprendido de ellos, imitándolos en casi todo lo que pudieran hacer. Y en gran parte esto significaba no hacer casi nada y hacerlo en silencio. Si pasaba junto a uno de mi especie en la acera no había intercambio de palabras, ni de miradas deliberadas, ni ningún indicio de comprensión del que fuera consciente. Estábamos allí en las calles

de Mirocaw para crear una presencia y nada más. Al menos así es como comencé a sentirlo. Mientras vagaba con mi invisibilidad incorpórea, sentí que me transformaba poco a poco en una forma flotante vacía, que veía sin ser visto y andaba sin la interferencia de aquellas criaturas más corpóreas que compartían mi mundo. No era una experiencia que careciera de interés e incluso de diversión. La consigna de los payasos de «Aquí estamos de nuevo» adquirió un nuevo significado para mí al sentirme novicio de una orden más exclusiva en el arte del arlequín. Y muy pronto se presentó la ocasión de ahondar más en esa linea de investigación.

Avanzando en dirección opuesta por la calle, una camioneta pasó lentamente, apartando con cuidado a un mar de celebrantes que caminaban zigzagueantes. El cargamento en la parte trasera de la camioneta resultaba curioso, porque se componía por entero de unos cuantos de mis compañeros sectarios. Al final de la manzana la camioneta paró y otro más subió a bordo por la trampilla trasera. Una manzana más allá, vi subir a otro más. Luego la camioneta cambió de sentido en una intersección y avanzó en mi dirección.

Me quedé en la acera como había visto hacer a los otros. No estaba seguro de si la camioneta me recogería, pensando que, de alguna manera, sabían que yo era un impostor. Sin embargo, la camioneta disminuyó de velocidad y cuando me alcanzó, se detuvo. Los otros estaban apiñados en el suelo del remolque. La mayoría no miraban a ningún sitio, con esa habitual indiferencia que ya estaba acostumbrado a ver en ellos. Pero unos cuantos me miraron con cierta expectación. Durante un segundo vacilé si seguir adelante con el plan. Pero en el último momento un impulso hizo que escalara a la parte trasera de la camioneta y me apiñara entre los otros.

Solo quedaban unos cuantos más que recoger antes de que la camioneta se dirigiera a las afueras de Mirocaw y más allá. Al principio intenté mantenerme orientado con relación a la ciudad. Pero tras vuelta y revuelta en la oscuridad de estrechas carreteras comarcales, me resultó imposible preservar cualquier sentido de la orientación. La mayoría de los que estaban en la parte trasera de la camioneta no parecía ser consciente de la presencia de sus compañeros pasajeros. Con cautela, pasee la mirada por una cara fantasmal tras otra. Algunos hablaban con cortas frases susurradas a otros al oído. No pude entender lo que decían, pero el tono de sus voces era de inocente normalidad, como si no formaran parte del curtido rebaño suburbial de Mirocaw. Quizás, pensé, eran amantes de las emociones fuertes que se hablan disfrazado como yo mismo había hecho, o, más probablemente, fueran iniciados de algún tipo. Tal vez habían recibido instrucciones previas en reuniones como la que presencié Por accidente el día anterior. También era probable que entre este grupo estuvieran esos mismos chicos de aquel viejo restaurante del que había huido asustado.

La camioneta ahora ganaba velocidad por un trecho bastante despejado de campo y se dirigía hacia las colinas más elevadas que bordeaban la ahora lejana ciudad de Mirocaw. El viento helado nos azotaba y no podía evitar temblar de frío. Fue esto lo

que me delató como uno de los recién llegados al grupo, porque los dos cuerpos que se apretaban contra el mío permanecían rígidamente inmóviles e incluso parecían irradiar una gelidez propia. Miré hacia delante a la oscuridad por la que avanzábamos aceleradamente.

Ahora dejamos atrás el campo abierto y la carretera se hundió en un espeso bosque. La masa de los cuerpos en la camioneta se inclinó apoyándose uno sobre otro cuando empezamos a subir por una cuesta pronunciada. Por encima de nosotros, en la cima de la colina, había luces brillando en algún lugar entre los árboles. Cuando la carretera se allanó, la camioneta dio un giro brusco y se dirigió hacia lo que parecía una enorme zanja. Sin embargo, había un camino sin pavimentar Por el que la camioneta avanzó hacia el resplandor en la cercanía.

Este resplandor fue aumentando de intensidad y claridad a medida que fuimos acercándonos, parpadeando tras los árboles y revelando los crudos detalles donde antes solo había habido tersa oscuridad. Cuando la camioneta aparcó en un claro y se paró, vi una asamblea dispersa de figuras, muchas de las cuales sostenían faroles que relucían con una luz cegadora y glacial. Permanecí de pie en la parte trasera de la camioneta esperando mi turno para bajar como hacían los otros. Echando una mirada desde esa altura vi aproximadamente otros treinta payasos cadavéricos paseándose. Uno de mis compañeros pasajeros me miró fijamente mientras me rezagaba en la camioneta y, con un susurro extrañamente agudo, me dijo que me apresurara y me explicó algo sobre la «cúspide de la oscuridad», Pensé otra vez sobre esa noche de solsticio; era técnicamente el periodo más largo de oscuridad del año, aunque no por un margen muy significativo en comparación a muchas otras noches de invierno. Su verdadera importancia estaba relacionada con cuestiones que poco tenían que ver con las estadísticas o el calendario.

Me dirigí al lugar donde los otros se agrupaban formando una multitud apelotonada; se observaba una cierta sensación de expectación en los sutiles gestos y expresiones de sus miembros individuales. Ahora intercambiaban miradas, la mano de uno tocaba ligeramente el hombro de otro, y un par de ojos con ojeras desvió la mirada hacia dos figuras que colocaban sus faroles en el suelo a unos seis pies de distancia. La iluminación de estos faroles reveló una abertura en la tierra. Finalmente los ojos de todos se quedaron clavados en aquel pozo redondo, y como si siguiéramos una señal convenida comenzamos a apiñarnos a su alrededor. Los únicos sonidos eran los del viento y los de nuestros pasos aplastando hojas y palos helados.

Por fin, cuando todos estuvimos alrededor de aquel agujero, el primero saltó, abandonando nuestro campo de visión durante unos segundos, pero luego reapareció para coger un farol que otro le pasó desde arriba. El abismo en miniatura se llenó de luz y entonces pude ver que no medía más de seis pies de profundidad. Una de sus paredes se abría en un túnel. La figura que sujetaba el farol se agachó ligeramente y desapareció en el pasadizo.

Todos nosotros, uno a uno, nos adentramos en la oscuridad de ese pozo, y cada

quinto hombre recogía un farol. Me quedé rezagado tras el grupo, porque cualquiera que fueran las actividades subterráneas que fueran a tener lugar, estaba seguro de querer estar en la periferia. Cuando solo quedábamos diez en la superficie, me moví para dejar que cuatro de ellos me precedieran y así poder recibir un farol. Y exactamente así es como ocurrió; después de saltar al fondo del agujero se me suministró uno ceremonialmente. Di un giro de ciento ochenta grados y entré rápidamente por el pasadizo. Entonces temblé tan aterido de frío que ya no sentí curiosidad ni miedo, solo agradecimiento por el reconfortante refugio.

Entré en un largo túnel ligeramente inclinado hacia abajo, pero con suficiente altura para permitirme permanecer erguido. Hacía mucho más calor allí abajo que en la fría oscuridad del bosque. En pocos segundos ya me había desentumecido lo suficiente, de manera que mis preocupaciones cambiaron del confort físico a una repentina y justificada preocupación por mi propia supervivencia. Mientras avanzaba, sostenía el farol cerca de los laterales del túnel. Las paredes eran relativamente lisas, como si el pasaje no hubiera sido excavado manualmente, sino horadado por algo que había dejado tras de sí un rastro de sus dimensiones en el tamaño y la forma del túnel. Esta idea delirante se me ocurrió al recordar el mensaje que habían dejado en el espejo de mi habitación de hotel: «¿Qué se entierra a sí mismo antes de estar muerto?».

Tuve que apresurarme para poder mantener el paso con aquellos extraños espeleólogos que me precedían. Los faroles de delante se balanceaban al ritmo de los pasos de sus portadores, la lenta procesión parecía cada vez menos real a medida que avanzábamos por aquel estrecho túnel. En cierto momento vi que la fila se iba acortando por delante. Los hombres iban desembocando en una cámara cavernosa donde no tardé en llegar. Esta zona era de aproximadamente unos treinta pies de altura y sus otras dimensiones se asemejaban a las de un salón de baile grande. Al lanzar la mirada a la distancia allá arriba me sentí desagradablemente consciente de lo mucho que habíamos descendido bajo tierra. A diferencia de las paredes suaves del túnel, las paredes de esta caverna parecían serradas e irregulares, como si hubieran sido mordisqueadas. La tierra había sido retirada, supuse, o bien a través del túnel por donde había llegado, o bien por alguna de las múltiples aberturas negras que observé por los bordes del salón, porque posiblemente también estas aberturas condujeran a la superficie.

Pero la estructura de la sala ocupaba mi mente bastante menos que sus ocupantes. Allí, para recibirnos en la gran caverna, estaba lo que debía ser toda la población suburbial de Mirocaw, y más, todos ellos con las mismas expresiones siniestras de ojos desorbitados y boca ovalada. Formaron un círculo alrededor de un objeto parecido a un altar que estaba cubierto con una especie de cobertor de cuero. Sobre el altar, otro cobertor del mismo material ocultaba un bulto debajo. Y detrás de ese bulto, con la mirada clavada en el altar, estaba la única figura cuyo rostro no aparecía embadurnado de maquillaje.

Llevaba una larga túnica blanca que era del mismo color que el ralo cabello que enmarcaba su cabeza. Tenía los brazos relajados a ambos lados. No hizo ningún movimiento. El hombre que en otro tiempo pensé que penetraría en los grandes secretos del mundo se alzaba frente a nosotros con el mismo porte profesoral que tanto me había impresionado años atrás; sin embargo, ahora solo sentí temor al imaginar las revelaciones que guardaba en los pliegues abismales de su atuendo magistral. ¿Había ido allí realmente para retar a una figura tan formidable? El nombre por el que lo conocía me parecía en sí mismo insuficiente para designar a alguien de su talla. Más bien debería llamarlo por sus otras encarnaciones: dios de toda la sabiduría, escriba de todos los libros sagrados, padre de todos los magos, tres veces grande, y más… más bien debería llamarle *Thoth*.

Levantó las palmas ahuecadas de sus manos hacia su congregación y la ceremonia comenzó.

Todo era muy simple. Todos los congregados, que habían permanecido mudos hasta ese momento, rompieron en el más horrendo cántico agudo que pueda ser imaginado. Era un coro de tristeza, lamentos y mortificación. La caverna resonaba con el cántico chillón y disonante. Mi voz también se sumó a la de la congregación, intentando fundirme en su música distorsionada. Pero mi canto no podía imitar el suyo; tenía una ronquedad que no concordaba con el punzante aullido del acompañamiento. Para evitar que descubrieran que era un intruso continué articulando con los labios las palabras pero sin emitir ningún sonido. Esas palabras fueron la revelación definitiva de la siniestra malignidad que hasta entonces tan solo había presentido cada vez que me hallaba en presencia de estas figuras, Estaban cantando al «no nacido en el paraíso», a las «vidas puras no vividas». Entonaban un canto fúnebre por la existencia, por todas sus formas vitales y estaciones. Su ideal de vida era una medio existencia melancólica consagrada a las diversas formas de la muerte y la disolución. Un mar de rostros delgados y exangües se agitaba y gritaba su aversión a ser lo que eran. Y la figura que los guiaba ataviada con la túnica en el centro de todo esto —elevado en el transcurso de veinte años al estatus de sumo sacerdote— era el hombre del cual aprendí muchos de los principios que he seguido en mi propia vida. Resultaría inútil describir lo que sentí en ese momento, además de una pérdida del tiempo que necesito para narrar los sucesos que siguieron.

El canto calló abruptamente y la alta figura de cabello blanco comenzó a hablar. Daba la bienvenida a los de la nueva generación… ya habían pasado veinte inviernos desde que los «Puros» habían aumentado sus filas. La palabra «puro» en este contexto perturbó el poco sentido común y compostura que todavía conservaba, porque nada podría haber sido más repugnante que lo que estaba por venir. Thoss —y empleo esta identidad difunta solo por conveniencia— acabó su sermón y se arrimó al altar recubierto de cuero oscuro. Luego, con el mismo ademán florido de su vida anterior, retiró el cobertor superior. Bajo este había una efigie con miembros inertes, un muñeco derrumbado sobre la losa. Yo estaba de pie detrás de la congregación e

intenté mantenerme tan cerca del pasaje de salida como pude. De modo que no vi todo con tanta claridad como habría podido.

Thoss bajó la mirada hacia la forma de muñeco y luego miró a los congregados. Incluso tuve la impresión de que me miraba conscientemente a los ojos. Extendió los brazos y un torrente continuo de palabras ininteligibles brotó de su boca gimiente. La congregación comenzó a moverse, no demasiado, pero sí visiblemente. Hasta ese momento había existido un límite sobre lo que creía acerca de la maldad de estas gentes. Ellos eran, después de todo, solo personas. Eran simplemente almas morbosas cuyas creencias discrepaban de forma radical del saludable orden social que les rodeaba. Si hay algo que he aprendido durante mis años como antropólogo es que el mundo está infinitamente lleno de fenómenos que la sociedad tal como nosotros la conocemos (quienquiera que incluya ese nosotros) consideraría extraños, hasta el punto en el que el concepto de extrañeza en sí mismo había llegado a no significar casi nada para mí. Pero con la escena que presencié luego, mi consciencia saltó a un estadio del cual nunca regresará.

Porque ahora tenía lugar la escena de la transformación, la culminación de todas las arlequinadas.

Comenzó lentamente. Se produjo un movimiento cada vez más intenso entre los que se encontraban en el extremo opuesto de la sala a donde yo me encontraba. Alguien había caído al suelo y el resto de los que estaban en la zona retrocedió. La voz en el altar continuó su salmodia. Intenté colocarme en un mejor punto de observación pero me rodeaban demasiados. A través de la masa de cuerpos que se interponían vi fugazmente lo que estaba sucediendo.

El hombre que se había desmayado y caído en el suelo del salón parecía estar perdiendo su forma y proporción anteriores. Pensé que era un truco de payaso. Eran payasos, ¿no es cierto? Yo mismo podía transformar cuatro bolas blancas en cuatro bolas negras al tiempo que hacia malabares con ellas. Y este no era mi truco de magia cómica más asombroso. ¿Y no hay siempre cierta prestidigitación inherente en todas las ceremonias que dependen de los delirios inducidos de los celebrantes? Este era un buen espectáculo, pensé, y me reí para mis adentros. La escena de la transformación del Arlequín despojándose de su fachada de loco. ¡Oh, Dios, Arlequín, no te muevas de esa manera! Arlequín, ¿dónde están tus brazos?… Y tus piernas se han amalgamado en una y han comenzado a retorcerse por el suelo. ¿Qué es ese terrible ombligo que boquea donde debiera estar tu cara? ¿*Qué es lo que se entierra a sí mismo antes de morir*? La todopoderosa serpiente de la sabiduría: el Gusano Vencedor.

Ahora el fenómeno se extendía por todo el salón. Miembros individuales de la congregación lanzaban miradas vacías —atrapados durante unos segundos en un trance helado— y luego se derrumbaban sobre el suelo y experimentaban la nauseabunda metamorfosis. Esto ocurría con una frecuencia cada vez mayor, cuanto más alto y más frenéticamente entonaba Thoss su oración o maldición demente.

Luego se produjo un desplazamiento espasmódico hacia el altar y Thoss dio la bienvenida a aquellas cosas que se arrastraban por el suelo, doblándose y reptando hacia la parte superior del altar. Ahora supe quién era aquella figura laxa que yacía sobre el altar.

Era Kora y Perséfone, la hija de Ceres y la Reina de Invierno: la niña abducida al inframundo de la muerte. Pero esta niña no tenía ninguna madre sobrenatural que la salvara, ninguna madre viva en absoluto. Porque el sacrificio que presencié fue un eco del que ocurrió veinte años antes, la fiesta de carnaval de la generación precedente… *¡Oh carne vale!* Ahora madre e hija se habían convertido en víctimas de este Sabbat subterráneo. Por fin fui consciente de esta verdad cuando la figura se agitó sobre el altar, levantó la cabeza de gélida belleza y gritó al ver las bocas mudas que se cernían sobre ella.

Corrí hacia el túnel (no había nada que hubiera podido hacer, me he estado diciendo obsesivamente desde entonces). Algunos de los que todavía no habían mutado de forma se lanzaron a perseguirme. Me habrían alcanzado, no tengo ninguna duda, porque me caí a tan solo unas yardas en el pasadizo. Y durante unos segundos pensé que yo también iba a sufrir una transformación. Ahora todo parecía posible. Cuando escuché los pasos de mis perseguidores me convencí de que no iba a poder evitar el peor fin que un ser humano puede sufrir: la muerte reservada a aquellos enloquecidos previamente por sus dioses. Quizás incluso me forzaran a ocupar un lugar en el altar, entre los sanguinolentos restos de la Reina de Invierno. Pero los pasos a mis espaldas cesaron y retrocedieron. Habían recibido una orden con la voz de su sumo sacerdote. Yo también escuché la orden, aunque hubiera deseado no haberlo hecho, porque hasta entonces había pensado que Thoss no me había reconocido. Fue escuchar esa voz lo que me confirmó que no era así.

De momento, era libre de marcharme. Luché por ponerme en pie y, puesto que el farol se había roto en mi caída, volví sobre mis pasos por una absoluta oscuridad de cloaca.

Todo pareció ocurrir muy rápido en cuanto emergí del túnel y salí del hoyo. Me quité el maquillaje hediondo de la cara y corrí por los bosques de regreso a la carretera. Un coche que pasaba en ese momento paró, aunque tampoco es que le diera otra opción que la de atropellarme si no lo hacía.

—Gracias por parar.

—¿Qué demonios hace por aquí? —preguntó el conductor.

Contuve la respiración.

—Ha sido una broma. El festival. Unos amigos pensaron que sería divertido. Por favor, vámonos de aquí.

El conductor me dejó a una milla de la ciudad y desde allí pude encontrar el camino. Era la misma ruta por la que conduje la primera vez que visité Mirocaw el verano anterior. Permanecí unos momentos en la cima de aquella alta colina en las afueras de la ciudad, contemplando la bulliciosa aldea. La intensidad del festival no

había amainado. Me dirigí hacia el reconfortante resplandor verde y me escabullí entre los festejantes sin ser detectado.

Cuando llegué al hotel me alivió ver que no había nadie. Teniendo en cuenta el aspecto de total devastación que debía tener, temía encontrarme con alguien que pudiera preguntarme qué me había ocurrido. La recepción del hotel estaba desatendida, así que me libré de tener que hablar con Beadle. En efecto, percibí una atmósfera de abandono en el lugar que me pareció que no presagiaba nada bueno, pero que no me detuve a examinar.

Troté por las escaleras hasta mi cuarto. Cerré la puerta con llave, luego me derrumbé en la cama y pronto estuve envuelto en la mortaja de una piadosa oscuridad.

* * *

7

Cuando me desperté a la mañana siguiente, vi desde la ventana que la ciudad y el campo de los alrededores habían sido visitados durante la noche por una abundante nevada, del todo imprevista. Algunos copos todavía caían sobre las calles ahora desiertas de Mirocaw, y enterrados bajo los bancos de nieve se apreciaban los vestigios de las festividades y la celebración. El festival había acabado. Todos se habían retirado a sus hogares.

Y ésa era exactamente mi intención. Cualquier acción por mi parte en relación a lo que había visto la noche anterior tendría que esperar hasta que estuviera lejos de la ciudad. Todavía dudo si servirá de algo revelar el asunto de esta manera. Cualquier acusación manifestada por mí en relación a la población del suburbio de Mirocaw es susceptible de ser desestimada, quizás como engaño o alucinación festiva. Y al final este documento ocupará su lugar junto a las obras de Raymond Thoss.

Cargando con las maletas llenas en ambas manos, me dirigí al mostrador para pagar la cuenta. El hombre que estaba tras el mostrador no era Samuel Beadle y tuvo que rebuscar un rato entre los Papeles para encontrar mi factura.

—Aquí la tiene. ¿Es todo correcto?

—Correcto —respondí con voz apagada—. ¿Está el señor Beadle por aquí?

—No, me temo que aún no ha regresado. Ha estado fuera toda la noche buscando a su hija. Es una joven muy popular, la Reina de Invierno y todas esas tonterías. Probablemente descubra que está en una fiesta en alguna parte.

Un tenue gemido escapó de mi garganta.

Lancé las maletas en el asiento trasero del coche y me senté tras el volante. Esa mañana nada de lo que podía recordar parecía real. La nieve caía y la contemplé desde detrás del parabrisas, lenta, silenciosa y fascinante. Arranqué el coche y miré instintivamente al espejo retrovisor. Lo que vi allí todavía permanece enmarcado en mi mente de forma muy vivida, como quedó enmarcado en la ventana trasera de mi coche cuando me giré para verificar su realidad.

En medio de la calle, detrás de mí, de pie y hundidos en la nieve hasta los tobillos, estaban Thoss y otra figura. Cuando miré con más atención a la otra figura reconocí a uno de los chicos que sorprendí en aquel restaurante. Pero ahora había adoptado un parecido melancólico con su nueva familia. Tanto él como Thoss me miraban sin hacer ademán de detenerme. Thoss sabía que no era necesario.

Tuve que llevar la imagen de esas dos figuras oscuras en mi mente todo el tiempo que conduje de regreso a casa. Y solo ahora empiezo a vislumbrar la total gravedad de mi experiencia. Hasta el momento he fingido estar enfermo para evitar mis clases. Enfrentarme al curso normal de la vida tal como la había conocido me resultaría imposible. Ahora estoy bajo los efectos de una estación y un clima mucho más frío y más yermo que todos los inviernos que recuerde el hombre. Y el rastrear mentalmente sucesos pasados tampoco parece haber ayudado mucho. En todo caso, ahora siento que me estoy hundiendo más profundamente en un abismo blanco aterciopelado.

En ocasiones podría casi disolverme en este reino interno de pureza y vacío, el paraíso de los no nacidos. Recuerdo ahora cómo me sentí momentáneamente sobrepasado por un sentimiento jamás antes experimentado cuando vagaba disfrazado por las calles de Mirocaw, sin ser tocado por las formas ebrias y ruidosas a mi alrededor: intocable. Era la sensación de haber sido liberado del *peso de la vida*. Pero me estremezco ante esta seductora nostalgia, porque parodia mi existencia como una mera locura, una máscara brillante de payaso tras la cual busco ocultar mi oscuridad. Me doy cuenta de lo que está sucediendo, y que no quiero que sea cierto, aunque Thoss proclamó que lo era. Recuerdo la orden que dio a los otros mientras yo yacía impotente en el túnel. Podrían haberme apresado, pero Thoss, mi viejo maestro, los llamó. Su voz retumbó por aquella caverna, y ahora reverbera en la cámara psíquica de mi memoria.

—Él es uno de nosotros —dijo—. *Siempre* ha sido uno de nosotros.

Es esta la voz que ahora invade mis sueños y mis días y mis largas noches de invierno. Le he visto, doctor Thoss, a través de la nieve al otro lado de mi ventana. Pronto celebraré, a solas, esa última fiesta que matará sus palabras, solo para demostrar lo bien que he aprendido su verdad.

En memoria de H. P. Lovecraft

DOS

LOS ANTEOJOS DE LA CAJA

[The Spectacles in the Drawer]

1

El año pasado, a esta hora, tal vez este mismo día, Plomb vino a visitarme a casa. Siempre parecía estar al tanto de cuando regresaba de mis habituales viajes, y siempre aparecía sin haber sido invitado ante la puerta de mi casa. Aunque mi anterior residencia estaba en un patético estado ruinoso, Plomb parecía considerarla una especie de palacio de las maravillas y contemplaba sus altos techos y anticuados apliques como si detectara en ellos un nuevo encanto en cada una de sus visitas. Ese día —creo que era un día gris— volvió a hacer lo mismo. Luego nos acomodamos en una de las habitaciones espaciosas pero escasamente amuebladas de mi casa.

—¿Y que tal han ido tus viajes? —preguntó, como si solo pretendiera un poco de conversación civilizada.

Podía ver por su sonrisa —un reflejo de la mía propia, sin duda— que estaba contento de estar otra vez en mi casa y en mi compañía. Sonreí también y me levanté. Plomb, por supuesto, se levantó conmigo, replicando mis movimientos casi al unísono.

—¿Vamos entonces? —dije. *Qué pesadez,* pensé.

Nuestros pasos repiqueteaban a un ritmo moderado sobre el duro suelo de madera que conducía hacia las escaleras. Subimos a la segunda planta, que había dejado casi totalmente vacía, y luego ascendimos por unas escaleras más estrechas a la tercera planta. Aunque le había conducido varias veces por esta ruta, pude ver por el

movimiento frenético de sus ojos en todas direcciones que, para él, cada grieta de las paredes, cada telaraña que flotaba en un rincón, cada corriente de aire cerrado de la casa, conformaban un preludio intrigante a nuestro destino. Al final del pasillo de la tercera planta había una pequeña escalera de madera, poco más que unas escaleras de tijera, que conducía hacia el viejo desván donde guardaba ciertos objetos que coleccionaba.

No era en absoluto una habitación grande y la atmósfera cerrada se *espesaba*, como hubiera señalado Plomb, por el claustrofóbico mobiliario de altas vitrinas, estanterías que llegaban hasta el techo y varios arcones y cajas. Esto es un ejemplo de cómo era mi vida en aquella época. En cualquier caso, a Plomb parecía gustarle ese estado de las cosas.

—Ah, la habitación de los misterios secretos La cámara donde todos tus prodigios impenetrables están escondidos.

Estos tesoros y maravillas, como los llamaba Plomb, supongo que eran extraordinarios desde cierto punto de vista. A Plomb le encantaba repasar mi colección de curiosidades, llenándose el regazo de objetos exóticos y sentándose en el polvoriento sofá en el centro de la habitación. Pero siempre que regresaba de algún viaje prolongado, eran los objetos nuevos los que tenían prioridad en la escala de fascinación de Plomb. De modo que saqué inmediatamente una daga de doble empuñadura con una sola hoja de piedra pulida. Al ver por primera vez aquel objeto ceremonial, Plomb extendió en alto y hacia arriba las palmas de sus manos y coloqué el extraño artilugio en su legítimo altar.

—¿Quién ha podido crear tal maravilla? —preguntó, aunque era una pregunta retórica. No esperaba ninguna respuesta a su pregunta y, posiblemente, tampoco deseaba ninguna. Y, por supuesto, por toda explicación me limite a ofrecerle una simple sonrisa. Pero en esta ocasión me percaté de lo rápido que la magia de aquella primera muestra de mis «tentadores objetos arcanos», como diría él, perdía su inicial poder de atracción. Lo rápido que esa niebla reluciente, que solo rodeaba a Plomb, se dispersó para revelar una tediosa claridad. Tenía que moverme más deprisa.

—Toma —dije mientras rebuscaba con el brazo entre las sombras de un armario abierto—. Deberías ponerte esto cuando manejes esa daga de sacrificios. Le lancé la capa por los hombros, cubriendo su pequeño cuerpo con un ciclón de extraños diseños y colores. Se admiró en el espejo que había en la cara interna de la puerta del armario.

—Mira la capa en el espejo —casi gritó—. Se ve el estampado del revés. Qué extraño, es mucho más bonita así.

Mientras permanecía allí contemplándose, le quité la daga de la mano antes de que sufriera algún percance. Se quedó con las manos libres y las elevó hacia el techo polvoriento de la habitación y hacia los dioses oscuros de su imaginación. Sujetando ambas empuñaduras de la daga, la elevé súbitamente por encima de su cabeza, donde la mantuve en alto. Unos segundos más tarde Plomb comenzó a reírse, y luego le dio

un ataque espasmódico de sardónica hilaridad. Se tropezó con el viejo sofá y se derrumbó sobre sus suaves cojines. Le seguí, pero cuando llegué hasta su figura postrada no fue la hoja azul celeste lo que descargue sobre su pecho… fue simplemente un libro, uno de los muchos que le había enseñado. Sus pierdas dobladas le sirvieron de atril en el que apoyó el enorme volumen, apuntalándolo firmemente cuando se puso a pasar las páginas rígidas y crepitantes. El sonido parecía absorberlo en igual medida que la visión de un idioma que ni tan siquiera sabía identificar, no digamos ya comprender.

—El grimorio perdido del Abad de Tine —rió—. Transcrito en el idioma de…

—Buen intento —interrumpí—. Pero equivocado.

—Entonces los prohibidos *Salmos de los Silenciosos*. El libro sin autor.

—Sin un autor que viviera en este mundo, si recuerdas lo que te conté sobre ello. Pero yerras mucho el tiro.

—Bueno, ¿y si me das una pista? —dijo con una impaciencia que me sorprendió.

—¿Pero no preferirías especular sobre sus secretos? —sugerí.

Pasaron algunos segundos de silencio incómodo.

—Supongo que sí —respondió finalmente.

Luego lo vi empaparse de la inescrutable escritura de aquel volumen antiguo.

En verdad, los misterios de estas Sagradas Escrituras se encontraban entre los más genuinos de su especie, porque nunca fue mi intención embaucar a mi discípulo con falsos enigmas, como comprensiblemente creyó él mismo. Pero los secretos de un libro como ese no son perpetuos. Una vez conocidos, quedan relegados a una esfera menor, que es la del conocedor. Tras perder el prestigio del que gozaron en otro tiempo, estos antiguos secretos ahora funcionan como herramientas en el desenterramiento de otros aún más profundos que, a su vez, sufrirán el mismo destino corrosivo. Y este es el destino de todos los secretos del universo. Finalmente, el que busca un conocimiento recóndito podría llegar a la conclusión —ya sea a través del conocimiento o por puro cansancio— de que este proceso implacable nunca acaba, que la mortificación de un misterio tras otro no tiene término más allá de la extinción del propio buscador. ¿Y cuántos aún siguen siendo susceptibles a esa búsqueda? ¿Cuántos llevan la búsqueda hasta el final de sus días con la esperanza eterna de dar con alguna revelación definitiva? Es mejor no pensar en términos concretos en los pocos creyentes que quedan. Abundando en este punto, parecía que Plomb pertenecía a ese número minúsculo de buscadores eternos. Y tenía intención de reducir ese número en uno menos.

El plan era simple: alimentar el hambre de Plomb por las sensaciones misteriosas hasta el punto de la náusea… y más allá. Lo único que sobreviviría en él sería un estómago lleno de vergüenza y arrepentimiento por una pasión difunta.

Mientras Plomb estaba tumbado en el sofá, ojeando ese estúpido libro, me acerqué a un armario grande cuyas puertas estaban compuestas de una rejilla de metal deslustrado enmarcado en madera oscura. Abrí una de las puertas y dejé a la vista una

serie de estanterías abarrotadas de libros y objetos curiosos. Sobre uno de los estantes, allí colocada como única ocupante, había una caja muy blanca. No era más grande, según la recuerdo ahora, que un modesto joyero. No había ninguna marca en la caja, solo unas huellas dactilares o, más bien, huellas de pulgares que manchaban la tersa superficie blanca en ambos laterales y en la parte central. No había asas ni adornos de ningún tipo, y a primera vista no se apreciaba ni la más fina costura o unión que indicara el nivel donde la parte inferior de la caja se juntaba con la parte superior, o que revelara, tal vez, la existencia de un compartimento. Sonreí ligeramente al observar el pretendido misterio de aquel objeto, luego lo sujeté por ambos lados, suavemente, y coloque los pulgares sobre las huellas frescas y grasientas. Apreté con ambos pulgares y un compartimento secreto se abrió automáticamente por la parte delantera de la caja. Como suponía, Plomb me había estado observando mientras yo realizaba estos movimientos.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó.

—Paciencia, Plomb. Ya lo verás —respondí mientras sacaba delicadamente dos objetos brillantes del compartimento: un cuchillo rías pequeño y plateado que se parecía mucho a una cuchilla abrecartas y un par de viejos anteojos con montura de alambre.

Plomb dejó a un lado el libro que ahora se le antojó aburrido y se enderezó apoyándose en el brazo del sofá. Me senté junto a él y abrí los anteojos de manera que las patillas apuntaran hacia su rostro. Cuando se inclinó hacia delante, se las coloqué.

—Son simples cristales —dijo con un tono de absoluta decepción—. O con muy poca graduación.

Movió los ojos de un lado a otro intentando examinar lo que se posaba sobre su propio rostro. Sin decir ni una sola palabra, sostuve el pequeño cuchillo delante de él hasta que al fin se percató de su presencia.

—Ahhh —dijo, sonriendo—. Tienen algo más.

—Claro que tienen algo más —dije, girando suavemente la hoja metálica ante sus ojos fascinados—. Si no te importa, necesito que mantengas en alto la palma de la mano. Da igual cuál. Bien, justo así. No te preocupes, ni siquiera lo notarás. Ya está —dije después de realizar un corre diminuto—. Ahora —le ordené—, mantén la mirada en ese fino reguero rojo de sangre.

»Tus ojos están ahora fusionados con esas lentes fantásticas y tu visión es la misma que la del objeto. ¿Y qué es exactamente ese objeto? Obviamente, es todo lo que fascina, todo lo que ejerce atracción sobre tu mirada y tus sueños. Ni siquiera puedes concebir el deseo de apartar la mirada. Y a pesar de que no se ven imágenes simples, sin embargo hay una especie de visión, una escena infinita y abrumadora que se expande ante ti. Y la vastedad de ese paisaje es tal que ni tan siquiera la cegadora expansión de todos los universos conocidos puede contener *estos* prodigios. Todo es tan brillante, tan magnífico y tan vivo. Paisajes sin fin se agitan con una vida jamás

vista por ojos mortales. Una diversidad inimaginable de formas y movimientos, diseños y dimensiones, y todos los detalles son absolutamente cristalinos, desde las gigantescas formas que se tambalean sobre la línea de horizontes interminables hasta los más diminutos cilios que se retuercen en un oscuro nicho oceánico. E incluso esto tan solo es un fragmento de todo lo que se puede ver y conocer. Hay astronomías laberínticas que se fusionan y producen evoluciones instantáneas, transformaciones constantes tanto de la apariencia como de la esencia. Sientes que eres testigo de los fenómenos más crípticos que existen o que alguna vez hayan podido existir. Y, sin embargo, escondido entre las sombras de lo que puedes ver hay algo que todavía no es visible, algo que palpita con un pulso atronador y promete visiones aún más fabulosas. Todo lo demás no es más que la membrana que envuelve a la criatura definitiva que espera nacer, preparándose para el cataclismo que sera tanto el principio como el final. Contemplar el preludio de este acontecimiento es una experiencia de insoportable expectación, de manera que el éxtasis y el terror se fusionan en una nueva emoción que se corresponde perfectamente con la revelación de la fuente definitiva de toda manifestación. Parece que el próximo instante traerá consigo una revolución de la sustancia total de las cosas. A medida que los segundos pasan, la experiencia se va haciendo más fascinante sin consumar sus presagios, sin extinguirse en la revelación. Y aunque las visiones permanecen activas en tu interior, profundamente enraizadas en tu sangre… ahora te despiertas.

Plomb tomó impulso y se levantó del sofá, luego avanzó unos cuantos pasos tambaleándose y se limpió la mano ensangrentada en la parte delantera de su camisa, como si quisiera limpiar de su mente las visiones que había contemplado. Sacudió la cabeza con fuerza una o dos veces, pero los anteojos permanecieron en su sitio.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

Plomb parecía gravemente aturdido. Tenía la mirada idiotizada tras los anteojos y su boca se abrió dejando escapar innumerables palabras no pronunciadas. Sin embargo, cuando dije «Quizás debería quitártelas», lanzó su mano hacia la mía, como si quisiera evitar que lo hiciera. Pero su oposición fue tibia. Tras plegar las patillas de alambre, volví a guardar los anteojos en su caja. Plomb ahora me miraba como si estuviera realizando alguna clase de ritual de enorme significación. Parecía estar todavía recuperándose de su experiencia.

—¿Y bien? —pregunté.

—Terrible —respondió—. Pero…

—¿Pero?

—Lo que quiero decir es… ¿de dónde las has sacado?

—¿No puedes adivinarlo por ti mismo? —repliqué. Y durante un segundo pareció que también en este caso deseaba una respuesta más simple, a pesar de sus hábitos más arraigados. Luego sonrió taimadamente y se lanzó sobre el sofá. Sus ojos brillaban mientras inventaba una anécdota de su gusto.

—Puedo verte —dijo— en una subasta ocultista en un barrio de mala fama de una

ciudad extranjera. La caja es presentada, los anteojos se muestran. Fueron creados hace varias generaciones por un hombre que era a un mismo tiempo un estudioso de los gnósticos y un artesano de la optometría. Su ambición: fabricar un par de ojos artificiales que le permitieran eludir el obstáculo de las apariencia; físicas y atisbar un reino lejano de verdades secretas cuyo portal se hallaba en las profundidades de nuestra propia sangre.

—Asombroso —contesté—. Tus suposiciones están tan cerca de la verdad que aportar más detalles por el mero afán de una mayor exactitud me parece del todo innecesario.

De hecho, los anteojos formaban parte de un lote de baratijas de anticuario que compré a ciegas, y la caja era de origen desconocido, o más bien, olvidado… era solo algo que tenía guardado en el ático. Y el cuchillo era el utensilio de un mago para cortar limpiamente billetes y corbatas de seda.

Cogí la caja que contenía los anteojos y el cuchillo y se la ofrecí a Plomb, sosteniéndola justo fuera del alcance de sus manos.

—¿Eres capaz de imaginar los peligros que conlleva, la posible pesadilla que puede suponer poseer tales «ojos artificiales»? —asintió con expresión grave—. Y puedes imaginar el control que debe ejercer el poseedor de un artilugio tan espantoso…

Los ojos de Plomb se inundaron de comprensión y comenzó a chupar su palma ligeramente lacerada.

—Entonces nada me haría más feliz que delegar en ti la propiedad de este artefacto milagroso, mi querido Plomb. Estoy seguro de que lo seguirás venerando mejor que nadie.

Y era exactamente esa veneración la que pensaba minar maliciosamenre, o más bien expandir hasta que reventara. Porque ya no podía soportar durante más tiempo ser testigo de ella.

Cuando Plomb estuvo de nuevo en la puerta de mi casa, sosteniendo su precioso regalo que arropaba con un torpe abrazo infantil, no pude evitar hacerle la pregunta.

—Por cierto, Plomb, ¿te han hipnotizado alguna vez?

—No —respondió—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad —contesté—. Ya sabes cómo soy. Bien, buenas noches.

Luego cerré la puerta al sujeto más voluntarioso del mundo, con la esperanza de que pasara un tiempo antes de que regresara. «Si es que lo hace alguna vez», dije en voz alta, y las palabras resonaron en los huecos de mi casa.

2

Sin embargo, poco después Plomb y yo tuvimos nuestro siguiente encuentro, aunque las circunstancias fueron accidentales. A última hora de cierta tarde, como era habitual, me encontraba rebuscando en una tienda en la que se vendía mercancía de segunda mano de lo más absurda. El lugar estaba increíblemente abarrotado de artículos sueltos desechados y pura basura: una báscula oxidada que en otro tiempo te indicaba el peso por un penique, estanterías torcidas, juguetes rotos, muebles viejos, ceniceros de pie que en otro tiempo decoraron el vestíbulo de un hotel, y un revoltijo de objetos que parecían totalmente inescrutables en cuanto a su origen o Función. Sin embargo, para mí estos bazares tan desolados me ofrecían mayor diversión y consuelo que los mercados más exóticos, que con tanta frecuencia habían cumplido sus extrañas promesas que el propio misterio dejó de tener significado. Pero mi vendedor de objetos de segunda mano no hacía promesas y no inspiraba sueños; dejaba todo eso a aquellos vendedores ambiciosos que traficaban con ese tipo de enseres. Y yo había dejado ese tipo de búsqueda atrás, como he explicado antes. Lo que eran místicas rarezas de esta tierra para Plomb, para mí se habían convertido en manidos y deprimentes productos. Ahora no podía pedirle nada más a una tarde gris que encontrarme en un establecimiento que no tenía otra cosa que vender más que el encanto del desencanto.

Por casualidad, esa tarde en concreto aquella tienda de segunda mano volvió a reunirme, aunque tan solo de forma indirecta, con Plomb. El intercambio visual tuvo lugar en un espejo de balancín que había cerca de la pared trasera de la tienda, uno de los muchos espejos que parecían constituir la especialidad del local. Yo me había acuclillado ante esa reliquia y pasé la mano desnuda por la polvorienta superficie. Y allí, escondido tras el polvo, estaba el rostro de Plomb, que debía de acabar de entrar a la tienda y estaba al otro extremo de la habitación. Aunque pareció reconocer mi espalda inmediatamente, su expresión reveló cierta esperanza de que no le hubiera visto. Había sorpresa en ese rostro, tanto como vergüenza, y algo más. Pero si Plomb se hubiera acercado a mí, ¿qué podría haberle dicho? Quizás le habría mencionado que no tenía muy buen aspecto, o que parecía haber sufrido un accidente. Pero ¿cómo podría él explicar lo que le había sucedido sin revelar la verdad que ambos sabíamos y ninguno mencionábamos? Afortunadamente, esa posible escena permaneció en hipótesis, porque un segundo más tarde él abandonó la tienda.

Me acerqué con cuidado al escaparate a tiempo para ver a Plomb zambulléndose a toda prisa en el mortecino día sin sombras, cubriéndose la cara con la mano derecha. «Mi intención solo era curarlo», murmuré para mí mismo. No había considerado que fuera incurable, ni que las cosas hubieran podido acabar como lo hicieron.

3

Después de ese día me pregunté, casi hasta el punto de la obsesión, qué clase de infierno había atrapado al pobre Plomb. Solo sabía que le había proporcionado un tipo de juguete: la habilidad subliminal de ariborrar sus ojos con un universo imaginario en una gota de su propia sangre. La posibilidad de que Plomb deseara magnificar esta experiencia, o, de hecho, de que fuera capaz de tal hazaña, no se me había pasado seriamente por la cabeza. Sin embargo, obviamente era esto lo que había ocurrido. Ahora tenía que preguntarme a mí mismo hasta dónde podía llegar la situación de Plomb. La respuesta, aunque no podía adivinarla por entonces, se me presentó en un sueño.

Y parecía apropiado que el sueño tuviera como escenario aquel viejo desván del ático de mi casa, el cual Plomb apreciaba más que cualquier otra habitación del mundo. Yo estaba sentado en un sillón, un sillón enorme y envolvente que en realidad no existe, pero que en el sueño estaba colocado justo frente al sofá. Ningún pensamiento ni sentimiento me atormentaba y solo tenía una leve sensación de que había alguien más en la habitación. Pero no podía ver quién era porque todo se veía desfigurado, borroso y gris. Dio la impresión de que algo se movía por la zona del sofá, como si los propios cojines estuvieran aletargadamente inquietos. Incapaz de indagar en el origen de ese movimiento, me llevé la mano a la sien en gesto reflexivo. Así es como descubrí que llevaba puesto un par de anteojos con lentes circulares conectadas a unas patillas de alambre. Pensé: «Si me quito estos anteojos podré ver más claramente». Pero una voz me dijo que no me los quitara, y reconocí esa voz. Luego algo se movió, una sombra con forma de hombre sobre el sofá. Una atmósfera de terror sordo invadió el espacio que me rodeaba. «Márchate, Plomb. No tienes nada que mostrarme», dije. Pero la voz no concordaba conmigo y sonaba en siniestros susurros que no tenían sentido y, sin embargo, parecían estar llenos de significado. Sin duda, se me iban a mostrar cosas, parecían decir estos susurros. Ya se me estaban mostrando cosas, cosas asombrosas… misterios y maravillas más allá de cuanto pudiera haber imaginado. Y, de repente, todas mis sensaciones, mientras miraba por los anteojos, se convirtieron en pruebas palpables de ese confuso pronunciamiento. Eran sensaciones de una naturaleza peculiar que, por lo que sé, solo se experimentan en los sueños: sensaciones de expansión infinita y significado inefable que no tienen lugar en nuestras vidas cotidianas. Pero aunque estas emociones astronómicas sugerían maravillas de increíble magnitud y naturaleza, a través de esas lentes mágicas no vi nada más que esto: una oscura masa entre las sombras frente a mí cuyo contorno iba haciéndose cada vez más visible ante mis ojos. Poco a poco llegué a reconocer lo que parecía un esqueleto mutilado, algo de una terrible crudeza, un cuerpo acuchillado y desollado mostraba cada una de sus laceraciones con precisión

microscópica. La única cosa de color en mis grises alrededores se contraía y temblaba como un corazón sanguinolento expuesto en el interior del cuerpo del sueño. Y emitía un sonido como una risilla demoníaca. Luego dijo: «He regresado de mi viaje», como si me parodiara.

Fue esta simple frase lo que me dio fuerzas para arrancarme los anteojos de la cara, a pesar de que ahora parecían formar parte de mi carne. Los agarré con ambas manos y los lancé contra la pared, donde se hicieron añicos. De alguna manera esto sirvió para exorcizar a mi compañero atormentado, que se esfumó entre las sombras grises. Luego miré a la pared y vi que se estaba volviendo roja donde los anteojos la habían golpeado. Y las lentes rotas tiradas en el suelo sangraban.

Experimentar un sueño de estas características en una sola ocasión podría perfectamente proporcionar un recuerdo persistente para toda una vida, algo que tal vez incluso podría resultar reconfortante por sus profundas conexiones sentimentales insondables. Pero sufrir una y otra vez esa misma pesadilla, como pronto descubrí que iba a ser mi sino, hace que uno busque por encima de todo una manera de matar el sueño, de exponer todos sus secretos y reducirlo a fragmentos que puedan ser olvidados.

En mi búsqueda de esta liberación, recurrí en primer lugar a las protectoras sombras de mi hogar, las sobrias sombras que en otro tiempo me habían proporcionado una paz fría e inmóvil. Intenté liberarme mediante argumentaciones conmigo mismo acerca de mis excursiones nocturnas, ahuyentando estas visiones con discursos, aleccionando a las paredes *contra* los prodigios de un mundo misterioso. «Teniendo en cuenta que cualquier forma de existencia», susurré, «teniendo en cuenta que cualquier forma de existencia es por definición un conflicto de fuerzas, o no es nada, ¿qué puede importar si estos conflictos tienen lugar en un mundo de maravillas o un mundo de barro? La diferencia entre los dos no es significativa, o incluso nula. Tales distinciones son producto solo de las perspectivas más burdas y limitadas, siendo las sensaciones de misterio y asombro las principales. Incluso el éxtasis más esotérico, llegado el momento, precisa del soporte de un vulgar dolor para destacar como experiencia. Tras reconocer la verdad, a pesar de su provisionalidad, y la realidad, aunque sujeta al cambio, de todo lo más extraño del universo —ya sea conocido, desconocido, o simplemente supuesto—, uno solo puede concluir que tales maravillas no cambian nada nuestras existencias. La galería de sensaciones humanas que existía en la prehistoria es idéntica a la que se enfrenta cada vida hoy, y a la que continuará enfrentándose cada nueva vida que aparezca en este mundo… y que luego mire más allá».

Y así intenté recuperar mediante el razonamiento mi autodominio. Pero no recupere nada de mi anterior serenidad. Por el contrario, tanto mis días como mis noches ahora estaban emponzoñados por una obsesión con Plomb. ¿Por qué le había dado esos anteojos? Y más aún, ¿por qué le permití quedárselos? Hubo tiempo para arrebatarle el regalo, confiscarle esos pequeños vidrios y metal retorcido que ahora

desgarraba la mente equivocada. Y ya que había tenido tanto éxito en mantenerlo alejado de mi puerta, iba a tener que ser yo el que me acercara a la suya.

4

Pero no fue Plomb quien abrió la puerta desvencijada de aquella casa que se alzaba al final de la calle junto a una amplia extensión de campo yermo. No fue Plomb quien preguntó si yo era un periodista o un policía antes de cerrarme aquella puerta desencajada y sucia en la cara cuando respondí que no era ninguna de las dos cosas. Tras volver a golpear la puerta, que pareció a punto de deshacerse bajo mi puño, convoqué por segunda vez al hombre de ojos hundidos para preguntarle si ése era de hecho el domicilio del señor Plomb. Nunca lo había visitado en su casa, esa penosa caja de cerillas en la que vivía y dormía y soñaba.

—¿Es un familiar?

—No —respondí.

—Entonces, ¿qué? No estará aquí para cobrar una factura, porque en ese caso…

Movido por la simplicidad, apostillé que era un amigo del señor Plomb.

—Entonces, ¿cómo es que no lo sabe?

Movido por la curiosidad dije que había estado de viaje, como ocurría con frecuencia, y tenía mis propias razones para informar al señor Plomb de mi regreso.

—Entonces no sabe nada —sentenció el hombre rotundamente.

—Exactamente —contesté.

—Incluso salió en los periódicos. Y ellos me preguntaron sobre él.

—Plomb —confirmé.

—Eso es —dijo, como si de repente se hubiera convertido en el guardián de un conocimiento secreto.

A continuación me hizo señas para que entrara en la casa y me condujo por su feo y sofocante interior hasta un pequeño almacén en la parte trasera. Alargó el brazo por la pared interior de la habitación, como si quisiera evitar entrar, y encendió la luz.

Inmediatamente entendí por qué el hombre de rostro demacrado prefería no entrar en aquella habitación: porque Plomb había redecorado aquel espacio de una manera verdaderamente extraña. Cada una de las paredes, así como el techo y el suelo, era un mosaico de espejos, una estremecedora galaxia de reflejos redundantes. Y cada

espejo estaba atravesado con una línea sobre su superficie, como si alguien hubiera lanzado brochazos de pintura desde varios puntos de la habitación, esparciendo oscuras estrellas por el firmamento plateado. En un intento por agotar o exagerar las visiones que aparentemente lo habían convertido en su esclavo, Plomb había multiplicado estas visiones hasta el infinito, creando océanos de su propia sangre, lo que le permitía ver con innumerables ojos. Fascinado por tal aspiración, contemple los espejos con mudo asombro. Entre ellos estaba el espejo de balancín en el que recordaba haberme mirado no hacía mucho tiempo.

El casero, que no me siguió al interior de la habitación, dijo algo sobre un suicidio y un cuerpo descuartizado. Estas noticias eran por Supuesto innecesarias mientras seguía allí en pie abrumado por la inventiva de Plomb. Tuvo que pasar un buen rato hasta que pude apartar la mirada de aquella galería de cristal y vísceras. Solo más tarde fui del todo consciente de que jamás lograría deshacerme del horrible Plomb. Se había abierto camino por todos los espejos, se había proyectado él mismo en una eternidad más allá de estos.

E incluso cuando abandonó mi hogar, con su espantoso desván en el ático, Plomb aún me seguía en mis sueños. Ahora viaja conmigo hasta los confines de la tierra, iniciándome noche tras noche en sus inefables maravillas. Solo puedo esperar que no nos encontraremos en otro lugar, un lugar en el que los misterios siempre son nuevos y los sueños nunca acaban. Oh, Plomb, ¿por qué no te quedas en esa caja donde depositaron tu cuerpo automutilado?

TRES

LAS FLORES DEL ABISMO

[Flowers of the Abyss]

Debo susurrar mis palabras al viento, sabiendo de alguna manera que llegarán hasta vosotros, que me enviasteis aquí. Que esta desventura, como el primer aroma rancio del otoño, os llegue a todos, mi querido pueblo. Porque fuisteis vosotros los que decidisteis dónde debía ir, los que deseasteis que yo viniera aquí y me presentara ante él. Y yo acepté, porque el miedo que embargaba vuestras voces y que se dibujaba en vuestros rostros era mucho mayor que lo que vuestras palabras podían expresar. Temí vuestro temor a él: aquel cuyo nombre ignorábamos, el que veíamos pero que nunca habló, el que vivía lejos de la ciudad en aquella casa ruinosa que hace mucho tiempo fue testigo del final de la familia Van Livenn. «Qué tragedia», convinimos todos. «Y mantuvieron ese hermoso jardín durante tanto tiempo. Pero él… él no parece muy interesado en esas cosas».

Fui elegido para desentrañar sus secretos y descubrir qué maldad o indiferencia albergaba hacia nuestra ciudad. Debía ser yo, dijisteis. ¿No era yo el profesor de los niños de nuestra ciudad, el que poseía los conocimientos de los que vosotros carecíais y que por lo tanto podría examinar más a fondo el misterio de nuestro hombre? Eso es lo que dijisteis, en las sombras de nuestra iglesia, donde nos reunimos esa noche; pero lo que pensabais, tanto si erais conscientes como si no, era que *él* no tenía hijos propios, no tenía a nadie, y que pasaba muchas horas caminando por aquellos mismos bosques en los que vivía el extraño. Parecería lógico que pasara por la vieja casa de los Van Livenn, que me detuviera allí y, tal vez, suplicara un vaso de agua para un sediento caminante de los bosques. Pero estas simples acciones, incluso entonces, nos parecían una aventura extraordinaria, aunque ninguno confesamos este sentimiento. No había nada que temer, dijisteis. Y, por ello, se decidió que fuera yo solo hasta aquella casa que mostraba tal estado de deterioro.

Conocéis la casa y cómo, al aproximarse a ella por la carretera que parte de la ciudad, aparece abruptamente ante uno… una pálida flor entre los oscuros árboles de verano, y ahora una fantasmal flor de otoño. Al principio, así se apareció ante mis ojos (sí, mis ojos, pensad en ellos, buenas gentes: soñad con ellos). Pero a medida que me aproximaba a la casa, sus tablones grises, inclinados, combados y extrañamente

manchados, transformaron el litio blanco en una carnosa seta venenosa. Sin duda, la casa os ha gastado ese tipo de trucos a más de uno de vosotros y todos la habéis contemplado en un momento u otro: su techo de ondulantes tejas que parecen escamas de un pez enorme, color verde mar y relucientes bajo el sol de otoño; sus dos gabletes del ático con ventanas rematados en forma de punta de lágrima; su entrada con forma de sepulcro al final de los escalones de madera podrida. Y mientras esperaba entre las sombras frente a esa puerta, escuché cientos de gotas de lluvia cayendo sobre las escaleras a mis espaldas, al tiempo que el aire se enfriaba y los cielos se inundaban de sus propias sombras. La ligera lluvia moteó el solar vacío y ceniciento cerca de la casa, empapando la tierra baldía donde aquel magnífico jardín había florecido en la época de los Van Livenn. ¿Qué mejor excusa para presentarme ante el actual propietario de la casa? Refugiadme, extraño, de la gélida tormenta otoñal, y de una fragancia húmeda y putrefacta.

Él respondió rápido a mis golpes en la puerta, sin movimientos sospechosos previos tras los jirones de las cortinas, y entre en su oscura casa. No eran necesarias las explicaciones; ya me había visto llegar antes que las nubes, aunque yo no lo había visto a él: sus miembros eran desgarbados como ramas vagamente rerorcidas; su perezoso rostro, inexpresivo; los harapos descoloridos parecían más un envoltorio andrajoso que el más pobre de los atuendos. Pero su voz, eso es algo que ninguno de vosotros habéis escuchado jamás. Aunque me sorprendió por lo suave y musical que sonaba, aún estaba menos preparado para percibir la sensación de inmensa distancia creada por el eco de sus palabras resonantes.

—Fue un día justo como este cuando le vi por primera vez paseando por los bosques —dijo contemplando la lluvia—. Pero no se acercó a la casa. Me pregunté si lo haría alguna vez.

Sus palabras me calmaron, porque las presentaciones parecían ya haber sido hechas. Me quité el abrigo, él lo tomó y lo colocó en una pequeña silla de madera junto a la puerta de entrada. Extendió un brazo largo y una mano ancha hacia el interior, dándome la bienvenida formal a su casa.

Pero de alguna manera él no parecía encontrarse en su hogar. Era como si la familia Van Livenn hubiera dejado todas sus posesiones terrenales para el uso del siguiente ocupante de la casa, lo cual no sería de extrañar teniendo en cuenta la tragedia. Nada parecía pertenecerle, aunque había poco que poseer en aquella casa. Aparte de los dos viejos sillones en los que estábamos sentados y la mesita demasiado pequeña entre ellos, los escasos objetos que pude ver parecían haber sido reunidos por accidente u omisión, un rastro de los últimos días de los Van Livenn. Un arcón grande en el rincón, con un enorme cerrojo deslucido abierto y las pesadas correas sueltas en el suelo, habría resultado menos tétrico guardado en un ático o un sótano. Y aquella silla de miniatura al lado de la puerta, junto a otra idéntica pero volcada hacia atrás cerca de la pared opuesta, eran muebles de un cuarto infantil. Junto a la ventana cerrada, una librería alta parecía estar en buenas condiciones,

aunque aquellas ollas agrietadas, botas deformadas y otra parafernalia poco usual en una librería estuvieran almacenadas junto a sus libros maltrechos. Un secreter de dormitorio estaba apoyado contra una pared, pero ese mueble habría parecido fuera de lugar en cualquier habitación: los agujeros dejados por sus cajones ausentes estaban llenos de densas telarañas por la falta de uso. Todas las cosas me parecieron destruidas por la historia de degeneración y muerte que asociábamos en nuestros recuerdos con los Van Livenn. Pero dejemos esto de momento, no vaya a olvidarme de describiros el olor espeso y evocador que invadía esa habitación, dando la impresión de que jardines malolientes de frutos deformes florecían por todos los polvorientos y sucios rincones que me rodeaban.

La única luz en la casa procedía de los dos quinqués encendidos a ambos lados de la repisa de la chimenea. Detrás de cada uno de estos quinqués había un espejo ovalado con marco ornamentado, y la luz de las mechas parpadeantes arrojó nuestras sombras a la amplía y desnuda pared a nuestras espaldas. Y mientras los dos permanecíamos sentados y en silencio, vi que aquellos otros dos se movían nerviosamente sobre la pared, como si fueran agitados por el viento o tal vez sufrieran alguna clase de tortura.

—Le traeré algo de beber —dijo—. Sé la gran distancia que hay que recorrer desde la ciudad.

Y no tuve que fingir mi sed, buenas gentes, porque era tal que hubiera podido tragarme la tormenta entera, la cual podía escuchar al otro lado de la puerta y las paredes, aunque solo podía ver un ocasional fulgor tras las cortinas o un resplandor brillante como una aguja entre los listones desgastados de las contraventanas.

En ausencia de mi anfitrión, dirigí la mirada a los tesoros de su casa y los hice míos. Pero había algo que todavía no había visto, de alguna manera eso era lo que presentía. Vosotros me enviasteis a espiar, y por ello todo lo que me rodeaba me hacía sospechar. ¿Podéis ver ahora lo que no logré ver entonces? ¿Podéis verlo perfilándose a través de mis ojos? ¿Podéis asomaros a esos rincones llenos de telarañas o examinar los títulos de aquellos libros ladeados? Sí, ¿pero podéis, en el sueño más demente de vuestras vidas, asomaros a lugares donde no hay rincones y no hay nombres? Esto es lo que yo intenté hacer: ver más allá de los restos macabros de los Van Livenn; ver más allá del escenario encantado en el cual había penetrado. De modo que tuve que desdoblar los rincones con mis ojos y leer la por¡ada interior, buscando inútilmente lo que no podía percibir con ninguno de mis sentidos. Flotaba en la atmósfera como algo informe y sin nombre, ligeramente húmedo y sumergido, algo cenagoso y abismal que contrastaba con el frío puro de la tormenta otoñal allá fuera.

Cuando mi anfitrión regresó, llevaba consigo una polvorienta botella verde y un vaso destellante y los colocó en la mesita que había entre nuestros sillones. Cogí la botella y la noté caliente. Esperaba ver salir un líquido espeso y oscuro del cuello de la botella y me sorprendió ver que solo se derramaba un líquido cristalino en el vaso. Lo bebí y durante unos segundos me sentí transportado a un mundo de luz gélida que

existía en el interior del agua transparente y fría.

Mientras tanto, el hombre de rostro inexpresivo había colocado algo más sobre la mesa. Era una pequeña caja de música fabricada con algún tipo de madera oscura que parecía tener la dureza de una piedra preciosa y ornamentada con extrañas filigranas, que eran a un mismo tiempo definidas e imposibles de concretar.

—Encontré esto mientras rebuscaba por la casa —dijo el extraño.

Luego abrió la tapa de la cajita de música lentamente y se recostó en su asiento. Sostuve la fría copa con ambas manos y escuché la música aún más fría. Las chispeantes notas que salían de la caja eran como estrellas de sonido brotando en las sombras del crepúsculo y el silencio de la casa. La tormenta había cesado, dejando el mundo exterior amortiguado por la humedad. Dentro de aquellas habitaciones cerradas, que bien podrían haberse transportado ahora al borde de un abismo o a las profundidades de la tierra, las notas de música relucían como copos infinitesimales de luz en aquel decorado desolado de días muertos. Ninguno de los dos parecía estar respirando, e incluso las sombras tras nuestros sillones estaban atrapadas en una inmovilidad hechizada. Todo quedó suspendido durante unos segundos para permitir que la música que manaba de la caja Viajara en dirección a algún destino gloriosamente terrible. Intenté seguirla… a través de la niebla amarillenta de la habitación y adentrándome más profundamente en la oscuridad entre las paredes, luego a través de estas y en los espacios infinitos donde aquellos tonos plateados ascendían y vibraban como un enjambre de insectos. Seguía habiendo belleza en esa visión, por muy tintada que estuviera de lo siniestro. En esos momentos sentí que podía perderme en la vastedad que se abría a mi alrededor, una extensión tenebrosa llena de prodigios desconocidos. Pero entonces algo comenzó a revolverse, irrumpiendo como una enfermedad, asomando su horrible cabeza de color a través de la gélida negritud… y persiguiéndome hasta dar con mi cuerpo.

—Entonces, ¿qué le parece? Iba empeorando hacia el final, ¿verdad? Cerré la caja antes de que empeorara aún más. ¿Cree que hice lo correcto?

—Sí —dije con voz temblorosa.

—Lo pude ver en su rostro. No era mi intención hacerle daño. Solo quería mostrarle algo… dejar que echara una ojeada.

Me bebí el resto del agua, luego dejé la copa que todavía sujetaba sobre la mesa.

—¿Y qué es lo que me ha mostrado? —dije tras calmarme un poco.

—La locura de las cosas —dijo.

Pronunció estas palabras con tranquilidad, con cuidado y mirándome fijamente a los ojos para ver cómo reaccionaba. Por supuesto, necesitaba escuchar más. Después de todo, por eso estaba allí, ¿verdad? ¿Podéis oírme en vuestros sueños, amigos míos?

—La locura de las cosas —repetí intentando sacarle más información—. Me temo que no le entiendo.

—Ni yo. Pero es lo único que puedo decir sobre ello. Esas son las únicas palabras

que puedo usar. Las únicas que se ajustan. Antes me deleitaba con ellas. Cuando era un joven estudiante de filosofía solía decirme a mi mismo: «voy a aprender la locura de las cosas». Era algo que sentía que necesitaba saber… algo a lo que tenía que *enfrentarme*. Si podía enfrentarme a la locura de las cosas, pensé, entonces ya no tendría nada que temer. Podría vivir en el universo sin sentir que me desintegraba, sin sentir que explotaría con la locura de las cosas que para mí conformaban los mismísimos cimientos de la existencia. Quería rasgar el velo y ver las cosas como son, no Cegarme ante ellas.

—¿Y lo logró? —pregunté, sin importarme lo más mínimo si estaba escuchando a un lunático, tan fascinado como estaba por lo que tenía que contarme. Aunque apenas conseguía entender sus palabras, sabía que había algo en ellas que no me era ajeno y durante unos momentos me entretuve con sus implicaciones. Porque ¿quién de nosotros no ha experimentado algo que podría ser llamado *la locura de las cosas*? Aunque no empleemos esas palabras exactas, en algún momento de nuestras vidas hemos tenido alguna noción de su significado. Hemos tenido que haber tocado, o incluso haber sido tocados, por esa demencia que el extraño pensó que estaba en los cimientos de la existencia. Aunque solo sea eso, mis buenas gentes, todos hemos conocido el sino de los Van Livenn. No sería de extrañar que en la soledad de nuestras mentes hubiéramos reflexionado sobre lo que llamamos la «tragedia» de esa familia y nos hubiéramos cuestionado nuestro mundo.

—¿Lograrlo? —dijo el extraño, volviéndome a traer al presente—. Oh, sí. Aunque diría que lo logré demasiado. Logré desembarazarme de todos mis miedos, e incluso del propio mundo. Ahora soy un vagabundo del universo, un hombre a la deriva entre espacios donde la locura de las cosas no tiene límites. Un día, tras años de estudio y práctica, me dejé llevar por el sino que me aguardara. Pero no puedo decir dónde voy o por qué voy allí. Todo es tan caótico en mi existencia. Sin embargo, de alguna manera, siempre regreso a este mundo, como si fuera una criatura que regresa ocasionalmente H su tierra natal. Tengo la impresión de que esos lugares a los que llego me arrastran hacia ellos, como si hubieran sido acondicionados, o incluso invadidos, antes de mi llegada. Porque siempre hay cosas, pequeños objetos, que resultan ser justamente lo que esperaba. Por ejemplo, esa cajita de música. Busqué por toda la casa hasta que encontré algún objeto de este tipo. Por su diseño vi que había sido *tocada* por la locura de las cosas, como podría estarlo usted por lo que he advertido. Qué caos debe de haber causado a aquellos no preparados para tales fenómenos. ¿Qué ocurrió en esta casa? Solo puedo lanzar suposiciones.

Y así quedó aclarada la tragedia de los Van Livenn. ¿Cuál de ellos había dado con el rincón donde la caja de música debió de estar escondida quién sabe desde cuándo? Con el paso del tiempo, todos ellos debieron ser sus víctimas. El estado de la casa y sus tierras… ésa fue la primera señal. Y luego los gritos que empezamos a oír desde el exterior de la casa, que provocaron que jamás nos acercáramos allí. ¿Qué significaba todo aquello? Pasó casi un año antes de que dejáramos de escuchar ruidos

o percibir movimientos tras las contraventanas de la casa. Poco después, los cinco cuerpos fueron encontrados, algunos habían muerto antes que los otros. No había ninguno entero. Todos estaban salvajemente destrozados más allá de lo humanamente concebible. Quisimos pensar que se trataba de un extraño, pero no pudimos seguir fingiendo durante mucho tiempo. No tras la investigación que se llevó a cabo y cuya conclusión fue que habían muerto uno tras otro en el período de al menos un mes. Dijeron que el viejo Van Livenn tuvo que ser el último en morir. Su cuerpo era un amasijo de trozos cortados, pero debió hacérselo él mismo a juzgar por el hacha que todavía sujetaba en su mano inerte.

—Discúlpeme —dijo el extraño, volviéndome a sacar de mis divagaciones. Ahora estaba de pie junto a la ventana cerrada, mirando a través de la hilera de listones que había arrancado. Con un lento movimiento de la mano, me hizo una señal para que me acercara a él, una señal a escondidas, o eso me pareció—. Mire. ¿Puede verlas?

Entre los listones de la contraventana cerrada pude ver algo Fuera, justo donde los Van Livenn habían cultivado su admirado jardín en tiempos pasados. Pero lo que vi era como las filigranas de la caja de música… intricado pero a un mismo tiempo poco definido.

—Parecen flores, ¿verdad? De colores tan brillantes cuando relucen de noche. Y, sin embargo, cuando las vi por primera vez (no en este cuerpo, por supuesto) casi todo estaba oscuro. Pero no era oscuro como en ocasiones está a oscuras una casa o como el bosque está oscuro por la frondosidad de los árboles que repele la luz exterior. Estaba oscuro solo porque no había *nada que ocultara la oscuridad*. ¿Cómo lo sé? Lo sé porque podía ver con algo más que mis Ojos… podía ver también con la propia oscuridad. Con la oscuridad vi la oscuridad. Me rodeaba una inmensidad… una extensión infinita, oscuro horizonte fundiéndose con oscuro horizonte. Y también había cosas en la oscuridad, y creo que con mi propia forma, de manera que si alargaba el brazo para tocarlas a través de un universo de oscuridad, también alargaba el brazo a mi propio interior, tal como yo era. Sin embargo, lo único que podía sentir eran aquellas cosas, las flores. Tocarlas era como tocar luz y colores y mil clases de pelos y formas hinchadas. En toda aquella oscuridad que me permitía ver con ella misma, estas cosas se revolvían, un amasijo de gusanos que intentaba convertirse en parte de mí. Debí de traerlas aquí cuando llegué a este lugar. Tras tomar esta forma, me abandonaron y arraigaron en ese terreno de allí. Se abrieron camino por la tierra esa misma noche y pensé que vendrían a por mí. Pero, por algún motivo, la situación había cambiado. Creo que les gusta estar donde están ahora. Puede ver por sí mismo cómo se tuercen de un lado a otro, casi felices.

Tras estas palabras se quedó callado durante un momento. Era una noche oscura, los cielos todavía estaban cubiertos por las nubes que antes habían traído la lluvia. Los quinqués sobre la repisa de la chimenea brillaban con una luz penetrante que arrojaba sombras más allá del manto de oscuridad que nos rodeaba. ¿Por qué, oh buenas gentes, me maravilló tanto que este fantasma frente a mí pudiera atravesar la

habitación y levantara físicamente uno de los quinqués y luego lo llevara hacia el pasillo trasero de la casa? Él se paró, dio media vuelta y me hizo un gesto para que le siguiera.

—Ahora las verá mejor gracias a la oscuridad. Es decir, si es capaz de ver la *verdadera* locura.

Oh, amigos míos, por favor, no me odiéis por la decisión que tomé esa noche. Recordad que fuisteis vosotros quienes me enviasteis porque yo era el que menos arraigo tenía en nuestra ciudad.

Nos alejamos de la casa en silencio, como si fuéramos dos niños escabulléndonos al bosque de noche. El haz de luz del quinqué recorrió la hierba húmeda en la parte trasera de la casa, fragante y combada por el viento. La luz se movió a la izquierda y yo me moví con ella, hacia esa zona donde en otro tiempo estuvo el jardín.

—Mírelas contoneándose bajo la luz —dijo cuando los primeros haces iluminaron una maraña de formas que se convulsionaban, como las entrañas resplandecientes del infierno. Pero las formas pronto desaparecieron en la oscuridad, arrancándose ellas mismas de la tierra reblandecida por la lluvia—. Se apartan de la luz. Y ya verá cómo regresan a su sitio cuando la luz se va.

Volvieron a apiñarse como aguas divididas reuniéndose de nuevo en un torrente. Pero estas eran aguas corruptas cuyas corrientes se habían congelado y diversificado en formas vivas surcadas de venas pegajosas y palpitantes rematadas con bocas en movimiento.

—Acerque la luz al jardín tan cerca como pueda —dije.

El hombre se aproximó al borde, mientras yo avanzaba hacia el flujo en retirada de zarcillos viscosos, esas aberraciones del abismo. Cuando penetré profundamente en su red, susurré a mis espaldas:

—No aparte la luz o volverán a cubrir la tierra en la que estoy ahora. Las puedo ver tan bien… La *verdadera* locura. Me he enfrentado a ella sin miedo.

—No —dijo el extraño—. No está preparado. Regrese a la luz antes de que la llama se apague.

Pero no le escuché, ni tampoco escuché el viento que se levantó. Descendió de los árboles y barrió el jardín, cubriéndolo de oscuridad.

Y el viento ahora lleva mis palabras hacia vosotros, buenas gentes. No puedo estar allí para guiaros, pero ahora sabéis lo que debe ser hecho, tanto a esta casa horrible como a su jardín, que fue creado en este mundo por alguien que se condenó a sí mismo a vagar por otros mundos. Por favor, unas últimas palabras para arrebataros el sueño. Recuerdo haberle gritado al extraño:

Me están arrastrando hacia ellas. Mis ojos pueden ver todo en la oscuridad. Ya no soy quien soy. ¿Puede oírme? ¿Puede oír mis palabras?

—Acabo de tener la más horrible de las pesadillas —susurró uno de los muchos

que estaban despertándose en los oscuros dormitorios de la ciudad.

—No era un sueño. ¿No oyes a los otros allá fuera?

Una figura en camisón se levantó de la cama y se colocó como una sombra chinesca en la ventana. Abajo en la calle había una multitud que portaba luces y que llamaba a las puertas para avisar a aquellos que todavía soñaban para que se unieran a ellos. Sus quinqués y faroles se balanceaban en la oscuridad, y los fuegos de sus antorchas parpadeaban frenéticamente. Ramilletes de llamaradas se alzaban en la noche.

Las gentes de la ciudad no se hablaban unos a otros, pero sabían dónde iban y qué debían hacer para liberar a su conciudadano, yo mismo, de su tragedia. Y aunque los ojos de los ciudadanos tan solo contemplaron la salvaje destrucción que les esperaba, enterrada como un sueño olvidado en cada uno de ellos había una imagen perfecta de otros ojos y de las formas innombrables en las que ahora estaban incrustados. Pero no dejéis que vuestras llamas se apaguen mientras lleváis a cabo vuestro trabajo. No les dejéis que os arrastren también hacia su reino sobrenatural. Venid, entonces, y cerrad mis ojos. Aniquilad a los seres hacia los que han sido arrastrados. Luego cerrad también vuestras mentes como buenamente podáis al abismo que es la morada de la locura de las cosas.

CUATRO

NETHESCURIAL

El ídolo y la isla

He descubierto un manuscrito bastante sorprendente, *comenzaba la carta*. Fue un hallazgo totalmente fortuito que realicé durante las aburridas tareas a las que dedicaba el día, rebuscando entre algunos de los restos más antiguos y descompuestos enterrados en los archivos de la biblioteca. Si todavía se me puede considerar una autoridad en juzgar documentos antiguos y, por supuesto, lo soy, estas páginas apergaminadas datan de las últimas décadas del siglo pasado (una estimación más precisa de la antigüedad será proporcionada en breve, junto a una fotocopia que mucho me temo no hará justicia a la delicada y apretada letra, ni al tono descolorido negro verdoso que ha adquirido la tinta con el paso de los años). Desafortunadamente, no hay ninguna indicación de la autoría ni en el propio manuscrito ni en los numerosos y tediosos documentos archivados junto a éste, ninguno de los cuales parecía relacionado con el texto en cuestión. Y menudo texto… una verdadera rareza de cuento enterrado bajo una multitud de tipos de documentos oficiales, y probablemente destinado a permanecer oculto.

Estoy convencido de que esta invención, aunque en ocasiones pretende pasar por una carta o una anotación en un diario, nunca ha aparecido en la prensa común. Dada la extraña naturaleza de su contenido, sin duda hubiera sabido de su existencia mucho antes. Aunque es una especie de «declaración» sin título, las primeras líneas bastaron para que abandonara todo y me recluyera en un rincón entre las estanterías de la biblioteca durante el resto de la tarde.

Así pues, comienza de la siguiente manera: «Entre las habitaciones de nuestras

casas y más allá de las paredes… bajo oscuras aguas y frente a los cielos iluminados por la luna… bajo el montículo de tierra y sobre la cima de montaña… en hoja norteña y flor sureña… dentro de cada estrella y en los vacíos entre ellas… en sangre y hueso… a través de todas las almas y espíritus… sobre los vientos que vigilan este y los distintos mundos… detrás de los rostros de los vivos y de los muertos…». Y ahí se interrumpe; es un fragmento citado de algún texto más antiguo. ¡Pero no será la última vez que oigamos esta inconexa cantinela!

Como es habitual en el texto, la cadena anterior de frases es citada por el narrador en referencia a una cierta presencia, o, más exactamente, a una omnipresencia que él encuentra en una recóndita isla situada en alguna latitud septentrional que no se especifica. En resumen, ha sido llamado a esa isla, que aparece en un mapa local con el nombre de Nethescurial, con el fin de reunirse con otro hombre, un arqueólogo, al que se refiere simplemente como Doctor N–, y que llegará a conocer al narrador del manuscrito por el alias que se da a si mismo; «Bartholomew Gray».

Parece ser que el Dr. N– ha estado atareado en aquella isla remota, árida y vacía a excepción de él mismo, rebuscando antigüedades. Mientras el señor Gray navega hacia la isla observa los turbios cielos sobre su cabeza y las turbias aguas bajo sus pies. Su prosa es un tanto plana para mi gusto, pero le sabe sacar partido cuando se acerca a la isla y registra escrupulosamente su lúgubre aspecto: formaciones rocosas retorcidas, pinos puntiagudos, píceas de estatura gigantesca y extraños movimientos, la pared similar a una máscara de acantilados con vistas al mar, y una niebla estancada y enfermiza que se posa sobre el paisaje como un hongo.

Desde el momento en que el señor Gray comienza a describir la isla, una repentina sofisticación invade su relato… ese siniestro encanto deriva de una maldad profunda que se mantiene a la justa distancia de nosotros, de manera que podemos experimentar tanto nuestro amor como nuestro miedo en una sola sensación arrolladora. Un poco más cerca y podría recordarnos al mal omnipresente en el mundo de los vivos y amenazarnos con despertar con fuerza nuestra adormecida sensación de mortalidad. Un poco más lejos y nos volvería incluso más indolentes y complacientes que de costumbre, y al final perderíamos la paciencia ante un mal imaginario tan pobremente evocado y un relato incapaz de ofrecer ni el más tenue eco de su equivalente real y omnipresente. Por supuesto, un número ilimitado de parajes serviría como escenario adecuado para revelar verdades ominosas; el mal, el amado y amenazador mal, puede brotar en cualquier lugar precisamente porque está en todas partes y se desencadena asombrosamente tanto a través de un haz de luz solar y unas flores como a través de un velo de oscuridad y unas hojas secas. No obstante, en ocasiones, un capricho estrictamente privado permite que la esencia más pura de la maldad vital surja solo en lugares como la isla solitaria de Nethescurial, donde lo real y lo irreal giran en un torbellino libre y demente en la misma niebla.

Parece que en este lugar, en este reino recóndito, el doctor N– ha descubierto una reliquia antigua, perseguida desde hace mucho tiempo, según se lee en una anotación

marginal pero sorprendente en aquel voluminoso libro del génesis. Poco después de avistar tierra, el señor Gray se sorprende comprobando la veracidad de las afirmaciones del arqueólogo: que la isla ha sido extrañamente moldeada por todo su contorno, y que entre sus orillas todas las manifestaciones vegetales o minerales o de cualquier otro tipo parecen estar a merced de alguna fuerza determinante de carácter demoníaco, un *genius loci* que ha esculpido sus pesadillas con los átomos de la tierra local. Una inspección más detallada de este punto insular en el mapa sirve para profundizar en la sensación de hechizo maligno que había quedado someramente esbozada anteriormente en el manuscrito. Pero voy a abstenerme de seguir citando (se está haciendo tarde y quiero meter esta carta en un sobre antes de irme a dormir) para proceder a cortar directamente la epidermis de este relato y penetrar hasta sus huesos y vísceras. En efecto, el manuscrito no parece tener una anatomía propia, su holografía verde oscura ondea sobre el como venas y me duele que mi recuento no sea capaz de transmitir su vida. ¡Ya basta!

El señor Gray se abre camino tierra adentro, arrastrando consigo una abultada bolsa de viaje. En un claro se topa con una casa grande pero tosca, casi primitiva, que se alza recortándose contra un fondo de colinas como verrugas y árboles tumorosos. El terreno alrededor de la casa está plagado de las rocas abigarradas y leprosas que tanto abundan en el paisaje circundante. El interior de la casa, que el visitante ve al abrirse la puerta, es tan espacioso como una catedral, pero mucho menos ornamentado. Las paredes son blancas y suavemente alisadas; también parecen inclinarse hacia dentro, como una pirámide, a medida que se alzan desde el suelo hasta el elevado techo. No hay ventanas y las numerosas lámparas de aceite repartidas por varios lugares invaden el interior de la casa con un fulgor sacro. Una figura desciende por una larga escalera, cruza las enormes dimensiones de la habitación y da la bienvenida solemnemente a su invitado. Aunque al principio se muestran recelosos el uno con el otro, al final logran un grado de acuerdo mutuo y proceden con lo que les ocupa.

Hasta el momento se puede ver que el drama representado resulta bastante familiar: el escenario es encorsetadamente tradicional y los actores están atrapados en su atmósfera. Porque estos actores, más que personas, son marionetas de teatrillo viejo, de las que llevan representando la misma historia desde hace siglos y que todavía nos producen una verdadera extrañeza. Deambulando por el mismo viejo escenario brumoso, buscando la misma vieja casa aislada, a este tipo de marionetas siempre les parece todo nuevo y desconocido, porque no tienen recuerdos dignos de mención y apenas recuerdan haber realizado estos gestos forzados muchas otras veces en el pasado. Forcejean con los mismos gestos, repiten las mismas palabras, aunque en contadas ocasiones sienten una leve sospecha de que todo aquello ya ha sucedido antes. ¡Qué parecidos son a la propia raza humana! Esto es lo que las convierte en nuestros representantes perfectos… esto y el hecho de que hayan sido talladas a imagen de las víctimas maníacas que buscan compartir los secretos de sus propios

tormentos al tiempo que sus hilos son manejados por el mismo amo.

Los secretos que estos dos Polichinelas comparten son presentados astutamente por el autor de este testimonio (tras considerarlo detenidamente, éste es el género al que realmente pertenece el manuscrito). En efecto, el señor Gray, o cualquiera que sea su nombre, parece saber mucho más de lo que cuenta, especialmente en relación a su colega el arqueólogo. Sin embargo, registra lo que el Dr. N– sabe y, lo que es más importante, lo que este ávido exhumador ha encontrado bajo la tierra de la isla. El hallazgo es solo un fragmento de un objeto de la antigüedad. Considerado como parte de un ídolo religioso, es difícil saber de qué parte se trata. Es una pieza retorcida de un puzle, una pieza que sugiere que la figura completa es de una estética perversamente repulsiva. El fragmento está también ennegrecido por el verdín de siglos haciendo que se asemeje a jade en descomposición.

¿Podrían ser encontrados el resto de los fragmentos del ídolo en la misma isla? La respuesta es no. Por lo visto, el ídolo fue despedazado hace siglos y cada fragmento fue enterrado en un lugar remoto, de manera que la totalidad no pudiera ser unida de nuevo. Aunque se trataba de una mera representación, la propia efigie era la fuente de un gran poder. Los miembros de una secta antigua, creada para adorar a este poder, aparentemente eran una especie de panteístas que creían que todas las cosas creadas, al contrario de lo que podría parecer, son de una sola *materia* unificada y trascendente, la emanación de una fuerza creadora central. Así pues, el salmo que reza: «Entre las habitaciones de nuestras casas», etcétera, alude a la naturaleza omnipresente de esta deidad… un tipo de dios sumamente primitivo y ubicuo correspondiente a la categoría de «dioses que eclipsan a todos los otros», divinidades territoriales cuya reclamación de la creación supuestamente suplanta a las de sus rivales (las palabras del famoso salmo, por cierto, son las únicas que han llegado hasta nosotros de aquella antigua secta y aparecieron por primera vez en un estudio etnográfico, cuasi esotérico, titulado *Ilustraciones del Mundo Antiguo*, publicado en la segunda mirad del siglo diecinueve, más o menos la misma época, supongo, de este manuscrito que me apresuro a resumir). En algún punto en sus carreras como adoradores del «Grande y Único Dios», una sombra cayó sobre la secta. Parece ser que ese día les fue revelado, de una manera oscura y horrible, que el poder al que estaban sometidos era en esencia de naturaleza maligna y que su modo religioso de panteísmo era en realidad una especie de *pandemonismo*. Pero esta revelación no fue una sorpresa para todos los sectarios, ya que parecía haber habido una lucha interna que culminó en una carnicería. En cualquier caso, los antidemoníacos prevalecieron y rebautizaron de inmediato a su ex deidad para reflejar su recién descubierta esencia maligna. Y el nombre por el que desde ese momento la llamaron fue Nethescurial.

Un bonito giro de los acontecimientos: esta oscura isla se anuncia a sí misma abiertamente como el hogar del ídolo de Nethescurial. Por supuesto, la isla es solo una de las varias islas a las que los fragmentos del tótem despedazado fueron enviados. Los miembros originales de la secta que traicionaron a su dios sabían que el

poder concentrado en la efigie no podía ser destruido y por ello decidieron despacharlo a diferentes rincones aislados del inundo donde hicieran el menor daño posible. Pero ¿hubieran atraído la atención del mundo a este hecho permitiendo que esos campos de enterramiento ampliamente diseminados recibieran el nombre del dios pandemoníaco? Es poco probable, igual de improbable que fueran ellos los que construyeran aquellas toscas casas, a modo de templos, para marcar el lugar donde una esquirla concreta del viejo ídolo pudiera ser localizada por otros.

Así pues, el doctor N– se ve forzado a postular la supervivencia de la facción demoníaca de la secta, un culto entregado a la búsqueda de aquellos lugares que habían sido transformados por la presencia del ídolo para así poder ser reconocidos por sus rasgos macabros. Esta gesta requeriría una gran cantidad de tiempo y esfuerzos dado el alcance global del territorio en el que aquellas astillas de maldad podrían estar escondidas. Conocida como la «búsqueda», también implicó el reclutamiento de terceros, que en los últimos tiempos con frecuencia eran investigadores de las costumbres de culturas muertas, aunque estos ignoraban que la causa a la que servían seguía estando viva. El doctor N–, por lo tanto, advierte a su «colega el señor Gray» que podrían correr peligro a manos de aquellos que perseveraban con la hazaña de volver a ensamblar el ídolo para revivir su poder. La mera presencia de aquella enorme y rosca casa en la isla sin duda confirmaba que la secta ya era conocedora de la localización de *este* fragmento del ídolo. De hecho, como era de prever, el misterioso señor Gray es realmente un miembro de la secta en su encarnación moderna; además, él ha traído consigo a la isla —en su abultada bolsa de viaje, ya saben— todas las otras piezas del ídolo, que han sido recuperadas tras siglos de búsqueda. Ahora solo necesita la pieza descubierta por el doctor N– para reconstruir el ídolo por primera vez desde hace un par de milenios.

Pero también necesita al propio arqueólogo como una especie de sacrificio para Nethescurial, una ceremonia que tiene lugar más tarde, esa misma noche, en la parte alta de la casa. Enfocando con un telescopio el final por mor de la brevedad, el ritual del sacrificio incluye algunas terribles sorpresas para el señor Gray (es de ese tipo de personas que nunca parecen darse cuenta de dónde se están metiendo), quien pronto se arrepiente de sus prácticas malignas y decide destruir el ídolo en fragmentos una vez más. Tras escapar de aquella extraña isla, lanza las piezas por la borda, sembrando las frías y grises aguas con los fragmentos de increíble poder. Más tarde, temiendo una oscura amenaza contra su propia existencia (quizás, la venganza de sus Compañeros sectarios), compone un relato de un horror que es tanto suyo propio como de la raza humana en su conjunto.

Fin del manuscrito[1].

* * *

Veamos, a pesar de mi afición por historias extravagantes tales como la que he

intentado describir, no me olvido de sus limitaciones. Para empezar, cualquiera que sea el impacto emocional que la narración pueda haber perdido en la sinopsis anterior, es igualmente cierto que ha ganado en coherencia. Los incidentes del manuscrito son desarrollados con torpeza; los detalles importantes carecen del énfasis apropiado y cosas imposibles son presentadas al lector sin ningún esfuerzo real por parte del narrador de persuadirlo de su veracidad. Admiro el principio fantástico que se halla en el centro de esta obra. La naturaleza de esa entidad pandemoníaca es muy intrigante. Imaginen toda la creación como una mera máscara para el mal más terrible, un mal absoluto cuya realidad solo es mitigada por nuestra ceguera ante ella, un mal en el corazón de las cosas, que existe «dentro de cada estrella y los vacíos entre ellas… en sangre y hueso… a través de todas las almas y espíritus», etcétera. Hay incluso una referencia en el manuscrito que sugiere una analogía entre Nethescurial y ese bello mito de los aborígenes australianos conocido como el Altjeringa (El Tiempo del Sueño o el Soñar), una superrealidad que es el origen de todo lo que vemos en el mundo a nuestro alrededor (y esta referencia será de utilidad para datar el manuscrito, ya que fue hacia finales del siglo pasado cuando los antropólogos australianos elaboraron la cosmología aborigen dada a conocer al gran público). Imaginen el universo como un sueño, la pesadilla febril de un demiurgo demoníaco. ¡Oh, Nethescurial supremo!

El problema es que tales invenciones sobrenaturales son efectivamente bastante difíciles de imaginar. Con harta frecuencia fracasan en materializarse en la mente, en adoptar una textura mental, y así permanecen sin ser detectadas en absoluto, tan solo como un monstruo abstracto de la metafísica… un diagrama elegante o torpe que no puede brotar del papel para tocamos. Por supuesto, necesitamos mantener cierta distancia de espectros como Nethescurial, y esto normalmente se logra por medio de las propias palabras, las cuales ahuyentan a toda clase de criaturas amenazadoras antes de que puedan destrozar nuestras almas y nuestros cuerpos (y, sin embargo, las palabras de este manuscrito en particular parecen bastante débiles en este sentido, posiblemente porque solo son los apagados y verdes garabatos de una mano humana y no la pesada red de negra tipografía). Pero queremos acercarnos lo suficiente para sentir el terrible aliento de esas bestias, o para verlas como leviatanes prehistóricos recorriendo en círculos la diminuta isla en la que nos hemos refugiado. Incluso si somos incapaces de creer sinceramente en cultos antiguos y en sus ídolos inauditos. Incluso si estos aventureros y arqueólogos anónimos parecen ser simples sombras en una pared, e incluso si las casas extrañas en islas remotas son de cimientos inestables, podría todavía existir un poder en estas cosas que nos amenazan como un mal sueño. Y este poder emana no tanto de dentro del cuento como de algún lugar de *detrás de* él, de algún lugar de oscuridad infinita y maldad ubicua en el que podríamos transitar sin ser conscientes de ello.

Pero qué importan estos pensamientos nocturnos; el único sitio a donde transitaré ya después de cerrar esta carta va a ser a mi cama.

Postdata

Más tarde esa misma noche.

Han pasado ya varias horas desde que dejé por escrito el resumen anterior y el análisis del manuscrito. Qué ingenuas me parecen ahora esas palabras. Y, sin embargo, siguen siendo lo suficientemente verdaderas desde cierto punto de vista. Pero era un punto de vista privilegiado que, al menos en estos momentos, no detento. La distancia entre mí mismo y un mal devastador se ha acortado considerablemente. Ya no encuentro tan difícil imaginar los horrores esbozados en ese manuscrito, porque los he conocido de la forma más íntima. Qué idiota he sido por jugar con tales visiones. Con qué facilidad un simple sueño puede aniquilar la propia sensación de seguridad, aunque solo sea por unas pocas horas turbulentas. Sin duda he experimentado todo esto antes, pero no de forma tan intensa como esta noche.

No había estado durmiendo durante mucho tiempo, pero aparentemente había sido suficiente. Al principio del sueño estaba sentado frente a un escritorio en una habitación muy oscura. También tenía la impresión de que la habitación era muy grande, aunque podía ver poco de ella más allá de la zona del escritorio, a ambos lados del cual brillaban luces de alguna clase. Esparcidos frente a mí había muchos papeles de distintos tamaños. Sabía que eran mapas de uno u otro tipo y los examinaba uno tras otro. Me quedé bastante abstraído con sus gráficos, que ahora dominaban el sueño excluyendo cualquier otra imagen. Cada uno de ellos se centraba en alguna concatenación de islas sin relación con masas de tierra más grandes y conocidas. Eran pinceladas de tierra en masas de agua sin nombre. Pero aunque no se especificaba la localización de las islas, por algún motivo estaba seguro de que aquellos a quienes esos mapas estaban dirigidos ya poseían ese conocimiento. Sin embargo, ese secretismo era solo superficial, porque no se precisaba de ninguna clave esotérica para averiguar el territorio mayor de los cuales estos mapas habían sido extraídos y aumentados a escala: todos eran distinguidos por algún idioma conocido en el cual eran nombradas las islas, diferentes idiomas para los diferentes mapas. Pero tras adentrarme en ellos (en efecto, me sentía como si estuviera realmente viajando entre esos fragmentos exóticos de tierra, diminutas piezas de un misterio hecho añicos), observé que todos los mapas tenían una cosa en común: dentro de cada archipiélago, fuera cual fuera el idioma, siempre había una isla llamada Nethescurial. Era como si por todo el mundo ese terrible nombre hubiera sido sugerido a los distintos lugareños como el único nombre apropiado para cierta isla. Por supuesto, se observaban las diferencias fonéticas y léxicas de los cognados, en ocasiones transliteraciones, de la palabra (¡con cuánta exactitud las podía ver!). Sin embargo, con la extraña convicción que invade a un soñador, sabía que estos lugares habían

Sido reclamados en nombre de Nethescurial y que todos contenían el signo único de algo que había sido enterrado allí… las piezas de ese ídolo desmembrado.

Y con este pensamiento, el sueño cambió de forma. Los mapas se disolvieron en una especie de bruma; el escritorio frente a mí se convirtió en algo más, un altar de rosca piedra, y los dos quinqués sobre este ardían revelando un extraño objeto ahora colocado entre ellos. Todas las visiones del sueño eran penetrantemente nítidas, pero este objeto oscuro no lo era. Tenía la impresión de que era una forma conglomerada que sugería una totalidad monstruosa. Al mismo tiempo esos contornos que aludían tanto a hombre como a bestia, a flor como a insecto, a reptil, a piedra y a innumerables cosas que no podía ni identificar, todas aparentemente cambiando, mezclándose de mil maneras que imposibilitaban cualquier imagen perceptible del ídolo.

Con el aumento de la iluminación que ofrecían los quinqués, pude ver que la habitación era realmente de unas dimensiones poco normales. Las cuatro paredes enormes se inclinaban unas hacia otras y se unían en un punto en las alturas, dando al espacio que me rodeaba la forma de una pirámide perfecta. Pero ahora vi las cosas desde una perspectiva inusitadamente remota: el altar con su ídolo se alzaba en el centro de la habitación y yo me encontraba a cierta distancia, o quizás ni tan siquiera me encontraba en la escena. Luego, desde un rincón oscuro o una puerta secreta, emergió una hilera de figuras que avanzaban lentamente hacia el altar y finalmente se congregaban en un semicírculo ante este. Pude ver que eran de una complexión bastante esquelética, porque todos iban vestidos de forma idéntica con una tela negra que se ceñía a sus cuerpos y los hacía parecer delgadas sombras. Parecían estar realmente amortajados de negro de pies a cabeza y solo asomaban sus rostros. Pero, en realidad, no eran rostros… eran pálidas máscaras, inexpresivas e idénticas. Las máscaras no tenían aberturas e investían a sus portadores de un terrible anonimato, un anonimato vetusto. Detrás de estos rostros tersos y apenas contorneados había espíritus más allá de toda esperanza o consuelo a excepción del mal al que gustosamente se abandonarían. Sin embargo, este abandono era un proceso altamente selectivo, una ceremonia de los elegidos.

Una de las sombras de rostro blanco dio un paso por delante del grupo, aparentemente atraído por la proximidad del ídolo. La figura permaneció inmóvil, mientras desde dentro de su oscuro cuerpo algo parecido a un humo luminoso comenzó a manar. Flotaba, girando levemente, hacia el ídolo y allí fue absorbido. Y supe —porque ¿no era éste mi propio sueño?— que el ídolo y su ofrenda estaban penetrando el uno en el otro. Este espectáculo continuó hasta que ya no quedó nada de la bruma ectoplasmática y la figura, ahora encogida hasta el tamaño de una marioneta, se derrumbó. Pero pronto fue levantada, con suma ternura, por otro miembro del grupo que colocó la forma enana sobre el altar y, tomando un cuchillo, lo hundió profundamente en el cuerpo sin hacer ningún ruido. Luego algo se derramó sobre el altar, algo espeso y aceitoso y de un color extraño, oscuro, pero sin las

tonalidades de la sangre. Aunque la peculiaridad de este color era más una idea que una cuestión de visión, comenzó a invadir el sueño y a determinar la última etapa de su desarrollo.

De forma abrupta, aquella habitación cerrada y cavernosa se disolvió en una extensión de tierra conformada por una topografía caprichosa cuyas formas dementes eran de ese único y siniestro color, como si todo estuviera recubierto por un moho viejo y ennegrecido. Era un paisaje que tal vez en otro tiempo fuera de piedra y tierra y árboles (tal era mi impresión), pero había sido transformado en algo como liquen petrificado. Extendiéndose delante de mí, retorcido como si fuera tracería de hierro forjado o vastos jardines descuidados de palpitante coral, se alzaba una intricada celosía cuya superficie estaba recubierta de un caos de pequeñas hendiduras, diseños protuberantes que sugerían un mundo de rostros y formas demoníacas. Y su textura era tan parecida a todo lo demás que ya he descrito que sentí que no tenía dónde escapar, ni siquiera en mi propia carne, para evitar su aspecto. Fue entonces cuando sentí ese pánico singular que brota de mi interior y precede con frecuencia a la salida de una pesadilla. Sin embargo, antes de liberarme de mi sueño, contempló una estampa final del color omnipresente de aquella isla. Como si quisiera enfatizar el terror de mis visiones oníricas, también era el color de las aguas oscuras que bañaban las orillas de la isla y se extendían en la lejanía.

Como escribí hace unas cuantas páginas, llevo despierto varias horas. Lo que no mencioné es el estado en el que me encontré al despertar. Durante el sueño y en especial durante aquellos últimos momentos en los que identifiqué aquel lugar nauseabundo, había una *presencia* invisible, algo que podía sentir que transitaba por todas las cosas y las unía en una masa infinitamente extensa de maldad. Supongo que no es de extrañar que continuara bajo el hechizo visionario incluso después de abandonar la cama. Intenté invocar a los dioses del mundo ordinario, llamándolos con el silbido de una cafetera y el rezo ante su icono de la luz eléctrica, pero eran demasiado débiles para liberarme de aquel otro dios cuyo nombre ya no puedo ni tan siquiera escribir. Parecía estar en posesión de mi casa, de cada objeto familiar, tanto dentro como en el oscuro mundo allá fuera. Sí… acechando entre los vigilantes vientos de éste y los otros mundos. Todo parecía ser una manifestación de este mal y estaba adoptando su aspecto ante mis ojos. También podía sentirlo emergiendo en mi interior, haciéndose fuerte tras este rostro vivo al que temo enfrentarme ante el espejo.

Sin embargo, estos espejismos inducidos por el sueño ahora parecen amainar, quizás ahuyentados al haber escrito sobre ellos. Como alguien que ha bebido demasiado la noche anterior y jura no beber licor nunca más en su vida, he jurado que no voy a permitirme caer en lecturas extrañas. Sin duda esta es una promesa transitoria y Pronto mis viejos hábitos regresarán. ¡Aunque sin duda no antes de mañana!

Las marionetas del parque

Unos días más tarde, y bastante avanzada la noche.

Bueno, parece ser que esta carta ha mutado en una crónica de mis aventuras nethescuriales. Miren, ahora puedo escribir ese nombre único sin dificultad; además, no siento casi ninguna aprensión al ponerme delante del espejo. Pronto incluso podré dormir como solía hacerlo antes, sin intrusiones visionarias de ningún tipo. No cabe duda de que mis últimas experiencias han inclinado la balanza de lo extraño. Me encontré deambulando de un lado a otro inquieto —me resultaba imposible trabajar, ya saben— y siempre arrastrando conmigo este pesado sentimiento de pavor en mi plexo solar, como si me hubiera atiborrado en un festín de miedo y no fuera capaz de digerir el menú. Lo cual resulta bastante extraño teniendo en cuenta que he sido reacio a ingerir alimentos durante todo este tiempo. ¿Cómo podría ingerir ni tan siquiera una miga de pan cuando todo tenía aquel aspecto? Ya era suficientemente difícil tocar el pomo de una puerta o un par de zapatos, incluso con la protección de unos guantes. Podía sentir cada maldita cosa retorciéndose, sin excluir mi propia carne. Y podía ver también lo que se retorcía bajo todas las superficies, mi visión penetraba a través de la habitual armadura de los objetos y distinguía la misma *masa* chorreante dentro de cualquier cosa a la que dirigía la vista. Era ese color oscuro del sueño, ahora lo podía distinguir claramente. Oscuro y verdoso. ¿Cómo podría alimentarme? ¿Cómo podría obligarme a permanecer durante mucho tiempo en un mismo lugar? Así que no dejé de moverme. E intentaba no observar con demasiada atención cómo todo, *todo*, se retorcía sobre sí mismo y formaba un sinfín de siluetas en su interior, dibujando todo tipo de caras que me miraban (sin embargo, realmente siempre era la misma cara, todo estaba invadido por aquella misma materia insidiosa). También escuchaba sonidos, voces que pronunciaban palabras difusas, voces que no brotaban de las bocas de la gente que pasaba a mi lado en la calle, sino de las mismísimas profundidades de sus cerebros, susurros confusos en un principio y luego tan claros, tan elocuentes.

Esta creciente oleada de caos alcanzó su clímax esta noche y mega se estrelló. Pero confío en que mi oportuna maniobra haya vuelto a poner las cosas en su sitio.

Aquí siguen los sucesos finales de esta pesadilla tal como ocurrieron (y ahora desearía no estar hablando de manera figurada y que, de hecho, estuviera sólo en el mundo de los sueños o de vuelta en las páginas de los libros y viejos manuscritos). Esta conclusión se inició en el parque, un lugar que de hecho está a bastante distancia de mi casa, se ve que me había alejado un buen trecho. Ya era noche avanzada, pero seguía deambulando por el estrecho camino de asfalto que serpentea por esa isla de césped y árboles del centro de la ciudad (y, de alguna manera, tenía la impresión de

haber deambulado ya por aquel lugar esa misma noche, de que todo esto ya me había sucedido antes). El sendero estaba iluminado con esferas de luz en equilibrio sobre delgados postes metálicos; otra esfera reluciente colgaba en la gran oscuridad allá arriba. Junto al sendero la hierba se ennegrecía por las sombras y los árboles que silbaban por encima eran del mismo color verde cenagoso.

Tras vagar durante un lapso indefinido de tiempo por una ruta indefinida, llegué a un claro donde se había congregado público para disfrutar de un espectáculo nocturno. Había guirnaldas de luces de colores colgadas alrededor del perímetro de esa zona y se habían instalado hileras de bancos. Toda la gente sentada en esos bancos miraba hacia una caseta alta e iluminada. Era la clase de caseta usada para espectáculos de marionetas, con estrafalarios dibujos en la parte baja y una abertura con cortinas en la parte alta. El telón estaba ahora abierto y dos criaturas bufonescas se retorcían bajo una deslumbrante luz que brotaba del interior de la caseta. Las marionetas se inclinaban y graznaban y se apaleaban torpemente la una a la otra con palas blandas que abrazaban en sus pequeños brazos. De repente, se quedaron petrificadas en el momento álgido de su batalla; lentamente, se giraron y miraron al público. Parecía que las marionetas miraban hacia el lugar donde yo estaba ubicado tras la última fila de bancos. Sus cabezas deformes se ladearon y sus ojos vidriosos miraron directamente a los míos.

Luego observé que los demás hacían lo mismo: todos se habían girado en los bancos y con sus rostros inexpresivos y ojos muertos de marioneta me dejaron clavado en el sitio. Aunque sus bocas no se movían, no estaban callados. Pero las voces que yo escuchaba eran mucho más numerosas que la congregación que tenía ante mí. Eran las voces que había estado escuchando cuando cantaban confusas palabras en las profundidades de los pensamientos de todos, a varias brazas bajo el nivel de sus consciencias. Las palabras seguían sonando susurrantes y lentas, frases monótonas que se mezclaban como las secuencias de una fuga. Pero ahora podía entender esas palabras a pesar de que otras voces se unían al canto en diferentes momentos y se solapaban unas con otras, diciendo: «Entre las habitaciones de nuestras casas… frente a los cielos iluminados por la luna… a través de todas las almas y espíritus… detrás de los rostros de los vivos y los muertos».

Me resulta imposible decir cuánto tiempo pasó antes de que recobrara el movimiento, antes de que retrocediera por el sendero mientras aquellas voces multitudinarias cantaban desde todas partes a mi alrededor y todas esas luces multicolores se balanceaban en los árboles barridos por el viento. Sin embargo, ahora parecía que solo escuchaba una voz y veía un solo color cuando por fin encontré el camino a casa avanzando tambaleante entre la verdosa oscuridad de la noche.

Sabía lo que debía hacerse. Reuní algunos viejos tablones del sótano, los apilé en la chimenea y abrí el cañón. En cuanto comenzaron a arder con brillantes llamaradas, añadí algo más al fuego: un manuscrito cuya tinta era de cierto color. Bendecido con una visión salvadora, ahora pude ver de quién era la firma de ese manuscrito, qué

mano realmente había escrito aquellas páginas y se había estado escondiendo tras ellas durante cien años. El autor de esa narración rompió el ídolo y se ahogó en aguas profundas, pero el polvo de la antigua pátina se adhirió a él. Tintó la apretada escritura de un verde negruzco y pervivió allí, esperando a penetrar en otra alma perdida que no se diera cuenta de en qué oscuros lugares se estaba metiendo. ¡Qué bien sabía ahora lo cierto que era esto! ¿Y no ha quedado probado por el color del humo que ha brotado del manuscrito ardiendo y que continúa brotando de él?

Estoy escribiendo estas palabras sentado frente a la chimenea. Las llamas se han apagado, pero el humo de los papeles chamuscados todavía flota en el hogar, negándose a ascender por la chimenea y dispersarse en la noche. Quizás se haya bloqueado el tiro. Sí, debe ser eso, debe ser cierto. Todas esas otras cosas son mentiras, espejismos. Ese humo de color mohoso no ha adoptado la forma del ídolo, la forma que no puede ser vista nítidamente y por completo pero que produce tantos brazos y cabezas, tantos ojos, y luego los vuelve a mezclar y brotan de nuevo con otras configuraciones. Esa forma no está sacando algo de mí y colocando algo en su lugar, algo que parece estar sangrando en las palabras que escribo. Y la pluma no aumenta de tamaño en mi mano, ni mi mano disminuye de tamaño…

Miren, no hay ninguna forma en la chimenea. El humo ha desaparecido, ha subido por la chimenea y ha salido al cielo. Y no hay nada en el cielo, nada que pueda ver por la ventana. Allí está la luna, por supuesto, alta y redonda. Pero no hay ninguna sombra sobre la luna, ningún caos bullicioso de humo ahoga el frágil orden de la tierra. No hay una forma que se retuerce, se arrastra y deja un rastro sobre la luna, ni la forma de un gran cangrejo deforme se escabulle de los negros océanos del infinito e invade la isla de la luna, arrastrándose con sus innumerables cuerpos sobre todas las islas rotatorias del espacio. Esa forma no es la cancerosa totalidad de todas las Criaturas, ni el icor rezumante que fluye en el interior de las cosas. *Nethescurial no es el nombre secreto de la creación*. No está entre las habitaciones de nuestras casas y más allá de sus paredes… bajo las oscuras aguas y frente a los cielos iluminados por la luna… bajo el montículo de tierra y sobre la cima de montaña… en hoja norteña y flor sureña… dentro de cada estrella y en los vacíos entre ellas… en sangre y hueso… a través de todas las almas y espíritus… sobre los vigilantes vientos de éste y los distintos mundos… detrás de los rostros de los vivos y los muertos.

No estoy muriendo en una pesadilla.

LA VOZ DEL DEMONIO

[The Voice of the Demon]

CINCO

LOS SUEÑOS DE NORTOWN

[The Dreaming in Nortown]

1

Hay personas que necesitan testigos de su final. No contentos con una muerte solitaria, buscan una audiencia merecedora del espectáculo… una mente que registre los distintos estadios de su caída o, tal vez, simplemente un espejo para multiplicar su gloria abyecta. Por supuesto, pueden figurar otras razones en esta estrategia, razones demasiado sutiles y extrañas para el recuerdo de los mortales. Sin embargo, existe una memoria de los sueños gracias a la cual podría recordar a un viejo amigo al que me referirá como Jack Quinn. Y es que fue él quien percibió mi singular capacidad de empatía y, empleando una estrategia bastante contraria, la activó. Todo esto comenzó, desde mi punto de vista, a altas horas de la noche en el putrefacto y espacioso apartamento que Quinn y yo compartíamos y que estaba situado en la ciudad —o, más exactamente, en cierta zona *dentro* de la ciudad— donde acudíamos a clase en la misma universidad.

Estaba dormido. En la oscuridad una voz me llamaba para que me alejase de mi mundo de sueños mal cartografiado. Entonces algo pesado hundió el borde del colchón y un aroma levemente infernal inundó la habitación; una agria combinación de tabaco y noches otoñales. Un pequeño fulgor rojo se deslizó en un arco hacia la punta superior de la figura sentada y allí brilló con más intensidad, iluminando ligeramente la parte baja de una cara. Quinn estaba sonriendo mientras el puro que mantenía en sus labios humeaba en la oscuridad. Permaneció en silencio durante un

segundo y cruzó las piernas bajo el largo abrigo andrajoso, una prenda antigua que lo envolvía holgadamente como si estuviera a punto de mudar de pellejo. Había muchos octubres acres reunidos en ese abrigo. Son los eventos de este mes lo que estoy recordando.

Supuse que estaba borracho, o tal vez todavía se encontrara en las remotas alturas o profundidades del paraíso artificial que había estado explorando aquella noche. Cuando Quinn habló por fin, fue sin duda con las palabras titubeantes de un explorador de regreso, una voz estupefacta y vagamente aterrada. Pero parecía más que simplemente drogado.

Había asistido a la reunión, dijo, pronunciando esta última palabra de una forma extraña que pareció expandir su significado. Por supuesto, habla otros en esa reunión, gente que para mí tan solo eran «aquellos otros». Era una especie de sociedad filosófica, me dijo. El grupo sonaba bastante extravagante: asambleas a media noche, el más que probable uso de drogas y participantes paralizados por extraños éxtasis místicos.

Me levanté de la cama y encendí la luz. Quinn era una visión caótica, sus ropas estaban más arrugadas de lo habitual, su rostro sonrojado y su largo cabello pelirrojo intrincadamente enmarañado.

—¿Y adónde has ido esta noche exactamente? —pregunté con la medida justa de sincera curiosidad que él parecía estar buscando. Yo tenía claro que las actividades de Quinn de esa noche habían tenido lugar en los alrededores de Nortown (otro pseudónimo, por supuesto, como todos los nombres en este relato), donde estaba situado el apartamento que compartíamos. Le pregunté si era así.

—Y quizás en otros lugares —respondió él riéndose un poco para sí mismo mientras meditaba concentrado en la punta gris de su puro—. Pero tal vez no me entiendas. Disculpa, tengo que irme a la cama.

—Como desees —contesté, olvidando todos los reproches por esa intrusión nocturna. Le dio una calada al puro y se fue a su cuarto, cerrando la puerta tras él.

Y éste fue el comienzo de la última fase del desarrollo esotérico de Quinn. Y hasta la última noche en realidad lo vi en contadas ocasiones durante ese episodio decisivo de su vida. Tomamos diferentes rumbos académicos en nuestros estudios universitarios: yo en Antropología y él en… me preocupa reconocer que nunca estuve del todo seguro de qué estudios cursaba. En todo caso, nuestros horarios respectivos raras veces coincidían. Sin embargo, los movimientos diarios de Quinn, al menos los pocos de los que yo era consciente, incitaban a la curiosidad. Percibía un carácter caótico en su comportamiento, una cualidad que puede ser, o no, una buena compañía, pero que siempre ofrece la promesa de lo extraordinario.

Continuó regresando a casa bastante tarde de noche, y siempre entraba en el apartamento con un estruendo en apariencia un tanto forzado. Después de esa primera noche ya no volvió a confiarme abiertamente sus actividades. La puerta de su habitación se cerraba y a continuación podía oírlo derrumbarse sobre los viejos

muelles del colchón. Parecía que no se desvestía para meterse en la cama, quizás nunca se quitaba el abrigo que cada día estaba más raído y más arrugado. Mi sueño se veía interrumpido temporalmente y pasaba esos momentos de vigilia escuchando los ruidos de la habitación contigua. Había un extraño catálogo de sonidos que, o bien nunca antes había notado, o bien se diferenciaban de alguna manera del barullo nocturno ordinario: tenues gemidos que brotaban de los abismos más sombríos del sueño, repentinas inspiraciones como la succión de aire que produce un grito ahogado de asombro y abruptos rugidos y bufidos de timbre bestial. El ritmo general de su sueño delataba manifestaciones de ignora agitación. Y en ocasiones rompía la quietud de la oscuridad de la noche con una serie de gruñidos entrecortados seguidos por una breve bocina vocal que me hacía saltar de repente de la cama. Este sonido alarmante sin duda transmitía todo el espectro audible de un terror inspirado por pesadillas… pero también se entremezclaba con matices de asombro y éxtasis, de una sumisión voluntaria a una terrible experiencia ignora.

—¿Te has muerto ya y has llegado al infierno? —grité una noche desde fuera de la puerta de su habitación. El sonido todavía resonaba en mis oídos.

—Vuelve a dormir —respondió; en su voz grave todavía se escuchaban los profundos registros de la somnolencia. El olor de un cigarrillo recién encendido se filtró desde dentro del dormitorio.

Tras estos disturbios nocturnos, en ocasiones me sentaba para ver los colores parduzcos del amanecer vibrando en la distancia que se atisbaba por la ventana orientada al este. Y a medida que fueron pasando las semanas de ese mes de octubre, el carnaval de ruido que no cesaba en la habitación contigua comenzó a afectar con su extraño influjo mi propio sueño. Pronto Quinn no era el único del apartamento que sufría pesadillas; yo mismo me sentía embargado por una riada de terrores eidéticos que dejaban tan solo un vago rastro al despertarme.

Era durante el día cuando esas fugaces escenas de pesadilla aparecían de repente en mi mente, breves y vividas, como si hubiera abierto por equivocación una extraña puerta hacia algún lugar y, tras haber visto involuntariamente algo que no debería haber visto, la cerrara de inmediato con un portazo reverberante. Sin embargo, al final el propio censor de mis sueños se quedó dormido y recordé los esquivos fragmentos de una de esas visiones nocturnas, que regresó a mí pintada en escenas de colores estridentemente vibrantes.

El escenario del sueño era una pequeña biblioteca pública en Nortown, donde en ocasiones me retiraba a estudiar. Sin embargo, en el plano onírico yo no era un estudiante asiduo de la biblioteca sino uno de sus bibliotecarios… por lo visto, el único que guardaba vigilia en aquella institución desolada. Estaba allí sentado, a solas, inspeccionando complacientemente los estantes de libros y trabajando con la falsa ilusión de que en mi inactividad estaba desempeñando alguna función rutinaria pero de suma importancia. Esto no duró mucho rato —nada lo hace en los sueños—, aunque la situación ya parecía interminable.

Lo que quebró el status quo, iniciando una nueva fase del sueño, fue mi descubrimiento de una nota garabateada en un trozo de papel que había sido dejada en la ordenada superficie de mi escritorio. Era la petición de un libro y había sido presentada por un cliente cuya identidad me tenía perplejo, porque no había visto a nadie dejando la nota allí. Me preocupé por aquel trozo de papel durante muchos momentos del sueño: ¿Había estado allí antes de que me sentara frente al escritorio y simplemente se me había pasado por alto? Sufrí una ansiedad desproporcionada por este posible descuido. La amenaza imaginaria de una reprimenda de naturaleza un tanto extraña me aterrorizaba, Sin perder más tiempo, llamé al almacén para que el encargado de guardia me trajera el libro. Pero al parecer estaba solo en aquella biblioteca del sueño y nadie respondió a lo que ahora ya consideraba como una llamada de emergencia. Con un profundo sentimiento de urgencia ante un plazo de entrega imaginario, y embargado por una especie de terror exaltado, recogí rápidamente la nota de la petición y me dispuse a ir a buscar el libro yo mismo.

Entre las estanterías vi que la línea de teléfono estaba cortada; los cables habían sido arrancados de la pared y estaban tirados en el suelo como el extremo deshilachado de una fusta de azotes disciplinarios. Temblando, consulte el trozo de papel y me lo llevé para consultar el título y el número de catálogo. Ya no recuerdo aquel título, pero tenía algo que ver con el nombre de la ciudad, o la especie de suburbio, donde nuestro apartamento estaba situado. Me dispuse a recorrer un pasillo aparentemente interminable flanqueado por innumerables pasadizos más pequeños entre las altas estanterías. En efecto, eran tan altas que, cuando por fin llegué a mi destino, tuve que subir una larga escalera para alcanzar el lugar donde estaba Situado el libro que necesitaba. Tras escalar hasta que mis manos temblorosas se sujetaron con Fuerza al peldaño más alto, me encontré de frente con el número de catálogo exacto que buscaba, aunque puede que fueran algunos olvidados jeroglíficos del sueño que yo veía como esas letras y dígitos. Y al igual que esos símbolos, el libro que encontré está ahora irremediablemente perdido en el olvido; su forma, color y dimensiones murieron en el viaje de regreso desde el sueño. Tal vez incluso dejé caer el libro, aunque ese es un detalle sin importancia.

Pero lo que sí es importante es el pequeño hueco oscuro que dejó el libro cuando lo saqué de la estantería. Miró a través de él, sabiendo de alguna manera que se suponía que tenía que hacerlo como parte del ritual de extracción de libros. Miré más adentro… y entonces comenzó la siguiente fase del sueño.

El hueco era una ventana, o, tal vez, más bien una grieta en una pared del sueño o una ranura en la inflamada membrana que protege un mundo de la intrusión de otro. Más allá había algo parecido a un paisaje —a falta de un término más exacto— que contemplé a través de un estrecho marco rectangular. Pero este paisaje no tenía tierra ni cielo que limitaran uno con el otro en una límpida línea en el horizonte, ni objetos flotantes o brillantes por encima para reflejar y equilibrar sus contrarios terrenales de abajo. Este paisaje era una extensión infinita de profundidad y distancia, una ciénaga

interminable y carente de toda coherencia, un estado de existencia extraño más que un lugar localizable en un mapa, sin mayor extensión geográfica que la que pudiera tener un espejismo o un arcoiris. Definitivamente, había algo en mi visión, elementos que podían ser diferenciados unos de otros, pero era imposible unirlos en ningún tipo de relación. Llegué a experimentar una mirada prolongada ante lo que habitualmente tan solo es un atisbo delirante, como cuando uno de repente percibe de reojo una impresión que desaparece al volver la cabeza sin dejar rastro de lo que la mente ha creído ver.

La única manera que tengo para describir las visiones de las que fui testigo con una mínima aproximación es recurriendo a otras escenas que podrían provocar impresiones similares de tortuoso caos: quizás un festival de colores rotando en la oscuridad, un abismo con tentáculos que en ocasiones parece brillar húmedo, como invadido por un rocío terrible, y de repente se oscurece y se transforma en un resplandor estéril, como estrellas color hueso brillando sobre un desierto extraterrestre. Las vistas del inquietante desorden que contemplaba resaltaban aún más a consecuencia de mis propios sentimientos hacia ese desorden. Eran sentimientos oníricos magnificados, todas esas emociones enciclopédicas que incluyen complejas intuiciones, sensaciones y conocimientos imposibles de expresar. Mi emoción en el sueño era sin duda una enciclopedia monstruosa que describía un universo oculto bajo infinidad de envoltorios de engaño, una dimensión de disfraces.

Fue hacia el final del sueño cuando vi los colores o formas de colores, formas fluidas y en movimiento. No recuerdo si me pareció que fueran algo específico o solo entidades abstractas. Parecían ser las únicas cosas activas dentro de la cambiante inmensidad que contemplaba. Sus movimientos por algún motivo no resultaban agradables a la vista… una sacudida bestial de cada masa de color, unos pasos sin piernas en una jaula de la que podrían escapar en cualquier momento. Estos fantasmas añadieron un nivel de pánico al sueño lo bastante alto para despertarme.

Extrañamente, aunque el sueño no tenía nada que ver con mi compañero de piso, me desperté pronunciando su nombre repetidas veces con la voz distorsionada por el sueño. Pero él no respondió a mi llamada, porque no estaba en casa en ese momento.

He reconstruido mi pesadilla en estos momentos por dos razones. En primer lugar, para mostrar el carácter de mi vida interior por aquel entonces; en segundo lugar, para proporcionar un contexto en el que pueda apreciarse lo que encontré el día siguiente en la habitación de Quinn.

Cuando regresé de clase esa tarde, Quinn no estaba por ninguna parte y aproveché la ocasión para investigar las pesadillas que nos habían estado visitando en nuestro apartamento de Nortown. En realidad no tuve que rebuscar muy a fondo entre el desorden casi fosilizado de la habitación de Quinn. Enseguida encontré en su

escritorio algo que me facilitó mucho la investigación; una libreta de espiral con una cubierta de imitación de mármol. Encendí la lámpara del escritorio en aquella habitación de oscuros cortinajes y leí las primeras páginas de la libreta. Parecía referirse a la secta a la que Quinn se había unido hacía algunas semanas y era una especie de diario espiritual. Las entradas aludían a las reflexiones de Quinn sobre su evolución interior y empleaba una terminología esotérica que no ha quedado registrada en gran parte debido a que la libreta ya no existe. Sus páginas, según las recuerdo, describían el progreso de Quinn por la senda del conocimiento no convencional, una mirada incierta hacia lo que podrían haber sido reinos meramente simbólicos.

Quinn parecía haberse unido a una sociedad filosófica hastiada, un grupo de degenerados esotéricos. Su *raison d'être* era una especie de masoquismo místico que forzaba a los iniciados a realizar actos de una temeridad desconocida… «a atisbar el infierno con ojos de hielo», por citar una frase de la libreta que se repite con frecuencia y parece una especie de mantra de poder. Como sospechaba, la secta usaba drogas alucinógenas y no cabía duda de que creían estar en íntima comunión con extraños lugares merafísicos. Su principal objetivo, a la manera de los verdaderos místicos, era trascender la realidad común en búsqueda de estados de existencia más elevados, pero su estrategia era sumamente heterodoxa, un extraño desvío de la senda habitual hacia un conocimiento positivo. Por el contrario, se mantenían en una especie de fatalismo blasfemo, un determinismo maldito que los enfrentaba a esferas de oscuro horror. Quizás era esa misma oscuridad la que exacerbaba su propósito principal, que parecía ser un precario flirteo con su apocalipsis personal, la lucha por detentar un horrible poder sobre el propio horror.

Y ése era el tema que ocupaba las reflexiones de la libreta de Quinn, todas ellas muy interesantes. Pero la entrada más intrigante de todas era la última, la cual era breve y recrearé casi en su totalidad a continuación. En esta entrada, como en la mayoría de las otras, Quinn se dirigía a sí mismo en segunda persona con varios arrebatos de consejos y amonestaciones. La mayoría de ellos eran ininteligibles, porque parecía estar obsesionado con regiones ajenas a la mente consciente. Sin embargo, las palabras de Quinn tenían un cierto significado curioso cuando las leí por primera vez, significado que más tarde se intensificaría. Por lo tanto, lo que sigue ejemplifica el estilo de sus notas dirigidas a sí mismo:

> Hasta el momento tu progreso ha sido imperfecto pero inexorable. Ayer noche viste la zona y ahora sabes cómo es… un destello tembloroso, un campo de colores ponzoñosos, la reluciente piel interna de la belladona. Ahora que estás realmente acercándote al plano de la zona, ¡despierta! Olvida tus refinadas fantasías y aprende a moverte como la bestia sin ojos en la que debes convertirte. Escucha, siente, *huele* en busca de la zona. Sueña tu camino a través de sus maravillosos peligros. Sabes lo que las cosas de allí podrían

> hacerte con *sus* sueños. Ten cuidado. No permanezcas en el mismo lugar durante mucho tiempo durante las siguientes noches. Ése será el momento de mayor peligro. Sal (quizás a la gran noche iluminada de Nortown), deambula, marcha lentamente, arrástrate, pasea sonámbulo si tienes que hacerlo. Detente y mira, pero no por mucho tiempo. Sé intuitivamente precavido. Atrapa la fascinante fragancia del miedo… y vence.

Leí este breve pasaje una y otra vez, y con cada nueva lectura su trasunto me parecía cada vez menos fruto de las fantasías de un creyente con una imaginación desbordante y cada vez más fruto de una mente ocupada en extrañas reflexiones sobre cuestiones que a estas alturas ya me resultaban familiares. Así pues, parecía estar logrando mi propósito, porque la sensibilidad de mi psique había logrado una sutil conexión con los propósitos espirituales de Quinn, incluso en sus matices anímicos. Y a juzgar por la última entrada de la libreta de Quinn, los días venideros eran de alguna forma cruciales, aunque la verdadera significación de estos podría haber sido solo psicológica. Sin embargo, otras posibilidades y expectativas habían cruzado mi mente. Al final, la cuestión quedó zanjada la siguiente noche solo unas horas más tarde. Esta aventura crepuscular ocurrió —de alguna forma, inevitablemente— en medio de la etérea y corrupta vida nocturna de Nortown.

2

Aunque técnicamente un suburbio, al menos desde una definición civil, Nortown no estaba situada a las afueras de aquella población más grande donde Quinn y yo íbamos a las clases de la universidad, sino por entero dentro de sus límites. Para un estudiante cuasi indigente, la única atracción de esta zona es el alojamiento barato que ofrece en una variedad de modalidades, aunque no siempre se podría decir que sean alojamientos atractivos. Sin embargo, en el caso de Quinn y el mío, los motivos tal vez eran otros, y es que ambos éramos capaces de apreciar las características y posibilidades secretas de la pequeña ciudad. Debido a la singular proximidad de Nortown a la zona del centro de la gran ciudad, este suburbio absorbía mucho del glamur desvaído de la gran urbe, aunque a una escala menor y de una manera

concentrada. Por supuesto, había multitud de restaurantes con falsas cocinas exóticas, así como una variedad de locales nocturnos de extraña reputación y numerosos establecimientos que existían en un reino crepuscular en cuanto a su legalidad.

Pero además de estas atracciones epicúreas de segunda categoría, Nortown también ofrecía intereses menos mundanos, cualesquiera que fueran las distintas formas que adoptaran. La zona parecía una especie de terreno de desove de gentes y movimientos marginales (creo que los compañeros de secta de Quinn, quienesquiera que fueran, o bien eran residentes o habituales del suburbio). Junto a las aproximadamente siete manzanas de Nortown de bullicioso comercio, se podían ver ofertas en los escaparates de lecturas personalizadas del futuro o lecturas privadas de los *vórtices* espirituales del cuerpo. Y si uno mira hacia arriba mientras recorre ciertas calles, hay bastantes posibilidades de que detecte ventanas de segundas plantas con extraños símbolos pegados sobre ellas, insignias crípticas cuyo significado solo es conocido por los iniciados. De alguna manera difícil de analizar, la atmósfera de estas calles recordaba a la de aquel sueño asombroso que describí anteriormente… la sensación de paisajes tenues y desordenados evocados por cada esquina sórdida de aquella ciudad dentro de una ciudad.

No es menos importante entre los atractivos de Nortown el simple hecho de que muchos de sus comercios están activos todas las horas del día y de la noche, lo cual probablemente era una razón por la que las actividades de Quinn gravitaban por ese lugar. Y ahora sabía que tenía planeado pasar varias noches concretas vagando por las sucias aceras de Nortown.

Quinn dejó el apartamento justo antes de que anocheciera. A través de la ventana lo vi girar por la fachada de un edificio y luego continuar por la calle hacia el distrito comercial de Nortown. Lo seguí cuando me pareció que se encontraba a una distancia segura por delante de mí. Supuse que si mi plan de seguir los movimientos de Quinn durante la velada iba a fracasar, lo haría durante los primeros minutos. Por supuesto, era razonable suponerle a Quinn uno o dos sentidos extra que le alertarían de mi plan. En todo caso, no me equivocaba al creer que yo, simplemente, cumplía con el deseo no expresado de Quinn de tener un espectador de su final, un cronista de su hazaña demoníaca. Y todo transcurrió sin problemas cuando llegamos al área de tráfico más denso de Nortown cerca de Carton, la calle principal del suburbio.

Arriba, los altos edificios de la metrópolis circundante se cernían a nuestro alrededor y sobre los edificios más bajos de Nortown. En la distancia un sol pálido estaba a punto de ponerse, destacando los picos de los edificios de la ciudad que se recortaban contra el horizonte. El valle donde está enclavada Nortown ahora yacía bajo las sombras de este horizonte de edificios, una réplica enana de la urbe que la rodeaba. Y este enano en particular era del tipo de enanos de ropas coloridas apropiados para entretener a la aburrida realeza. La calle principal arrojaba colores cómicos de un espectro eléctrico, que brincaban vertiginosamente sobre uno y otro pie intentando vencer el innombrable aburrimiento de la multitud que deambulaba

por las aceras. Tal tránsito de gente, poco habitual para una noche de otoño, me facilitó permanecer oculto, aunque también dificultó mi persecución de Quinn.

A punto estuve de perderle por un momento cuando abandonó las riadas de algunos peatones que se arrastraban lentamente y desapareció en una tienda pequeña en la acera norte de Carton. Pare un poco más allá en la misma manzana y me quedé mirando un escaparate de ropa de segunda mano hasta que salió de nuevo a la calle, lo cual hizo unos minutos más tarde, sujetando un periódico en una mano y guardándose una caja plana de puros en el bolsillo interior de su abrigo con la otra. Lo vi hacerlo a la luz del escaparate de la tienda, porque ya había anochecido.

Quinn avanzó unos cuantos pasos y luego cruzó la calle. Vi que su destino era simplemente un restaurante con un semicírculo de letras del alfabeto griego pintado en el escaparate de la fachada. A través de este pude verle sentándose junto al mostrador y desplegar el periódico, luego pidiéndole algo a la camarera que estaba de pie con la libreta en la mano. Al menos durante un rato sería fácil tenerlo localizado. No es que me apeteciera observar a Quinn entrando y saliendo de restaurantes y tiendas el resto de la noche. Esperaba que sus movimientos al final resultaran más reveladores. Pero por el momento iba practicando lo de convertirme en su sombra.

Observé a Quinn desde el interior de un comercio de productos de importación del Medio Oriente situado frente al restaurante. Podía verle sin dificultad a través del escaparate del comercio. Desafortunadamente, yo era el único cliente en aquel lugar mohoso y en tres ocasiones una mujer huesuda y entrada en años me preguntó si podía ayudarme en algo. «Solo estoy mirando», respondía apartando momentáneamente los ojos de la ventana y echando un vistazo a una colección de baratijas e imitaciones arábigas. La mujer se marchó al fin y se quedó detrás del mostrador, donde mantuvo la mano derecha tenazmente oculta. Posiblemente sin motivo alguno, comencé a ponerme muy nervioso entre el bronce tallado y los intensos olores de aquel comercio. Decidí regresar a la calle y ocultarme en las aceras abarrotadas de gente pero extrañamente silenciosas.

Después de una media hora, a eso de las ocho menos cuarto, Quinn salió del restaurante. Desde el otro lado de la calle lo vi doblar el periódico que llevaba y depositario con cuidado en un buzón de correos cercano. Luego, con un puro recién encendido que alternaba en la boca y la mano, partió otra vez hacia el norte. Lo dejé avanzar media manzana más o menos antes de cruzar la calle y empezar a seguirlo de nuevo. Aunque nada manifiestamente inusual había ocurrido aún, ahora parecía haber cierta promesa de sucesos desconocidos en el aire de aquella noche otoñal.

Quinn continuó su camino a través de los sucios neones de las calles de Nortown. Pero ahora no parecía tener un destino concreto. Sus pasos eran menos decididos que antes y ya no miraba expectante frente a él, sino que observaba boquiabierto la escena a su alrededor sin rumbo fijo, como si aquellos alrededores le resultaran desconocidos o hubieran cambiado de alguna manera de apariencia desde su última visita. Al contemplar la figura de pelo revuelto y envuelta en un abrigo de mi compañero de

piso tuve la impresión de que estaba agobiado por algo que había a su alrededor. Levantaba la mirada hacia los aleros de los tejados de los edificios como si todo el peso del negro cielo otoñal estuviera a punto de desplomarse. Absorto, se abrió paso entre unas cuantas personas y en un momento dado se le cayó el puro de la mano, esparciendo chispas por la acera.

Quinn giró la siguiente esquina, donde Carton se cruzaba con una calle secundaria. Solo había unos cuantos lugares que bullían con actividad en esta zona, que conducía a las regiones residenciales más oscuras de Nortown. Uno de estos lugares era un edificio con unas escaleras que descendían bajo el nivel de la calle. Desde un puesto de vigilancia seguro vi que Quinn bajaba las escaleras y entraba en lo que me pareció un bar o una cafetería de algún tipo. Por muy inocente que pudiera haber sido el lugar, mi imaginación llenó instintivamente aquel sótano con una clientela de una diversidad y rareza fascinantes. Tras desechar mis Fantasías, me enfrente a la decisión practica de si debía seguir o no a Quinn al interior y arriesgarme a romper el espejismo de su solitaria odisea mística. También pensé que, tal vez, fuera a reunirse con otros en aquel lugar y que posiblemente yo terminaría siguiendo a varios sectarios y penetrando en sus actividades esotéricas, fueran cuales fuesen. Pero tras descender con precaución las escaleras, eché un vistazo por los cristales sucios de la ventana y vi a Quinn sentado en un rincón alejado… y estaba solo.

«¿Le gusta espiar por las ventanas?», preguntó una voz a mis espaldas. «Las ventanas son los ojos de los que carecen de alma», dijo otra. Estos dos individuos parecían catedráticos de la universidad, aunque no de los que me resultaban familiares del departamento de Antropología. Seguí a aquellos distinguidos académicos hacia el bar, logrando así hacer una entrada menos obvia que si hubiera entrado solo.

El lugar estaba a oscuras y abarrotado y era mucho más grande de lo que parecía desde fuera. Me senté en una mesa cercana a la puerta y a una distancia estratégica de Quinn, que estaba sentado detrás de una columna. La decoración a mi alrededor parecía como la de un sótano inacabado o un trastero. Había un gran número de antigüedades de mercadillo en las paredes y del techo colgaban objetos largos que parecían asentadores de cuero. Tras unos segundos, una joven con mirada ausente se acercó y permaneció en silencio junto a mi mesa. Al principio no me di cuenta de que solo era la camarera, así de desagradables eran su apariencia y maneras.

En un momento dado durante la hora aproximadamente que se me permitió estar sentado allí abrazado a mi bebida, descubrí que si me inclinaba hacia delante tanto como pudiera sobre la silla, podía atisbar a Quinn al otro lado de la columna. Esta táctica me permitió observar ahora que Quinn estaba en un estado de agitado recelo incluso peor que antes. Creía que se habría calmado tras una lacónica serie de copas, pero no era así. De hecho, había una taza de café, no una bebida alcohólica, apoyada junto a su codo. Quinn parecía estar escudriñando cada centímetro de la habitación en

busca de algo. Su mirada nerviosa en una ocasión a punto estuvo de clavarse en mi propio rostro y desde ese momento mantuve una mayor discreción.

Un poco más tarde, no mucho antes de la salida de Quinn y la mía, una joven con una guitarra se subió a una plataforma instalada contra una pared de la sala. Cuando se acomodó en una silla sobre la plataforma y afinó su instrumento, alguien encendió un solo foco sobre el suelo. Observé que frente al foco había instalado un disco dividido en cuatro secciones: roja, azul, verde y transparente. Ahora el disco estaba ajustado para que brillara solo por la sección transparente.

La artista no hizo ninguna presentación y comenzó a cantar una canción tras rasgar parcamente su guitarra durante unos segundos. No reconocí la canción, pero creo que cualquier canción me habría parecido desconocida tal como era interpretada por la artista, cuya voz se asemejaba en mi imaginación a la de una sirena boba encerrada en algún lugar y gimiendo lastimosamente para ser liberada. No tenía ninguna duda de que el tono de la canción era triste. Sin embargo, era una especie de tristeza muy extraña y desconcertante, como si la cantante hubiera estado escuchando a escondidas ciertos rituales exóticos y grotescos para inspirarse.

La joven acabó la canción. Tras recibir el aplauso de una sola persona en algún rincón de la sala, procedió al siguiente número, que no sonaba distinto del primero. Luego, tras un minuto o más del extraño desarrollo de la segunda canción, algo ocurrió —un momento de confusión—, y segundos más tarde me encontraba de nuevo en la calle.

Lo que ocurrió realmente no fue nada más que una pequeña travesura. Mientras la cantante llamaba con voz felina a su amor perdido de los versos de la canción, alguien se escabulló colocándose cerca de la plataforma, cogió el disco instalado frente al foco y lo hizo girar. A continuación, brotó un caleidoscopio. La ráfaga de colores atacó a la cantante y a los clientes en las mesas cercanas. El canto continuó con su lánguido tempo que no seguía el compás de los rojos, azules y verdes. Había algo amenazador en la distorsión visual que producían aquellos colores girando alegremente. Y luego, durante un breve instante, el caos de colores quedó eclipsado cuando una silueta pasó tambaleante por delante, avanzando entre la mesa y la cantante en la plataforma. A punto estuve de no ver quién era, porque mis ojos estaban apartados de la escena. Dejé que saliera por la puerta, que pareció tener problemas en abrir, antes de salir yo mismo precipitadamente del lugar.

Cuando emergí de las escaleras a la acera, vi a Quinn de pie en la esquina de Carton. Cuando se paró para encender un puro, me quedé entre las sombras hasta que volvió a andar por la calle. Recorrimos varios bloques de edificios profusamente decorados con luminosos de neón que surcaban la noche. Me distraje con las letras que brillaban siguiendo una secuencia y que deletreaban E-S-S-E-N-C-E LOUNGE, LOUNGE, LOUNGE; y me pregunté qué secretos les eran revelados a aquellos ungidos por las sacerdotisas de MASAJES MEDEA.

Nuestra próxima parada fue breve, aunque también amenazó la compenetración

psíquica que Quinn y yo habíamos tardado tanto en establecer. Quinn entró en un bar donde un cartel en el exterior ofrecía un puesto para personas que desearan trabajar como bailarines profesionales. Dejé que pasaran unos segundos antes de entrar detrás de Quinn. Pero en el mismo instante en que penetre en la oscuridad temporalmente cegadora del bar, alguien me empujó con el hombro hacia un lado debido a las prisas de su salida. Afortunadamente, fui a parar a un grupo de hombres que esperaban sitio en el interior y Quinn no pareció percatarse de mi presencia. Además, con la mano derecha —en la que blandía un puro— se sujetaba la frente formando una visera sobre los ojos, o tal vez se estaba dando un rápido masaje en la frente. En cualquier caso, no se detuvo y cargó pasando a mi lado hacia la puerta. Cuando me giré para seguirlo tras su brusca salida, observé la escena dentro del bar y en particular me centré en una tarima donde una sola figura giraba… ataviada con colores parpadeantes. Y al atisbar fugazmente esta imagen caótica, recordé aquel otro caos a ráfagas en el club subterráneo y me pregunté si Quinn había quedado trastornado por este segundo enfrentamiento con una fantasmagoría de múltiples tonalidades, ese parpadeante y caótico arco iris de sueños. Sin duda, parecía haber sido repelido de alguna manera, provocando su airada salida. Salí más calmado y retomé mi rastreo del periplo nocturno de Quinn.

A continuación, visitó un número de lugares en los que, por una u otra razón, preferí abstenerme de entrar. Entre esas paradas hubo una librería (no ocultista), una tienda de discos con un altavoz exterior por el que vomitaba locura a la calle, y un animado salón de juegos, donde Quinn permaneció tan solo un instante. Después de cada una de estas paradas Quinn parecía cada vez más, no puedo decir *frenético*, pero sin duda… vigilante. Su paso antes regular ahora era interrumpido por breves parones para mirar los escaparates, frecuentes vacilaciones que revelaban una multitud de pensamientos e impulsos indecisos, y una titubeante incertidumbre en general. La manera de moverse cambió y los aspectos rítmicos, el paso y el gesto reforzaban una imagen radicalmente distinta a la de su anterior ser. En ocasiones yo mismo habría dudado que fuera Jack Quinn de no ser por su inconfundible vestimenta.

Pensé que quizás, de forma subliminal, había detectado a alguien permanentemente a sus espaldas, y que, en este punto de su desplome hacia un infierno aislado, ya no requería de un compañero, o no podía tolerar un *voyeur* de su destino. Sin embargo, al final tuve que concluir que el desasosiego de Quinn no era causado simplemente por un par de pasos pisándole los talones. Parecía que buscase algo más, que buscara pistas en el paisaje de ladrillo y neón, posiblemente alguna condición o circunstancia relevante de la que pudiera obtener algo que guiara sus movimientos aquella gélida y fragante noche de octubre. Pero no creo que encontrara, o que pudiera interpretar correctamente, cualquiera que fuera la señal que buscaba. De lo contrario, las consecuencias podrían haber sido diferentes.

La razón de la falta de vigilancia de Quinn tenía mucho que ver con la penúltima parada de esa noche. Ya era cerca de la medianoche. Habíamos recorrido Carton hasta

el último bloque de edificios de la zona comercial de Nortown. Allí también estaba el límite norte del barrio, y más allá de este se extendía una hilera de edificios ruinosos que pertenecían ya a la ciudad circundante. Esta parte del barrio sufría también una ruina tanto física como atmosférica. A ambos lados de la calle se alzaban hileras de edificios cuyas alturas en algunos casos variaban espectacularmente. Muchos de los negocios de ese bloque no estaban equipados con luces exteriores o no habían encendido las que tenían. Pero la falta de iluminación exterior pocas veces significaba que aquellos lugares no estuvieran abiertos, a juzgar por las entradas y salidas de las oscuras tiendas, bares, pequeñas salas de cine y otro tipo de establecimientos. El flujo disperso de peatones en este lado del barrio se limitaba aparentemente a ciertos individuos de gustos y destinos muy específicos. El tráfico de la calle era bastante reducido y había algo en los coches aparcados en la acera izquierda que les daba una apariencia de abandono, si no de total inmovilidad.

Por supuesto, estoy seguro de que aquellos coches, o la mayoría de ellos, funcionaban perfectamente, y que se trataba tan solo de una patética ilusión que hacía que parecieran criaturas sensibles debilitadas por sus arruinados alrededores. Pero creo que debí quedarme dormido y soñarlo de pie durante unos segundos: los sonidos y las imágenes parecían llegarme de lugares fuera de mi entorno más próximo. Contemplé un viejo edificio al otro lado de la calle —un bar, tal vez, o un club sin nombre para miembros selectos—, y durante unos segundos tuve la impresión de que de allí brotaban extraños ruidos, no de entre sus paredes, sino de una fuente mucho más lejana, como si estuviera transmitiendo desde remotas dimensiones. Y estos ruidos también tenían un aspecto visible, una especie de vibración en el aire de la noche, como la estática que se puede ver chispeando en la oscuridad. Pero durante todo ese tiempo tan solo veía un viejo edificio y nada más que eso. Lo observé durante un poco más de tiempo y los ruidos se apagaron en confusos ecos, los chispazos se oscurecieron y desaparecieron, la conexión se perdió y el lugar volvió a su decrepita realidad.

El edificio era de unas dimensiones demasiado reducidas para permitir cualquier ocultación y percibí cierta privacidad en su aspecto que me llevó a reflexionar que un recién llegado sería inoportunamente visible. Sin embargo, Quinn había entrado sin dudarlo. Supongo que habría resultado útil observarlo allí dentro y ver qué tipo de relación tenía con aquel establecimiento y su clientela. Pero lo único que sé es que me quedé esperándolo Fuera durante más de una hora. Parte de ese tiempo le esperé sentado en un taburete junto a la barra de una cafetería en la misma calle.

Cuando Quinn salió estaba visiblemente borracho. Esto me sorprendió; había creído que intentaba mantener el máximo control de sus facultades aquella noche. El café que le vi beber en el club subterráneo parecía confirmar esa hipótesis. Pero, de alguna manera, las intenciones de Quinn de mantenerse sobrio, si es que para empezar esas eran sus intenciones, habían sido modificadas u olvidadas.

Yo estaba situado un poco más alejado en la calle cuando reapareció, pero ahora

no era necesaria tanta precaución. Era ridículamente sencillo permanecer oculto detrás de un Quinn que a duras penas veía el pavimento sobre el que caminaba. Un coche patrulla con luces parpadeantes pasó junto a nosotros en Carton y Quinn no pareció advertir su presencia. Se detuvo en la acera, pero solo para encenderse otro puro. Y parecía tener dificultades para realizar la tarea con un viento que transformó su abrigo desabrochado en una capa de salvajes alas flameando a sus espaldas. Fue en igual medida el impulso de este viento como el propio Quinn lo que nos guio a nuestra última parada, donde unas cuantas luces mitigaban la oscuridad en el mismo filo de Nortown.

Las luces eran las de una marquesina de un cine. Y también fue allí donde coincidimos con los faros giratorios del coche patrulla. Detrás de éste había otro vehículo, un enorme automóvil de lujo que tenía una profunda abolladura en uno de sus relucientes laterales. No muy lejos de allí, en la acera, había una señal de prohibido aparcar doblada en forma de L. Un policía alto estaba inspeccionando la propiedad pública dañada, mientras el dueño del coche que supuestamente había ocasionado el daño estaba junto a él. Quinn solo dirigió una mirada fugaz al retablo mientras entraba en el cine. Unos segundos más tarde le seguí, pero no sin antes escuchar al propietario del coche abollado decirle al policía que algo de colores brillantes había aparecido de repente frente a los faros, obligándole a dar un volantazo. Y lo que fuera aquello desapareció súbitamente.

Al entrar en el vestíbulo del cine tuve la impresión de que aquel lugar debió ser de una elegancia barroca en el pasado, aunque ahora los contornos de las molduras de volutas por encima de mi cabeza estaban desdibujados por un sedimento gris, y a la enorme araña de luces le faltaban algunos de sus brazos y todo su fulgor. El mostrador de cristal a mi derecha, que sin duda en otro tiempo estuvo repleto de cajas de bombones y similares, había sido convertido, probablemente hace mucho tiempo, en una vitrina en la que se exhibían revistas pornográficas.

Atravesé una de las puertas de entre una larga hilera de ellas y me quedé un rato en el pasillo de detrás del auditorio. Allí había un grupo de hombres hablando y fumando, luego lanzaron los cigarrillos al suelo y los apagaron de un pisotón. Sus voces casi ahogaban la banda sonora de la película que estaban proyectando y cuyo sonido brotaba de las entradas de los pasillos y retumbaba ininteligiblemente contra las paredes traseras. Observé el auditorio iluminado por la proyección y solo vi a unas cuantas personas sentadas acá y allá en los asientos desgastados de la sala, la mayoría a solas. A la luz de la pantalla localicé a Quinn entre la escasa audiencia. Estaba sentado muy cerca de la pantalla, en un asiento de la primera fila, junto a unas cortinas bajo una señal de salida.

Parecía estar durmiendo en su asiento en lugar de ver la película y no me costó mucho colocarme a unas pocas filas detrás de él. Para entonces, Quinn parecía haber perdido cualquier resquicio de su anterior determinación e intensidad y daba la impresión de que el ímpetu de esa noche se había agotado. En la oscuridad del cine

comencé a cabecear y después me quedé dormido, de forma muy similar a la de Quinn.

No dormí mucho tiempo, tan solo unos minutos. Pero durante ese tiempo soñé. Sin embargo, no había ningún paisaje de pesadilla en este sueño, ni tampoco escenarios amenazadores. Solo oscuridad… oscuridad y una voz. La voz era la de Quinn. Me llamaba desde una gran distancia, una distancia que no parecía una cuestión de espacio físico, sino de dimensiones extrañas e inconmensurables. Sus palabras sonaban distorsionadas, como si fueran transmitidas por un filtro que las deformaba y transformaba los sonidos humanos en un chirrido bestial… la voz medio abogada y medio chillona de algo que estaba siendo lenta y metódicamente lacerado. Al principio gritó mi nombre varias veces con las violentas modulaciones de un grito desgarrado. Luego dijo, por lo que puedo recordar: «Dejé de estar alerta por ellos… caí en su zona… dónde estás… ayúdanos… ellos también están soñando… están soñando… y moldean las cosas con sus sueños».

Me desperté y lo primero que vi fue lo que me pareció una enorme masa informe de colores, pero se trataba simplemente de las imágenes gigantescas de la película. Mis ojos enfocaron la pantalla y luego los dirigí unas filas más abajo hacia Quinn. Parecía estar totalmente derrumbado, encogido y con la cabeza demasiado cerca de su hombro. Un bulto en movimiento forcejeó al otro lado de su asiento y poco después apareció por el lateral y avanzó por el pasillo. Era Quinn, pero ahora brillaba levemente y su tamaño había disminuido. El borde del abrigo se arrastraba por el suelo, las mangas colgaban sin manos y el cuello del abrigo se había desmoronado hacia dentro. La criatura luchaba por dar cada torpe paso, como si no tuviera un control total de sus movimientos, como una marioneta saltando de un lado a otro intentando avanzar. Su brillo parecía ganar intensidad ahora, un aura iridiscente palpitante se arrastraba o flotaba alrededor del torpe enano.

Me dije que tal vez todavía estuviera soñando. O que podría tratarse de una imagen residual distorsionada, una mezcla delirante de imágenes derivadas de la pesadilla, la imaginación y ese enorme manchón de colores frente al oscuro auditorio en el que me acababa de despertar. Intenté serenarme y centrarme en la criatura que estaba desapareciendo por detrás de la gruesa cortina bajo la señal luminosa de salida.

Le seguí pasando a través de la abertura de la raída cortina de terciopelo. Más allá había unas escaleras de hormigón por las que se subía a una puerta de metal que ahora se cerraba. A mitad de las escaleras vi un zapato que me resultaba familiar y que debía haber perdido Quinn en su frenética aunque torpe huida. ¿Adónde huía y de qué? Esos eran mis únicos pensamientos ahora, sin ninguna otra consideración en cuanto a la profunda extrañeza de la situación. Había abandonado toda conexión con cualquier sistema de normas por el que juzgar la realidad o la irrealidad. Sin embargo, lo único que hizo falta para romper esa aceptación me esperaba fuera… algo del todo inaceptable sobre un frágil andamio de extrañamiento. Después de cruzar la puerta, en la parte superior de las escaleras descubrí que los acontecimientos

previos de aquella noche solo habían servido de trampolín hacia otras esferas, un punto de despegue de un mundo que ahora disminuía de tamaño a mis espaldas con una furiosa velocidad.

El área exterior del cine no tenía iluminación alguna, y sin embargo no estaba a oscuras. Algo brillaba en un estrecho y largo pasaje entre el cine y el siguiente edificio. Ése era el camino que había tomado Quinn. Se veía luz y se escuchaban sonidos.

Por el filo de la esquina fluía débilmente una luz grotesca; eran las primeras insinuaciones de un inminente amanecer sobre el negro horizonte. Reconocí vagamente aquella luz temblorosa, aunque no de mis recuerdos de vigilia. Fue aumentando de intensidad y ahora se derramaba en extraños haces de luz procedentes de más allá del límite sólido del edificio. Y cuanto más intensos se hacían, con más claridad oía el grito estridente que me había sacado del sueño. Grité su nombre, pero la luminosidad cromática creciente dibujaba una zona de miedo que me disuadía de avanzar en su dirección. Lo que me repelía se revelaba como un arco iris en el que todos los colores naturales habían mutado en una iridiscencia de dolorosa exuberancia al traspasar un prisma fantásticamente corrompido en su forma. Era una aurora que pintaba la oscuridad con una reluciente ráfaga de luz que no pertenecía a este mundo. Pero, en realidad, no tuvo nada que ver con todos estos exabruptos metafóricos, que son simplemente un débil intento de fijar parcialmente una realidad incomunicable a aquellos no iniciados en ella, un recurso necesario para transmitir el improvisado galimatías del místico aislado por su experiencia y que carece de un lenguaje para describirla.

Todo el episodio fue bastante breve, aunque su naturaleza fantasmagórica lo hizo parecer de una duración infinita… un pestañeo o un eón. De repente, la luminosidad dejó de fluir hacia mí, como si algún extraño grifo hubiera sido cerrado en algún lugar. Los gritos también habían cesado. Con suma precaución, entré en el pasaje por el que había visto entrar a Quinn. Pero allí no había nada… nada que pudiera aliviar mi confusión sobre lo que había ocurrido exactamente (aunque no soy un aficionado a lo irreal, he tenido en el pasado momentos de alucinado asombro). Pero, quizás, sí había algo. En el suelo había un parche de tierra quemado, un espacio informe y desnudo en el que no se veían las hierbas y la basura que cubrían el área circundante. Tal vez no fuera más que un lugar del que se hubiera retirado recientemente algún objeto, o que hubiera recobrado vida y dejado la tierra de debajo vacía y muerta. Durante unos segundos, mientras miraba por primera vez aquel lugar, me pareció que despedía una leve luminosidad. Posiblemente, el hecho de que el contorno fuera como el de una silueta humana se debía solo a mi imaginación, aunque estaba retorcida de manera que podría confundirse con otras cosas, otras formas. En cualquier caso, lo que fuera que hubiera estado allí ahora había desaparecido.

Y alrededor de ese pequeño retazo de tierra yerma tan solo había basura: periódicos mutilados por el tiempo y el clima, bolsas marrones reducidas a su pulpa

primigenia por la descomposición, miles de colillas y un objeto desechado que estaba casi nuevo y todavía no había sufrido ninguna transformación. Era una caja fina como un libro. La cogí. Todavía había dos puros nuevos dentro.

3

Quinn nunca volvió al apartamento que compartíamos. Unos días más tarde denuncié su desaparición a la policía de Nortown. Antes de hacerlo destruí la libreta de su habitación, porque en un ataque paranoico creí que la policía la encontraría en el curso de sus investigaciones y luego formularían preguntas bastante incómodas. No quería explicarles cosas que jamás creerían, especialmente las actividades en las que me vi involucrado aquella última noche. Esto solo hubiera atraído sospechas sobre mi persona. Por fortuna, las autoridades de Nortown son conocidas por su laxitud en el desempeño de sus funciones oficiales. Lo que al final ocurrió es que me hicieron muy pocas preguntas y jamás vinieron al apartamento.

Tras la desaparición de Quinn, me puse a buscar otro lugar donde vivir. Y aunque mi compañero de piso se había ido, continué experimentando sueños extraños durante los últimos días que pasé en la antigua residencia. Pero esos sueños eran diferentes en ciertos detalles. El fondo era básicamente la misma extensión de la pesadilla, pero ahora la veía desde Fuera del sueño y a cierta distancia. Realmente, la sensación era más parecida a ver una película que a soñar, y en cierta manera no parecían ser mis propios sueños en absoluto. Supuse que eran visiones residuales de Quinn que continuaban vagando por el apartamento, porque él siempre adoptaba el papel principal. Tal vez fuera en estos sueños donde continué siguiendo a Quinn más allá de donde lo había perdido. Porque en ese punto lo imaginé ya comenzando a cambiar, y en mis últimos sueños cambió aún más.

Ya no se asemejaba en nada a mi antiguo compañero de piso, aunque gracias a una omnisciencia onírica sabía que era él. Su forma seguía cambiando, o más bien era conscientemente transformada por aquellas bestias caleidoscópicas. Representando una escena de algún infierno del Bosco, los demonios atormentadores rodeaban a su

víctima y la *soñaban*. La transportaban a través de una abominable serie de transfiguraciones, alterando maliciosamente la aullante masa de un alma condenada. Soñaban cosas que extraían de él y sonaban cosas que introducían en él. Finalmente, el propósito de sus transformaciones se hizo evidente. Torturaban a su víctima haciéndola recorrer una serie de estadios mediante los cuales lograrían que se transformara en uno de ellos, cumpliendo así su visión más aterradora y obsesiva. Ya no lo reconocía, pero observé que ahora había otra bestia reluciente que ocupó su lugar junto a las otras y retozó entre ellas.

Ése fue el último sueño que tuve antes de abandonar el apartamento. No he tenido más desde entonces, al menos ninguno que haya perturbado mi mente. No puedo decir lo mismo de mi nuevo compañero de piso, que rabia mientras duerme noche tras noche en el cochambroso aunque económico apartamento donde residimos. En una o dos ocasiones ha intentado comunicarme sus extrañas visiones y las compañías a las que le han abocado. Pero yo finjo un leve interés en sus aventuras. Porque, como estudiante de antropología, uno de los mejores, debo mantenerme a cierta distancia de mis sujetos de estudio. Son de una especie rara y una relación muy estrecha tiende a contaminar su comportamiento de manera que mi estudio podría irse al traste. En cualquier caso, no es compañía lo que buscan estos aventureros de existencias alternativas. Lo que desean, como Jack Quinn, son testigos de su caída mientras se desploman en un abismo de pesadillas. Lo que quieren son cronistas de sus exploraciones por el tipo de infierno que han elegido. Y en ese papel yo estoy más que dispuesto a complacerles, porque sus deseos y los míos se complementan. Sin embargo, en ocasiones siento una punzada de culpabilidad. En verdad, soy un parásito que vive de una enfermedad que los ataca al tiempo que yo permanezco inmune. Y el papel que yo represento es el de voyeur. Porque está en mi poder salvarlos. Si me sintiera movido a hacerlo, podría ofrecerles mi mano mientras se ciernen sobre el pozo. Y tan solo puedo preguntarme entonces qué clase de enfermedad padezco para que, como una deidad depravada, siempre elija dejarlos caer.

SEIS

LOS MÍSTICOS DE MUELENBURG

[The Mystics of Muelenburg]

Si las cosas no son lo que parecen ser (y constantemente se nos recuerda que así es), entonces también es justo señalar que bastantes de nosotros obviamos esta verdad para evitar que el mundo se derrumbe. Aunque nunca exacta y siempre, de alguna manera, cambiante, la *proporción* es crucial. Porque cierto número de mentes están destinadas a despegar hacia reinos de espejismos, como si cumplieran con algún horrible calendario, y muchos nunca regresarán con nosotros. Incluso entre aquellos que quedan, qué difícil puede resultar mantener la atención alerta, evitar que la imagen del mundo se desvanezca, que se borren zonas seleccionadas y, en ocasiones, provoque deformaciones épicas en todo espacio visible.

En cierta ocasión conocí a un hombre que afirmaba que, de la noche a la mañana, todas las formas físicas de su existencia habían sido reemplazadas por sustitutos baratos: árboles hechos de cartulina, casas construidas con gomaespuma de colores, paisajes enteros compuestos de horquillas del pelo. Su propia carne, dijo, ahora era mucho más maleable. No es necesario añadir que dicho conocido había desertado de la batalla de las apariencias y ya no podía confiar en la historia común. Había vagado a solas en un relato totalmente diferente; para él, todas las cosas participaban ahora en esta pesadilla de absurdidades. Aunque estas revelaciones entraban en conflicto con verdades menores, sin embargo él vivía a la luz de una verdad mayor: que todo es irreal. En su interior este conocimiento estaba vívidamente presente hasta en sus propios huesos, que acababan de ser replicados por un compuesto de barro, polvo y cenizas.

En mi caso, debo confesar que el mito de un universo físico (es decir, un universo que cumple con ciertas constantes, queramos o no queramos) iba desvaneciéndose en mi y poco a poco era sustituido por una visión alucinante de la creación. Las formas, al no tener nada que ofrecerme más allá de una mera insinuación de firmeza, perdieron importancia; la fantasía, ese campo nebuloso de significado puro, ganó poder e influencia. Esto era así cuando la sabiduría esotérica me parecía algo de valor y habría sacrificado de buena gana gran parte de mi vida en su búsqueda. Y de ahí mi interés en el hombre que se hacia llamar Klaus Klingman; y de ahí también esa breve

aunque beneficiosa asociación con él, que surgió por conductos demasiado retorcidos para ser ahora rememorados.

Sin duda, Klingman era uno de los iluminados y lo confirmó en repetidas ocasiones en varios experimentos psíquicos, particularmente aquellos llevados a cabo en sesiones espiritistas. En relación a este tema solo necesito mencionar al hombre que era conocido por múltiples nombres: Nemo el Nigromante, Marloyve el Mago y el Maestro Marinetti, y todos ellos no eran otro que el propio Klaus Klingman. Pero el mayor logro de Klingman no era un espectáculo público, era más bien una victoria privada tras un esfuerzo laborioso mediante el cual había alcanzado una inquebrantable aceptación de la naturaleza espectral de las cosas, las cuales para él no eran ni lo que parecían ser ni nada en absoluto.

Klingman vivía en el espacioso piso superior de un almacén que había sido parte de la herencia familiar, y allí solía encontrarlo deambulando en medio de unos cuantos muebles y el cavernoso páramo del espacio sombrío y vacío de almacenaje. Derrumbado en un antiguo sillón y reposando muy por debajo de unas vigas desvencijadas, miraba más allá del cuerpo físico de su visitante, sus ojos inspeccionaban mundos remotos y su expresión facial estaba completamente desbaratada por los sueños y la ingente cantidad de alcohol. «Fluidez, siempre fluidez», gritaba, y su voz se extendía a través de la extensa neblina que nos envolvía y que amortiguaba la luz diurna, oscureciéndola. Era la personificación de sus preceptos místicos; parecía que en cualquier momento podría estar al borde de una desintegración asombrosa y su sistema particular de átomos a punto de reventar en el gran vacío como una explosión de fuegos artificiales.

Debatimos sobre los peligros (para mí y para el mundo) de adoptar un programa visionario de existencia.

—La química de las cosas es tan delicada —advertía—. Y la propia palabra *química*. ¿Qué otra cosa significa más que un entrelazamiento, una mezcla, una fusión? Éstas son cosas que la gente teme.

En efecto, ya había sospechado de los peligros de la compañía de Klingman y, mientras el sol se ponía sobre la ciudad más allá de los ventanales del almacén, empecé a sentir miedo. Percibiendo sorprendentemente mis sentimientos, Klingman me señaló y bramó:

—El peor terror de la raza… sí, que el mundo de repente se transforme en una pesadilla sin sentido, la horrible disolución de las cosas. Nada es comparable, incluso el olvido de la muerte es un dulce sueño en comparación. Tú entiendes por qué, por supuesto. El porqué de esta amenaza concreta. Todas esas psiques pensativas, todas esas mentes ocupadas en todas partes. Las oigo zumbando como moscas en la oscuridad. Las veo como luciérnagas que revolotean bajo el sol cegador. Están luchando, forcejeando cada segundo para mantener el sol sobre ellas, para mantener el sol en el cielo, para mantener a los muertos en la tierra… para mantener todas las cosas, por decirlo de alguna manera, *en su sitio*. ¡Menuda empresa! ¡Qué tarea tan

demoledora! No es de extrañar que todos ellos sean tentados por un vicio universal, que en algún callejón oscuro de la mente una sola voz les susurre a cada uno de ellos y siseando suavemente diga: «Deja a un lado tu carga». Entonces los pensamientos comienzan a vagar a la deriva, un magnetismo místico tira de ellos a un lado y a otro, las caras comienzan a cambiar y las sombras hablan. Y más pronto o más tarde el cielo baja fundiéndose como cera. Pero como ya sabes, no todo se ha perdido: el terror absoluto ha probado estar a salvo de este sino. ¿A quién puede extrañarle que estos seres continúen con la lucha a toda costa?

—¿Y usted? —pregunté.

—¿Yo?

—Sí, ¿no se echa usted también el universo al hombro a su propia manera?

—En absoluto —replicó sonriente e incorporándose en el sillón como si Fuera un trono—. Yo soy afortunado, un parásito del caos, una lombriz del vicio. Donde vivo todo es una pesadilla, y de ahí mi leve despreocupación. Estoy acostumbrado a vagar en el delirio de la historia. Y por *historia* me refiero a sucesos, e incluso eras enteras, de los que no se ha guardado registro alguno. Hablar con los muertos puede resultar tan instructivo. Recuerdan lo que los vivos ya han olvidado, o lo que no querrían saber si pudieran: la verdadera fragilidad de las cosas. Lo que ocurrió en la vieja ciudad de Muelenburg, por ejemplo. *Allí* hubo una oportunidad, un momento de distracción en el que tantas cosas estuvieron a punto de perderse para siempre, tantas personas perdidas en aquella penumbra medieval, una catástrofe de los sueños. De qué manera sus mentes vagaban entre las sombras, a pesar de que sus cuerpos se hallaban limitados a las estrechas calles llenas de baches y supuestamente protegidos por las agujas de la catedral erigida entre 1365 y 1399. Unas circunstancias extrañas y fortuitas en un momento en que el peso de los cielos era mayor —¡había tanto que mantener en su sitio!—, y las psiques tan poco evolucionadas, tan fácilmente puestas a prueba y distraídas de sus labores con tentaciones. Pero ellos no sabían nada de eso, ni tampoco podrían. Solo conocían la expectativa de un terror absoluto.

Klingman sonrió, luego se echó a reír cuando su mente se volvió visiblemente hacia dentro para conversar consigo misma. Con la esperanza de atraer su conversación al exterior, dije:

—Señor Klingman, estaba hablando de Muelenburg. Dijo algo sobre la catedral.

—*Veo* la catedral, aquella bóveda colosal en las alturas, el pasillo central extendiéndose ante nosotros. Las tallas de madera lanzando lascivas miradas desde oscuras esquinas, animales y monstruos, hombres dentro de bocas de demonios. ¿Vuelve a tomar notas? Bien, entonces tome notas. Quién sabe lo que podrá recordar de todo esto, o si la memoria le será de alguna ayuda. En cualquier caso, ya estamos allí, sentados entre los sonidos apagados de la catedral. Más allá de las vidrieras está la ciudad bajo el crepúsculo.

El crepúsculo, como explicó Klingman, había caído sobre Muelenburg un tanto prematuramente un día de la estación otoñal. Un poco antes esa misma tarde, las nubes se habían extendido uniformemente sobre la región que rodeaba la ciudad, ocultando la luz del cielo y otorgando un aspecto mortecino al paisaje de bosques, granjas con tejado de paja y molinos inmóviles recortándose contra el horizonte. Dentro de las altas murallas de piedra del propio Muelenburg, nadie parecía estar preocupado por el hecho de que las estrechas calles —normalmente invadidas por las sombras en punta de los tejados puntiagudos y gabletes prominentes a esa hora del día— estuvieran todavía inmersas en una tibia penumbra que transformaba los carteles de brillantes colores de los comerciantes en artefactos desvaídos de una ciudad muerta y hacía que los rostros parecieran estar hechos de pálida arcilla. Y en la plaza central (donde la sombra de la torre del reloj del ayuntamiento en ocasiones se solapaba, o bien con las sombras que arrojaban las agujas gemelas de la catedral, o bien con las de las altas torres del castillo que se alzaba en los límites de la ciudad) ahora tan solo había una penumbra gris intacta.

¿Dónde estaban las mentes de los habitantes de la ciudad? ¿Cómo era posible que hubieran dejado de rendir homenaje al antiguo orden de las cosas? ¿Y cuándo había tenido lugar la fractura que había dejado al mundo a la deriva flotando sobre extrañas aguas?

Durante algún tiempo permanecieron ignorantes del desastre y continuaron con sus asuntos mientras el crepúsculo ceniciento persistía demasiado tiempo, mientras invadía las horas que pertenecían a la noche y anclaba a la ciudad entre el día y la noche. Por todas partes las ventanas comenzaron a iluminarse con la luz amarillenta de las lámparas, creando la ilusión de que la oscuridad era inminente. Parecía que en cualquier momento el ciclo natural liberaría a la ciudad de la prolongada penumbra que había sufrido ese día otoñal. Qué bien habrían recibido la oscuridad aquellos que esperaban en silencio en habitaciones suntuosas o humildes, porque nadie podía soportar la visión de las enrevesadas calles de Muelenburg bajo aquel siniestro y prolongado crepúsculo. Incluso el vigilante nocturno intentó eludir su ronda de noche. Y cuando las campanas de la abadía tocaron para las oraciones de medianoche de los monjes, cada campanada se propagó como una alarma por la ciudad todavía cautiva de la extraña luminosidad del ocaso.

Exhaustos por el miedo, muchos cerraron las contraventanas, apagaron las lámparas y se retiraron a sus camas con la esperanza de que todo volviera a la normalidad entre tanto. Otros se quedaron despiertos y sentados junto a una vela, disfrutando el lujo perdido de las sombras. Unos cuantos, itinerantes ajenos a la vida de la ciudad, atravesaron el portal sin vigilancia, partieron por las carreteras y avanzaron echando en todo momento la vista al pálido cielo y preguntándose adónde ir.

Tanto si pasaron sus horas soñando o en alerta vigilia, todos los ciudadanos de Muelenburg fueron perturbados por algo que invadía los espacios a su alrededor,

como si algo extraño se hubiera filtrado en la atmósfera de su ciudad, sus hogares y, tal vez, sus almas. El aire parecía más denso y ejercía una ligera resistencia contra sus cuerpos, y también parecía arrastrar cosas que no podían ser percibidas, tan solo movimientos rápidos como de sombras que escapaban a todo reconocimiento sensible, un vuelo transparente que apenas acariciaba la visión de uno.

Cuando el reloj en la parte alta de la torre del ayuntamiento confirmó que las horas nocturnas habían pasado, algunos abrieron las contraventanas e incluso se aventuraron a las calles. Pero el cielo seguía cerniéndose sobre ellos como una bóveda infinita de polvo brillante. Acá y allá por toda la ciudad la gente empezó a congregarse en grupos susurrantes. Pronto se realizaron llamamientos en el castillo y la catedral y se ofrecieron todo tipo de especulaciones para calmar a la multitud. Algunos argumentaban que habla una batalla en el cielo que había afectado a la burda realidad del mundo visible. Otros proponían que era un engaño pergeñado por demonios o un ingenioso castigo de las alturas. Ciertas personas se reunieron en cámaras secretas y hablaron con voces rotas de antiguas deidades expulsadas de la tierra tiempo atrás, y que ahora buscaban monstruosamente a tientas el camino de regreso. Y todas estas explicaciones del misterio eran ciertas a su manera, aunque ninguna lograba mitigar el terror que se había asentado en la ciudad de Muelenburg.

Sumergidas en una invariable niebla gris, distraídas y confundidas por las intrusiones fantasmales a su alrededor, las gentes de la ciudad sentían que su mundo se disolvía. Incluso el reloj de la torre del ayuntamiento era incapaz de evitar que sus vidas vagaran extrañamente. Dentro de tal desorden brotaban curiosos pensamientos y actos. Así pues, en el jardín de la abadía un árbol centenario estaba maldito y corrían rumores acerca de los cambios producidos en su retorcida silueta, una flacidez en las ramas que las hacía semejantes a cuerdas, hasta que finalmente los monjes lo empaparon de aceite y le prendieron fuego mientras su círculo de rostros con ojos entornados se bañaba en el resplandor. Asimismo, una fuente de uno de los patios más recónditos del castillo se hizo popular cuando sus aguas comenzaron a sugerir fabulosas profundidades más allá de las dimensiones físicas de su pileta con forma de concha. La propia catedral se había deteriorado convirtiéndose en un santuario hueco donde los oradores eran parodiados por extraños movimientos de las figuras talladas de las cornisas y por las sombras que deambulaban siniestramente bajo la luz parpadeante de mil velas.

Por toda la ciudad, lugares y cosas revelaban asombrosos cambios en la esfera elemental de la materia: la piedra nítidamente tallada se desmoronaba y aglomeraba, una carretilla abandonada se fundió con el absorbente barro de la calle y los objetos abandonados en habitaciones desoladas se perdieron bajo las superficies que los aprisionaban, haciendo que unas tenazas de metal se fundieran con el hogar de ladrillos, unas piedras preciosas irisadas con espléndido terciopelo, un cadáver con la madera de su ataúd. Finalmente, los rostros de Muelenburg sufrieron cambios en sus expresiones que al principio eran bastante sutiles, pero más tarde, estas divergencias

resultaban tan exageradas que ya no era posible percibir de nuevo las formas originales. En consecuencia, los habitantes de la ciudad eran tan incapaces de reconocerse a sí mismos como entre ellos. Todos desaparecieron en el enorme torrente de sus sueños, girando todos en aquel remolino grisáceo del crepúsculo eterno, aplastados y, al final, perdidos en la profunda oscuridad.

Fue dentro de esta negrura donde las almas de Muelenburg lucharon y sufrieron y al final se despertaron. Las estrellas y la luna brillaban ahora en lo alto del cielo nocturno y los habitantes tuvieron la impresión de que les habían devuelto su propia ciudad. Y había sido tan terrible aquella angustia reciente que de su comienzo, su progreso y su final eran incapaces de recordar… nada.

—¿Nada? —repetí.

—Por supuesto —respondió Klingman—. Todos aquellos recuerdos terribles quedaron ocultos tras la oscuridad. ¿Cómo iban a soportar traerlos de vuelta?

—Pero su historia —protesté—. Estas notas que he estado tomando esta noche.

—¿Qué le dije? Información privilegiada, confidencias que no están en los registros históricos. Sabe que más pronto o más tarde todas las almas que ocuparon Muelenburg recordaron el episodio con todo detalle. Todo les esperaba en el lugar donde lo habían dejado… la oscuridad que es el reino de la muerte.

Recordé las enseñanzas de nigromancia que Klingman había recibido, a las cuales yo otorgaba mucho crédito. Pero esto ya era demasiado.

—Entonces nada puede ser comprobado, no tiene nada que apoye su historia. Pensé que al menos sería capaz de invocar a uno o dos espíritus. Nunca antes me había fallado.

—Ni tampoco le fallaré esta noche. Recuerde, yo y los muertos de Muelenburg somos uno solo… así como todos los que han conocido el gran sueño en toda su verdadera delicuescencia. Ellos me han hablado a mí como le estoy hablando yo a usted. Tantos recuerdos me fueron revelados por aquellos viejos soñadores durante la infinidad de conversaciones ebrias que mantuve con ellos.

—Como la conversación ebria de esta noche —dije, despreciando abiertamente su relato.

—Quizás, aunque mucho más vivida, más real. Pero el cuento que usted supone que yo simplemente he fabulado ha cumplido su objetivo. Para sanar su duda, primero tenía que hacerle dudar. Hasta ahora, perdone la franqueza, no ha mostrado talento alguno en ese sentido. Creía cualquier cosa absurda que se presentara, siempre que hubiera el más mínimo atisbo de prueba. Una credulidad sin parangón. Pero esta noche ha dudado y por lo tanto está listo para ser curado de esa duda. ¿Y no le mencioné una y otra vez los peligros? Desafortunadamente, usted mismo no puede excluirse del grupo de almas amnésicas de Muelenburg. Incluso tiene sus notas nemotécnicas, como si alguien fuera a otorgarles crédito cuando acabe esta noche. Éste es mi regalo para usted. Esta será su iluminación. Porque de nuevo es el momento correcto para el retorno de la fluidez, y para que los puños del mundo se

relajen. Y más tarde, mucho tendrá que ser borrado para asumir un renacimiento de las cosas. Fluidez, siempre fluidez.

Cuando me separé de él aquella noche, abandonando tras de mí las horas muertas e informes que había pasado en aquel almacén, Klingman se reía como un demente. Lo recuerdo apoltronado en aquel trono raído con el rostro enrojecido y torcido, aullando de risa por algún arcano solo conocido por él. Por lo que se ve, alguna especie de fase final de disipación se había apoderado de su alma.

Sin embargo, pronto quedó demostrado que había infravalorado o malentendido el poder de Klaus Klingman, aunque ojalá no hubiera sido así. Pero nadie más recuerda aquel tiempo, cuando la noche persistió y no parecía próximo el amanecer. AJ principio de la crisis se proferían explicaciones bastante razonables y no eran apocalípticas: un apagón, extraños fenómenos meteorológicos, una especie de eclipse. Más tarde, aquellos mitos dejaron de servir y terminaron por ser innecesarios. Como ya habíamos hecho antes, regresamos de nuevo a este endeble mundo… este mundo que ahora debo contemplar como un mero vapor de manifestaciones espectrales, apariencias moldeadas de la nada, un vacío ornamentado. Como prometió Klingman, mi iluminación será en soledad.

Porque nadie más recuerda la histeria que se apoderó de todos cuando las estrellas y la luna desaparecieron en la oscuridad. Ni pueden invocar el más mínimo recuerdo de cuando la iluminación artificial de esta tierra se hizo débil y espeluznante, y todas las formas que conocíamos se retorcieron transformándose en pesadillas y sinsentidos. Ni finalmente recuerdan cómo la oscuridad fue haciéndose viscosa y cómo terminó por cubrir la poca luz que quedaba y nos arrastró hacia ella. Cuántos horrores esperan tras esa oscuridad para ser reincorporados a las legiones de los muertos. Porque ningún otro hombre vivo recuerda cuándo comenzó todo a cambiar, nadie más a excepción de Klaus Klingman y de mí mismo.

Durante el rojo amanecer que siguió a aquella noche terriblemente prolongada acudí al almacén. Desafortunadamente, el lugar estaba vacío, a excepción de unos cuantos muebles y unas botellas vacías. Klingman había desaparecido, quizás tras esa misma oscuridad por la que parecía sentir una increíble nostalgia. Yo, por supuesto, no pido a nadie que me crea. No puede haber fe donde no hay duda. Esto no es en absoluto un conocimiento secreto, como si tal conocimiento pudiera cambiar algo. Esto es solo lo que parece, y la apariencia lo es todo.

SIETE

A LA SOMBRA DE OTRO MUNDO

[In the Shadow of Another World]

Muchas veces a lo largo de mi vida y en muchos lugares distintos me he sorprendido paseando durante el crepúsculo por calles bordeadas de árboles que se agitan suavemente y viejas casas silenciosas. En tales momentos de sosiego las cosas parecen firmemente ancladas, en calma y extremadamente vividas: tras tejados distantes el sol abandona la escena y lanza sus últimas luces sobre las ventanas, los prados húmedos y los filos de las hojas. En este somnoliento escenario, las cosas grandes y las pequeñas alcanzan una comunión intrincada que aparentemente no deja ni el más mínimo resquicio para que nada más se inmiscuya en sus dominios. Pero hay otras esferas que consiguen hacer que se sienta su presencia, flotando invisibles como ciudades extrañas disfrazadas de nubes o escondidas como un mundo de espectros lívidos tras la niebla. Estamos asediados por órdenes de entidades que se niegan a expresar su naturaleza exacta o entorno apropiado. Y pronto aquellas calles bien asfaltadas revelan que, de hecho, están situadas entre paisajes extraños donde los simples árboles y casas están fantásticamente oscurecidos, donde todo está asentado en las profundidades de un vasto abismo reverberante. Incluso el propio cielo infinito, a través del cual el sol extiende su vasta luz, es meramente una borrosa ventanita con una grieta… una fractura irregular a través de la cual uno podría ver, durante el crepúsculo, lo que invade una calle desierta bordeada de árboles que se agitan suavemente y viejas casas silenciosas.

En cierta ocasión recorrí una calle bordeada de árboles, dejé atrás todas las casas y continué hasta llegar a una vivienda que se alzaba solitaria a poca distancia de la ciudad. Cuando la carretera se estrecho hasta convertirse en un sendero espinoso, el sendero ascendió por una ruta serpenteante ladera arriba de un montículo que rompía la monotonía del paisaje, por fin me hallé ante mi destino de aquel día.

Como otras casas de ese tipo (he visto tantas recortándose contra un cielo pálido al atardecer), esta poseía el aspecto de un espejismo, una naturaleza quimérica que hacía que uno dudara de su existencia. A pesar de su masa oscura y angular, sus picos, sus porches y sus desgastados escalones de madera, había algo inapropiadamente sutil en su sustancia, como si hubiera sido construida con

materiales ilícitos… sueños y vapor haciéndose pasar por materia sólida. Y esto no era lo único que la asemejaba a una verdadera quimera, porque de alguna manera la casa se proyectaba como si hubiera adquirido su forma presente por medio de un fabuloso solapamiento de materiales. Parecía vislumbrarse algo semejante a carne petrificada en las superficies exteriores rugosas, y era sencillo imaginar una estructura interna, no de vigas y tablones, sino más bien de huesos gigantescos de enormes bestias del pasado. Las chimeneas y tejas, las ventanas y entradas, eran los adornos de una época posterior que no había comprendido la verdadera esencia de esa antigua monstruosidad, transformándola en una cosa abigarrada y ridícula. No era de extrañar, pues, que intentara rechazar avergonzada su realidad y se hiciera pasar por una simple sombra en el horizonte, algo de una belleza aterradora que despertaba esperanzas imposibles.

Como en el pasado, miré hacia el interior invisible de una casa que sería el centro de desconocidas… celebraciones. Estaba convencido de que el mundo interior de aquel edificio participaba, a su propia manera, en una especie de desolación ceremoniosa… esas festividades translúcidas podrían ser atisbadas en los rincones de ciertas habitaciones, y esos sonidos distantes de carnavales dementes llenaban ciertos pasillos a todas horas del día y de la noche. Sin embargo, me temo que un rasgo peculiar de la casa impedía que sintiera del todo satisfechas mis habituales expectativas. Y aquí me estoy refiriendo a un torreón construido en un lateral de la casa y que se elevaba a una altura inusual por encima del tejado, de manera que dominaba las vistas del mundo a su alrededor como un faro, haciendo que disminuyera la sensación de introspección que es vital en tales estructuras. Y cerca del pico del tejado cónico del torreón, parecía haber unos ventanales, una modificación realizada recientemente, alrededor de toda su circunferencia. Pero si la casa estaba verdaderamente empleando sus ventanas para mirar más hacia fuera que hacia dentro, el hecho es que no veía nada. Porque todas las ventanas de las tres amplias alturas de la casa, así como las del torreón y la pequeña abertura octogonal del desván, estaban cerradas y los postigos echados.

De hecho, ése era el estado en el que esperaba encontrar la casa, porque ya había intercambiado numerosas cartas con Raymond Spare, el propietario actual.

—Pensé que llegaría antes —dijo Spare al abrir la puerta—. Es casi de noche y estaba seguro de que usted era consciente de que solo a ciertas horas…

—Mis disculpas, pero por fin he llegado. ¿Me permite entrar?

Spare se apartó a un lado y gesticuló dramáticamente hacia el interior de la casa, corno si estuviera presentando uno de esos dudosos espectáculos que tan buenos emolumentos le habían reportado. Fue su instinto para la mistificación lo que hizo que adoptara el apellido del célebre visionario y artista, e incluso afirmaba compartir sangre o linaje con aquel gran excéntrico[2]. Pero esa noche yo estaba haciendo el papel de escéptico, como lo había hecho en mi correspondencia con Spare, para forzarle así a ganarse mi confianza. No habría habido otra manera de conseguir que

me invitara a ser testigo de los fenómenos que, según tenía entendido por fuentes diferentes a las del ilusionista Spare, eran merecedoras de toda mi atención. Para mi sorpresa, mi anfitrión tenía una apariencia mundana, lo cual hacía más difícil recordar su reputación como hombre del espectáculo y su talento para los histrionismos fingidos.

—¿Lo ha conservado todo tal como lo tenía él antes de su llegada? —pregunté refiriéndome al anterior propietario fallecido, cuyo nombre Spare jamás me reveló, aunque, en cualquier caso, yo ya lo sabía. Pero eso no tenía importancia.

—Sí, casi tal como estaba. Estaba en un excelente estado, teniendo en cuenta todas las cosas.

Por desgracia, el comentario de Spare era cierto: el interior de la casa estaba inmaculado hasta el punto de provocar la sospecha. El gran salón en el que ahora estábamos sentados, así como aquellas otras estancias y pasillos que se desvanecían en la oscuridad de la casa, rezumaban la atmósfera de un mausoleo lujoso y cuidado donde los muertos realmente podían descansar en paz. El mobiliario era abigarrado y arcaico, y sin embargo no delataba el opresivo paso de otros tiempos, ni secretas conspiraciones con espíritus difuntos, a pesar de la atmósfera crepuscular creada por los postigos meticulosamente cerrados que no dejaban que se filtrara ninguno de los verdaderos crepúsculos naturales del mundo exterior. El reloj que oía resonar en una habitación cercana no provocaba ecos siniestros entre los oscuros suelos pulidos y los altos techos sin telarañas. Faltaban el miedo o la expectativa de encontrar una presencia maligna en el sótano o una sombra demente en el ático. A pesar de cierto efecto extraño producido por curiosos objetos mágicos que había en un estante o el mapa de los cielos hermosamente enmarcado y colgado en la pared, no se desprendía el menor atisbo de encantamiento en las superficies y penumbras de aquella casa.

—Un ambiente bastante inofensivo —dijo Spare, que no mostró una destreza especial al prestar voz a mi pensamiento.

—Increíblemente inofensivo. ¿Formaba eso parte de sus intenciones?

Spare se rió.

—La verdad es que esta era su intención original, la génesis de lo que más tarde ocupó su genio. Al principio…

—¿Un páramo espiritual?

—Exactamente —confirmó Spare.

—Estéril pero… seguro.

—Lo entiende, entonces. Su reputación se basaba en tomar riesgos, no en batirse en retirada. Pero los cuadernos son muy claros en cuanto al sufrimiento causado por sus fantásticos dones y su increíble sensibilidad. Precisaba de un entorno espiritualmente antiséptico, y sin embargo estaba irremediablemente tentado por lo visionario. Una y otra vez en sus cuadernos se describe como «abrumado» hasta el punto de la locura. Usted mismo puede apreciar la ironía.

—Sin duda puedo apreciar el horror —repliqué.

—Por supuesto; bueno… esta noche tendremos el privilegio de contemplar su desafortunada experiencia. Antes de que la velada avance más allá quiero mostrarle el lugar donde trabajaba.

—¿Y las ventanas cerradas? —pregunté.

—Son sumamente apropiadas —respondió.

El taller del que habló Spare estaba situado, como se podría haber supuesto, en el piso superior del torreón situado en la parte más occidental de la casa. A aquella habitación circular solo se podía acceder por unas frágiles escaleras en espiral que llevaban al desván, donde unas segundas escaleras conducían al torreón. Spare trasteó con la llave en la cerradura de la puerta baja de madera y pronto accedimos a su interior.

La habitación era lo que Spare había dado a entender: un taller, o al menos los restos de uno.

—Parece ser que en los últimos tiempos empezó a destruir sus instrumentos, así como parte de su trabajo —explicó Spare mientras yo entraba en el cuarto y contemplaba el suelo cubierto de desechos.

Gran parte de los restos eran lunas de cristal rotas que habían sido tintadas y distorsionadas de maneras extrañas, Un número de estas seguían intactas y estaban apoyadas contra la pared curvada o sobre una larga mesa de trabajo. Unas cuantas estaban colocadas en atriles de madera como si fueran cuadros inacabados. Estas lunas de cristal corrompido habían sido cortadas en una variedad de formas y todas ellas estaban marcadas —en una pequeña tarjeta pegada— con un símbolo garabateado parecido a una ideografía oriental. Símbolos similares, aunque mucho más grandes, habían sido tallados en la madera de los postigos que cubrían las ventanas de la habitación.

—Una simbología que no puedo pretender que entienda —admitió Spare—, tan solo su función. Venga, mire qué ocurre cuando quito estas etiquetas con las pequeñas figuras garabateadas.

Vi a Spare moverse por la habitación y retirar los glifos contrahechos de aquellas lunas de cristal cromáticamente deformes. Y no pasó mucho tiempo cuando percibí un cambio en las características generales de la habitación, un cambio en la atmósfera, como cuando un día claro se complica de repente por las sombrías tonalidades de las nubes. Previamente, la habitación circular había estado bañada por un intrincado caleidoscopio de colores mientras las luces naturales se difuminaban a través de las lunas de cristal tintado. Pero el efecto había sido puramente ornamental, una experiencia restringida a la esfera de la estética, sin implicaciones espectrales. Sin embargo, ahora un nuevo elemento se había filtrado en la habitación, exponiendo parcial y brevemente unas cualidades de un orden bastante distinto, en el cual lo visible daba paso a lo trascendental. Lo que antes había parecido un estudio de artista, aunque un tanto excéntrico, estaba poco a poco adoptando el aura de una catedral de vidrieras, aunque una catedral que había sufrido algún tipo de oscura profanación. En

algunos lugares, sobre el suelo, en el techo y en la pared circular con las ventanas cerradas, percibí a través de aquellas lentes prismáticas vagas formas que parecían estar luchando por la visibilidad, contornos absurdos que parecían esforzarse por conseguir una materialización total. No sabría decir si su naturaleza era la de los muertos o la de los demoníacos (o, posiblemente, alguna progenie peculiar generada por la unión de ambos). Pero cualquiera que fuera el estadio de creación que ocupaban en ese momento, no cabía duda de que iban ganando no solo en nitidez y sustancia, sino también en tamaño, hinchándose y elevándose y expandiendo su universo hasta eclipsar la visión de este mundo.

—¿Es posible —pregunté, volviéndome hacia Spare— que este efecto de magnificación sea solo una característica del medio a través del cual…?

Pero antes de que pudiera completar mi especulación, Spare estaba ya corriendo por la habitación, volviendo a colocar frenéticamente los símbolos en cada luna de cristal, disolviendo así las imágenes en una temblorosa transparencia y luego borrándolas o enmascarándolas del todo. La habitación volvió a sumirse en su anterior estado de esterilidad iridiscente. A continuación, Spare me azuzó para que bajara a la planta inferior y la puerta al torreón quedó cerrada a nuestras espaldas.

Más tarde me sirvió de guía a través de otras habitaciones menos cruciales de la casa, y todas ellas estaban selladas con negros postigos y compartían la misma atmósfera de desolación: el escenario posterior a un extraño exorcismo, una purga de tierras que no quedaron ni santificadas ni profanadas, sino transformadas simplemente en un laboratorio donde un temible genio había perfeccionado su ciencia de las pesadillas.

Pasamos varias horas en la pequeña biblioteca iluminada con lámparas. La única ventana de aquella estancia estaba cubierta con una cortina y me imaginé que veía la oscuridad de la noche tras el estampado. Pero cuando pose la mano sobre aquel diseño simétrico y aterciopelado, tan solo sentí solidez al otro lado, como si hubiera un ataúd bajo su paño mortuorio. Era esta barrera lo que hacía que el mundo de fuera pareciera doblemente oscurecido, aunque sabía que cuando los postigos se abrieran me encontraría frente a frente con una de las noches más claras que jamás hubiera contemplado.

Durante un tiempo Spare me leyó los pasajes de los cuadernos cuya criptografía había logrado descifrar. Me senté y escuché una voz que estaba acostumbrada a relatar milagros, un bien ensayado sonsonete de místico espectáculo de parada de monstruos. Sin embargo, también detecté una grave sinceridad en sus palabras, lo que quiere decir que su insustancial verborrea estaba salpicada de notas discordantes de terror.

—Dormimos —leyó— entre las sombras de otro mundo. Estas sombras son la sustancia amorfa que se nos ha impuesto y el material primordial que nuestro entendimiento moldea. Y aunque nosotros creamos lo visible, no somos sin embargo los creadores de su esencia. Así pues, las pesadillas nacen al dejar nuestra propia

impronta en la vida de cosas desconocidas. Qué terribles son estas formas de espectro y demonio cuando los ojos carnales arrojan luz y moldean las sombras que nos rodean eternamente. Cuán más terrible es contemplar sus verdaderas formas deambulando libres sobre la tierra, o en las habitaciones más acogedoras de nuestros hogares, o retozando por aquel infierno luminoso que siguiendo un instinto de supervivencia psíquica hemos llamado cielo. Entonces verdaderamente nos despertamos de nuestro sueño, pero solo para volver a dormir y expulsar las pesadillas, que deben regresar siempre a esa parte de nosotros que sueña desesperadamente.

Tras ser testigo de algunos de los fenómenos que inspiraron esta hipótesis, no pude evitar sentirme de alguna manera embelesado con su elegancia, por no mencionar su originalidad. Pesadillas tanto en nuestro interior como a nuestro alrededor habían sido integradas en un sistema que parecía digno de admiración. Sin embargo, al final la estrategia no era más que terror rememorado en la tranquilidad, una fórmula que reflejaba bien poco del laberíntico trauma que había iniciado estas especulaciones. ¿Deberíamos llamarlo revelación o delirio cuando la mente se interpone entre las sensaciones del alma y un misterio monstruoso? La verdad no era importante en esta cuestión, ni tampoco la mecánica del experimento (el cual, aunque fuera defectuoso, proporcionaba valiosos resultados), y en mi mente era la lealtad al misterio y su terror lo más importante de todo, algo incluso sagrado. En este sentido, el teórico de pesadillas fracasó, cayó sobre la lúcida cuchilla de teorías que, al final, no pudieron salvarlo. Por otro lado, esos símbolos maravillosos que Spare era incapaz de aclarar, aquellos diseños crudos y crípticos, representaban un poder genuino contra la locura del misterio y, sin embargo, no podían ser explicados ni por el análisis más esotérico. Como sabía el antiguo propietario de la casa, vivimos realmente a la sombra de otro mundo, un mundo que él había diseñado y que su residencia ocultaba o revelaba según le apeteciera, pero que al final terminó por superarle antes de que tuviera oportunidad de cerrar para siempre aquellas ventanas que revelaban la trastornada y terrible sutileza de la existencia.

—Tengo una pregunta —le dije a Spare cuando cerró el libro que sostenía sobre el regazo—. Los postigos del resto de la casa no están decorados con los símbolos que tienen los del torreón. ¿Podría iluminarme al respecto?

Spare me condujo a la ventana y descorrió las cortinas. Tiró con cuidado de uno de los postigos lo suficiente para dejar expuesto el borde, el cual reveló que algo de un color y textura diferentes formaba una capa entre los dos paneles de la oscura madera.

—Talladlo sobre una luna de cristal colocada dentro de cada contraventana —explicó.

—¿Y los que están en el torreón? —pregunté.

—Lo mismo. En cuanto a si los símbolos de allí eran preventivos o meramente redundantes…

Su voz se apagó y después se detuvo, aunque la pausa no parecía implicar ninguna reflexión por parte de Spare.

—Sí —apunte—. Preventivos o redundantes.

Durante unos segundos volvió a animarse.

—Es decir, si los símbolos eran una medida adicional…

Fue en este punto cuando Spare abandonó mentalmente la escena, siguiendo dentro de su propia cabeza alguna controversia o sospecha, y convirtiéndose en testigo de un conflicto dramático que estaba siendo representado en un distante y sombrío escenario.

—Spare —dije con una voz demasiado neutra.

—Spare —repitió él, pero con una voz que no era la suya, una voz que sonaba más al eco de una voz que al habla natural.

Y durante unos segundos me reafirmé en mi pose escéptica, negándome a depositar mi confianza en Spare o en las cosas que hasta el momento me había mostrado, porque sabía que era aficionado a las visiones de cartón piedra, un médium cuyos fantasmas eran de mucílago y gasas. Pero cuán más sutiles y hábiles eran los efectos presentes, como si estuviera manipulando hasta la atmósfera que nos rodeaba, tirando de los hilos de las luces y las sombras.

—La luz más radiante está brillando ahora —dijo con aquella voz hueca y trémula—. Ahora la luz fluye por el cristal —dijo colocando la mano sobre el postigo que tenía frente a él—. Las sombras se agrupan contra… contra…

Y no pareció tanto que Spare estuviera tirando del postigo hacia fuera como intentando cerrarlo aún más, mientras este se abría lentamente, permitiendo que un extraño resplandor se filtrara poco a poco en la casa. También pareció abandonar el forcejeo y dejó que otra fuerza guiara sus acciones.

—Fluyendo al unísono en mí —repitió varias veces mientras iba de ventana en ventana, abriendo metódicamente los postigos como un sonámbulo realizando algún oscuro ritual.

Abandonando todo juicio ante la fascinación, lo observé pasar por cada habitación de la planta principal de la casa, ejecutando su tarea como un viejo sirviente. Luego ascendió una larga escalera y escuché sus pasos atravesando el piso superior, avanzando calmadamente de un lado al otro de la casa. Ahora era un vigilante nocturno que llevaba a cabo su ronda siguiendo un extraño designio. El sonido de sus movimientos se hizo más débil a medida que progresaba a la siguiente planta y continuaba realizando las labores encomendadas. Escuché con atención mientras él proseguía su avance hacia el desván. Y cuando escuché los ecos de una puerta lejana cerrándose de un portazo, supe que había entrado en la habitación del torreón.

Distraído con el fenómeno de menor importancia como era la conducta repentinamente alterada de Spare, durante unos momentos no reparé en el fenómeno de mayor relevancia de las ventanas. Pero ahora ya no podía ignorar aquellas lunas

fosforescentes que concentraban o reflejaban el increíble resplandor del cielo aquella noche. Mientras seguía la ronda de Spare por la planta principal, vi que cada habitación refulgía con la luz supralunar que se perfilaba en los marcos de las ventanas. En la biblioteca me detuve y me acerqué a una de las ventanas y alargué la mano para tocar su superficie rugosa. Y sentí una agitación viva en el cristal, como si realmente existiera alguna fuerza que flotara en su interior, una extraña sensación que las yemas de mis dedos jamás podrán olvidar. Pero fue la escena más allá del cristal la que finalmente capturó mi atención.

Durante unos cuantos segundos miré hacia el llano paisaje que rodeaba la casa, una extensión abierta, desolada y pálida bajo los cielos resplandecientes. Luego, casi imperceptiblemente, diferentes escenas o fragmentos de escenas comenzaron a inmiscuirse en las inmediaciones, como si otras geografías terrestres se superpusieran sobre la local, componiendo un *collage* de imágenes que podrían parecer el alucinado retablo de algún tapiz cósmico.

Las ventanas (que, a falta de un término más preciso, debo describir como *encantadas*) habían cumplido su cometido. Porque las visiones que ofrecían eran sin duda las de un mundo espectral, un mural multifacético que representaba la unión de la demencia y la metafísica. A medida que las imágenes iban aclarándose, contemple todas las intersecciones que normalmente permanecen invisibles a la visión terrenal, la unión de planos de existencia que deberían excluirse unos a otros, y que no deberían estar mezclados, al igual que no lo están la carne y los objetos inanimados que la rodean. Pero esto es precisamente lo que ocurrió en las escenas que presencié, y parecía que no existía ningún lugar en la tierra que no albergara una ontogenia espectral. En resumen, todo el planeta era un desfile de pesadillas.

Bazares soleados de ciudades exóticas bullían con rostros que eran máscaras transparentes para facciones insectoides; calles iluminadas por la luna en antiguas ciudades albergaban formas serpenteantes de extraña mirada en el interior de sus propias piedras; sombrías galerías de museos vacíos servían de refugio a un moho fantasmal que reflejaba las tonalidades tétricas de los viejos cuadros; la tierra a orillas de los océanos alumbró una nueva evolución que transcendía la biología, y las islas remotas ofrecían refugio a criatura; sin analogía fuera del mundo de los sueños; las junglas hervían con formas bestiales que se movían junto a la viscosa exuberancia y a través de las profundidades de su tibieza pulposa; los desiertos revivían con un sorprendente flujo de sonidos capaces de penetrar y animar el mundo de la sustancia; y paisajes subterráneos plagados de generaciones cadavéricas se habían hundido y fundido en esculturas de coral humano, cuerpos amontonados e incompletos, miembros protuberantes sin orden, ojos dispersos escudriñando la oscuridad.

Mis propios ojos se cerraron de repente, bloqueando las visiones por un momento. Y durante ese momento de nuevo fui consciente de la estéril naturaleza de la casa, de su «ambiente inocente». Fue entonces cuando fui consciente de que esa casa era posiblemente el único lugar en la tierra, o tal vez de todo el universo, que

había sido protegido contra la plaga de fantasmas que se propagaba por todas partes. Este logro, por muy inútil o perverso que fuera, ahora me produjo una tremenda admiración como monumento al Terror y por la enfermiza inventiva capaz de inspirar.

Y mi admiración aumentó cuando recorrí el camino que Spare me había marcado y ascendí por una escalera trasera a la segunda planta. Porque en ese piso, donde las habitaciones se sucedían unas a otras a través de un laberinto de puertas interconectadas que Spare había dejado abiertas, parecía haber un aumento de la potencia óptica de las ventanas, lo cual a su vez incrementaba la sensación de amenaza contra la casa y sus habitantes. Lo que a través de las ventanas del piso inferior me habían parecido escenas en las que monstruosidades espectrales simplemente irrumpían en una realidad ortodoxa, ahora se habían magnificado hasta el punto en que esa realidad sufría un eclipse mayor: el otro reino se hizo dominante y se abrió paso entre las máscaras, lo que se ocultaba en las piedras extendió sus mohosas excrecencias a voluntad, generando apariciones de características e intenciones extremadamente febriles, erigiendo formaciones que ensombrecían cualquier orden conocido.

Para cuando llegué a la tercera planta, estaba en cierta manera preparado para lo que pudiera encontrar, dando por supuesto el incremento de intensidad de las visiones a las que las ventanas cada vez otorgaban mayor fuerza y atracción. Cada ventana ahora era una fantasmagoría enmarcada de formas y colores vibrantes y en constante cambio, profundidades y distancias astronómicas que se abrían ante la mirada fascinada, transformaciones grotescas que sugerían un orden puramente sobrenatural, una cosmogonía carente de sistema dando vueltas con el antojo de lo inmaterial. Y mientras recorría aquellas habitaciones vacías y extrañamente luminosas en el piso superior de la casa, tuve la sensación de que la propia casa había sido transportada a otro universo.

No tengo ni idea de cuánto tiempo perdí embelesado por las fantasías caóticas que irrumpían en las habitaciones desprotegidas de mi mente. Pero este trance fue al fin interrumpido por un tumulto que provenía de una habitación a mayor altura… la corona del torreón y, por lo visto, la cámara craneal de aquella bestia de múltiples ojos que era la casa. Subí por las estrechas escaleras de caracol hasta el ático y vi que también allí Spare había abierto el ventanal octogonal, que parecía un ojo avizor de algún dios que ahora arrojaba un caos pirotécnico de colores y otorgaba una vida frenética a las sombras. A través de este laberinto de espejismos seguí la voz que era meramente un eco reverberante de articulación vocal, el equivalente sonoro del torbellino de imágenes a mi alrededor. Subí la última escalera hasta la puerta que conducía al torreón, mientras escuchaba las palabras reverberantes que sonaban al otro lado.

—Ahora las sombras se mueven en las estrellas al igual que se mueven dentro de mí, dentro de todas las cosas. Y su brillo debe brotar de todas las cosas, de todos los

lugares creados de acuerdo con la esencia de estas sombras y de nosotros mismos… *Esta casa es una aberración, un vacío y una carencia. Nada debe resistirse contra… contra…*

Y entre cada nueva repetición de esa última palabra parecía que se libraba una lucha y que el extraño eco de voz se apagaba a medida que el tono de la voz natural de Spare iba ganando predominancia. Finalmente, Spare parecía haber recobrado el control de sí mismo. Luego hubo una pausa, un breve lapso de tiempo durante el cual sopesé varias estrategias dudosas, nervioso por no desaprovechar ese momento de posibilidades desconocidas y extravagantes. ¿Era simplemente la muerte lo que encontraba aquel que permaneciera en aquella habitación? ¿Era posible que la experiencia que precedía a la desaparición de aquel otro visionario, en idénticas circunstancias, tal vez valiera el extraño precio que uno debía pagar? Ninguna teoría ocultista, ningún análisis arcano, me ayudaría a tomar una decisión, ni harían justicia a las sensaciones de aquellos pocos segundos, cuando permanecí de pie sujetando el pomo de aquella puerta, esperando que llegara el impulso o accidente que decidiera todo. Lo único que existía de momento era la irreductible certeza de la pesadilla.

Desde el otro lado de la puerta se escuchó una risa vibrante y grave, un sonido que llegaba más alto a medida que se acercaba el que se reía. Pero no me alteré por este sonido y me limité a sujetar el pomo de la puerta con más fuerza, soñando con las grandes sombras en las estrellas, con las extrañas visiones al otro lado de las ventanas y con una catástrofe infinita. Entonces escuché un leve rasgueo a mis pies; bajé la mirada y vi varios rectángulos pequeños que sobresalían por debajo de la puerta, abiertos en abanico como una mano de naipes. Mi única acción fue agacharme y coger uno de ellos para contemplar con enajenado asombro el misterioso símbolo que decoraba su superficie. Conté los otros y advertí que no se había dejado ninguno pegado en las ventanas dentro de la habitación del torreón.

Al imaginar el efecto que podrían tener aquellas ventanas ahora que las habían despojado de sus símbolos protectores y se hallaban bajo el brillo de las estrellas, pensé en Spare y lo llamé, aunque no estaba seguro de que todavía existiera en su anterior yo. Pero la risa hueca había parado y estoy seguro de que la última voz que oí era la de Raymond Spare. Y cuando la voz rompió a gritar (*las ventanas*, decía, *tiran de mí hacia las estrellas y las sombras*) no pude evitar la decisión de entrar en la habitación. Pero ahora que por fin tenía el ímpetu que necesitaba para realizar tal acción, resultó ser inútil tanto para Spare como para mí mismo. Porque la puerta estaba cerrada a cal y canto y la voz de Spare se desvaneció hasta apagarse en la nada.

Solo puedo imaginar cómo fueron aquellos últimos instantes entre todas las ventanas de la habitación del torreón y entre órdenes de existencia más allá de toda definición. Aquella noche, tales secretos solo fueron confiados a Spare; a él le tocó (por accidente o por designio) estar entre los elegidos. Tales privilegiados arcanos, en esta ocasión al menos, no iban a ser para mí. Sin embargo, en aquel momento me

pareció que algún fragmento de esa experiencia podría ser rescatado. Y para ello, pensé, tan solo tenía que abandonar la casa.

Mi intuición no erró. Porque en cuanto salí al cielo de la noche y me dí la vuelta para contemplar la casa, pude ver que sus habitaciones ya no estaban vacías, ya no eran las estancias inmaculadas que había desdeñado al principio esa noche. Como había intuido, esas ventanas eran para mirar tanto *dentro* como fuera. Y desde donde estaba situado, las vistas estaban todas ahora dentro de la casa, que se había convertido en un edificio poseído por las celebraciones de otro mundo. Me quedé allí hasta la mañana, cuando una fría luz solar apaciguó a los múltiples fantasmas de la noche anterior.

Años más tarde tuve la oportunidad de volver a visitarla casa. De acuerdo con mi intuición, encontré el lugar vacío y abandonado: todas las ventanas estaban vacías y no había rastro de cristales por ningún lado. En la ciudad cercana descubrí que la casa también había adquirido mala reputación. Durante años nadie se había acercado a ella. Evitando astutamente los encantamientos del infierno, los habitantes de la ciudad se habían mantenido en sus propias callecitas bordeadas de arboles que se agitaban suavemente y viejas casas silenciosas. ¿Y qué otra cosa pueden hacer para protegerse? ¿Cómo pueden saber lo que habita realmente en torno a sus hogares? No pueden ni desean ver ese mundo de sombras con las que tratan cada instante de sus breves e inocentes vidas. Pero, con frecuencia, tal vez durante las horas visionarias del crepúsculo, estoy seguro de que ellos lo han percibido.

OCHO

LOS CAPULLOS

[The Cocoons]

Pronto en la madrugada, horas antes de que amaneciera, el doctor Dublanc me despertó. Estaba a los pies de mi cama, tirando suavemente de la colcha. Durante unos segundos creí, en mi estado de medio inconsciencia, que un animal pequeño daba brincos sobre la colcha como si realizara algún tipo de ritual nocturno desconocido por formas de vida superiores. Entonces vi una mano enguantada sacudiéndose a la luz de las farolas que se colaba por la ventana de mi habitación. Finalmente identifiqué la silueta del doctor Dublanc, o más bien la silueta formada por su sombrero y abrigo.

Encendí la lámpara de la mesilla y me incorpore para enfrentarme al intruso conocido.

—¿Qué ocurre? —pregunté a modo de protesta.

—Mis disculpas —dijo con un tono carente de remordimientos—. Hay alguien que quiero que conozca. Creo que podría resultar beneficioso para usted.

—Si usted lo cree. Pero ¿no puede esperar? Ya tengo más que suficiente con mis problemas de sueño. Usted mejor que nadie debería saberlo.

—Por supuesto que lo sé. También sé otras cosas —afirmó, delatando cierto enojo—. El caballero al que quiero presentarle debe abandonar el país en breve, así que no nos queda mucho tiempo.

—Aun así…

—Sí, lo sé… sus nervios. Tenga, tómese esto.

El doctor Dublanc colocó un par de pastillas con forma de huevo en la palma de mi mano. Me las llevé a los labios y luego bebí medio vaso de agua que estaba sobre la mesilla. Dejé el vaso junto al despertador que emitía un suave chirrido por alguna desconocida mutación de su mecanismo interno. Mi mirada quedó atrapada por el lento y regular movimiento del segundero, hasta que el doctor Dublanc, con una voz calmada pero apremiante, me sacó de mi trance.

—En realidad deberíamos irnos ya. Tengo un taxi esperando en la calle.

Así que me apresuré pensando que al final me iba a salir cara esta excursión, con la tarifa del taxi incluida.

El doctor Dublanc había dejado al taxista esperando en el callejón de detrás de mi edificio de apartamentos. Los faros del auto iluminaban tenuemente la oscuridad y apenas nos guiaban al acercarnos a él. Codo con codo, el doctor y yo avanzamos por el pavimento irregular atravesando turbios vapores que manaban de las fumarolas de varias tapas de alcantarillas. Podía ver la luna brillando entre los tejados apiñados y tuve la impresión de que cambiaba de fase ante mis propios ojos, hinchándose ligeramente. El doctor me sorprendió mirándola.

—No se está formando ningún caos allá arriba, si es eso lo que le preocupa.

—Pero parece estar cambiando.

Con un gruñido de exasperación, el doctor tiró de mí para que le siguiera al interior del taxi.

El conductor parecía haberse quedado petrificado en un estado de inacción. Sin embargo, el doctor Dublanc logró obtener una respuesta cuando informó de la dirección al taxista, el cual giró su rostro de roedor hacia el asiento trasero y nos echó una fugaz mirada. Durante unos segundos permanecimos en silencio mientras el taxi se deslizaba por una serie de avenidas desiertas. A esa hora el mundo al otro lado de mi ventanilla parecía no ser más que una masa de sombras que ondeaban a una gran distancia. El doctor me tocó el brazo y dijo:

—No se preocupe si parece que las pastillas no le hacen efecto inmediatamente.

—Confío en su decisión —dije, pero solo recibí una mirada dubitativa del doctor —. Bueno, sería de ayuda que me contara por qué estamos sentados en la parte trasera de un taxi a esta hora. ¿A quién vamos a ver que es tan importante? ¿Por qué todo este misterio?

—Ningún misterio —contestó el doctor—. Vamos a ver a un antiguo paciente mío. Esto no quiere decir que algunos aspectos desafortunados no sigan existiendo todavía en su caso. Por ciertas razones se lo presentaré como «Señor Catch», aunque también es una especie de doctor… de hecho, un brillante científico. En primer lugar, me gustaría que revisara un documento en relación a su trabajo. Una película para ser más exactos. Es algo bastante sorprendente. Y posiblemente beneficioso… para usted, quiero decir. Eso es todo lo que puedo decir por el momento.

Asentí como si esta revelación me convenciera. Luego me di cuenta de cuanto nos habíamos alejado, estábamos casi al otro extremo de la ciudad, si eso era posible en lo que me había parecido un corto periodo de tiempo (me había olvidado de ponerme el reloj y este olvido de alguna manera agravaba mi falta de orientación). El distrito en el que estábamos ahora eran los bajos fondos, un paisaje sin estructura ni sustancia, especialmente a la luz de la luna.

Me parece recordar que había un descampado con un montón de desechos, una llanura devastada donde brillaban trozos de vidrio y metal. Ocasionalmente, un edificio aislado de naturaleza no discernible se alzaba en aquel páramo, una estructura esquelética con todas sus marcas de identidad borradas de los huesos. Y a continuación, al doblar una esquina, este espacio lunar quedó atrás y entramos en un

grupo densamente trabado de casas, las diminutas y las grandes, todas apiñadas juntas y desgastadas, desfiguradas. Mientras las observaba a través de la ventanilla del taxi su putrefacción parecía progresar, mutando a la tenue luz de la luna. Los tejados y chimeneas se alargaban hacia las estrellas, oscuros ladrillos se multiplicaban y sobresalían como tumores de las fachadas de las casas, calles enteras se retorcían siguiendo un designio sobrenatural. Aunque unas cuantas ventanas estaban iluminadas, si bien con una luz enfermiza, el único ser humano que vi fue un vagabundo acurrucado junto a la base de un semáforo.

—Lo siento, doctor, pero esto podría ser excesivo.

—Solo cálmese —dijo—, ya casi hemos llegado. Conductor, aparque en el callejón detrás de aquellas casas.

El taxi se sacudió cuando tomó el estrecho callejón. A ambos lados de nosotros había vallas altas de madera, tras las cuales se alzaban casas de alturas y tamaños bastante impresionantes, aunque por supuesto eran silenciosos monumentos a la decadencia. Los faros del taxi apenas iluminaban nuestro camino por el estrecho callejón, que parecía estrecharse aún más a medida que avanzábamos. De repente, el conductor frenó en seco para evitar atropellar a un anciano tirado junto a una valla con una botella a un lado.

—Aquí es donde bajamos —dijo el doctor Dublanc—. Espérenos aquí, chófer.

Cuando salimos del taxi tiré de la manga del doctor y le susurré algo sobre el importe de la tarifa. Él contestó en voz alta.

—Debería preocuparle más conseguir un taxi que nos lleve de regreso a casa. Suelen mantenerse alejados de este barrio, y son muy pocos los que acuden a recoger clientes aquí. ¿No es verdad, chófer? —pero el hombre había regresado a su estado de letargo en el que lo vi la primera vez—. Venga —dijo el doctor—. Nos estará esperando. Por aquí.

El doctor Dublanc empujó una sección de la valla que formaba una especie de puerta con las bisagras sueltas, y la cerró con cuidado a nuestras espaldas una vez que atravesamos la abertura. En el otro lado había un pequeño patio trasero, en realidad un vertedero en miniatura donde las sombras dibujaban los desperdicios. Y delante de nosotros, supuse, se erguía la casa del señor Catch. Parecía muy grande, con un increíble número de picos huesudos y ventanas abuhardilladas que se recortaban contra el cielo, e incluso había una veleta con la vaga forma de un animal que se alzaba sobre una torreta en ruinas pastoreada por la luz de la luna. Pero aunque la luna estaba igual de brillante que antes, ahora parecía considerablemente más fina, como si se hubiera desgastado, del mismo modo que todo lo demás en aquel vecindario.

—No ha cambiado en absoluto —me aseguró el doctor mientras sostenía abierta la puerta trasera de la casa y hacía gestos para que me acercara.

—Quizás no haya nadie en casa —comenté.

—La puerta está abierta. ¿Es que no ve que nos está esperando?

—No parece que funcione ninguna luz.

—Al señor Catch le gusta ahorrar en ciertos gastos. Es una pequeña manía suya. Pero en otros aspectos es bastante espléndido. Y no es en absoluto un hombre pobre. Tenga cuidado en el porche… algunos de estos maderos ya no son lo que eran.

En cuanto estuve junto al doctor, este sacó una linterna del bolsillo de su abrigo e iluminó el camino al oscuro interior de la casa. Una vez dentro, aquel haz amarillento de luz empezó a revolotear por la oscuridad. Se detuvo unos instantes en un rincón lleno de telarañas del techo, luego bajó por una pared vacía abollada y recorrió el zócalo combado del suelo. Durante un instante reveló dos maletas, bastante usadas, a los pies de una escalera. Se deslizó con suavidad escaleras arriba por la barandilla y voló directamente hacia las plantas superiores, donde escuchamos unos arañazos, como si un animal con largas garras estuviera moviéndose.

—¿Tiene mascota el señor Catch? —pregunté en voz baja.

—¿Por qué lo pregunta? En todo caso, no creo que lo encontremos a él allá arriba.

Nos adentramos aún más en la casa, pasando por habitaciones que afortunadamente no estaban atestadas de muebles. A veces pisábamos vidrios rotos; en una ocasión pegué una patada involuntaria a una botella vacía y la lancé repiqueteando por el duro suelo. Tras llegar al extremo opuesto de la casa, entramos en un largo pasillo flanqueado por varias puertas. Todas ellas estaban cerradas y tras ellas escuchamos sonidos similares a los que procedían de la segunda planta. También escuchamos pisadas que ascendían lentamente una escalera. A continuación, la última puerta al final del pasillo se abrió y una luz acuosa hizo retroceder algunas de las sombras frente a nosotros. Un hombrecillo de cuerpo rechoncho estaba de pie bajo la luz, haciéndonos señas lánguidamenre.

—Llegan tarde. Llegan muy tarde —refunfuñó mientras nos conducía escaleras abajo, hacia el sótano. Su voz era aguda aunque también bastante ronca—. Estaba a punto de marcharme.

—Lo lamento —dijo el doctor Dublanc, que sonaba sincero en esta ocasión—. Señor Catch, permítame que le presente…

—Deje ya la tontería esa de «señor Catch». Sabe perfectamente cómo me van las cosas, ¿no es así? Así que empecemos, se me echa el tiempo encima ahora.

Una vez en el sótano, nos detuvimos entre las parpadeantes luces de las velas, docenas de ellas colocadas en lugares altos y bajos, derritiéndose sobre una estantería o un viejo cajón o directamente sobre el suelo cubierto de porquería. Entre los objetos que nos rodeaban, vi un proyector de películas anticuado sobre una mesa en el centro de la habitación, y había una pantalla portátil en la pared opuesta. El proyector estaba enchufado a lo que parecía un pequeño generador eléctrico que zumbaba en el suelo.

—Creo que por ahí hay algunas sillas donde pueden sentarse —dijo el señor Catch mientras enrollaba la película en las bobinas del proyector. Entonces, por primera vez, se dirigió a mí directamente—. No estoy seguro de cuanto le ha explicado el doctor acerca de lo que voy a mostrarle. Probablemente muy poco.

—Sí, y lo hice deliberadamente —interrumpió el doctor Dublanc—. Si se limita a enrollar la película creo que habré cumplido mi objetivo, con o sin explicaciones. ¿Qué daño puede hacer?

El señor Catch no contestó. Tras sopla: algunas de las velas para oscurecer la habitación, encendió el proyector, que tenía un mecanismo bastante ruidoso. Me preocupaba que algún diálogo o narración que pudiera contener la película quedara ahogado por el chirrido del proyector y el zumbido del generador. Pero pronto me di cuenta de que era una película muda, un documento visual que en todos los aspectos de su producción era marcadamente primitivo, desde la cruda luz y la gruesa textura de la cinta hasta su escenario casi incomprensible.

Parecía servir de registro visual de algún experimento científico, una demostración de laboratorio, de hecho. Sin embargo, el entorno no era en absoluto clínico: una pared desnuda en un sótano que de alguna manera se parecía al sótano en el que estaba visionando la película, aunque no era idéntico. Y el sujeto era humano: un vagabundo sucio, sin afeitar e inconsciente estaba apoyado contra una rugosa pared gris. No pasó mucho tiempo cuando el hombre comenzó a moverse, tal vez despertándose de un profundo estupor. Sin embargo, los movimientos que realizaba no parecían voluntarios. Más concretamente, parecían los tirones espasmódicos de alguna energía que *habitaba* en el viejo vagabundo. Una de sus piernas se balanceó durante un segundo. Luego su pecho se elevó y colapsó. Pronto su cabeza comenzó a balancearse y continuó balanceándose como si algo estuviera trepanando el cuero cabelludo del vagabundo y agitándose entre sus largos y grasientos mechones. Una parte de ello asomó al fin por arriba: una cosa delgada y con forma de palo. Emergió más, unos apéndices oscuros y nervudos que se erizaban y se doblaban y se estiraban hacia el mundo exterior. Al final de cada uno de los apéndices había un par de finas pinzas chasqueantes. Lo que finalmente trepanó aquella calavera, impulsándose hacia fuera con una sacudida de sus múltiples brazos recién nacidos, era aproximadamente del tamaño y las proporciones de un mono araña. Tenía unas diminutas alas translúcidas que aletearon unas cuantas veces, brillantes pero inútiles, y parecía estar demacrado. Cuando volvió la cabeza hacia la cámara, miró la lente con ojos maliciosos y dio la impresión de parlotear con su boca picuda.

—Por favor, me temo que… —susurré al doctor Dublanc.

—Exactamente —me esperó». Pero necesita enfrentarse a ciertas realidades para que pueda liberarse de su miedo a ellas.

Ahora fue mi turno para lanzar al doctor una mirada dubitativa. No ignoraba el hecho de que estaba practicando una forma sumamente heterodoxa de terapia, por decirlo de una manera suave. Y nuestra presencia en aquel sótano (esa fría ciénaga de sombras en las que las velas titilaban como luciérnagas) parecía suponer tanto beneficio al doctor Dublanc como a mi mismo, si «beneficio» es la palabra apropiada en este caso.

—Podría preocuparse un poco más por mí de vez en cuando —dije.

—¡Silencio! Mire la película.

Casi había acabado. Después de que la criatura rompiera la cáscara de su extraño huevo, se dispuso rápidamente a consumir al mugriento vagabundo, dejando tan solo un manojo de huesos ataviados con ropas sueltas. Tras haber sido limpiada completamente, la calavera quedó apoyada inerte a un lado. Y la criatura, en un principio tan demacrada, había engordado con el festín y ahora se veía inflada y carnosa como un perro sobrealimentado. En la secuencia final apareció en escena una red que capturó a la gigantesca alimaña y la arrastró fuera de cámara. Luego el blanco inundó la pantalla y la película aleteó contra la bobina.

—Entonces, ¿qué le parece? —preguntó el doctor.

Sin duda percibiendo que todavía me encontraba bajo el hechizo de lo que acababa de ver, chasqueó los dedos delante de mi cara. Pestañeé y luego lo miré en un aturdido silencio. Aprovechando el momento, intentó aportar cierta perspectiva o matización a los sucesos de la película.

—Debe entender —explicó— que la integridad de las formas materiales es solo un prejuicio. Por no mencionar la sustancia de esas formas, la cual es un asunto aún más dudoso. Que un insecto monstruoso pueda brotar de la anatomía de un ser humano no debería causar consternación. Sus prejuicios derivados de un mundo mecánico de horario solar y rutinas lunares han sido un verdadero obstáculo en la terapia a la que le he estado sometiendo. Me ha colocado en la tesitura de tener que tratar su ansiedad por el hecho de que el mundo no *esté gobernado por la regularidad*. Pero ya es hora de que se dé cuenta de que no hay nada firmemente anclado, por decirlo de alguna manera. Ni tampoco lo está esa cosa que llamamos mente, con sus ansias de constantes sensaciones y percepciones nuevas. Podría aprender mucho del señor Catch. Yo estoy seguro de haberlo hecho. Por supuesto, reconozco que quedan por solucionar ciertos aspectos desafortunados de su caso (hice todo lo que pude por él), aunque creo que ha ganado unos conocimientos raros y valiosísimos, a pesar de las consecuencias.

»Su investigación le llevó a lugares donde, cómo le diría, donde las formas y niveles de fenómenos, los múltiples planos de existencia natural, revelaban su capacidad de establecer nuevas relaciones unos con otros… de interconectarse de maneras que nunca creímos posibles. En un momento dado todo se hizo borroso ante él, una especie de caos de fuerzas, una fantasmagoría de posibilidades a las que él se entregó de buena gana. No tenemos ni idea de los gustos o tentaciones que podrían emerger o desarrollarse en el curso de tal trabajo… un hedonismo curioso que no pudiera ser controlado. Oh, los caprichos de la omnipotencia, instigadora de la indulgencia. Bueno, el señor Catch huyó aterrado de sus propios poderes, pero no fue capaz de volver a montar las piezas tal como habían estado originalmente: hábitos y respuestas desconocidas ya habían arraigado en su organismo. La peor clase de esclavitud, pero cuán persuasivo sonaba cuando hablaba de la euforia que había descubierto, de las sensaciones infinitamente diversas más allá de todo conocimiento

ordinario. Era solo este conocimiento lo que necesitaba para liberarlo de una vida que, a su manera, se había tornado tan abismal y problemática como la de usted… a excepción de que la patología de él existía en el polo opuesto. Se debe establecer un terreno intermedio, un equilibrio. ¡Qué bien lo entiendo ahora! Por eso les he reunido a ustedes dos. Esa es la única razón, aunque no me crea.

—Lo que creo —contesté— es que el señor Catch se ha escabullido de nosotros. Personalmente, espero que no lo volvamos a ver.

El doctor Dublanc dejó escapar la sombra de una risa.

—Oh, está todavía en la casa. De eso puede estar seguro. Echemos un vistazo arriba.

De hecho, no se encontraba lejos. Al subir de nuevo al pasillo de puertas cerradas en la parte superior de las escaleras del sótano, observamos que una de esas puertas estaba ahora parcialmente abierta y la habitación iluminada. Sin anunciamos, el doctor Dublanc empujó la puerta hasta que ambos pudimos ver lo que había ocurrido dentro.

Era una habitación pequeña y sin muebles, y sobre el suelo de madera había una vela pegada con goterones de su propia cera derretida. La luz de la vela brillaba tenuemente en el rostro del señor Catch, que parecía haberse derrumbado en un rincón de la habitación, y allí estaba tendido y un tanto arqueado. Estaba sudando a pesar de que hacía frío en la habitación y tenía los ojos entrecerrados por una especie de agotamiento lánguido. Pero algo le pasaba en la boca: parecía enturbiada y agrandada, pintada torpemente con una sonrisa enorme de payaso. Junto a él, en el suelo, se veía lo que parecían los restos desgarrados de una de las criaturas de la película.

—¡Me hizo esperar demasiado tiempo! —gritó de repente, abriendo unos ojos desorbitados e irguiéndose durante unos segundos antes de que su figura volviera a encogerse de nuevo. Luego repitió el exabrupto—: No pudo ayudarme y ahora me hace esperar demasiado tiempo.

—Vine aquí para ayudarle —le dijo el doctor, que mantenía los ojos clavados en el esqueleto mutilado del suelo. Cuando vio que yo había advertido su mirada ávida se recompuso—. Estoy intentando ayudarles de la única forma en que pueden ser ayudados. Dígaselo, señor Catch. Dígale cómo cría a esos individuos sorprendentes y les capacita para provocar la exaltación más eufórica, el éxtasis al borde de la apoteosis.

El señor Catch rebuscó en el bolsillo de sus pantalones, sacó un pañuelo grande y se limpió la boca. Sonreía con expresión idiota, visiblemente ebrio por su reciente celebración, y con cierta dificultad logró ponerse en pie. Su cuerpo parecía ahora más hinchado y bulboso que antes, no del todo humano en cuanto a sus proporciones. Tras volver a guardarse el pañuelo en el bolsillo, metió la mano en el otro y revolvió en su interior.

—Es demasiado para entrar en muchos detalles —explicó con una voz que ahora

sonaba plácida—. ¿Qué puedo decir? En gran parte es una cuestión psíquica. De ahí que contactara con el doctor. El resto consiste en algunas fórmulas químicas para provocar lo que es en esencia un proceso universal de transformación, el llamado milagro de la creación en todas sus formas. Se introduce un agente catalizador en el sujeto por inseminación o ingestión —con una especie de torpe orgullo, sostuvo en alto la mano abierta; en la rechoncha palma pude ver dos objetos diminutos con forma de huevo—. Las larvas de los dioses —dijo con un atisbo de asombro en la voz.

Me volví bruscamente hacia el doctor.

—Las pastillas que me dio antes.

—Era lo único que podía hacer por usted. He intentado por todos los medios ayudarles a ambos.

—Debí sospechar que tramaba algo —dijo el señor Catch, recobrándose en ese momento de su estupor—. Nunca debería haberle involucrado en esto. ¿No se da cuenta de que todo esto ya resulta bastante difícil sin comprometer a sus propios pacientes? Una cosa son los vagabundos, pero esto es algo muy distinto. Lamento haberle involucrado en mi problema. Bueno, ya tengo las maletas hechas. Ahora todo queda en sus manos, doctor. Déjeme pasar, es hora de irme.

El señor Catch se escabulló Fuera de la habitación y unos segundos más tarde retumbó por toda la casa el sonido de la puerta al cerrarse de golpe. El doctor me vigilaba de cerca, supongo que esperando alguna reacción por mi parte. Sin embargo, también escuchaba atentamente ciertos sonidos que procedían de las habitaciones que nos rodeaban. El ruido de un constante correteo se escuchaba por todas partes.

—Lo entiende, ¿verdad? —preguntó el doctor—. El señor Catch no es el único que ha esperado mucho tiempo… demasiado tiempo. Pensé que a estas alturas las pastillas ya le habrían hecho efecto.

Metí la mano en el bolsillo y saqué los dos pequeños huevos que no había tragado antes.

—No puedo decir que tuviera mucha fe en sus métodos —dije, y luego lancé las píldoras al doctor Dublanc, quien, mudo, las atrapó al vuelo—. No le importará que regrese a casa solo.

Es muy probable que sintiera alivio al verme marchar. Durante el tratamiento del señor Catch, el doctor también se había convertido supuestamente en un espantoso degenetado, un espécimen desequilibrado que iba a precisar de una terapia extremadamente radical. Mientras recorría la casa hacia la salida le escuché corriendo de un lado a otro y abriendo una puerta tras otra, y finalmente gritó con un placer lastimoso:

—Ahí tenéis, queridos. Ahí tenéis.

Aunque el propio doctor parecía ahora un caso perdido, creo que su estrategia terapéutica tal vez haya resultado efectiva en mi caso, o al menos me ha permitido atisbar cómo podría enfrentarme más fácilmente a las demoníacas corrientes

subterráneas de existencia. Porque durante los primeros instantes de aquella mañana nublada, cuando el taxi salió del callejón y atravesó aquel vecindario de casas deterioradas, sentí que había logrado alcanzar el terreno intermedio al que se había referido el doctor Dublanc… el punto de equilibrio entre una escapada ansiosa del abismo y la tentación de lanzarse a él. Me invadía una sensación de escape, como si pudiera existir serenamente liberado de las grotescas restricciones de la creación, un espectador embelesado que observa con mirada clínica el tumulto caótico tanto a su alrededor como en su interior.

Pero esa sensación pronto se desvaneció. Una curación definitiva y genuina de los dilemas de una existencia inconstante es extremadamente rara.

—¿Podría ir un poco más rápido? —dije al conductor, porque tenía la impresión de que no avanzábamos en nuestra huida de aquel distrito en el que todo orden se había disipado. De nuevo, las cosas parecían estar cambiando, a punto de brotar de sus capullos colgantes y adoptando Formas inciertas. Incluso el pálido sol de la mañana parecía variar de tamaño.

Al final del viaje, pagué gustosamente la extraordinaria tarifa del taxi y regresé a mi cama. Al día siguiente decidí a buscar un nuevo doctor.

LA VOZ DEL SOÑADOR

[The Voice of the Dreamer]

NUEVE

LA ESCUELA NOCTURNA

[The Night School]

El profesor Carniero estaba impartiendo clase otra vez.

Descubrí este hecho cuando regresaba a casa después de haber estado en el cine. Era tarde y pensé: «¿Por qué no atajar por los terrenos de la escuela?». Este pensamiento me llevó a toda una cadena de reflexiones que ocupaban mi mente con cierta frecuencia, especialmente cuando paseaba de noche. Estos pensamientos trataban por lo general de mi anhelo por saber algo de mi existencia de lo que estuviera seguro que era real, algo de mi existencia que pudiera ayudarme antes de que llegara el momento de morir y pudrirme bajo tierra, o de que me incineraran y mis restos flotaran por el cañón de una chimenea y empañaran el cielo. Por supuesto, este anhelo no era solo mío. Sin embargo, en mi caso pasé bastantes años, lo que me parecía toda una vida, intentando satisfacerlo de diversas maneras. En los últimos tiempos, había intentado encontrar alguna suerte de satisfacción asistiendo a las clases del profesor Carniero. Aunque no llevaba mucho tiempo asistiendo a sus clases, tenía la impresión de que era alguien capaz de revelar qué había en el fondo de las cosas. Absorto en mis pensamientos, me desvié de la calle por la que transitaba y me adentré por el solar de la escuela, enorme y oscuro. Hacía bastante frío aquella noche y, cuando eché un vistazo a la parte delantera de mi abrigo, vi que el único botón que lo cerraba se había soltado y que no iba a durar prendido mucho más tiempo. Así que tomar un atajo desde el cine parecía la opción más sensata.

Me adentré en los terrenos de la escuela y la sensación era la de atravesar un enorme parque situado entre las calles circundantes. Los árboles crecían bastante juntos y desde los límites del terreno no podía ver la escuela escondida entre ellos. *Mira aquí arriba*, creí oír que decía alguien. Alcé la mirada y vi que las ramas allá arriba no tenían hojas; a través de la red que formaban se podía ver perfectamente el cielo. Qué brillante y, a un mismo tiempo, qué oscuro se veía. *Brillante* por una luna llena alta que filtraba sus rayos a través de las nubes que se expandían, y *oscuro* por las sombras que se mezclaban con aquellas nubes: una masa lenta de formas moteadas en movimiento, una especie de explosión turbia de las negras cloacas del espacio.

Advertí que en cierto lugar esas nubes se derramaban sobre los árboles, goteando en un estrecho riachuelo por la pared de la noche. Pero en realidad era humo, denso y sucio, que se alzaba al cielo. Delante, a poca distancia y ya dentro del terreno frondoso de la escuela, vi las llamas espasmódicas de un pequeño fuego entre los árboles. Por el olor, supuse que alguien estaba quemando basura. Luego pude ver el bidón metálico deformado que escupía humo, y las figuras que había detrás de las llamas se hicieron visibles para mí igual que yo para ellos.

—Han retomado las clases —gritó uno de ellos—. Ha regresado después de todo.

Supuse que eran otros alumnos de la escuela, pero sus rostros no se veían nítidos tras la parpadeante luz del Fuego que los calentaba. Parecían estar tiznados por el humo y embadurnados por la hedionda basura que ardía en el oscuro bidón metálico, cuya superficie exterior estaba casi incandescente por el calor y descascarillada por algunas partes.

—Mirad allí —dijo otro miembro del grupo señalando las profundidades del recinto escolar.

El enorme contorno de un edificio ocupaba el fondo y unas cuantas ventanas lanzaban una tenue luz que se colaba a través de los árboles. En el tejado del edificio una serie de chimeneas se recortaban contra el pálido cielo.

Se levantó el viento. Soplaba ruidosamenre a nuestro alrededor e insufló una crepitante vida al fuego del bidón metálico desvencijado. Intenté gritar por encima del barullo de ruidos.

—¿Había alguna tarea? —grité.

Pero no parecieron oírme, o quizás ignoraron mis palabras. Cuando repetí la pregunta me miraron fugazmente como si hubiera dicho algo inapropiado. Los dejé acurrucados alrededor del fuego, pensando que me seguirían más tarde. El viento amainó y oí a alguien pronunciar la palabra «maníaco», y pude ver que no se dirigía ni se refería a mí.

Recordaba vagamente la apariencia del profesor Carniero. No había asistido a sus clases durante mucho tiempo cuando una enfermedad (una dolencia grave, según uno de mis compañeros de clase) le forzó a ausentarse. De manera que lo que conservaba de él no era más que la imagen de un caballero delgado con un traje oscuro, un caballero con tez morena y voz espesa con acento extranjero. «Es portugués», me dijo alguien. «Pero ha vivido en casi todas partes». Y recuerdo una frase en particular de reprimenda que usaba para señalar a los que no habíamos atendido a los diagramas que dibujaba incesantemente en la pizarra. «Mirad aquí», decía. «Si no miráis, no aprenderéis nada… no seréis nada». Unos cuantos de la clase nunca necesitaban que les llamaran la atención de esa manera, un pequeño grupo concreto que habían sido durante mucho tiempo alumnos del profesor, y que sin distraerse ni un instante escudriñaban la incesante serie de diagramas que dibujaba sobre la pizarra y luego borraba solo para volver a construirla, con una ligera variación, un segundo después.

Aunque no puedo afirmar que aquellos diagramas generalmente complejos no

estuvieran relacionados directamente con nuestros estudios, siempre se completaban con elementos ajenos que nunca me preocupe de copiar en mis propios apuntes de clase. Eran una selección extraña de símbolos abstractos, figuras frecuentemente geométricas alteradas de alguna manera: distintos tipos de polígonos con lados asimétricos, trapezoides cuyos lados no convergían, semicírculos atravesados por líneas dobles o triples, y muchos otros ejemplos de grafías científicas deformes o corruptas. Estos signos parecían primitivos en esencia, más relacionados con la magia que con las matemáticas. El profesor los apuntaba con una escritura extremadamente rápida sobre la pizarra, como si fueran palabras de su lengua natural. En la mayoría de los casos, los símbolos formaban un perímetro alrededor de un diagrama conocido de química o física, rodeándolo y, a veces, parecían transformar su sentido. En una ocasión un estudiante le preguntó sobre lo que parecían adornos superfluos en los diagramas. ¿Por qué el profesor Carniero nos somete a esos símbolos desconcertantes? «Porque», respondió él, «un auténtico profesor debe compartirlo todo, por muy terrible o espeluznante que sea».

Mientras avanzaba por los terrenos de la escuela, percibí algunos cambios a mi alrededor. Los árboles más cercanos a la escuela parecían distintos a los del área circundante. Eran mucho más delgados, demacrados y retorcidos, como huesos rotos que no se hubieran soldado correctamente. Y daba la impresión de que sus cortezas se estaban pelando en blandas capas, porque no solo eran hojas caídas lo que pisé de camino al edificio de la escuela, sino también algo como harapos negros, jirones de tela descompuesta. Incluso las nubes sobre las que la luna arrojaba su resplandor se veían escuálidas y putrefactas, deshilachadas por algún proceso de degeneración en los niveles más altos de la atmósfera sobre los terrenos de la escuela. También se percibía un olor a corrupción, una fragancia embelesadora, en realidad (como la podredumbre del mantillo de otoño o de principios de primavera), que me pareció que brotaba de la tierra al remover los extraños desechos que la cubrían. Ese olor se hizo más penetrante a medida que fui acercándome a la luz amarillenta de la escuela, y más fuerte cuando llegué al viejo edificio.

Era una estructura de cuatro plantas de oscuros ladrillos costrosos que habían sido amalgamados en otra época, un tiempo tan diferente que podría pensarse que pertenecía a una historia del todo ajena, una historia conformada solo por noches bien avanzadas, una historia de altas horas. Qué difícil resultaba pensar en ese lugar como si fuera una construcción ordinaria. Era mucho más fácil creer la leyenda fantástica de que había sido erigido por una cohorte de demonios durante la noche perpetua de su pasado, y que sus materiales habían sido sustraídos de otras obras arquitectónicas, todas ellas extintas: fábricas derruidas, mausoleos asaltados, orfanatos abandonados, penitenciarias cerradas hacía tiempo. La escuela era en efecto una especie de extraña excrecencia en un vertedero, una flor de cementerio y cloaca. Y allí era donde el tal profesor Carniero, que había estado en todas partes, impartía sus clases.

En las plantas bajas del edificio había varias luces encendidas, tenues como si

procedieran de velas con débiles llamas. El piso superior estaba a oscuras y muchas de las ventanas se veían rotas. Sin embargo, había suficiente luz para guiarme al interior de la escuela, a pesar de que era imposible ver el final del pasillo principal. Las paredes parecían estar embadurnadas con algo que desprendía el mismo olor que llenaba la noche en el exterior del edificio. Sin llegar a tocar las paredes, las utilicé para orientarme por la escuela y recorrí varios pasillos más o menos principales que se adentraban por el edificio. A ambos lados iba dejando atrás un aula tras otra, y vi que sus entradas estaban invadidas por la oscuridad o selladas por amplias puertas de madera cuyas superficies rugosas estaban picadas y peladas. Finalmente encontré un aula con la luz encendida, aunque la iluminación allí no era más intensa que la tenue iluminación del pasillo.

Cuando entré en el aula vi que solo estaban encendidas algunas de las lámparas y que algunas zonas quedaban a oscuras mientras otras estaban recubiertas por una especie de lustre pegajoso característico de los viejos cuadros al óleo. Unos cuantos estudiantes estaban sentados en sus pupitres aquí y allá, aislados unos de otros y en silencio. La clase no estaba en absoluto llena y no había ningún profesor tras el atril. En la pizarra no se veían nuevos diagramas, solo los restos borrosos de lecciones pasadas. Me senté en un pupitre cerca de la puerta, sin mirar a ningún otro, al igual que ellos no me miraron a mí. En uno de los bolsillos del abrigo encontré un pequeño lápiz, pero no papel donde tomar apuntes. Sin muchos aspavientos, inspeccioné el aula en busca de algo de papel. Las zonas visibles de la habitación revelaban varios tipos de desechos y no me ofrecían nada que me permitiera anotar las complejas instrucciones y diagramas demandados por la clase. Me resistía a realizar una búsqueda física en los estantes que había en la pared cercana, porque eran muy profundos y de ellos brotaba esa fragancia embriagadora de descomposición.

Dos filas a mi izquierda había sentado un hombre con varios cuadernos gruesos apilados sobre su pupitre. Apoyaba ligeramente las manos sobre aquellos cuadernos y sus ojos, tras los cristales de las gafas, estaban clavados en el atril vacío, o tal vez en la pizarra de atrás. El espacio entre las hileras de pupitres era muy estrecho, así que pude inclinarme sobre el pupitre vacío que nos separaba y hablar con ese hombre que parecía tener un excedente de papel en el que tomar apuntes, transcribir diagramas y, en resumen, hacer cualquier otro garabato exigido por el instructor de la clase.

—Disculpe —susurré a la figura de mirada fija.

Con un solo movimiento repentino, su cabeza se volvió para mirarme. Recordó su piel carcomida, que obviamente había empeorado desde la última vez que nos encontramos en clase, y aquellos ojos que bizqueaban tras unas gruesas lentes.

—¿Le sobra algo de papel para prestarme? —pregunté, y por alguna razón me sorprendí al ver que movía la cabeza hacia los cuadernos y comenzaba a pasar páginas del que estaba en la parte superior. Al realizar esta acción, le expliqué que no había ido preparado a clase, que acababa de enterarme de que se habían reanudado. Ocurrió por una casualidad, dije. Regresaba a casa después de salir del cine y decidí

tomar un atajo por los terrenos de la escuela.

Para cuando hube terminado de aclarar mi situación, el otro estudiante hojeaba su último cuaderno, cuyas páginas estaban tan densamente llenas de apuntes y diagramas como las de los anteriores. Observé que sus anotaciones eran distintas a las que yo había estado tomando en el curso del profesor Carniero. Eran mucho más detalladas y escrupulosas en sus transcripciones de aquellas extrañas Figuras geométricas que yo consideraba meras intrusiones decorativas en los diagramas del profesor. Algunas de las páginas de los cuadernos del resto de estudiantes estaban totalmente dedicadas a reproducir estas figuras y símbolos excluyendo los propios diagramas.

—Lo siento —dijo—. Me temo que no tengo ningún papel para prestarle.

—Bueno, ¿y podría decirme si hay alguna tarea?

—Es muy posible. Nunca se sabe con este profesor. Es portugués, ya sabe. Pero ha estado en todas partes y lo sabe todo. Yo creo que está loco. La clase de cosas que ha estado enseñando tendrían que haberle causado problemas en algún lugar, y probablemente así fue. Aunque no es que le importara lo que le ocurriera a él mismo, o a cualquier otra persona. Es decir, a cualquiera que pueda influenciar, y a unos más que a otros. Las cosas que *nos* decía. La lección sobre las fuerzas cloacales. El tiempo como un flujo de aguas residuales. El excremento del espacio, la escatología de la creación. El vaciado del yo. La completa y sucia integración de las cosas y el *producto nocturno*, como él lo llamaba, sumergiéndose en los estanques de la noche.

—Me temo que no recuerdo esos conceptos —reconocí.

—Usted es nuevo en clase. Para serle sincero, no parece comprender lo que enseña el profesor. Pero pronto logrará entenderlo, si no lo ha hecho ya. Nunca se sabe. Es un hombre muy cautivador, el profesor. Y siempre está preparado para cualquier cosa.

—Me dijeron que se recuperó de la enfermedad por la que estuvo de baja, y que volvía a dar clases.

—Oh, sí que ha regresado. Siempre estuvo preparado. ¿Sabía que ahora la clase se imparte en otra zona de la escuela? No sabría decirle dónde exactamente, porque yo tampoco llevo con el profesor Carniero tanto tiempo como los otros. Para serle sincero, no me importa dónde se imparta. ¿No es ya suficiente que estemos aquí, en esta aula?

No tenía ni idea de cómo responder a esa pregunta y no entendía casi nada de lo que el hombre había intentado explicarme. Parecía estar claro, o al menos era muy posible, que la clase se hubiera trasladado a una parte distinta de la escuela. Pero no tenía ningún motivo para pensar que el resto de los estudiantes sentados en distintas partes del aula serían de mayor ayuda en este sentido que el que ahora ya había girado de nuevo su rostro miope apartándolo del mío. Dondequiera que fuera impartida la clase, seguía necesitando papel en el que tomar apuntes, transcribir diagramas y demás. Y no iba a obtenerlo quedándome en aquella aula donde todos y

todo degeneraba mezclándose con la oscuridad circundante.

Durante un rato vagué por los pasillos de la planta baja, manteniéndome alejado de las paredes que sin duda bullían con una sustancia oscura, una sabia olorosa que poseía la embriagadora potencia de mil otoños mudando la piel o de la tierra derritiéndose en primavera. La sustancia fluía de arriba abajo por las paredes, brotando desde arriba y oscureciendo la luz ya tenue de los pasillos.

Empecé a escuchar un eco de voces que llegaba desde una parte alejada de la escuela que nunca antes había visitado. No podía descifrar ninguna de las palabras, pero sonaba como si fueran repetidas una y otra vez en una sucesión más o menos constante de gritos que resonaban huecos en los pasillos. Seguí el sonido y, mientras caminaba, me encontré con alguien que avanzaba lentamente en dirección contraria. Iba vestido con sucias ropas de trabajo y casi se fundía con las sombras que tanto abundaban aquella noche en la escuela. Lo paré cuando estaba a punto de pasar a mi lado arrastrando los pies. Al girarse con una mirada de indiferencia en mi dirección, vi un par de ojos amarillentos en un rostro enjuto de tez áspera y moteada. El hombre se rascó la parte izquierda de la frente y unas cuantas escamas secas de piel se desprendieron.

—¿Podría decirme dónde va a impartir clase el profesor Carniero esta noche?

Me miró durante unos segundos y luego señaló con el dedo hacia el techo.

—Allí arriba —dijo—. Busque allí arriba.

—¿Qué planta?

—La superior —respondió, como si le sorprendiera mi ignorancia.

—Hay muchas aulas en esa planta —dije.

—Y todas ellas son suyas. No puede hacerse nada al respecto. Pero tengo que mantener el resto de este lugar en buen estado. No sé cómo puedo hacerlo teniéndole a él allá arriba —el hombre echó una ojeada a las paredes manchadas a su alrededor y dejó escapar una fuerte risotada—. Va a peor. Empiezas a notario a medida que subes. Escuche. ¿Oye a los otros?

Luego gruñó asqueado y continuó su camino.

Pero a esas alturas tenía la sensación de que me estaban arrebatando pieza a pieza cualquier conocimiento que pudiera haber adquirido (tuviera o no relación con el profesor Carniero y sus clases nocturnas). El hombre con la ropa de trabajo sucia me había indicado la planta superior de la escuela. Sin embargo, recordé que no había visto ninguna luz en aquel piso cuando me acerqué al edificio. La única cosa que parecía ocupar aquella planta era una oscuridad densa, una oscuridad mucho mayor que la propia noche, una oscuridad sólida, algo coagulado en su propia densidad. «El *producto nocturno*», todavía escuchaba al estudiante miope recordándomelo con voz hueca. «Sumergiéndose en los estanques de la noche».

¿Qué podía saber yo sobre las costumbres de la escuela? Hacía tiempo que no asistía, y al parecer no el suficiente. Me sentía como un extraño entre mis compañeros estudiantes, en especial porque ellos mismos estaban separados en

distintos niveles, como si fueran los rangos de una sociedad secreta. No conocía las tareas del curso de la misma manera que algunos de los otros parecían conocerlas y con el sentido que el profesor pretendía darles. Todavía no me había llegado el turno de que el profesor Carniero me ordenara estudiar los jeroglíficos de la pizarra y entenderlos del todo. Así que no comprendía las doctrinas de un currículo realmente séptico, la ciencia de una patología espectral, la filosofía de la enfermedad absoluta, la metafísica de las cosas que se hunden en una desintegración común o se alzan fluyendo unidas en su oscura putrefacción. Y, sobre todo, no conocía al propio profesor: los lugares en los que había estado… las cosas que había visto y hecho… las experiencias en las que se había embarcado… las leyes que había ignorado… los problemas que había causado… el destino que, gustosamente, se había dado a él y a otros.

Ahora me encontraba cerca de las escaleras que conducían a las plantas superiores de la escuela. Las voces sonaban más fuertes a medida que me acercaba a las escaleras, aunque no más nítidas. En el primer tramo los escalones parecían muy largos y altos, por no mencionar la escasa visibilidad que había a la tenue luz del pasillo. El rellano superior de las escaleras apenas era visible por la escasa luz y por los efluvios oscuros que aquí flotaban incluso más densos por las paredes. Pero no parecían poseer ninguna sustancia real, ni un tacto pegajoso o una textura viscosa, como se podría haber supuesto, solo era una especie de densidad similar a la de un humo espeso, humo sucio de alguna fuente humeante de corrupción en expansión. Y transportaba tanto el olor como la visión de la putrefacción, aunque ahora era más potente aquel perfume nostálgico de podredumbre otoñal o el feculento aroma almizclado de un deshielo primaveral.

Subí otro tramo de escalones que ascendía en dirección opuesta al primero y conducía a la segunda planta. Cada una de las cuatro plantas de la escuela tenía dos tramos de escaleras ubicadas en direcciones opuestas, con un estrecho descansillo a mitad del ascenso a la siguiente planta. La segunda planta no estaba tan bien iluminada como la de abajo y las paredes se encontraban incluso en peor estado: la superficie había quedado totalmente oscurecida por aquella negrura ahumada que se filtraba desde arriba, la oscuridad tan densamente olorosa de despojos de mundos en declive o, tal vez, del oscuro abono de aquellos a punto de nacer, la impureza primigenia de la que todas las cosas se crean, la podredumbre originaria.

En las escaleras que conducían a la tercera planta vi a los primeros: un hombre joven sentado en los escalones más bajos de ese tramo y que había sido uno de los estudiantes más asiduos a las clases del profesor. Estaba absorto en sus propios pensamientos y no se percató de mi presencia hasta que hablé con él.

—¿La *clase*? —dije enfatizando las palabras con la entonación de pregunta.

Me miró con calma.

—El profesor sufrió una enfermedad terrible, una enfermedad colosal.

Eso es todo lo que dijo. Luego volvió a cerrarse en sí mismo y dejó de prestar

atención.

Había otros igualmente ubicados en las escaleras más altas, o acuclillados en el rellano. Las voces seguían resonando en el hueco de la escalera, entonando una frase difusa al unísono. Pero esas voces no pertenecían a ninguno de aquellos estudiantes que estaban sentados en silencio y embelesados entre las hojas esparcidas arrancadas de sus voluminosos cuadernos. Pedazos de papel con símbolos extraños estaban esparcidos por todas partes como hojas caídas. Crujían mientras caminaba entre ellas hacia las escaleras que conducían hacia el piso más alto de la escuela.

Las paredes de las escaleras ahora se habían hinchado con una negrura que era el mismísimo rostro de la peste: ulcerosa, sarnosa y terriblemente pestilente. Llegaba hasta los bordes del suelo, donde se esparcía y se revolvía como una niebla negra. Solo a la luz de la luna que se filtraba por una ventana del pasillo podía ver algo de la tercera planta. Me detuve allí, porque las escaleras que llevaban a la cuarta planta estaban sumidas en la oscuridad. Solo se distinguían unos cuantos rostros visibles a la luz de la luna. Uno de ellos me miraba y sin darle pie comenzó a hablar.

—El profesor está impartiendo clase a pesar de su terrible enfermedad. ¿Se lo puede imaginar? Es capaz de sufrir cualquier cosa y ha estado en todas partes. Ahora está en un lugar nuevo, en algún lugar donde no ha estado antes.

La voz calló y el silencio se llenó con numerosas voces que llamaban y gritaban desde la oscuridad total que invadía las alturas de las escaleras y enterraba todo como la tierra prensada de una tumba. Entonces, una sola voz dijo:

—El profesor murió por la noche. ¿Lo ven? Él está con la noche. ¿Escuchan las voces? Ellas están con él. Y él está con la noche. La noche se ha expandido en su interior. Aquel que ha estado en todas partes bien podría ir a cualquier lugar con la enfermedad de la noche. Escuchen. El portugués nos llama.

Escuché y finalmente las voces se aclararon. *Mira aquí arriba*, decían. *Mira aquí arriba*.

La niebla de oscuridad ahora se había desplazado escaleras abajo en mi dirección y flotaba alrededor de mis pies, concentrándose allí y elevándose. Durante un rato no pude moverme ni hablar ni dar forma a ningún pensamiento. En mi interior todo estaba haciéndose negro. La negrura vibraba en mis huesos, carcomiéndolos, transformando todo en negritud dentro de mi cuerpo. Me atenazaba y las voces decían; «Mira aquí arriba, mira aquí arriba». Y entonces me dispuse a mirar. Pero interrumpí el gesto antes de completarlo. Estaba ya demasiado cerca de algo que no podía soportar, que no estaba preparado para soportar. Incluso la oscuridad que palpitaba en mi interior no podía llegar hasta el final. No podía permanecer donde estaba ni alzar la mirada hacia donde las voces me indicaban.

Luego la oscuridad pareció rezumar de mi ser, alejándose de mí, y ya no me encontraba dentro de la escuela, sino fuera, casi como si me hubiera despertado allí de repente. Sin echar la vista atrás, volví sobre mis pasos a través del bosquecillo de la escuela, olvidándome del atajo que había tenido intención de tomar aquella noche.

Pasé junto a aquellos estudiantes que seguían en pie alrededor del fuego del viejo bidón metálico. Alimentaban las brillantes llamas con hojas de sus cuadernos, hojas garabateadas hasta la total negrura con aquellos diagramas y extraños símbolos. Algunos de los del grupo me llamaron.

—¿Vio al portugués? —gritó uno de ellos por encima del ruido del fuego y el viento.

—¿Oyó algo sobre una tarea? —gritó otra voz.

Y luego los oí reírse entre ellos mientras regresaba a las calles que había abandonado antes. Avancé con tanto brío que el botón medio suelto de mi abrigo terminó por caerse cuando llegué a la calle que lindaba con los terrenos de la escuela.

Mientras avanzaba bajo las luces de las farolas mantenía las solapas del abrigo cerradas e intenté mantener los ojos en la acera que tenía frente a mí. Puede que oyera una voz que me decía; «Mira aquí arriba», porque en efecto miré, aunque tan solo un segundo. Luego vi que el cielo estaba limpio de nubes y la luna llena brillaba en los negros espacios en lo alto. Brillaba con luz intensa y borrosa, como si estuviera recubierta de un moho luminoso, flotando como una lámpara en las enormes cloacas de la noche. El *producto nocturno*, pensé, sumergiéndose en los estanques de la noche. Pero esto no eran más que palabras que repetía sin entenderlas. Mi deseo de saber algo de mi existencia de lo que tuviera total certeza, algo que pudiera ayudarme en mi existencia antes de que llegara el momento de morir y pudrirme bajo tierra, o de que me incineraran y mis restos flotaran por el cañón de una chimenea y empañaran el cielo… ese deseo jamás se vería cumplido. No había aprendido nada, y yo no era nada. Sin embargo, en lugar de sentir decepción al fracasar en el cumplimiento de mi anhelo más intenso, sentí un profundo alivio. La urgencia de conocer el fundamento de las cosas se había esfumado de mi mente y me sentía más que satisfecho por haberme librado de ella. La noche siguiente acudí de nuevo al cine. Pero esta vez no tomé ningún atajo cuando regresé a casa.

DIEZ

EL GLAMOUR

[The Glamour]

Hacía tiempo que tenía la costumbre de pasear a altas horas de la noche y a menudo entraba en alguna sala de cine en el transcurso de aquellos paseos. Pero algo más jugó un papel la noche en la que fui a aquel cine situado en una parte de la ciudad que nunca antes había visitado. Una nueva inercia, un estado de ánimo o inclinación que jamás había experimentado parecía guiar mis pasos. Qué difícil resulta definir de una manera precisa el estado de ánimo que me dominaba, porque parecía pertenecer tanto a lo que me rodeaba como a mi mismo. A medida que me adentraba por aquella parte de la ciudad en la que nunca antes había estado, me llamó la atención cierto aspecto de las cosas: una fina aura de fantasía irradiaba de las vistas, los lugares y los objetos ordinarios que se revelaban a un tiempo borrosos y brillantes ante mis ojos.

A pesar de lo tarde que era, muchos de los escaparates por los que pasé permanecían con las luces encendidas. En una avenida en particular, la noche sin estrellas aparecía iluminada por estas luces, estos diamantes de lunas de cristal encastrados en viejos edificios de oscuro ladrillo. Me paré frente al escaparate de una juguetería y me quedé embelesado con un retablo caótico de absurda excitación. Mis ojos siguieron varias cosas a un mismo tiempo: las payasadas condenadas de unos monos mecánicos que aporreaban unos platillos o daban volteretas sin control; las predeterminadas piruetas de una bailarina de caja de música; el grotesco balanceo del payaso de una caja de resorte recién abierta. El interior de la tienda era como una falda de árbol de navidad abarrotada de productos que se desvanecía en un fondo sombrío y vacío. Un anciano con una calva brillante y unas cejas angulosas dio un paso adelante hacia el escaparate y comenzó a dar cuerda a algunos de los juguetes para que continuaran su incesante rotación. Mientras realizaba esta tarea alzó de repente la mirada hacia mí con un rostro inexpresivo.

Seguí paseando por aquella calle, donde otros escaparates enmarcaban pequeños mundos tan extrañamente pintorescos y tan ensoñadoramente iluminados en la raída oscuridad de aquella parte de la ciudad. Uno de los comercios era una panadería cuyo escaparate mostraba una galería de glaseados esculpidos, un paisaje invernal de torbellinos y ráfagas blancas, de rosetones nevados y capas de destellos gélidos. En el

centro del reino glacial había un par de personas en miniatura congeladas sobre una tarta de boda de varios pisos. Pero más allá de la brillante escena ártica solo vi la densa oscuridad de un establecimiento ya cerrado. De pie frente a otro escaparate cercano, me pregunté si el establecimiento estaría abierto. Al fondo se divisaban unas cuantas figuras colocadas aquí y allá bajo una tenue iluminación que recordaba a la de una vieja fotografía, aunque parecía que eran seres del mismo tipo que los maniquís de escaparate de la tienda, donde al parecer se vendía ropa pasada de moda. Incluso los rostros de los maniquís, bajo la luz brillante que caía sobre ellos, mostraban las expresiones plácidamente enigmáticas de un tiempo distinto.

No vi a nadie entrar o salir de las numerosas puertas en las calles que recorrí aquella noche. Un toldo que alguno de los propietarios había olvidado enrollar al cierre se agitaba al viento. Sin embargo, como ya he dicho, reinaba una vitalidad emprendedora allá donde miraba, y sentía esa especie de profunda expectación que experimenta un niño en un carnaval, donde cada atracción estridente provoca especulaciones fantásticas, al tiempo que surgen unos repentinos deseos por algo que no posee unas características especificas en la mente, pero que parece estar a tan solo unos pocos pasos de distancia. Así pues, mi buen ánimo no solo no me abandonó, sino que además se intensificó, un impulso de posesión sin objeto.

Entonces vi la marquesina de un cine, aunque no del tipo que yo frecuentaba. Y es que las letras que deletreaban el nombre de la sala estaban rotas y resultaban ilegibles, y el título en la marquesina estaba igualmente dañado, como si le hubieran lanzado piedras, una serie de intentos por borrar las palabras que finalmente logré descifrar. La película que se anunciaba se titulaba *El Glamour*.

Cuando llegué a la fachada del cine vi que las múltiples puertas que formaban la entrada estaban bloqueadas con tablones atravesados en los que había letreros pegados que advertían que el edificio había sido declarado en ruinas. Esta acción debió tener lugar hace ya tiempo, a juzgar por el estado de deterioro de las planchas de madera que me impedían el paso y el aspecto avejentado de los avisos pegados en ellas. Sin embargo, cuando me disponía a continuar mi camino, vi que la marquesina estaba iluminada, tristemente encendida con una luz que antes me había parecido el reflejo de una farola cercana. Fue debajo de esa misma farola donde vi una señal a doble cara colocada sobre la acera, un discreto tablón en el que se leía: ENTRADA A LA SALA. Bajo estas palabras había una flecha que apuntaba a un callejón que separaba el cine del resto de edificios de la manzana. Echando una ojeada a la oscura abertura, una ranura en el muro de fachadas de ladrillos que componía el resto de aquella calle concreta, solo vi un corredor largo y estrecho en el que se divisaba una luz en las profundidades. La luz brillaba con una extraña tonalidad morada, como la de un corazón al descubierto, y parecía estar colocada encima de una entrada que conducía a la sala. Hacía ya tiempo que frecuentaba las sesiones de madrugada de algunas salas de cine… esto es lo que pensé entonces. Pero las pocas reservas que pudiera sentir en aquel momento pronto se desvanecieron ante un nuevo arrebato del

estado de ánimo que estaba experimentando aquella noche en una parte de la ciudad en la que nunca antes había estado.

En efecto, la luz morada marcaba la entrada a la sala y arrojaba su luz arterial sobre una puerta que repetía la palabra ENTRADA. Avancé y entré por un pequeño pasillo donde las paredes irradiaban un brillo de un rosa profundo, muy similar en tonalidad a aquel pequeño farol del callejón, pero más parecido a un cerebro empapado de sangre que a un corazón palpitante. Al final del pasillo pude verme reflejado en la ventanilla de una taquilla, y al acercarme observé que las paredes estaban cubiertas desde el suelo hasta el techo con lo que parecían telarañas. Este fino tejido también se extendía por la alfombra que conducía hacia la taquilla, una fina mortaja que no se dispersaba cuando caminaba sobre ella, como si se hubiera adherido a la fibra raída y plana de la alfombra o estuviera entretejido con ella asemejándose a cabellos sueltos que sobresalieran del cuero cabelludo de un viejo cadáver.

No había nadie al otro lado de la ventanilla, al menos nadie que pudiera ver en aquel espacio de oscuridad al otro lado del leve fulgor del cristal tintado de color púrpura en el que me reflejaba. Sin embargo, había un boleto que sobresalía de una ranura bajo la abertura semicircular en la parte baja de la ventanilla, como si fuera una lengua de papel. Vi unos cuantos cabellos junto a éste.

—La entrada es gratuita —me informó un hombre que se encontraba ahora de pie entre la entrada y la taquilla.

El traje era de buen corte y parecía limpio, pero su rostro estaba hecho un desastre, con la barba crecida por todo el contorno. Su tono sonó educado, incluso pasivo, cuando dijo:

—La sala tiene nuevo propietario.

—¿Es usted el propietario? —pregunté.

—Yo simplemente me dirigía a los lavabos.

Y sin más comentarios se alejó hacia la oscuridad de la sala. Durante unos segundos algo flotó en el espacio vacío que había dejado en la entrada: un enjambre de filamentos como polvo que se esparcía o se asentaba abriéndome paso. Y en esos primeros segundos en los que permanecí dentro, lo único que pude ver fue la palabra «lavabos» brillando sobre una puerta que se cerraba lentamente.

Avancé con precaución hasta que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y pude encontrar una puerta que conducía a la sala de proyección. Pero una vez dentro, mientras me encontraba en la parte más alta de un pasillo en pendiente, todo sentido de orientación previo sufrió un revés. La sala estaba iluminada por una intrincada araña de luces que colgaba desde lo alto en el centro de la sala, así como por una serie de apliques de luz instalados en ambas paredes laterales. No me sorprendió la penumbra de la iluminación ni su tonalidad, que hacía que las sombras se tiñeran levemente de sangre: un nauseabundo e ictérico tono que bien podría observarse en una sala de operaciones donde hubiera un torso diseccionado y abierto sobre la mesa

y sus entrañas revelaran una paleta de rosas, rojos y morados… vísceras enfermas imitando los colores de una puesta de sol.

Sin embargo, mi percepción del auditorio seguía siendo confusa, no debido a algún efecto extraño de iluminación, sino por otra razón. Mientras que no me resultaba difícil registrar mentalmente los elementos que me rodeaban (los distintos pasillos e hileras de butacas, la pantalla flanqueada por el telón, la destacada araña y los apliques de pared), parecía imposible identificar estos elementos simplemente por sus apariencias superficiales. No vi nada que no haya descrito, pero los respaldos redondeados de las butacas eran a un mismo tiempo hileras de lápidas en un cementerio; los pasillos eran interminables callejones sucios, largos corredores desolados de un viejo manicomio, o los goteantes pasajes de una cloaca que se estrechaba en la distancia; la pálida pantalla era una ventana polvorienta de un oscuro sótano que ya nadie frecuentaba, un espejo picado por el paso de los años encerrado en una casa abandonada; la araña de luz y los pequeños apliques eran las facetas de turbios cristales encastrados en las paredes frías y húmedas de una caverna inexplorada. En otras palabras, aquella sala de cine era simplemente una imagen virtual, un velo sobre un complejo *collage* de otros lugares, los cuales compartían ciertas características que se proyectaban en mi rango de visión, como si las cosas que veía estuvieran poseídas por algo invisible.

Pero tras permanecer un tiempo en el auditorio y sentarme en una butaca cercana a la pared trasera, fui consciente de que incluso en el nivel de las apariencias se producía un fenómeno peculiar que no había observado antes o que, al menos, todavía tenía que percibir en toda su extensión. Estoy hablando de las telarañas.

Cuando entré por primera vez en el cine las vi adheridas a las paredes y las moquetas. Ahora fui consciente de lo mucho que formaban parte de la sala y lo equivocado que había estado en relación a la naturaleza de aquellas hebras largas y blanquecinas. Incluso bajo la brumosa luz morada, pude observar que habían penetrado en la tela de las butacas de la sala, alterando el tejido en sus profundidades y otorgándole una ligera cualidad de movimiento, como la lenta espiral de un hilo de humo. La misma impresión daba la pantalla, que parecía una enorme red rectangular densamente tejida y con un leve movimiento, una vibración causada por alguna Fuerza invisible. Pensé: «Tal vez, esta sutil y ubicua *reverberación* en el interior de la sala podría aclarar la tendencia de sus elementos a sugerir otras cosas y otros lugares que tanto la diferencian de un simple auditorio, un proceso comparable al de las imágenes permanentemente cambiantes de las nubes». Todas las texturas de la sala parecían afectadas de igual modo, sin control sobre su propia naturaleza, aunque no me alcanzaba la vista hasta la araña de luz. Incluso algunos miembros del público, que eran pocos y estaban muy separados entre sí, apenas se distinguían.

Además, debía de haber algo en mi estado de ánimo aquella noche, teniendo en cuenta mi visita a una parte de la ciudad en la que nunca antes había estado, que influía en mi capacidad de visión, Y ese estado de ánimo se había ido incrementando

constantemente desde que pise aquella sala de cine y, sin duda, desde el momento en que reparé en la marquesina que anunciaba una película titulada *El Glamour*. Tras sentarme entre la audiencia silenciosamente expectante de la sala, empecé a experimentar una intensificación de este estado de ánimo. En concreto, sentía que me aproximaba al epicentro de mi estado de ánimo de esa noche, una proximidad hormigueante a algo que estaba *tras bambalinas*, en un sentido bastante literal. Me sentía cada vez menos interesado en nada que no fuera la consumación o el final de esta aventura abyecta y fascinante. Las consecuencias eran cada vez más difíciles de predecir desde mi perspectiva viciada.

Por lo tanto, no vacilé cuando sentí tan cercano ese epicentro de mi estado de ánimo, tan cercano de hecho como la butaca que había justo detrás de la mía. Tenía la seguridad de que aquel asiento estaba vacío cuando seleccione el mío, que todos los asientos de varias hileras alrededor de la mía estaban vacíos. Y me habría dado cuenta si alguien hubiera llegado después y se hubiera sentado directamente detrás de mí. Sin embargo, como uno de esos repentinos escalofríos que anuncian mal tiempo, sentí ahora la certeza de una presencia en mi espalda, una fuerza que me presionaba y provocaba en mi una explosión de gélida euforia. Pero cuando miré hacia atrás, no demasiado rápido pero sí con decisión, no vi ningún ocupante en aquella butaca, ni en ninguno de los asientos entre el mío y la pared trasera de la sala. Continué observando el asiento de atrás, pues mi sensación de que había allí una presencia vibrante no había disminuido. Y mientras lo observaba detecte que la tela del asiento, la red interna de fibras retorcidas, había compuesto la imagen de un rostro (el rostro de una mujer mayor con expresión de ávida maldad) que flotaba entre mechones rebeldes de pelo ensortijado. El semblante era el mismísimo retrato de la atrocidad, una imagen sonriente sedienta de escenarios y ceremonias del caos. Y estaba formada por aquellos cabellos hilvanados.

Ahora supe que todas las fibrosas y retorcidas telarañas de aquella sala eran realmente los largos rizos de una vasta maraña de cabellos. Y al descubrir esto, el estado de ánimo que me había poseído aquella velada, que me había conducido hasta una parte de la ciudad que nunca antes había visitado, hasta llegar a aquel cine, se hizo más efusivo y definido, absorbiendo escenas de cementerios y callejones, de cloacas hediondas y mohosos pasillos de demencia, así como la inmediata visión de una vieja sala de cine que ahora, como me habían informado, tenía nuevo propietario. Pero mi estado de ánimo se desvaneció abruptamente, así como el rostro en la tela del asiento, cuando una voz me habló.

—Debe de haberla visto, por la expresión de su cara.

Había un hombre sentado a una butaca de la mía. No era la misma persona con la que había hablado antes; el rostro de este hombre era casi normal, aunque su traje estaba cubierto de pelo que no era suyo.

—¿Entonces la ha visto? —preguntó.

—No estoy seguro de lo que he visto —contesté. Parecía estar a punto de soltar

una risilla, y su voz sonaba temblorosa y al borde de una histeria gozosa.

—Estaría seguro si hubiera habido un encuentro privado, se lo puedo asegurar.

—Estaba ocurriendo algo y luego usted se sentó.

—Lo siento —dijo—. ¿Sabía que la sala tiene ahora nuevo propietario?

—No me fijé en el horario de los pases.

—¿Los pases?

—De la película.

—Oh, no hay ninguna película. No lo que entendemos por tal.

—Pero debe haber… algo —insistí.

—Sí, hay algo —contestó entusiasmado y rascándose la mejilla.

—¿Qué, exactamente? Y todas esas telarañas…

Pero ahora las luces bajaron de intensidad.

—Calle ahora —susurró—. Está a punto de empezar.

En breve, la pantalla se encendió con un brillo morado claro en la oscuridad y unas imágenes difusas sin sonido comenzaron a tomar forma, como si una lente estuviera enfocando un mundo microscópico. Sin duda, la pantalla podría haber sido una placa de vidrio sobre la que se proyectaba en tamaño gigantesco un paisaje de organismos normalmente ocultos a nuestros ojos. Pero a medida que aquellas visiones fueron fusionándose y aclarándose, las identifiqué como algo que ya había visto antes o, más exactamente, había *sentido* antes en aquella sala. Las imágenes aparecían en la pantalla como si un par de ojos incorpóreos se movieran por escenarios de profunda morbosidad y degeneración. Allí estaba la esencia más pura de aquellos lugares que había percibido superpuestos sobre los objetos genuinamente tangibles de la sala… aquellos cementerios, callejones, pasillos siniestros y pasajes subterráneos cuyos espíritus habían invadido otro lugar y lo habían alterado. Sin embargo, los lugares que ahora se revelaban en la pantalla no poseían ninguna seña de identidad que yo pudiera determinar: eran el fundamento de las regiones siniestras y sórdidas que arrojaban su atmósfera espectral sobre la realidad de la sala, pero eran simplemente las sombras, las réplicas superficiales de una esfera más oscura y profunda. Y éramos conducidos cada vez más lejos.

El color púrpura que lo invadía todo parecía emanar ahora también del laberinto de una anatomía viva: una composición de estructuras rojizas, azuladas y rosas, todas ellas morbosamente inflamadas y lesionadas para arrojar una luz púrpura. Estábamos siendo guiados a través de una catacumba de cámaras y claustros pútridos, los caminos y recovecos de una tierra infernal. Cualquiera que hubiera sido su uso original, esos espacios ahora eran habitáculos para ceremonias de un Sabbat privado. Los huecos en sus integumentos carnosos y gelatinosos estaban cubiertos de algo parecido al musgo, un hongo con frágiles hilos que se entrelazaban formando un tejido translúcido que palpitaba por debajo como si fueran venas. Era, sin duda, terreno de Sabbat, secreto y no consagrado, pero también era la sala de una cirugía demente: suturas finas como cabellos hilvanadas entre las blandas entrañas, manos

invisibles que diseñaban formas y organismos antinaturales, que tejían un nido en el que tomar posesión, una red en la que los trozos y partes de la anatomía pudieran ser consumidos a placer. No parecía haber nadie a la vista y, sin embargo, todo era examinado desde una perspectiva íntima, el punto de vista de ese cirujano invisible, el tejedor y hacedor de redes, el viejo titiritero que ponía nuevos hilos a una criatura indefensa y la dejaba bajo el control de un nuevo propietario. Y a través de sus ojos, fascinados, Fuimos testigos de toda la escena.

Luego aquellos ojos comenzaron a alejarse y el mundo púrpura del organismo retrocedió fundiéndose con las sombras purpúreas. Cuando al fin los ojos emergieron de donde habían estado, la pantalla se llenó con el rostro y el torso desnudo de un hombre. Su postura era rígida y delataba un estado de parálisis, y sus ojos estaban fijos en un punto, pero asombrosamente vivos.

—Ella nos lo muestra —susurró el hombre que estaba sentado cerca de mí—. Ella se lo ha llevado. Él ya no puede sentir quién es, solo la presencia de ella en su interior.

Esta afirmación, tras un primer vistazo al poseído de la pantalla, parecía ser cierta. Sin duda, tal enfoque de la situación exacerbaba terriblemente mi propio estado de ánimo de aquella noche, dirigiéndolo hacia la culminación en un tipo de éxtasis depravado, un ataque de pánico pervertido. Mientras contemplaba el rostro del hombre en la pantalla, caí en la cuenta de que era el mismo que me había encontrado en el vestíbulo de la sala. Sin embargo, me costó reconocerlo porque su piel ahora se veía incluso más oscurecida por las marañas de cabello que se entretejían en ella, espesas como una barba crecida en algunas partes. Sus ojos también habían cambiado y miraban al público con una furia que sugería que, en efecto, era el huésped de un gran mal. Aun así, había algo en aquellos ojos que contradecía el hecho de una transformación completa… una cierta consciencia del hechizo y una llamada de auxilio. En los segundos que siguieron, esta observación asumió cierto grado de realidad.

Y es que el hombre de la pantalla se recuperó, aunque por poco tiempo y muy débilmente. Su fuerza de voluntad se hacía evidente en los sutiles espasmos de su rostro, y su último logro resultó ser bastante modesto: consiguió abrir la boca para gritar. Por supuesto no se proyectó ningún sonido de la pantalla, que tan solo reproducía una música de imágenes para ojos que veían lo que no debería ser visto. Así pues, se produjo un efecto desorientador, una disonancia sensorial que me despertó de aquel estado de ánimo e hizo que su hechizo sobre mí se desvaneciera en la nada. Porque el grito que resonó en el auditorio se había originado en otra parte de la sala, un lugar más allá de la elevada pared trasera del auditorio.

Tras consultar con el hombre que estaba sentado cerca de mí, se hizo evidente que ignoraba por completo mis comentarios sobre el grito en la sala. Parecía que no oía ni veía lo que estaba sucediendo a su alrededor, o lo que le estaba sucediendo a él. Unos cabellos finos y largos brotaban de la tela de los asientos, serpenteando por los

reposabrazos y el resto de su superficie. Los cabellos también habían penetrado en la tela del traje del hombre, pero no conseguí que fuera consciente de lo que estaba pasando. Al final, me incorporé para marcharme, porque podía sentir cabellos tirando de mí para mantenerme sentado. Cuando me levanté, los cabellos se separaron de mí como hilos sueltos de una manga o un bolsillo.

Nadie más en aquel auditorio apartó la mirada del hombre de la pantalla, que había perdido su capacidad de gritar y volvió a caer en un silencio paralizado. Mientras avanzaba por el pasillo eché un vistazo a una abertura rectangular que se encontraba arriba, en la pared trasera de la sala; era la ranura con aspecto de ventana desde la que se proyectan las imágenes de una película. Enmarcada en esa abertura se veía la silueta de lo que parecía una anciana con el cabello largo y furiosamente enmarañado. Pude ver que sus ojos fieros y malignos contemplaban el fulgor púrpura de la pantalla. Y de aquellos ojos se proyectaban dos haces de la más pura luz púrpura que atravesaban la oscuridad del auditorio.

Al salir de la sala por el mismo lugar por el que había entrado, no pude ignorar la palabra «Lavabos» debido al intenso brillo que despedía. Pero la lámpara sobre la puerta lateral que daba al callejón estaba apagada; la señal que indicaba la ENTRADA AL TEATRO había desaparecido. Incluso las letras del título de la película de aquella noche habían sido retiradas. Así que ésta había sido la última sesión. A partir de ahora la sala estaría cerrada al público; de alguna manera, tenía la certeza de que esto iba a ser así.

También estaban cerrados, aunque solo hasta la mañana siguiente, los comercios de aquella calle tan especial ubicada en esa parte de la ciudad que nunca antes había visitado. A pesar de que habían estado encendidos, incluso los que habían cerrado a aquellas horas de la noche, ahora todos los escaparates estaban a oscuras. Y qué seguro estaba de que, tras cada uno de esos escaparates oscuros por los que pasaba, había una silueta aún más oscura de una anciana con ojos brillantes y una enorme cabeza de cabellos monstruosos.

LA VOZ DEL NIÑO

[The Voice of the Child]

ONCE

LA BIBLIOTECA DE BIZANCIO

[The Library of Byzantium]

LA VISITA DEL PADRE SEVICH

Daba igual en qué rincón de nuestra vieja casa me encontrase, siempre podía sentir la llegada de un sacerdote. Incluso cuando estaba en las habitaciones más alejadas de los pisos superiores, aquellas habitaciones que habían sido cerradas y a las que tenía prohibida la entrada, experimentaba de pronto una sensación muy concreta. La temperatura a mi alrededor se alteraba inexplicablemente, de una manera al principio un tanto molesta, para terminar en una sensación placentera. Era como si una nueva presencia hubiera invadido los mismísimos ecos del aire y penetrara con la suave luz solar de la tarde, que arrojaba sus rayos sobre los suelos de oscura madera y las pálidas ondulaciones del viejo empapelado de la pared. A mi alrededor se iniciaban unos juegos invisibles. Por lo tanto, mis primeras ideas sobre la gran tribu sacerdotal no eran en absoluto simples; más bien, involucraban un grueso fajo de elucubraciones, un entramado laberíntico de sistemas en el que un terror abstracto y una extraña especie de deuda estaban constantemente enfrentados. Echando la vista atrás, el preludio de la visita del padre Sevich me parece tan crucial y tan introductorio a los eventos que se sucedieron como la propia visita. Por ello no tengo reparos en entretenerme en esos momentos de soledad.

Durante la mayor parte del día había estado recluido en mi cuarto, tratando de avanzar en una actividad habitual en la primera parte de mi vida, y en el proceso había arrasado con lo que antes había sido una cama bien hecha. Tras haber afilado

mi lápiz innumerables veces y haber desgastado una gruesa goma de borrar gris hasta convertirla en una diminuta punta, estaba más que listo para rendirme y aceptar un fracaso implacable. El propio papel parecía desafiarme, dibujando muecas entre su gruesa textura para frustrar todos mis intentos. Sin embargo, este entorno rebelde se había manifestado muy recientemente: había logrado completar casi toda la escena antes de esta ruptura de relaciones entre mí mismo y mis materiales.

La parte ya completada de mi dibujo era una impresión intensa de una fantasía monástica que evocaba los túneles claustrales y los recovecos abovedados sin pretender una representación fiel de ellos. Sin embargo, tenía bien clara la precisión absoluta en los detalles de dos elementos específicos en el cuadro. El primero de estos era una sola hilera de columnas que se alejaba en una brusca perspectiva, una hilera decreciente de centinelas rígidos trazados descarnadamente en la penumbra circundante. El segundo elemento era una figura que se había escondido tras una de aquellas columnas y que miraba desde las sombras a algo aterrador que quedaba fuera de escena. Solo el rostro de la figura y una sola mano agarrada a la columna debían ser representados. La mano la había dibujado bastante bien, pero en cuanto a los rasgos de miedo que necesitaba plasmar en aquel semblante… simplemente no había manera de capturar el efecto deseado. Yo quería que todos los detalles del horror invisible pudieran leerse en la fisionomía del propio observador; una tarea enloquecedora y, en ese momento, inútil. Cada movimiento de mi lápiz de punta blanda me delataba, enmascarando a mi víctima con una serie de expresiones completamente irrelevantes. La primera fue de sorpresa y ojos empañados, y luego una especie de desconcierto estúpido. En un momento dado el caballero parecía estar sonriendo de Forma casi amistosa ante su inminente final.

Se podrá comprender así lo fácil que fue sucumbir a la distracción de la visita del padre Sevich. Mi lápiz paró en seco sobre el papel y mi mirada comenzó a vagar de un lado a otro, comprobando las cortinas, los rincones el armario abierto en busca de algo que hubiera venido a jugar conmigo al escondite. Escuché unas pisadas que recorrían metódicamente el largo pasillo y se paraban ante la puerta de mi cuarto. La voz de mi padre, amortiguada tras la madera maciza, me ordenó presentarme en el piso de abajo. Había una visita.

Mis frustraciones de aquella tarde de alguna manera debieron de hacerme perder facultades, porque caí en la trampa de crearme expectativas: es decir, creí que nuestro visitante era simplemente el padre Orne, que pasaba con frecuencia por casa y era una especie de eclesiástico conocido de la familia. Pero cuando bajé las escaleras y vi aquella extraña capa negra colgando del perchero que había junto a la puerta principal y el sombrero de ala ancha del mismo color colgando junto a esta como un compañero de toda la vida, fui consciente de mi error.

Desde el salón llegaban los murmullos de una conversación en voz baja, y la voz más baja de todas era la del propio padre Sevich, que no era más que un aletargado susurro. Estaba sentado, bastante cómodamente, en uno de nuestros sofás más amplios y mi madre me guio hacia allí en cuanto entre en la habitación. Permanecí en silencio durante la presentación, y continué callado durante unos cuantos segundos de suspense posteriores. El padre Sevich pensó que me había quedado mudo por la fascinación que me producía su bastón, y así lo dijo. En ese momento percibí que la voz del sacerdote estaba impregnada, para mi sorpresa, de un acento extranjero que no había detectado previamente. Me ofreció su bastón para que lo examinara y lo levanté varias veces comprobando su formidable longitud de madera. Sin embargo, la verdadera fuente de mi fascinación no residía en sus accesorios, sino en la propia persona del sacerdote, específicamente en la textura calcárea de su rostro redondo.

Tras ser invitado a unirme a la reunión de la tarde, me senté en un sofá idéntico al que soportaba la mole del padre Sevich y me coloqué ligeramente girado hacia él. Pero mi participación en este grupo fue tan solo presencial: no contribuí con ningún comentario a la conversación, ni entendí aquellas palabras que ahora invadían el salón con su música somnolienta. Mi concentración en el rostro del sacerdote me había exiliado del mundo de las buenas maneras y la conversación cortés. No era solo el pálido y granulado lustre de su piel, sino también un cierto vacío, un aspecto de inconclusión que me recordó a una efigie incompleta en un taller de juguetes. El sacerdote sonrió, entornó los ojos y realizó otros gestos comunes, ninguno de los cuales produjo una verdadera expresión facial. Faltaba algo viral para que formara una expresión, algún espíritu esencial en el que brotan todas las expresiones y evolucionan hacia su singular destino. Para explicarlo de forma gráfica, su carne simplemente no tenía la apariencia de la carne.

En un momento dado mi madre y mi padre encontraron una excusa para salir y dejarme a solas con el padre Sevich, supuestamente para permitir que su influencia tomara por completo las riendas de mi persona y su presencia sacerdotal no se viera adulterada por la secularidad de ellos. Esta evolución de los acontecimientos no era sorprendente, porque mis padres albergaban en secreto la esperanza de que algún día mi vida me condujera hasta el seminario, si no más allá, hasta los misterios de ropajes púrpura del sacerdocio. Tras los primeros segundos después de que mis padres abandonaran la escena, el padre Sevich y yo nos miramos, casi como si nuestra anterior presentación no contara. Y entonces ocurrió algo muy interesante: el rostro del padre Sevich sufrió un cambio, un cambio a favor del alma que hace tan solo unos minutos había permanecido enterrada en sus profundidades más oscuras. Ahora, de la tumba calcárea emergió un rostro de expresión verdadera, una composición magistral de ojos animados, boca viva y unas mejillas recién sonrojadas. Esta transformación, sin embargo, tuvo que lograrse a costa de algo; porque lo que ganó su rostro en vitalidad lo perdió la voz del sacerdote en volumen. Sus palabras sonaban ahora como las de un inválido desesperado, cosas marchitas que apestaban a medicinas y

oraciones. No estaba del todo seguro de cuál era el tema exacto de su discurso, pero sí recuerdo que se habló de mis dibujos. El padre Orne, por supuesto, estaba familiarizado con estas obras de principiante, aunque no recuerdo que expresara jamás admiración por ellas. No obstante, parecía que algo en la naturaleza pictórica de mis dibujos le hizo mencionarlos a su colega, que ahora nos visitaba desde el viejo continente. Algo había hecho que el padre Orne destacara mis dibujos de entre todas las visiones de su parroquia.

El padre Sevich habló de aquellos garabatos de una manera sumamente enrevesada y extraña, como si fuera un tema dolorosamente delicado que amenazaba con quebrar nuestra relación. No entendía qué despertaba su tortuoso y sutil interés por mis dibujos, pero ese tema quedó parcialmente aclarado cuando me mostró algo: un pequeño libro que llevaba entre los intrincados pliegues de su sotana.

La cubierta del libro parecía de madera barnizada, totalmente oscura y ornamentada con venas onduladas. Al principio pensé que ese objeto sería tan rígido como aparentaba, hasta que el padre Sevich lo colocó en mis manos y me permitió descubrir que su engañosa encuadernación era, de hecho, bastante flexible, e incluso resbaladiza. No se leían palabras en la cubierta del libro, solo dos finas líneas negras que formaban una cruz. Tras examinarlo más de cerca, observé que la línea horizontal de la cruz estaba rematada en ambos extremos por unas pequeñas extensiones serpenteantes que parecían unas manos diminutas. Y la línea vertical parecía ensancharse en su vértice formando algo parecido a un bulbo, de forma que tenía la apariencia de una especie de hombre palo.

Siguiendo las órdenes del padre Sevich, abrí el libro al azar y ojeé algunas de sus páginas increíblemente finas, que eran más similares a capas de tejido vivo que de pulpa muerta. Parecía haber un número infinito de ellas, y no parecía posible llegar al principio o al final del libro simplemente volviendo las páginas una a una. El sacerdote me advirtió que tuviera cuidado y no dañara ninguna de aquellas delicadas hojas, porque el libro era muy antiguo, muy frágil e inusualmente valioso.

El idioma en el que el libro estaba escrito se resistía a cualquier identificación que no fuera producto de la fantasía de alguien tan limitado en edad y conocimientos como lo era yo por aquel entonces. Incluso ahora, el recuerdo no mejora mis primeras impresiones de que el libro estaba escrito en alguna lengua exótica de la antigüedad. Pero la profusión de imágenes alivió gran parte de la frustración e iluminó la oscuridad de los símbolos secretos del libro. En estos ejemplos del arte del grabado, casi se podían leer los textos que componían el libro y todos ellos parecían dedicados a un solo tema: *la salvación a través del sufrimiento*.

Era esta cámara de horrores sagrados lo que el padre Sevich creyó que atraería mi atención e interés. Qué pocos de nosotros, me explicó, entendíamos realmente el propósito sagrado de tales imágenes de tormentos, el destino divino hacia el que los caminos de agonía siempre han conducido. La producción e incluso la mera contemplación de estos libros de sufrimientos bendecidos era una de las grandes artes

perdidas, se lamentó abiertamente. Luego comenzó a hablar sobre cierta biblioteca en el viejo continente. Pero sus palabras ahora se perdieron. Mi atención ya estaba vagando por sus propios derroteros y mis ojos estaban inextricablemente atrapados en el denso paisaje de aquellos viejos grabados. Una escena en particular parecía ejemplificar el alma del libro.

La figura central en esa ilustración era un hombre con barba y demacrado, con la cabeza inclinada, las manos unidas y las rodillas dobladas. Encogido en una actitud de devora oración, parecía estar flotando en el aire. Alrededor de aquel asceta huesudo había demonios torturadores, sorprendentemente efectivos debido a, o quizás a pesar de, la brutal técnica del artista y la parquedad de precisión en sus detalles. Una excepción a este estilo general del dibujo era un diablo acuclillado cuyo único ojo contenía racimos de diminutos ojos perfectos que surgían de él, y cada uno de esos ojos más pequeños tenía sus propias pestañas erizadas que brotaban como hierbajos, una explosión de minuciosas formas grotescas. Los propios ojos del asceta eran el centro de su peculiar figura: unas crudas aberturas blancas en un rostro negro, con dos pequeñas pupilas giradas delirantemente hacia los cielos. Pero ¿qué había en los éxtasis dibujados en aquel rostro que me inspiraba sensaciones tan distintas al miedo o al dolor, o incluso a la piedad? En todo caso, sí encontré inspiración en esta terrible escena e intenté registrarla en las placas fotográficas de mi memoria.

Mientras sujetaba con el índice y el pulgar apretados la página en la que este grabado estaba reproducido, el padre Sevich, inesperadamente, me arrebató el libro de las manos. Alcé la mirada, no al sacerdote sino a mis padres, que regresaban al salón después de su breve y calculada ausencia. El padre Sevich también miraba en esa dirección, al tiempo que volvía a guardar apresuradamente el pequeño libro en su sotana. De manera que no debió de ver la fina hoja que todavía colgaba de mis dedos y que escondí de inmediato entre mis piernas. En cualquier caso, no dijo nada sobre el percance. Y, por aquel entonces, no podía imaginar que existiera algún poder terrenal capaz de percibir la pérdida de una sola página de aquellas capas imposiblemente densas y prodigiosas del libro. Sin duda estaba a salvo de la mirada del padre Sevich, que de nuevo era apagada e inexpresiva como la piel de yeso de su rostro.

Poco después el sacerdote tuvo que marcharse. Lo observé fascinado mientras se dirigía al vestíbulo y se colocaba la capa, se ajustaba el enorme sombrero y erguía el cuerpo apoyándose sobre el bastón. Antes de irse, nos invitó a todos a ir a verle al viejo continente y le prometimos que lo haríamos si nuestros viajes nos llevaban en alguna ocasión a aquella parte del mundo. Mientras mi madre me mantenía a su lado, mi padre abrió la puerta al sacerdote. Y la soleada tarde, ahora un tanto ventosa y nublada, lo recibió.

EL REGRESO DEL PADRE SEVICH

El grabado robado del libro de rezos del sacerdote, como ahora lo consideraba, no fue la solución que esperaba. Aunque sospeché que poseía ciertos poderes de inspiración, una modesta cantidad de energía moral, pronto descubrí que el icono macabro negaba sus bendiciones a extraños. No consideré entonces que una imagen sagrada de esa clase pudiera tener una naturaleza secreta, porque estaba más obsesionado con las lecciones profanas que creía que podría aportarme… Sobre todo, me obsesionaba cómo podría proporcionar a mi hombre sin rostro un semblante de verdadero terror. Sin embargo, no aprendí tales lecciones y me vi forzado a dejar mi figura inacabada, un parche ridículamente vacío al que Fui incapaz de dotar del horror absoluto provocado por una atrocidad fuera de escena. Pero el dibujo, me refiero ahora al del libro de rezos, tenía otro valor para mí del todo insospechado.

Debido a que ya había establecido con el padre Sevich un entendimiento espiritual, no podía evitar poseer cierta consciencia de sus propios misterios. Pronto comencé a relacionarlo en mi mente con narraciones no expresadas de cierto tipo, bosquejos de historias, algunas de alcance potencialmente épico, incluso cósmico. Sin duda, le rodeaba un aura de leyenda, un ciclo de sabiduría popular silenciosa e increíble y decidí que sus movimientos futuros merecían toda la atención posible. Una tarea de tanta dificultad resultó mucho más fácil gracias a poseer aquella sola página frágil arrancada de su libro de rezos.

La llevaba conmigo en todo momento, protegida dentro de un papel de embalar que le cogí a mi madre. Los resultados iniciales no se hicieron esperar, pero al mismo tiempo no resultaron del todo exitosos teniendo en cuenta el coste de esa generosa explosión de esfuerzo psíquico. Así pues, las primeras escenas fueron sumamente imperfectas, visiones que se dispersaban fácilmente, fragmentarias, algunas cercanas al sinsentido. Entre ellas había una visita del padre Sevich a otra Familia, una viñeta lúgubre en la que el sacerdote anémico parecía aún más pálido hasta el punto de la transparencia.

Y los otros personajes se veían incluso peor: algunos de ellos apenas se materializaban o eran visibles solo como una especie de niebla antropomórfica. Se percibía una considerable mejora cuando el padre Sevich estaba solo o en presencia de una sola persona. Una conversación larga con el padre Orne, por ejemplo, se proyectó en su totalidad, pero, como si fuera una escena fotográfica incorrectamente iluminada, la sustancia de todas las formas había quedado desvaída en una inquietante lividez. Además, dada la naturaleza de esas escenas visionarias, todo el encuentro transcurrió en absoluto silencio, como si ambos sacerdotes estuvieran parodiando sus papeles.

Y en todas las fases de actividad, el padre Sevich siguió siendo el visitante

modélico procedente de una diócesis extranjera, sin dar pie a ningún escándalo desde su breve aunque infinitamente prometedora visita a mis padres y a mí. Quizás, las únicas ocasiones en las que amenazó con cumplir su promesa, la promesa de encarnar algunos de aquellos mitos abstractos que su persona provocaba en mi imaginación, tuvieron lugar durante sus momentos de absoluta privacidad. En las horas más inconscientes de la noche, cuando el resto de los habitantes de la rectoría dormía, el padre Sevich dejaba las austeras comodidades de su cama y, tras sentarse ante el escritorio con vistas a la ventana, vertía los contenidos de cierto libro, pasando una hoja tras otra y parando de vez en cuando para pronunciar en voz alta algunas de las extrañas palabras escritas en el papel. En cierto sentido, ésas eran frases de su propia biografía misteriosa, una crónica de cosas verdaderamente indescriptibles. En la forma que adoptaban los labios del sacerdote mientras modulaba los conjuros de una lengua muerta, en los movimientos rápidos de su lengua entre hileras de dientes inmaculados, uno podía casi trazar la cronología convulsa de ese hombre extranjero.

¡Qué ajena nos parece la vida más profunda de otro: los increíbles comienzos, las evoluciones inconcebiblemente complejas y los eones incalculables que preparan, que presagian, los fenómenos multiformes que tendrán lugar durante un indeterminado número de años! Mucho de lo que el padre Scvich había sufrido en la vida que le había tocado vivir se podía leer en su rostro. Pero algo todavía no se revelaba en sus rasgos, algo que la lámpara encendida sobre el escritorio, junto a la luz de todas las constelaciones del universo visible, luchaba por iluminar.

Cuando el padre Sevich regresó a su país natal, perdí toda pista de su vida y su paradero, y pronto mi propia vida recayó en una rutina establecida. Tras aquel agotador e infructuoso verano, me tocó empezar otro año escolar y recibir una vez más los misterios opresivos de la estación otoñal. Pero no había olvidado del todo mi aventura con el padre Sevich. A mediados del semestre de otoño comenzamos a dibujar calabazas con ceras gruesas color naranja de puntas redondeadas y recortamos gatos negros con tijeras sin filo de las informes profundidades de papeles negros. Sucumbiendo a una desesperada necesidad de innovar, creé una silueta antropomorfa con mi papel y tijeras. Incluso recibí felicitaciones por las proporciones justas de mi manualidad por parte de la monja que hacía las veces de maestra de arte. Pero cuando adorné la figura con un diminuto collar blanco y dibujé una boca que gritaba groseramente… hubo ira y hubo castigo. Sin intentar establecer una feliz relación de causa y efecto entre este incidente y lo que siguió, poco después el curso escolar, para mí, se convirtió en una sucesión de convalecencias por enfermedad. Y fue durante este periodo de rutinas hechas añicos, tres días y tres noches empapado de sudor por la fiebre, cuando recupere mi percepción del curioso itinerario del padre Sevich con una agudeza visionaria que atravesaba el océano que nos separaba.

Con un sombrero, capa y bastón, el viejo sacerdote renqueaba enérgicamente y a solas por las estrechas calles nocturnas de alguna ciudad muy antigua en el viejo continente. Era una visión de cuento de hadas a la cual ni tan siquiera el ilustrador más enamorado de las leyendas medievales hubiera podido hacer justicia. Afortunadamente, la propia ciudad —las calles serpenteantes, el brillo distorsionado de las farolas, la confusión superpuesta de tejados puntiagudos, el delgado gajo de la luna que parecía pertenecer a esta ciudad más que a ningún otro lugar en el mundo— no precisa mayor énfasis en este recuerdo. Aunque no fue revelada su identidad, ni el nombre o localización, la ciudad seguía necesitando alguna designación, un título oficial, por muy equivocado que fuera. Y de todos los nombres que alguna vez estuvieron vinculados a lugares de este mundo, el único que parecía apropiado, de una forma un tanto delirante, era un nombre arcaico que, después de todos estos años, parece igual de apropiado e igual de delirante ahora que por aquel entonces. Innombrablemente delirante, de manera que no lo mencionaré.

Ahora el padre Sevich desapareció en un hueco estrecho entre dos casas oscuras que le condujo a una calle pavimentada bordeada de muros bajos; la recorrió en casi total oscuridad hasta que el camino se abrió a un pequeño patio rodeado de altas paredes e iluminado por una sola lámpara mortecina colocada en el centro del patio. Se detuvo unos segundos para recuperar el aliento y, cuando alzó la vista hacia la noche, como si quisiera reconciliar su rumbo con el de las estrellas, se podía ver su rostro sudado y brillante bajo la ictérica luz de la lámpara. En algún lugar entre las sombras que colgaban y flotaban sobre las altas paredes había una abertura. Tras pasar por aquella dudosa puerta, el viejo sacerdote continuó su increíble paseo por los barrios más oscuros y más remotos de la vieja ciudad.

Ahora descendía por unas escaleras de piedra que bajaban por debajo del nivel de las calles de la ciudad; luego un túnel corto le condujo a otra escalera que bajaba en espiral hundiéndose en la tierra y la negrura absoluta. El sacerdote conocía el camino y finalmente emergió de ese vacío de negrura e irrumpió en una amplia habitación circular. El lugar parecía ser una torre subterránea bajo la ciudad y se alzaba a una paradójica gran altura. En los pisos más altos brillaban unas luces diminutas como estrellas y arrojaban su luz a una red caótica de hebras entrecruzadas.

La estructura subterránea, en cuyo centro el padre Sevich se encontraba ahora, ascendía en una serie de terrazas bordeadas de una brillante balaustrada de algún tipo de metal dotado, y todas ellas rodeaban el perímetro de una estancia interior. Aquellas terrazas se multiplicaban hacia arriba contrayéndose en perspectiva en círculos más pequeños y finos, fundiéndose unos con otros en un determinado punto y perdiéndose entre nubes de sombras que flotaban allá arriba. Cada nivel disponía además de numerosos portales situados a una distancia regular entre sí, todos ellos oscuros, sin revelar nada de lo que escondían más allá de sus umbrales desguarnecidos. Pero uno podría suponer que si esa era la biblioteca de la que le habló el sacerdote, si ése era el verdadero depósito de libros semejantes al que se sacó de debajo de su sotana,

entonces aquellas finas aberturas debían conducir a los archivos de ese prodigioso ateneo, dibujando nada menos que un panal bibliográfico de desconocidas dimensiones y complejidad. Tras escudriñar las sombras que le rodeaban, el sacerdote parecía estar esperando la aparición de algún encargado, alguien encomendado al cuidado de dicha institución. Entonces una de las sombras, una de las sombras más grandes y que estaba más cerca del sacerdote, se giró… y tres vigilantes se alzaban ahora ante él.

Este triunvirato de figuras parecía compartir el mismo rostro, que era casi una caricatura de la serenidad. Iban ataviadas de forma muy parecida a la del propio sacerdote y sus ojos eran grandes y calmados. Cuando el sacerdote ofreció el libro al que estaba situado en medio, una mano avanzó para tomarlo, una mano casi tan blanca como el guante más blanco del mundo. La Figura central apoyó su otra mano sobre la cubierta del libro y luego la figura de la izquierda extendió una mano que apoyó sobre la primera; luego una tercera mano, de la tercera figura, cubrió las otras dos con su palma suave, blanca y de largos dedos, uniendo las tres. Las manos permanecieron así durante un tiempo, como si estuviera teniendo lugar una transferencia invisible de poderes fabulosamente sutiles, algo que daban o recibían. Las cabezas de las tres figuras se giraron lentamente unas hacia otras mientras se producía a la vez un cambio en la atmósfera de la habitación salpicada con los rayos caóticos de la luz de estrellas subterráneas. Y si uno se viera forzado a identificar esta nueva cualidad en el ambiente y señalar alguna señal visible, se podría apuntar cierta mirada en los enormes ojos de los tres vigilantes, cierta expresión de extraño desdén o repugnancia.

Separaron las manos del libro y las escondieron de nuevo. Luego los vigilantes volvieron la mirada hacia el sacerdote, que ya se había distanciado unos cuantos pasos de aquellas sombras indignadas. Pero cuando el sacerdote comenzó a darse la vuelta, casi a mitad del giro, pareció quedarse congelado en el sitio, como alguien que acaba de oír su nombre en algún lugar extraño lejos de su hogar. Sin embargo, no permaneció abstraído durante mucho tiempo, como una estatua que intentara dar un paso que le está vedado y el rostro tan rígido y pálido como la piedra de un monumento. Pronto sus botines negros comenzaron a patalear a un lado y a otro cuando abandonaron tierra firme. Y cuando el sacerdote se hubo elevado un poco más alto, en la absoluta inseguridad del aire vacío, dejó caer el bastón, y este aterrizó en un enorme espacio vacío en el fondo de la torre, donde se veía tan pequeño como una pajita o un lápiz. Su sombrero de ala ancha pronto lo siguió, posándose boca arriba junto al bastón, mientras el sacerdote comenzaba a sacudirse y girar en el aire como un durmiente inquieto, envolviéndose en el oscuro capullo de su capa. Entonces la capa se rasgo, pero no por las sacudidas del sacerdote. Había alguna otra cosa allá arriba con él, ascendiendo las innumerables gradas de la torre, o quizás eran multitud de cosas invisibles las que tiraban de su ropa, de los dedos entrelazados de sus manos ahora unidas y presionadas contra la frente, como si rezara desesperadamente. Y, al

final, de su cara.

Ahora el sacerdote no era nada más que una mota oscura que se agitaba en lo más alto de la torre oscura. Pronto ya no fue nada. Abajo, las tres figuras habían regresado a su refugio de sombras y la amplia estancia volvió a aparecer vacía. A continuación todo se fundió en negro.

Mi fiebre empeoró durante varios días más y luego, de repente, un día ya tarde en la noche y de forma inesperada, bajó. Agotado por la dura experiencia de mi delirio, permanecí acostado en la cama bajo pesadas mantas, cuyas numerosas capas habían sido administradas siguiendo los cuidados de mi madre. Tan solo unos segundos antes, o unos cuantos milenios, ella había salido de mi cuarto, creyendo que estaba dormido. Pero ni de lejos había logrado conciliar el sueño, aunque tampoco alcanzaba un estado normal de vigilia. La única luz en mi habitación era la luz natural de la luna que entraba por las ventanas. A través de los ojos entornados me centré en esa luz, sospechando cosas extrañas de ella, hasta que me di cuenta de que todas las cortinas de mi habitación estaban completamente cerradas y el pálido brillo a los pies de la cama era en realidad una fosforescencia antinatural, un aura infernal o un halo angelical que brotaba alrededor de la forma del propio padre Sevich.

Confundido, le saludé e intenté levantar la cabeza de la almohada, pero caí hacia atrás a causa de mi debilidad. Él no pareció advertir mi presencia y durante unos segundos pensé —entre las infernales divagaciones de mi mente febril— que ya era el que había regresado, no él. En un intento por tener un relato más claro de las cosas, luché por abrir mis párpados de plomo con todas las fuerzas que pude reunir. Como recompensa por este esfuerzo, fui testigo, con la mayor agudeza posible de mi visión interior y exterior, del esplendor incorpóreo del rostro del espectro. Y en un momento imposible de medir por los incrementos de tiempo terrenales, capté todos y cada uno de los detalles, cada dato y matiz de la historia vital de ese visitante, el destino fantástico que había culminado en la creación de ese semblante infinitamente espantoso, un rostro cuya expresión se había endurecido al contemplar horrores inimaginables y había quedado esculpido en una roca espectral. Y en ese mismo momento sentí que yo, también, podía ver lo que esa alma perdida había visto.

Ahora, con el ímpetu de un planeta que hace rotar su tonelaje indescriptible en la negrura del espacio, el rostro giró sobre su terrible eje y, aunque seguía sin parecer advertir mi existencia, habló para sí mismo y su solitario final:

> No ha sido devuelto tal como fue prestado, la ley del libro se ha roto. La ley… del libro… se ha roto.

El espectro apenas había acabado de pronunciar las resonantes sílabas de aquella

extraña frase cuando sufrió un cambio. Ante mis ojos comenzó a encogerse como algo lanzado a las llamas y, sin el menor rastro de agonía, se deshizo en la nada, como si un poder invisible hubiera decidido de repente deshacerse de su obra, arrugar un escrito fallido y lanzarlo al olvido. Y fue entonces cuando sentí mi propio designio en una intersección, un cruce de carreteras fortuito, con esa mano salvaje e invisible. Pero yo no desprecié lo que había visto. Mi salud se restableció milagrosamente, reuní todos mis materiales de dibujo y me quedé despierto el resto de esa noche registrando la visión. Por fin tenía el rostro que buscaba.

POSTDATA

No mucho tiempo después de aquella noche, pasé a visitar la iglesia de nuestra parroquia. Como este gesto fue totalmente espontáneo por mi parte, mis padres fueron libres de interpretarlo como una premonición de algo y, en efecto, así lo hicieron. El propósito de ese acto, sin embargo, era simplemente llenar un frasco de agua sagrada de la hermosa pila metálica en la que se dispensaba este líquido al público y que estaba situada en el vestíbulo de la iglesia. Espero que me disculpen mi madre y mi padre, pero en aquella ocasión no pisé el interior de la iglesia. Tras obtener el líquido bendecido por un sacerdote, corrí a casa, donde desenterré de inmediato —del fondo del cajón de mi cómoda— la página arrancada del libro del padre Sevich. Llevé ambos objetos, la página del libro de rezos y el frasco de agua sagrada, al cuarto de baño del piso de arriba. Cerré la puerta y coloque la delicada y pequeña hoja en el lavabo, examinando durante unos segundos aquel maravilloso grabado. Me pregunté si un día podría expiar mi acto vandálico, quizás ofreciendo algo mío a cierto depósito de ese tipo de tesoros en el viejo continente. Pero entonces recordé el sino del padre Sevich, lo cual ayudó a que borrara de mi mente todo aquel asunto. Rocié agua bendita del frasco sobre la valiosa página extendida en el fondo del lavabo. Durante unos segundos crepitó, exactamente como si hubiera derramado un potente ácido sobre la hoja y manó un vapor que no resultaba desagradable, un tufo a incienso, a oculto rechazo y privilegio. Finalmente, se disolvió del todo. Y entonces supe que el juego había acabado, que el sueño había llegado a su fin. En el espejo sobre el lavabo vi mi propio rostro dibujando una sonrisa de profunda alegría.

DOCE

LA SEÑORITA PLARR

[Miss Plarr]

Era primavera, aunque todavía en los inicios de la estación, cuando una joven vino a vivir con nosotros. Su cometido era ocuparse de los asuntos de la casa mientras mi madre guardaba cama aquejada por una vaga dolencia, persistente pero nada grave, y mi padre se ausentaba por un viaje de negocios. Llegó uno de esos días brumosos de llovizna que abundaron en los primeros meses de ese año en concreto y que permanecerán en mi memoria como la marca de aquel tiempo extraordinario. Debido a que mi madre se había recluido en la cama y mi padre estaba ausente, me tocó a mí acudir a la llamada de aquellos golpecillos claros y urgentes en la puerta principal. Cómo resonaban a través de las múltiples habitaciones de la casa, reverberando en los rincones más apartados de los pisos superiores.

Al tirar de la manilla curvada de metal de la puerta, tan enorme en mi mano de niño, la encontré de pie de espaldas a mí y mirando fijamente a un mundo de neblina oscura. Su cabello negro brillaba a la luz del vestíbulo. Cuando se volvió lentamente, mis ojos se quedaron clavados en aquel enorme turbante de cabello color ébano trenzado intrincadamente sobre sí mismo una y otra vez y, aun así, muchos mechones se rebelaban contra la disciplina escapando a sus ataduras y proyectándose salvajemente. De hecho, cuando me miró fue a través de una maraña de rizos recubiertos de rocío.

—Mi nombre es… —dijo.

—Lo sé —respondí.

Pero en ese momento no era tanto su nombre lo que yo tenía en mente, a pesar del diligente recitado de mi padre, como todas las inesperadas correlaciones que detectó en su aspecto físico. Y es que, incluso después de que entrara en la casa, ella mantuvo la cabeza ligeramente girada y miraba por encima del hombro hacia la puerta abierta, vigilando los elementos en el exterior y escuchando con intensa expectación. Para entonces esta extraña ya había encontrado la dirección exacta en medio de un mundo caótico de rostros y otros fenómenos. En un sentido bastante literal, el suyo era un espacio oscuro situado en algún lugar de las profundidades del peculiar estado de ánimo de aquella tarde de primavera, en la que los gestos naturales de la estación

habían sido arrinconados y suprimidos por una desolación sobrenatural… una burbujeante exuberancia escondida tras oscuras almenas de nubes que se cernían sobre un paisaje desnudo y prácticamente invernal. Y los sonidos a los que estaba atenta también parecían remotos y mortecinos, apagados por un crepúsculo silencioso y tétrico, asfixiado en aquella torre de cielo gris piedra.

Sin embargo, mientras la señorita Plarr parecía reflejar con exactitud todas las señales y gestos de aquellos días cautivos de la penumbra, su posición en nuestro hogar todavía era incierta.

Durante la primera parte de su estancia con nosotros, la señorita Plarr fue más oída que vista. Sus deberes, ya fuera obedeciendo órdenes o su propia interpretación de estos, pronto la habían ocupado en una rutina de paseos a través de los resonantes pasillos y habitaciones de la casa. En pocas ocasiones aquellos pasos se interrumpían mientras resonaban sobre las maderas envejecidas; día y noche ese suave crepitar indicaba el paradero de nuestra vigilante ama de llaves. Por la mañana me despertaba y escuchaba los movimientos de la señorita Plarr en la planta superior o inferior a la de mi dormitorio, y en las últimas horas de la tarde, cuando solía pasar un rato en la biblioteca a la vuelta del colegio, podía escuchar el repiqueteo de sus tacones sobre el parqué en la habitación contigua. Incluso ya tarde en la noche, cuando el edificio se expresaba con una fuga de ruidos, la señorita Plarr aumentaba aquella música decrépita con su propio repiqueteo al caminar por las escaleras o por fuera de mi habitación.

Un día sentí que algo me despertaba en mitad de la noche, aunque no era un sonido molesto lo que había quebrado mi sueño. Y no estaba seguro del todo de qué era lo que me impedía volver a cerrar los ojos. Por fin, me deslicé fuera de la cama, abrí sigilosamente la puerta de mi cuarto unos centímetros y eché una mirada al oscuro pasillo. Al final de aquel largo corredor había una ventana invadida por el lívido resplandor de la luz de la luna, y dentro del marco de esa ventana estaba la señorita Plarr; su contorno oscuro dibujaba una silueta tan negra como la negrura de su cabello, que estaba recogido en alto con la forma de una salvaje flor nocturna. Miraba tan atentamente por la ventana que no pareció darse cuenta de que la observaba. Yo, por otro lado, ya no podía ignorar la fuerza de su presencia.

Al día siguiente hice unos bocetos. Al principio tomaron forma de garabatos en los márgenes de mis libros de texto, pero enseguida evolucionaron a proyectos de mayor tamaño y ambición. Teniendo en cuenta los enigmas de cualquier tipo de creación, no me sorprendía que las imágenes que había creado no incluyeran una representación fidedigna de la propia señorita Plarr, ni de ninguna otra persona que pudiera actuar mediante el simbolismo o la asociación. En lugar de eso, mis dibujos parecían ilustrar escenas de un cuento sobre un reino extraño y cruel. Poseído por curiosos estados de ánimo y visiones, dibujé un reino desolado que estaba oscurecido por una especie de niebla o nube cuyas profundidades creaban una plétora de increíbles estructuras, todas ellas retorcidas hasta mostrar aspectos de extraña

brutalidad. De la matriz de esta bruma fértil brotó un vertedero de edificios elevados que combinaban las características de un castillo y una cripta, de un palacio de múltiples almenas y un mausoleo con infinidad de cámaras. Pero también había grupos de edificios más pequeños que brotaban combados al resguardo de los más grandes, y que tal vez no albergaban más que una sola estancia, apartamentos de un diseño siniestramente retorcido, una celda de mazmorra privada reservada a la cautividad más exclusiva. Por supuesto, no mostré una destreza especial en mi ejecución de aquellos parajes fantasmales: mi técnica era tan bárbara como mi tema. Y, en efecto, era incapaz de plasmar en las imágenes amenazadoras ninguna sugerencia de ciertos sonidos que consideraba parte integral de su representación correcta, una especie de acompañamiento oral de estos escenarios operísticos. De hecho, ni siquiera podía imaginar esos sonidos con el suficiente nivel de claridad. Sin embargo, sabía que eran parte integral de los dibujos y que, como la dimensión puramente visible de estas obras, su fuente podría ser encontrada en la persona de la señorita Plarr.

Aunque no había pretendido mostrarle los dibujos, había pruebas de que ella había caído en la tentación de examinarlos en privado. Estaban más o menos a la vista sobre el escritorio de mi cuarto; no hice ningún esfuerzo por esconder mi trabajo. Y empecé a sospechar que su orden se había alterado durante mi ausencia, a sentir un sutil desorden que apuntaba vagamente al hecho sin ser concluyente. Finalmente, tras regresar del colegio una tarde gris, descubrí una prueba irrefutable de las investigaciones de la señorita Plarr. Y es que entre dos de mis dibujos, presionado como un recuerdo en un viejo bloc de notas, había un largo y negro cabello.

Me entraron ganas de enfrentarme a la señorita Plarr de inmediato en relación a su intrusión, no porque me molestara en absoluto, sino exclusivamente para aprovechar la ocasión de acercarme a esa retorcida excéntrica y, tal vez, averiguar más cosas sobre las visiones y sonidos que ella había traído a nuestro hogar. Sin embargo, en esa etapa de su estancia ya no era tan fácil de localizar; había cesado su constante y ruidoso merodeo por la casa y había comenzado a practicar unos rituales más sedentarios o sigilosos.

Al no ver rastro de ella en ningún otro lugar de la casa, me dirigí directamente a la habitación que se le había asignado a su llegada y que hasta el momento yo había respetado al considerarlo su santuario. Pero a medida que fui acercándome a la puerta abierta comprobé que no estaba allí dentro. Tras entrar en el cuarto y revolver un poco en los cajones, me di cuenta de que la señorita Plarr no estaba usando aquella habitación para nada y que quizás nunca se hubiera alojado en ella. Me di la vuelta para continuar la búsqueda de la señorita Plarr cuando la encontré de pie y en silencio en la entrada, mirando el cuarto sin fijar los ojos en nada, ni nadie, de su interior. Sin embargo, aparentemente ahora yo me había colocado en una posición de castigo, perdiendo toda ventaja ante esta invasora de *mi* santuario. No obstante, no se

mencionó ninguna de estas transgresiones, a pesar de nuestro mutuo conocimiento de ellas. Nos deslizábamos irremediablemente por un abismo de sospechas y reproches silenciados. Por fin, la señorita Plarr nos rescató a ambos realizando un anuncio que obviamente se había estado reservando para el momento adecuado.

—He hablado con tu madre —declaró con voz firme—, y hemos llegado a la conclusión de que debería empezar a darte clases de algunas de las asignaturas escolares que te resulten más difíciles.

Creo que debí asentir, o tal vez le ofrecí otro gesto de asentimiento.

—Bien —dijo ella—. Empezaremos mañana.

Entonces, con gran sigilo, se alejó dejando que sus palabras resonaran en el vacío de aquella habitación desocupada… desocupada, insisto, porque mi propia presencia ahora parecía haber quedado eclipsada por la abultada sombra de la señorita Plarr. Sin embargo, esta enseñanza extraescolar resultó ser de inmenso valor para ilustrarme en lo que, por entonces, era mi asignatura más difícil: la señorita Plarr en general, y en especial dónde se había alojado en nuestro hogar.

---

instrucción tenía lugar en una habitación que la señorita Plarr consideraba especialmente apropiada para tal fin, aunque su razonamiento no resultara del todo claro. Y es que el lugar que había seleccionado para impartir las clases era un pequeño ático situado bajo un tejadillo de la parte trasera de la casa. El techo inclinado de aquella estancia exponía sus vigas podridas como costillas de una antigua embarcación en alta mar capaz de llevamos a destinos desconocidos. Y había ráfagas frías que se arremolinaban a nuestro alrededor, corrientes opuestas que se filtraban por el marco combado en el que una ventana acristalada repiqueteaba de vez en cuando. La luz a la que me arrimaba era la de las tardes encapotadas que se filtraban por esa ventana, ayudada por una lámpara de aceite que la señorita Plarr había colgado de un clavo en uno de los travesaños del ático (todavía me pregunto de dónde desenterró aquella antigualla). Fue aquella lámpara de aceite la que me permitió detectar un montón de trapos viejos que habían sido apilados en un rincón para formar una especie de cama rudimentaria. Junto a ésta estaba la maleta con la que la señorita Plarr había llegado.

El único mobiliario de aquella habitación era una mesa baja que me servía de escritorio y una silla pequeña y frágil; ambos muebles eran reliquias de mi primera infancia y sin duda habían sido rescatados durante las múltiples expediciones de mi profesora por la casa. Sentado en el centro de la habitación, me entregaba al patetismo mohoso de lo que me rodeaba.

—En una habitación como ésta —afirmó la señorita Plarr— se pueden aprender cosas de suma importancia.

Así que prestaba atención mientras la señorita Plarr paseaba pisando fuerte y

ruidosamente por la habitación, blandiendo un puntero largo de madera sin pizarra donde apuntar. Sin embargo, teniendo en cuenta la situación, logró impartir unas clases bastante fascinantes.

Sin intentar plasmar exactamente la retórica de su discurso, recuerdo que la señorita Plarr estaba especialmente interesada en mi desarrollo de temas que versaban con frecuencia sobre historia o geografía, y ocasionalmente se adentraba en el terreno de la filosofía y la ciencia. Impartía las clases de memoria y no vacilaba ni una sola vez en su relato de innumerables hechos de los que nunca antes había tenido noticia por las vías académicas convencionales de mi educación. Sin embargo, estas charlas eran tan sinuosas como sus pisadas sobre el frío suelo del ático y al principio me quedaba sin aliento intentando seguirla de un punto al siguiente. Pero, al final, empecé a extraer ciertas pautas de su caótico plan de estudios. Por ejemplo, ella regresaba una y otra vez a los albores de la vida humana, describiendo un mundo de leyes muy rudimentarias, pero intrigantemente avanzado en lo que ella denominaba «prácticas viscerales». La señorita Plarr reconocía que la mayoría de lo que expresaba no eran más que especulaciones. En sus disquisiciones del último periodo, aceptaba las restricciones de los hallazgos aceptados y, a un mismo tiempo, disfrutaba del carácter explícito de aquellas prácticas. Así pues, me hizo conocedor de todas aquellas atrocidades de la antigüedad que hicieron célebre a un monarca persa, de una masacre que duró un siglo en las zonas rurales de Brasil y de los métodos específicos de castigo empleados por las distintas sociedades que por lo general quedan relegados a los márgenes de la historia. Y en otros niveles de instrucción, durante los cuales la señorita Plarr hacía florituras en el aire con el puntero como si fuera el pincel de un pintor, conocí tierras en las que predominaba una especie de brutalidad y una atmósfera de exilio… terrenos ásperos y tortuosos, delirios de tierra y cielo. Estos incluían islas desoladas rodeadas de niebla en mares polares, países de yermas cumbres laceradas por vientos incesantes, tierras baldías que consumen todo el sentido de realidad de sus vastos espacios, reinos en penumbra cubiertos de ciudades muertas y abrasadores infiernos de jungla donde la propia luz está tiznada de un limo azulado.

Sin embargo, en un momento dado el plan de estudios especializado de la señorita Plarr, en un principio tan novedoso y atrayente, perdió interés y comenzó a resultar repetitivo. Me removía en mi silla diminuta y cabeceaba sobre el pupitre en miniatura. Entonces sus palabras pararon de repente y ella se acercó apoyando el puntero con punta de goma sobre mi hombro. Cuando levanté la mirada solo vi aquellos ojos que me observaban y aquella mata negra de pelo recortándose en la luz lúgubre que flotaba en el ático como un vapor reluciente.

—En una habitación así —susurró ella—, también podría aprenderse la manera *apropiada* de comportarse.

A continuación, la señorita Plarr retiró el puntero rozándome el cuello y se acercó a la ventana. Fuera, una de las grandes nieblas de aquella primavera oscurecía el

paisaje. Como si se viera a través de capas sucias de hielo, todo parecía remoto y alucinatorio. Como si ella misma fuera una figura etérea, la señorita Plarr contempló el mundo de sombras ya dispuestas. También parecía que estuviera escuchándolo.

—¿Conoces el sonido de algo que se sacude en el aire? —preguntó, moviendo el puntero ligeramente hacia ella.

Entendí lo que quería decir y asentí mostrando conformidad. Pero al mismo tiempo imaginé mucho más que una vara de profesora cuando descendió sobre el cuerpo del alumno. Sonidos más graves y más extraños se colaron en el silencio de la clase. Eran sonidos lejanos perdidos en el siseo de las tardes lluviosas: cuchillas inmensas barriendo vastos espacios; alas extensas cortando fríos vientos; largos látigos chasqueando en la oscuridad. También escuché el sonido de cosas que estaban «sacudiéndose en el aire» en lugares más allá de toda comprensión. Estos sonidos se fueron haciendo más fuertes. Finalmente, la señorita Plarr dejó caer el puntero y se puso las manos sobre los oídos.

—Eso es todo por hoy —gritó.

No tuvimos clase al día siguiente, ni volvimos jamás a retomar mi instrucción.

Sin embargo, parecía que mis clases con la señorita Plarr continuaron de una forma distinta. Aquellas tardes en el ático debieron de agotar algo en mi interior y durante un breve periodo de tiempo no fui capaz de levantarme de la cama. Durante ese periodo me di cuenta de que la señorita Plarr también sufría su propio declive y permitía que las simpatías intangibles que ya existían entre nosotros se hicieran más profundas y enmarañadas. Hasta cierto punto se podría decir que mi propio proceso de degeneración seguía al suyo, al igual que mi sentido del oído, sensibilizado por la enfermedad, seguía sus resonantes pasos mientras vagaba por la casa. Y es que la señorita Plarr había retomado sus interminables paseos tras haber fracasado en recobrar algún tipo de calma.

Durante sus visitas a mi habitación, que ahora eran frecuentes y siempre inesperadas, podía observar las fases de su disolución tanto a un nivel físico como psíquico. Su cabello ahora caía suelto sobre los hombros, retorciéndose en formas espantosas como una oscura red de pesadillas, un fétido nido en el que sus propias sospechas se arremolinaban. Además, sus vínculos con un orden exclusivamente mundano se habían deteriorado en extremo y mi relación con ella siguió su curso con el riesgo de que se produjera una intimidad con esferas de una naturaleza sumamente cuestionable.

Una tarde, al despertarme de un sueño ligero, descubrí que todos los dibujos que ella me había inspirado estaban hechos trizas y esparcidos por toda mi habitación. Pero este intento primitivo de exorcismo resultó no tener ningún efecto, porque a altas horas de esa misma noche la encontré sentada en mi cama, inclinada cerca de

mí, con su cabello rozando mi rostro.

—Cuéntame lo de esos sonidos —inquirió—. Lo has estado haciendo para asustarme, ¿verdad?

Durante un tiempo sentí que ella se distanciaba de mí, rompiendo nuestro extraordinario vínculo y permitiendo así que mi salud mejorara. Pero justo cuando parecía que estaba recuperándome del todo, la señorita Plarr regresó.

—Creo que ya estás mucho mejor —dijo al entrar en mi habitación con un brío que parecía costarle bastante esfuerzo—. Hoy puedes vestirte. Tengo que hacer la compra y quiero que vengas conmigo para ayudarme.

Podría haber protestado y respondido que salir en un día así me provocaría una recaída, porque allá fuera nos esperaba una densa humedad primaveral y tanta niebla que no se podía ver nada por la ventana de mi dormitorio. Pero la señorita Plarr ya era un caso perdido para el mundo de las cuestiones prácticas y su actitud delataba una determinación hipnótica y fatídica a la que yo hubiera sido incapaz de resistirme.

—En cuanto a esa niebla —dijo, a pesar de que yo no la había mencionado—, creo que podremos orientarnos bien.

Con la debilidad de un niño a la expectativa de infortunios, seguí a la señorita Plarr hacia aquel paisaje asfixiado por la niebla. Tras avanzar tan solo unos pasos perdimos la casa de vista, e incluso la tierra que pisábamos se hallaba sumergida bajo capas de una red pálida flotante. Pero ella tomó mi mano y marchamos como si una extraña visión nos guiara.

Y fue el contacto con su mano lo que me transmitió la visión, colocándonos a ambos en un extraño camino. Sin embargo, a medida que avanzábamos empecé a reconocer ciertas formas que emergían a nuestro alrededor… una progenie de formas oscuras que surgían de la niebla, como si al crecer ya no pudieran ser contenidas por esta. Cuando apretaba la mano de la señorita Plarr —que parecía perder fuerza, desvaneciéndose en su esencia—, la visión se hizo más clara. Como un leviatán alzándose desde el abismo, un mundo monstruoso se reveló ante nuestros ojos, abriéndose paso por la superficie de la niebla, que ahora flotaba en hilillos alrededor de las estructuras de un reino inmenso y terrible.

Más extensas e intrincadas que los anteriores productos de mi imaginación, que habían sido puramente artísticos, estas estructuras brotaron como un conglomerado informe de cristales, como monumentos angulares y multifacéticos apiñados en un cementerio brumoso. Sin duda, era una ciudad muerta y todos sus residentes estaban enterrados intramuros… o no estaban en ningún lugar, Algunas calles cortaban a través de este caos arquitectónico, serpenteando entre los edificios torcidos y, sin embargo, todo el conjunto se mantenía perfectamente encajado, como una cordillera de picos y desfiladeros violentamente esculpidos, o como turbios cumulonimbos de una estación lluviosa. Sin duda, la propia esencia de una tormenta impregnaba el escarpado dinamismo de esas estructuras, una pirotecnia que permanecía suspendida o escondida y cuya violencia permanecía en mera sospecha y conjetura, aunque

sugería un reino de un potencial atroz… un país infinito flotando más allá de las nieblas y las brumas y los cielos grises encapotados.

Pero incluso allí habla algo que seguía a oscuras, una sensación provocada de ritos o prácticas realizadas en secreto. Y esta peculiar sensación parecía causada por ciertos sonidos, como ecos cacofónicos amortiguados sacudiéndose en negras celdas y golpeando las superficies de pasillos sin salida. A través del silencio de la niebla fueron expandiéndose poco a poco.

—¿Los escuchas? —preguntó la señorita Plarr, aunque para entonces ya se habían elevado hasta producir una estridencia más que obvia—. Hay habitaciones invisibles donde se producen esos sonidos. Los sonidos de algo que se sacude en el aire.

Sus ojos parecían estar poseídos por la visión de esas habitaciones de las que hablaba; su cabello se mezclaba con la niebla que nos rodeaba. Por Fin, me soltó la mano y se fue deslizando hacia delante. No se produjo ninguna lucha: ella había sabido hacía ya tiempo lo que acechaba en el fondo mientras vagaba por la casa, y lo que la esperaba. Quizás creyó que esto era algo que podría legar a otros, o con lo que podría ganarse su compañía. Pero su compañía, la compañía *apropiada* para ella, se había estado preparando todo el tiempo para su llegada en otro lugar. Sin embargo, ella me había honrado eligiéndome heredero de sus visiones.

La niebla la cubrió y volvió a espesarse, hasta que no quedó nada visible allí. Tras unos segundos logré orientarme geográficamente y descubrí que estaba en medio de la calle, a tan solo unas cuantas manzanas de casa.

Poco después de la desaparición de la señorita Plarr nuestro hogar volvió a su rutina: mi madre se recuperó de su pseudoenfermedad y mi padre regresó de su viaje de negocios. Al parecer, la joven contratada había abandonado la casa sin previo aviso, un desenlace de los acontecimientos que causó poca sorpresa en mi madre.

—Una criatura tan errática… —dijo sobre nuestra anterior ama de llaves.

Confirmé su descripción de la señorita Plarr, pero no ofrecí nada que revelara la naturaleza de su huida. En realidad, ninguna palabra que yo pronunciara podría arrojar la menor claridad a la situación. Ni tampoco yo deseaba profundizar en los misterios de este episodio revelando lo que la señorita Plarr se había dejado olvidado en aquel ático. Para mí esa habitación ahora estaba investida de una mística melancólica y revisité sus rincones ventosos en varias ocasiones a lo largo de los años. Especialmente las tardes de principios de primavera, cuando no podía ignorar ciertos sonidos que me llegaban de más allá de la niebla gris o de los cielos de lluvia susurrante, como si en algún lugar tenues formas de espíritus se sacudieran en un mundo oscuro y olvidado.

LA VOZ DE NUESTRO NOMBRE

[The Voice of Our Name]

TRECE

LA SOMBRA EN EL FONDO DEL MUNDO

[The Shadow at the Bottom of the World]

Antes de que ocurriera algo de una naturaleza verdaderamente prodigiosa, la estación ya había estallado en un febril ensayo. Eso, al menos, es lo que nos parecía a los vecinos, ya viviéramos en la ciudad o a las afueras (y viajando entre la ciudad y el campo se encontraba el señor Marble, quien había estado estudiando las señales estacionales durante bastante más tiempo y en mayor profundidad que nosotros, y que revelaba profecías a las que por aquel entonces nadie daba crédito). En los calendarios que colgaban en muchos de nuestros hogares, la fotografía mensual ilustraba el espíritu de los días numerados impresos debajo: gavillas verticales de cañas de maíz ocres y secas en un campo recién cosechado, una casa estrecha y un amplio granero al fondo, un cielo de luz vacía allá arriba y un ardiente follaje retozando alrededor de los límites de la escena. Pero algo oscuro, algo abismal, siempre se abre paso en la insulsa belleza de tales imágenes, algo que normalmente se mantiene en suspenso, algún tipo de presencia entretejida que siempre sabemos que está allí. Y era exactamente esa presencia lo que había entrado en crisis, o quizás había sido invocada secretamente por voces tenues e imprecisas que coreaban en medio de nuestros sueños. Llegaba un aroma amargo en el aire, como un vino dulce avinagrado, y se observaba un fulgor histérico que manaba de los árboles de la ciudad y del bosque a las afueras, al tiempo que junto a las carreteras se observaba un exagerado despliegue de estramonio, zumaque y gigantescos girasoles cabeceando detrás de las vallas torcidas que flanqueaban la carretera. Incluso las estrellas de las noches gélidas aparecían delirantes y adoptaban las tonalidades de la exuberancia terrenal. Había un campo iluminado por la luna donde un espantapájaros olvidado vigilaba un terreno que hacia ya tiempo que había sido cosechado, pero que todavía permanecía templado.

A las afueras de la ciudad se abría el campo abierto, y gracias a ello disfrutábamos de amplias vistas desde muchas de nuestras ventanas. El campo se extendía hasta el otro lado de las vallas torcidas, bajo una brillante luna redonda, totalmente despejado a excepción de las siluetas en punta de las gavillas de cañas de maíz y la forma humana que se erguía en la soledad nocturna. La cabeza de la figura

estaba inclinada hacia delante, como si un sueño grotesco hubiera invadido el cuerpo relleno de paja, y los brazos estaban ligeramente extendidos en una postura que sugería un gesto increíble de echarse a volar. Durante unos segundos pareció soplar un viento insistente que hacía que el peto remendado flamease y la franela raída de las mangas de la camisa se sacudiera. Y sin duda daba la impresión de que se trataba de un viento fuerte lo que causaba que la cabeza cosida asintiera adormilada. Pero nada más se sumó a ese movimiento: las hojas marchitas de las cañas de maíz estaban rígidas e inmóviles, los árboles en el bosque lejano tan solo se acunaban recortándose en la noche clara. Solo una cosa parecía estar viva bajo la luz de luna que se extendía por el campo muerto. Y algunos afirmaban que el espantapájaros de hecho había levantado los brazos y su rostro vacío hacia el firmamento, como si estuviera encomendándose a los cielos, mientras otros creyeron ver que sus piernas se agitaban violentamente, como las de un hombre ahorcado, y que continuó pegando patadas durante un tiempo larguísimo hasta que la cosa se derrumbó y se quedó quieta. Más tarde descubrimos que muchos de nosotros fuimos arrastrados de nuestros lechos esa noche, invocados para ser testigos de aquel oscuro espectáculo. Más tarde, la visión que tuvimos, cualquiera que fuera la razón esgrimida, no permanecería en nuestras mentes, sino que quedó carcomida por los bordes de nuestro sueño hasta la mañana siguiente.

Durante las horas nubladas del día siguiente no pudimos evitar visitar el lugar que había provocado tantos rumores en tan poco tiempo. Llegamos a aquel campo como peregrinos y escudriñamos los desechos de la cosecha en busca de indicios, rodeando aquel espantapájaros como si fuera un gran ídolo disfrazado con harapos, un avatar sagrado Fuera de temporada. Pero todo lo que había en aquel terreno parecía negarse a saciar nuestras ansias de revelaciones y nuestra congregación quedó diluida en una nerviosa confusión (con la excepción, por supuesto, del señor Marble, cuyos ojos brillaban con percepciones que no podía revelarnos con palabras que fuéramos capaces de entender). El cielo estaba oculto tras una bóveda plomiza de nubes, privándonos del elemento crucial de luz solar pura que necesitábamos para borrar del todo los neblinosos sueños de la pasada noche. Un muro de piedra cubierto de parras retorcidas que bordeaba los límites del terreno de la granja mostraba el mismo color que el cielo, mientras que las propias parras durmientes se confundían con el muro como una extraña red de venas muertas. Pero esta tonalidad gris coincidente era tan solo un aspecto de la escena, porque los colores de los abundantes árboles del bosque en los márgenes del paisaje no se mostraban en absoluto apagados; muy al contrario, era como si aquellas hojas relucientes poseyeran alguna especie de fuente interior de iluminación o contrastaran con una sombra más profunda que ayudaban a enmascarar.

Tales circunstancias sin duda dificultaban nuestros esfuerzos por enfrentarnos al miedo que sentíamos por aquel campo en particular. Por encima de todas estas manifestaciones, sin embargo, destacaba el hecho de que la tierra de aquellos acres

cosechados, en especial la zona que rodeaba al espantapájaros, estaba inusualmente caliente para la estación. De hecho, parecía como si fuera a brotar una cosecha tardía. Y algunos insistían en que los extraños zumbidos que invadían el aire no procedían de las legiones de cigarras locales, sino que en realidad brotaban de debajo de la tierra.

Cuando llegó el crepúsculo solo quedaban unos cuantos rezagados en el campo, y entre ellos estaba el viejo granjero propietario del terreno que de repente se había hecho tan tristemente célebre. Sabíamos que él compartía el mismo impulso que el resto de nosotros cuando nos acercamos al espantapájaros y comenzamos a desmontar al impostor. Otros se unieron en el ataque, sacando puñados de paja y arrancando las ropas hasta que dejaron expuesto lo que había debajo… una extraña e inesperada visión.

Y es que el esqueleto debería haber sido simplemente un par de palos en cruz. Verificamos este hecho con el creador del espantapájaros y este juró que no había usado ningún otro material. Sin embargo, la forma que teníamos ante nuestros ojos era de una naturaleza del todo distinta. Era algo negro y moldeado en forma de hombre, algo que parecía haber brotado de la tierra y crecido sobre los palos de madera como un moho negro que consumía su estructura. Ahora había unas piernas negras que colgaban como si estuvieran chamuscadas y marchitas; había una cabeza que se inclinaba como un saco de cenizas sobre un exiguo cuerpo de negrura; y había unos finos brazos estirados como ramas nudosas de un árbol carbonizado por un rayo. Todo esto se apoyaba en un grueso tallo negro que brotaba de la tierra y alcanzaba la efigie penetrándola como una mano dentro de una marioneta.

Y mientras aquel día sin sol oscurecía, nuestros ojos seguían prendidos en aquella cosa que se balanceaba siniestramente en la oscuridad. Parecía estar hecho de tierra negrísima, de tierra putrefacta procedente de algún lugar de sus profundidades, donde una rica marga se había descompuesto en un lodazal de sombras. Pronto nos dimos cuenta de que todos nos habíamos quedado en silencio, hechizados por una profunda negrura que parecía absorber nuestra mirada, pero que no revelaba nada a excepción de un abismo en el contorno de un hombre, Incluso cuando nos atrevimos a tocar aquella masa de oscuridad, tan solo encontramos misterios aún mayores. Y es que apenas era tangible, un mero atisbo de sensación física, apenas la sensación del viento o el agua. Aparentemente, no poseía más sustancia que unas cuantas llamas parpadeantes, pero llamas que desprendían el mínimo calor, llamas negras que se enroscaban unas con otras adoptando la textura viscosa de la fruta podrida. Y había una vaga sensación de circulación, como si una especie de vida serpenteante se retorciera suavemente en su interior. Pero ninguno podía soportar tocarlo durante mucho tiempo antes de alejarse de ella.

—Maldita sea, no va a quedarse clavada en mis tierras —dijo el viejo granjero.

A continuación se alejó en dirección al granero. Como el resto de nosotros, intentaba quitarse algo de la mano con la que había tocado al ajado espantapájaros,

algo que no se veía a simple vista.

Regresó cargado con todo un arsenal de hachas, palas y otras herramientas para arrancar lo que había crecido en sus tierras, aquella excentricidad de la cosecha. Hubiera parecido una tarea sencilla: la tierra estaba curiosamente blanda alrededor de la base de aquella protuberancia negra y su dúctil sustancia apenas podía resistir la ancha hoja del hacha del granjero. Pero cuando el viejo lanzó el hacha e intentó quebrar aquella cosa como si fuera un tronco, la hoja no se clavó. El hacha entró y quedó oculta, como si se hubiera hundido en una ciénaga mucilaginosa. El granjero tiró del mango y logró separar el hacha, pero inmediatamente la dejó caer de las manos.

—Estaba tirando de mí —dijo en voz baja—. Todos habéis escuchado ese ruido.

En efecto, el sonido que había invadido la zona durante aquel día —como enjambres de insectos riéndose— parecía haber aumentado de tono e intensidad cuando el hacha golpeó aquella cosa.

Sin intercambiar una sola palabra, comenzamos a escavar donde estaba enterrado el grueso tallo negro. Escavamos a bastante profundidad antes de que la noche inminente nos obligara a abandonar nuestros esfuerzos. Sin embargo, no importaba lo mucho que escaváramos, no era suficiente para alcanzar el fondo de aquella negrura germinada. Además, nuestros intentos se vieron dificultades por una perversa reticencia, como cuando alguien duda de que le amputen un miembro enfermo de su propio cuerpo para evitar que la enfermedad se expanda.

Las nubes de aquel día se habían quedado rezagadas para ocultar la luna y en la oscuridad nuestras voces susurraron las distintas estrategias posibles, de manera que pudiéramos completar lo que hasta el momento no habíamos conseguido. Ninguna de nuestras palabras se elevó por encima del susurro, aunque ninguno habríamos sabido explicar por qué.

La gran sombra de una noche sin luna envolvía el paisaje, ocultando el campo del viejo granjero lo que habitaba allí. Y, sin embargo, cuántas casas de la ciudad pasaron aquellas horas oscuras en vigilia. Luces suaves brillaban a través de las cortinas de las ventanas por todas las calles, donde nuestras esbeltas casas de madera parecían tan pequeñas como casitas de muñecas bajo las oscuras y crepitantes profundidades de la estación. Por encima de los tejados apiñados flotaban las esferas de cristal de las farolas, como lunas diminutas entre el denso follaje de los olmos, los robles y los arces. Incluso de noche, la luz que brillaba a través de aquellas hojas delataba el festival de colores que bullía en su interior, auras centelleantes que no se habían esfumado con el paso de los días, una plaga de colores que ya había comenzado a infectar nuestros sueños. Para entonces ya habíamos relacionado este prodigio con aquel campo a las afueras de la ciudad y la extraña mata que había echado raíces allí.

Así pues, una sensación de urgencia nos condujo de nuevo a ese lugar, donde encontramos al viejo granjero esperándonos mientras la gélida autora del amanecer aparecía sobre el bosque distante. Nuestros ojos examinaron la tierra espolvoreada de escarcha y estudiaron cada espacio entre las sombras y las cañas de maíz esparcidas por tierra, buscando lo que ya no estaba presente en la escena.

—Se ha ido —nos reveló el granjero—. Ha regresado a la tierra como si estuviera escondiéndose en su concha. No pisen ahí —nos advirtió, señalando la boca de un hoyo ancho.

Rodeamos el borde de la abertura en la tierra, contemplando sus profundidades. Ni tan siquiera a la luz del amanecer fuimos capaces de divisar el fondo de aquel oscuro pozo. Nuestras especulaciones Fueron breves e inútiles. Algunos empuñamos las palas que había cerca, como si nos dispusiéramos a comenzar la ardua tarea de rellenar la abertura.

—No servirá de nada —dijo el granjero.

Luego, cogió una piedra grande y la lanzó por el agujero. Esperamos y esperamos; juntamos las cabezas cerca del agujero y escuchamos. Pero lo único que se oía eran ecos remotos y susurrantes, como de innumerables voces de insectos parloteando ocultos. Finalmente, cubrimos el peligroso agujero con algunas tablas y enterrarnos el recinto provisional bajo un montón de tierra blanda.

—Tal vez se produzca algún cambio en primavera —dijo alguien.

Pero el viejo granjero se limitó a reír.

—¿Se refiere a cuando la tierra se caliente? ¿Por qué cree que esas hojas no caen como deberían hacerlo?

No pasó mucho tiempo después de este inquietante episodio cuando nuestros sueños, que antes habían sido meras sombras y visiones fugaces, alcanzaron su dimensión completa. Sin embargo, no debían ser solo sueños, sino también incursiones en las entrañas de la estación que los había inspirado. Durante el sueño éramos consumidos por la vida febril de la tierra, arrojados a un mundo fétido y putrefacto de extraña evolución y transformación. Ocupábamos un lugar dentro de un paisaje que florecía secretamente donde incluso el aire había envejecido adoptando tonalidades rojizas y todo mostraba la mueca fruncida de la descomposición, la piel moteada de la carne vieja. El rostro de la propia tierra estaba preñado de tantos otros rostros, rostros corrompidos por viles impulsos. Expresiones grotescas se moldeaban en las marcas oscuras de las cortezas antiguas y las espirales de las hojas marchitas; rasgos pulposos y deformes asomaban por debajo de surcos húmedos; y las cáscaras quebradizas de las cañas y semillas muertas dibujaban una multitud de sonrisas torvas. Todo era una extravagante máscara pintada con colores rojizos y purulentos… colores que sangraban con virulenta intensidad, tan fuertes y vibrantes que las cosas temblaban en su propia sazón.

Pero, a pesar de su grosera tangibilidad, seguía habiendo algo espectral en el corazón de nuestros nuevos sueños. Algo se movía entre sombras, una presencia que

estaba en el mundo de las formas sólidas pero que no era *de* ese mundo. Y tampoco pertenecía a ningún otro mundo que pudiera ser nombrado, a menos que perteneciera a ese reino que nos sugiere una noche de otoño cuando los campos se extienden confusos bajo la luz de la luna y algún espíritu salvaje penetra en las cosas, una gran aberración que brota de un abismo de sombras húmedas y fértiles, un ser maligno aullante y de ojos hundidos que se alza para presentarse al frío vacío del espacio y la pálida mirada de la luna.

Y fue esa luna lo que nos vimos forzados a mirar para reconfortarnos cuando nos despertamos temblando por la noche, invadidos por la sensación de que otra vida brotaba dentro de nosotros, buscando su última encarnación en los cuerpos que siempre soñamos que eran nuestros e invitándonos a las profundidades de una cosecha extraordinaria.

Sin duda sentimos cierto alivio cuando comenzamos a descubrir, tras muchas hipótesis y reflexiones vacilantes, que los sueños no eran una enfermedad restringida a unos cuantos individuos o familias sino que, de hecho, era una epidemia que se había extendido por toda la comunidad. Ya no era necesario que escondiéramos nuestra intranquilidad cuando nos encontrábamos por la calle bajo las exuberantes sombras de árboles que no se desprendían de su follaje estridente, el plumaje burlón de una extraña estación. Nos habíamos convertido en una raza de excéntricos y exhibíamos abiertamente una variedad de caprichos y supersticiones singulares, al menos mientras la luz diurna nos permitía tal audacia.

Honrado por todos nosotros era aquel anciano, bien conocido por sus rarezas, que había anticipado nuestros problemas con varias semanas de antelación. Mientras vagaba por la ciudad, girando la piedra de afilar con la que se ganaba la vida, el señor Marble había hablado de lo que podía «leer en las hojas», como si aquellos ondeantes retazos de color exuberante fueran las páginas de un libro secreto en el que él podía leer atentamente jeroglíficos de color oro y carmesí.

—Solo miradlas —urgía a los viandantes—, cómo sangran sus colores, Ya deberían haberse desangrado del todo, pero ahora hacen dibujos. Algo de su interior intenta mostrarse. Están tan muertas como harapos, todas inertes y lacias. Pero hay algo todavía allí. Esos dibujos, ¿no los veis?

Sí, los veíamos, aunque con cierto retraso. Y no solo se advertían en los diseños cromáticos de aquellas hojas inmortales. Se revelaban en cualquier lugar, aunque siempre fugazmente. Sobre una pared de un sótano podía aparecer un rostro deformado entre las piedras húmedas y agrietadas, una espantosa imitación de un rostro que se filtraba por los oscuros rincones de nuestros hogares. Otros rostros, máscaras leprosas, brotaban en la veta de los paneles de pared o los suelos de madera, mirando al exterior durante unos segundos antes de hundirse de nuevo en las nudosas sombras, desapareciendo bajo la superficie. Y había tantos patrones indescriptibles que se expandían por las tablas de una vieja valla o el lateral de un cobertizo, grabados enmarañados y marchitos como un caos subterráneo de raíces y zarcillos,

una rebelión en el inframundo de circunvoluciones ramificadas, de ornamentaciones retorcidas. Sin embargo, esos diseños no nos resultaban desconocidos… porque en ellos reconocíamos los mismos contornos de descomposición otoñal que veíamos en nuestros sueños.

Como el viejo visionario que afilaba cuchillos y hachas y guadañas, ahora nosotros también podíamos leer el gran libro de incontables hojas de colores. Pero él seguía sacándonos ventaja en lo que estaba sucediendo en nuestro interior. Porque era él quien manifestaba ciertas idiosincrasias que más tarde aparecerían en tantos otros, ya vivieran en la ciudad o en algún lugar de las afueras. Por supuesto, él siempre se había diferenciado de nosotros por su rebeldía al hablar, su deseo de realizar pronunciamientos de descarada o encantadora curiosidad. Podía decir a un niño: «la visión de la noche puede volar como una cometa», mientras que a alguien mayor le decía: «No tiene brazos, pero sabe cómo usarlos. No tiene rostro, pero sabe dónde encontrar uno».

Sin embargo, desempeñaba su oficio con total eficacia, pedaleando el mecanismo que hacía girar la piedra de amolar, afilando con mano experta cada cuchilla y aceptando el pago como cualquier comerciante. Luego nos dimos cuenta de que parecía distraerse en el trabajo. En un ligero trance arrimaba las herramientas metálicas a su piedra giratoria, sin importarle las chispas que le saltaban a la cara. Pero también se apreciaba una violenta luminosidad en sus ojos, una Fiebre que los hacía brillar como diamantes y que ardía en su interior. Finalmente, nos vimos incapaces de soportar su compañía, aunque ahora achacábamos su estado simplemente a un aumento de sus perpetuas rarezas más que a un cambio sin precedentes en su comportamiento. Cuando dejó de aparecer en las calles de la ciudad, o en cualquier otro lugar, admitimos nuestros temores sobre él.

Y estos temores necesariamente estaban conectados con las otras perturbaciones de aquella estación, aquellos presagios extravagantes que ganaban fuerza a nuestro alrededor. La desaparición del señor Marble coincidió con un nuevo fenómeno, algo que al final se reveló en el crepúsculo de cierto día cuando toda la masa de tenaz follaje parecía exudar una vaga fosforescencia. Al anochecer este prodigio estaba más allá de cualquier sospecha escéptica. Las hojas multicolores brillaban suavemente recortándose contra el negro cielo, creando un arco iris nocturno prematuro que esparcía sus colores espectrales por todos los rincones y tintaba la noche de una vasta cosecha de tonalidades: oro melocotón y naranja calabaza, amarillo miel y ámbar vino, rojo manzana y violeta ciruela. Refulgentes en su interior bajo sus formas frondosas, los colores se proyectaban a través de la oscuridad y salpicaban nuestras calles y campos y nuestros rostros. Todo resplandecía con las pirotecnias de un nuevo otoño.

Aquella noche nos quedamos en nuestras casas y vigilamos tras las ventanas. No es de extrañar, pues, que muchos de nosotros viéramos a aquel que vagaba por la ciudad en el crepúsculo irisado y se sumaba a sus estallidos y celebraciones. Poseído

por los éxtasis de una oscura festividad, se movía en trance mientras sujetaba en la mano un enorme cuchillo ceremonial cuya hoja afilada arrojaba destellos de mil sueños rutilantes. Se le vio a solas bajo los árboles, bañado por aquellos colores que le tintaban el rostro y la ropa harapienta. Se le vio a solas en los patios de nuestras casas, un espantapájaros rígido fraguado por un *collage* de sombras. Se le vio merodeando junto a las altas vallas de madera que ahora estaban pintadas de un resplandor tembloroso. Finalmente, se le vio en cierta intersección de calles en el centro de la ciudad.

Para entonces ya sabíamos lo que habría de ocurrir. La bestia asesina había venido a reclamar lo suyo. La estación que se había desatado sobre nosotros no correspondía al orden natural, y con ella se había alzado una aberración que no pertenecía a los ciclos biológicos que habíamos conocido hasta entonces. Brotó de la tierra en el campo de un granjero, y bajo él había un agujero sin fondo que cubrimos con un montículo de tierra, negando a la ávida presencia aquello que nos pedía. Insaciable, ahora tomaría lo que deseara. Asustados como estábamos, también sentíamos rencor e indignación. Desde el principio nos resignamos a aceptar un intercambio: aquello que se da, algún día debe ser devuelto. Con el tiempo, la oscuridad eterna nos llegaría, cuando cada una de nuestras vidas fuera reclamada a su término y regresara a la tierra que había cobijado nuestros cuerpos y los había sustentado con su abundancia. Pero el fenómeno al que nos enfrentábamos no parecía más que un antojo prematuro, una avaricia que excedía nuestro pacto con el estado de la tierra. Lo que nos vimos forzados a estipular, entonces, fue otro y tal vez más fundamental orden de existencia jamás imaginado por nuestras especies, incluso una traición o engaño por parte de la propia creación. Lo único que podíamos hacer era formularnos preguntas: ¿quién conoce todo lo que es innato a este mundo, o a cualquier otro? ¿Por qué no podría haber algo enterrado profundamente bajo las apariencias, algo que lleva una máscara para ocultarse tras la visibilidad de la naturaleza?

Pero lo que fuera aquello que se escondía tras formas externas nos importaba menos aquella noche que el plan que hubiera concebido para una hoja expertamente afilada y la mano poseída que la blandía. No nos hacíamos ilusiones de que pudiéramos evitar u oponernos a nuestro sino. Porque si el poder o entidad que había invadido nuestra tierra podía ejercer su voluntad como habíamos visto, ¿qué no sería capaz de hacer? Y ahora estaba enfurecido. Más que nunca, los árboles ardían con una inquietante incandescencia y los parloteos que dominaban el sofocante aire empezaron a sonar con el tono de una risa cruel. El señor Marble se hallaba en el centro de la ciudad y fue observando nuestras casas una a una mientras su mente decidía dónde comenzaría la sangre y cuán voraz sería la masacre demandada por cualquiera que fuera el misterio que le había conferido poderes como su brutal sirviente.

Como cualquier grupo de personas que sienten la certeza de un caos inminente,

todos esperábamos que pasara de largo y que lo peor recayera en los otros. Éramos un grupo de cobardes que rezan para librarse de la inminente masacre. Pero nuestra vergüenza no duró mucho tiempo. Algunas voces en las calles comenzaron a llamar a los que permanecíamos escondidos.

—Se ha ido —dijo alguien—. Lo vimos alejarse hacia el bosque.

Alguien vio que había alzado el cuchillo, pero que su mano temblaba como si estuviera luchando contra el arma. Luego se marchó y se alejó de la ciudad.

—Más bien se alejó tambaleándose —dijo una mujer que sujetaba una espátula como si blandiera un arma—. Parecía que andaba contra el viento en medio de un vendaval por lo mucho que se inclinaba, empujando su cuerpo con cada embestida una y otra vez. Temí que volviera rodando de nuevo a Main Street.

Un hombre que llegó tarde a la escena declaró ante todos que si el señor Marble se hubiera quedado más tiempo, él le habría abordado y le habría dicho: «Tómame a mí y deja a los otros. La sangre es sangre», No era difícil ver que todo era pura invención.

Durante varias horas nos apiñamos en el centro de la ciudad, temiendo por el regreso del señor Marble. Los árboles a nuestro alrededor parecían perder su resplandor y la noche se había quedado en silencio después de que el estruendo de las agudas vibraciones en el aire se apagara del todo. Fuimos regresando en grupos a nuestras casas, que ahora habían perdido el hedor de las sombras putrefactas, y poco a poco la ciudad sucumbió a un reposo sin sueños. De alguna manera, sentíamos que aquello que temíamos que iba a suceder esa noche finalmente no sucedería.

Sin embargo, al alba se hizo evidente que de hecho sí que había sucedido algo durante la noche. En todas partes la tierra se había enfriado por fin. Y los árboles ahora se alzaban desnudos y sus hojas yacían oscuras y marchitas sobre la tierra, como si su muerte, extrañamente pospuesta, por fin las hubiera alcanzado en un repentino ataque de mortificación. Buscamos tanto por la ciudad como por el campo algún rastro de la terrible estación que habíamos padecido. Y no tardamos mucho en encontrar al señor Marble.

El cadáver reposaba en un campo, con las piernas y los brazos extendidos, boca abajo sobre un montículo de tierra, y junto a los restos del espantapájaros desmantelado. Cuando le dimos la vuelta al cuerpo, vimos unos ojos tan descoloridos como aquella cenicienta mañana otoñal. Entonces descubrimos que el brazo izquierdo del cuerpo estaba cortado hasta el hueso con un cuchillo que todavía sujetaba en la mano derecha.

La sangre se había derramado sobre la tierra y había ennegrecido la carne del hombre que se había quitado la vida. Pero aquellos que transportamos aquel cuerpo inerte que apenas pesaba, al introducir los dedos en la oscura herida, no notamos nada

que tuviera el tacto de la sangre. Sabíamos muy bien, por supuesto, qué tacto tenía aquella negrura siniestra. Sabíamos lo que se había abierto camino al interior del hombre y lo había arrastrado a su mundo brutal. Su afinidad con los planes inmanentes de la existencia siempre había sido más intensa que la nuestra. Así pues, lo enterramos en las profundidades de una tumba sin fondo.

F I N

NOMBRE DEL AUTOR (Reikiavik, Islandia, 2013 - Terra III, 3072). Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Nunc vel libero sed est ultrices elementum at vel lacus. Sed laoreet, velit nec congue pellentesque, quam urna pretium nunc, et ultrices nulla lacus non libero.

Integer eu leo justo, vel sodales arcu. Donec posuere nunc in lectus laoreet a rhoncus enim fermentum. Nunc luctus accumsan ligula eu molestie.

Notas

[1] A excepción de las últimas líneas, que revelan la conclusión, llamémosle extravagante aunque no totalmente carente de interés del propio narrador. <<

[2] Se refiere a Austin Osman Spare, escritor y pintor ocultista que perteneció a la Golden Dawn y posteriormente a la Astrum Argentum, fundada por Aleister Crowley. Fue fundador de la corriente Zos Kia Cultus, basada en la magia del caos y la magia sexual. Se dice que era un personaje tan siniestro que atemorizaba incluso al propio Crowley. (N. del T.) <<